JESUS AROCHA MORENO

980.02
B689
e.4

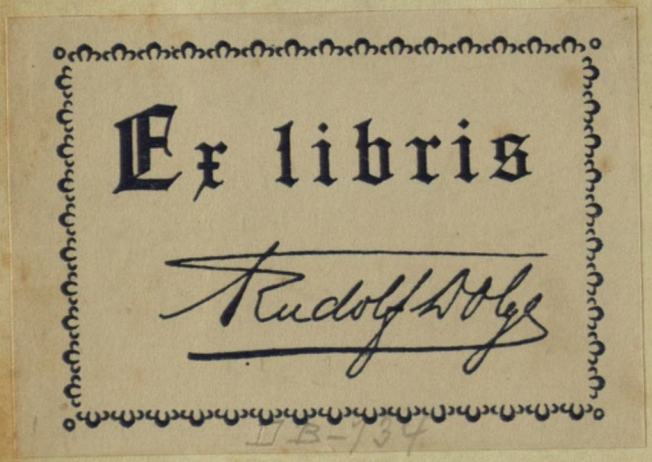
Bolívar

juzgado por el

GENERAL SAN MARTIN

Origen, evolución y tendencia de los exclusivismos históricos

EDITORIAL "ELITE"
LIT. Y TIP. VARGAS
CARACAS
1930


Ex libris
Rudolf Holz

Bolívar Juzgado por el General San Martín

980.02092
A769

JESUS AROCHA MORENO

Bolívar Juzgado por el General San Martín

(Origen, Evolución y Tendencia de los Exclusivismos Históricos)

BIBLIOTECA BOLIVARIANA

EDITORIAL "ELITE"
LIT. Y TIP. VARGAS
CARACAS
1930

R

Respetuosamente
Jesús Muñoz Tébar

Caracas, en. 22-1-37.

PREFACIO

El pueblo venezolano, consciente de la gloria continental que resume la trinidad augusta de Miranda, Bolívar y Sucre, poco se ha cuidado de analizar los pedestales en que exhiben las otras Repúblicas de América a sus Héroes.

El general Francisco de Miranda, como precursor infatigable de una idea grandiosa, como propagandista de la independencia Sud-Americana, en los Estados Unidos de Norte América, Gran Bretaña, Suecia, Polonia, Rusia, Turquía, Italia y Francia, no tiene parangón en todo el Continente; pues ni Benjmín Franklin, ni Tomás Paine hicieron, en su tiempo, ni la décima parte de propaganda que supo hacer, en Europa, el insigne caraqueño, no obstante los atajos y las persecuciones de la poderosa Corte Española.

Bolívar, dentro del férreo marco de sus largas y cruentísimas guerras, dentro del agrio ambiente en que las realizó, tampoco tiene parangón; y apenas si Washington, el austero prócer de Virginia, resiste a serle comparado. Como general, como hombre de espada,

Claro está que me estoy refiriendo al notable general argentino, Bartolomé Mitre, hombre único por la pluralidad de sus facultades: soldado, poeta, estadista, filósofo, geógrafo, pedagogo, periodista, historiador y diplomático!

El general Mitre es el padre del exclusivismo austral, en lo que toca a la historia de la Emancipación Sud-Americana. Aunque su voluminosa obra se titule "Historia de la Vida del General San Martín", ella involucra, ciertamente, una franca invectiva contra Simón Bolívar, contra el único, el auténtico y el indiscutible Libertador de Sud-América.

Desde luego, cumple observar que el historiador Mitre ha hiperbolizado en el menos argentino de los generales del Río de la Plata; pues el prócer de Yapeyú, como consta de documentos irrefragables y como lo afirma la recta y autorizada voz de Alberdi, apenas si libró en su patria, ayudado eficazmente por Celedonio Escalada, el combate de San Lorenzo, breve escaramuza de 55 bajas por ambas partes....

Sacando consecuencias, Alberdi, el veraz y virtuoso pensador argentino, le juzga de menor capacidad ofensiva que Belgrano, Rondeau, Güemes, Alvarez de Arenales y demás jefes platenses, que siempre fracasaron en las campañas de las provincias argentinas del Alto Perú.

De regreso de Lima, sin ejército y sin lauros, en Buenos Aires le esperan el desprecio y el insulto. El Padre Castañeda, en furibundo escrito le acusa de cobarde, egoísta, hipócrita y desertor de la bandera argentina. Ante este documento su fervoroso apologista, el general Mitre, juzga su retiro del Perú con estas

severas palabras: "Dejó todo en verdadera acefalía; ejército y gobierno, sin rumbo y coherencia, mientras él daba su gran salto en las tinieblas".

***

Es contra la obra antibolivariana del general Bartolomé Mitre, es contra la escuela de historiógrafos que, tanto en la noble Argentina como en el hidalgo Perú, han cultivado y cultivan todavía el sanmartinismo exclusivista, que sale al frente—armado de una fuerza crítica aplastante—el joven escritor venezolano, Jesús Arocha Moreno, autor de este valioso y notable libro, "Bolívar juzgado por el General San Martín".

El doctor Arocha Moreno, elemento sobresaliente de la intelectualidad venezolana, me ha dispensado el honor de escribir estas líneas de presentación, que yo consigno con entusiasmo, sobre todo después de haber leído su obra crítica en la que—conforme a las reglas clásicas del género—presenta Arocha Moreno, en su valor relativo e intrínseco, al ilustre Gobernador de Cuyo, al grande héroe de Chile y al fracasado del Perú.

El autor, que escribe en prosa diáfana y rotunda, basa la mayor parte de su obra en el cotejo decisivo del documento, método que revela su competencia profesional; y es gracias a este procedimiento que Arocha Moreno logra pasearse sobre las contradicciones del general Mitre y, finalmente, logra triunfar enrostrán-

dole ciertas mutilaciones y los estudiados silencios de su plan exclusivista (*).

***

A juicio nuestro, el notable general Mitre no pensó jamás en las graves consecuencias, ni en la aplastante reacción histórica que motivaría, al correr de los años, su "Historia de la vida del General San Martín", sin duda porque el historiador del Plata juzgó completamente arruinada, la obra política del Libertador, consecuencia de su brillante acción bélica. ....

Acaso los facciosos de Venezuela, los homúnculos de "La Cosiata", no habían negado—por el infame decreto de Valencia—pan y techo al Libertador?.... ¿Acaso los septembristas de Bogotá no habían trucidado, en el purísimo Sucre, toda esperanza de cohesión colombiana?....

Las revoluciones y cuartelazos, como bíblica lepra, corroían a Colombia, Venezuela y Ecuador. El general Juan José Flores, arrojado por fin de las tierras quiteñas, que él había tomado como feudo propio, trata de organizar en Inglaterra una expedición armada, que había de fundir, nuevamente, las cadenas rotas por

(*) El eminente historiador, Eloy G. González, editó el primer tomo de su notable obra, "Bolívar en la Argentina", que analiza la expedición libertadora de Chile para el Perú, las disputas de dinero entre San Martín y Lord Cochrane, la ocupación—sin tiros—de gran parte de la costa peruana, la retención del batallón venezolano "Numancia" y la pretensión, anexionista, sobre Guayaquil, que había proclamado y logrado, de por sí, su libertad. En "El Heraldo", diario caraqueño de gran prestigio, semanalmente viene publicando el doctor González el segundo tomo de su notable obra que, al mismo tiempo que refuta las omisiones y silencios del general Mitre, cumple el deber patriótico de entablar férvida polémica en pro de la verdad.

Bolívar. El Perú, con su oro y sus ventajas numéricas, repetía su agresión conquistadora contra la inerme Bolivia. A los cuatro lustros de muerto el Libertador, todo, todo era sombra; todo amenazaba ruina y todo ofrecía la sensación de un fracaso inminente. ¿Qué cosa, pues, más natural y más fácil que destruir—en beneficio del hermético Gobernador de Cuyo—la obra enorme y generosa del Libertador?....

Pero el general Mitre no contaba con un mayor tiempo, esto es, con el verdadero TIEMPO, con aquel venerable anciano que lleva entre los pliegues de su burda toga el secreto de la verdad.

Simón Bolívar, el hombre de espíritu superior sin duda porque fué un elegido de los dioses, se adelantó a las maniobras exclusivistas del general Mitre, pues que supo prever la acción consagradora de Saturno. Terminada su magna empresa libertadora, Bolívar escala el Chimborazo; y allá, en lo más alto, cerca de las constelaciones, sube y platica con el dios de la simbólica guadaña.... En el corazón del Imperio de los Incas, un preclaro descendiente de Huayna-Cápac, el doctor Domingo Choquehuanca, ya le había dicho: "Con los siglos vuestro nombre irá creciendo como las sombras cuando el sol declina". El poeta Abigaíl Lozano, al cantarle en verso heroico, sabrá decirle: "Bolívar, tu mejor obra son los tiempos". Juan Montalvo, en su admirable tratado "Los Héroes", le analiza sabiamente con vistas a la posteridad. El maestro Rodó, al estudiarle y presentarlo como el único paradigma de las nuevas generaciones indo-americanas, dice proféticamente: "Cuando diez siglos hayan pasado, cuando la pátina de una legendaria antigüedad se ex-

tienda desde el Anáhuac hasta el Plata.... cuando cien generaciones hayan mezclado en la masa de la tierra el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques, mil veces deshojados y de las ciudades veinte veces reconstruídas, etc., etc., etc.... si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que BOLIVAR".

Indudablemente, el notable historiador platense, señor general Bartolomé Mitre, no contó con el Tiempo!

***

Volviendo al empeño de querer comparar al ilustre general San Martín con el genial Libertador, precisa que se proceda como lo exige el gran escritor de la raza, Rufino Blanco Fombona, en una de sus brillantes notas al libro, "Cartas de Bolívar". Dice Blanco Fombona que lo que debe equipararse son las dificultades vencidas por cada úno, las aptitudes personales puestas en juego, los medios de que disponían para vencerlas. Elementos a los que debe agregarse el factor emersoniano de la constancia.

Como es de público dominio, para el caso de Bolívar y San Martín, esas dificultades fueron los 25.000 soldados realistas, adueñados del Perú; las cinco aplastantes derrotas sufridas por las fuerzas Argentino-chile-

no-peruanos en Lurín (*), Macacona, Ica, Torata y Moquegua; el pase, a la causa española, de los Presidentes peruanos, José de la Riva Agüero y Bernardo Torre-Tagle; la incapacidad palmaria de generales como el argentino Alvarado, el boliviano Santa Cruz, el chileno Pinto, los peruanos Tristán y Gamarra; y, por último, la infame traición de los argentinos Moyano y Oliva en las fortalezas del Callao, con 337 generales, jefes y altos funcionarios de Lima, ocurrida el 5 de Febrero de 1824. Todos estos sucesos o dificultades elevaron al cubo el coeficiente moral y optimista de los 25.000 opresores del Perú.

Estas dificultades que, con justicia y razón, exige Blanco Fombona, sean contrapesadas, fueron humo de paja ante Bolívar y su vocablo VENCER! de los días, febriles, de Pativilca.

***

Cierto que Bolívar tuvo su panegirista en la persona de Felipe Larrazábal; pero la obra de este honrado escritor venezolano, su Niágara de ingenuos ditirambos, en nada lesiona el mérito de otros héroes de la América Libre. Su obra, como trabajo apologético, es só-

(*) Lurín no fué, propiamente, una acción cruenta; pero evidentemente fué una derrota infligida por Canterac a San Martín. El 7 de septiembre de 1821, frente a tropas que sumaban la *mitad* del magnífico ejército expedicionario de San Martín, el jefe español provocó combate después de la terrible bajada de "arrastraculos", de la Sierra al valle de Lurín. San Martín, frente a sus frescas tropas, secundado por Lord Cochrane y por el general Las Heras, no sólo no atacó al enemigo, sino que ordenó a las divisiones se retirasen a sus cuarteles... Canterac, sin disparar un tiro, se adueñó del Callao, tomando posesión de sus terribles fortalezas. Lord Cochrane y Las Heras insultaron a San Martín, y de ese día en adelante no le volvieron a obedecer, declarándose enemigos del ya denominado "Protector del Perú".

lo para Bolívar, para el adalid de cien batallas, para el superhombre de Jamaica y Angostura, de Casacoima y Pativilca. Larrazábal no escarba, con rencor de exclusivista, la despaciosa gesta de San Martín, ni sus venganzas contra los Carreras y Manuel Rodríguez, ni sus errores militares del Perú y diplomáticos de Guayaquil, ni esa su inanición, que indigna al bravísimo Las Heras, desalienta a Lavaye y Necoechea y pone la palabra cobarde en los labios rabiosos de Lord Cochrane.

Al igual de Felipe Larrazábal, ningún escritor bolivariano (son seis las Repúblicas de este nombre), ninguno de los nacidos bajo el ardiente sol del trópico, ha necesitado analizar al ilustre general San Martín para acrecer, siquiera en un cuarto de pulgada, la estatura heroica del Libertador.

Ha sido por obra y por culpa del general Bartolomé Mitre, padre del exclusivismo austral; y ha sido por obra de quienes le están siguiendo en la absurda tarea de mutilar hechos y alargar silencios de narración, que se ha hecho necesario analizar, en nuestros días, al héroe de Chacabuco, y probar con veraces documentos su desgraciada actuación en el Perú y el ocaso, definitivo, de su estrella militar en la entrevista de Guayaquil, donde el Libertador "la ganó de la mano", y donde el mismo Protector San Martín pudo convencerse, ante el derrumbamiento de su astuta diplomacia, que el vencedor del pirata Bianchi, del tigre Boves, del táctico Morillo y del proteico indio Agualongo, "no era el hombre que pensábamos", como hubo de confesarlo—sobre la cubierta del navío que lo regresaba al Perú—a su secretario y confidente, Tomás Guido.

Quede, el ilustre general San Martín, en la historia americana, como gran prócer, que efectivamente lo fué, como el héroe auténtico de Chacabuco y Maipo; pero no pretendan, los exclusivistas del Río de la Plata, servirse del hijo de Yapeyú para—a la manera de biombo—tratar de tapar con su noble figura la muy noble y muy augusta figura del Libertador!

Al fin de cuentas, tarea triste e inútil la de todos esos campeones del exclusivismo austral, como lo prueba plenamente este magnífico libro de Jesús Arocha Moreno, que yo cumplo el deber de aplaudir y recomendar a la juventud pensante de la América Hispana.

VÍCTOR H. ESCALA.
Ministro del Ecuador.

Caracas, 1930.

Bolívar Juzgado por el General San Martín

Conceptos

La Justicia Histórica.—Los venezolanos y los argentinos.—Indole del exclusivismo venezolano.—Indole del exclusivismo argentino.—Larrazábal y Mitre.—Bolívar y San Martín.—El exclusivismo y el nacionalismo argentino.—Arrogancias exclusivistas.—La falsa historia nacionalista.—El petulantismo político.—Los ideales autonomistas o separatistas de San Martín.—El americanismo de Bolívar.—La conciencia de la raza.—El grave problema de la unidad de la América Meridional.

I

Mucho de positivo contiene la afirmación del señor M. D. Oliveira Lima, quien, en su libro titulado *Evolución Histórica de la América Latina. Conferencias leídas en varias universidades norteamericanas* (Editorial América Madrid), dice textualmente: "Aún cuando la justicia histórica debía ser suprema y exclusiva, venezolanos y argentinos, respectivamente, elevan con fervor y exclusivamente, éstos a San Martín, aque-

llos a Bolívar, al mismo tiempo que tratan de disminuir en el antagonismo de su celo los méritos del otro de los héroes". Pero el distinguido sociólogo y diplomático brasilero no se dió cuenta, al generalizar, de que en el exclusivismo venezolano la nota sobresaliente y única la constituye la fervorosa elevación de Bolívar, sin denigración sistemática o casual de San Martín, cuya figura es por demás grata al pueblo venezolano. No sucede así en el exclusivismo argentino, cuya índole se manifiesta por dos tendencias muy definidas, las mismas que a ambos atribuye el autor citado, es decir, elevación exclusiva de San Martín y denigración sistemática de Bolívar.

Del señor Oliveira Lima son las siguientes apreciaciones: "Bolívar es el más grande personaje histórico de la América del Sur" (o. c. p. 157). "Bolívar fué asimismo el mayor tribuno de la Revolución y su más conspicuo sociólogo" (id. id. p. 199). "La huella de Bolívar se encuentra por igual en la guerra, en la política y en el dercho público americano" (id. id. p. 175). "Carlyle dijo de Bolívar que era un Ulises cuya historia valdría la tinta que en ella se empleara, siempre que apareciera el Homero capaz de escribirla" (id. id. p. 169). El sociólogo Oliveira Lima, al producirse de esta manera, procede como si estuviere poseído por el más fervoroso exclusivismo venezolano, es decir, *sin disminuir los méritos de ningún otro héroe.* Como puede verse la disminución de méritos es innecesaria, inoficiosa, inútil a nuestro exclusivismo, y por eso al pueblo venezolano no se le ocurre empequeñecer a nadie, ya que cualesquiera que fueren los servicios de los paladines de la Independencia, a todos, absolutamente a todos, los superó Bolívar, como el señor Oliveira Lima no vacila un momento en afirmarlo.

El objeto primordial del exclusivismo argentino es la elevación de San Martín por sobre todos los grandes hombres del Continente, y no puede, por lo tanto, valerse de una sola e inofensiva tendencia, como el exclusivismo venezolano, si quisiere, por ejemplo, adornar a San Martín con toda esa gloria que a Bolívar reconoce el señor Oliveira Lima. Se hace necesario, *primero*: realzar la figura de San Martín, atribuyéndole méritos y virtudes que no tiene, o que se exageran, para colocarlo así a la altura suprema e histórica de Bolívar; y *segundo*: deslustrar la figura de este último, achicándola, podríamos decir, con defectos, miserias y lacras. De esta manera, pero únicamente de esta manera, el exclusivismo argentino, consigue lo que se propone, forjando a su héroe conforme a sus deseos, aunque con un resultado que nada tiene de lisonjero, porque en la apreciación de cualidades positivas, tenemos que: Bolívar es más grande que San Martín, *el grande;* San Martín es más grande que Bolívar, el *pequeño,* el *menguado.*

II

De modo, pues, que el amor y veneración de venezolanos y argentinos por sus dos héroes predilectos se manifiesta, en los primeros, por una sola tendencia: la apoteosis de Bolívar; en los segundos por dos tendencias distintas: la apoteosis de San Martín y el empequeñecimiento de Bolívar. El tipo clásico de los historiadores venezolanos, representativo del exclusivismo unitendencioso del País, es Don Felipe Larrazá-

bal, como se manifiesta en su libro *Vida del Libertador Simón Bolívar*. El tipo clásico de los argentinos es Don Bartolomé Mitre, encarnando la doble tendencia de su país, en todos sus escritos históricos, y muy especialmente en su libro *Historia del General San Martín*.

A Don Felipe Larrazábal lo han calificado de exagerado y aun de parcial algunos de sus críticos, sin que ninguno haya podido decir que tratara de desfigurar la personalidad histórica de un paladín de la independencia en aras de su fervor exclusivista. Un escritor inglés, el señor Lorain Petre, es quien más rudamente lo ha tratado al calificarlo, suponiéndolo contemporáneo del Libertador, como el más fanático *adulador* de Bolívar. Esta falsedad, proveniente de la ignorancia de las cosas que debía saber el historiador extranjero, en nada afecta a Don Felipe, absolutamente indigno del epíteto. Lo que más generalmente se dice de su obra, es que no puede tomarse en serio como estudio histórico, porque es más bien un canto a Bolívar, y se denuncia su estilo de ampuloso, enfático o pindárico.

De Don Bartolomé Mitre sí se han dicho, y por conocidas autoridades históricas, que no son de Venezuela, cosas muy ciertas y muy duras. La austera y honrada pluma de su compatriota Alberdi llama a la obra de Mitre, "historia convertida en negocio industrial; historia que proporciona empleos; que regala flores y laureles, que canta himnos, que quema inciensos; repetición de las preocupaciones tradicionales que el país se ha formado de sus hombres y sus hechos. Historia escrita según la vanidad del país y para li-

sonjearse, con el fin de ganar sus simpatías y sufragios, en interés personal del autor, en daño de los intereses reales del País" (*Grandes y Pequeños Hombros del Plata*, Ed Garnier, Paris, págs. 17 y 20). El publicista mexicano, Carles Pereira, profesor de sociología, en la Universidad de México y Miembro del Tribunal Permanente de Arbitraje de La Haya, tiena para Mitre, en su libro *El Pensamiento Político de Alberdi*, las frases más amargas y deprimentes, al estudiarlo *como poeta, como general como presidente como historiador*, según sus propias, irónicas palabras. Y según el escritor colombiano, Cornelio Hispano, "Mitre fundó escuela en su país y después de él son muchos los escritores argentinos que han continuado adulterando la historia de América para exaltar a San Martín. En estos mismos días, en una conferencia dictada por el señor Estanislao Zeballos, ex-ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, en el *Institute of Politics*, en *Willimstown*, Mass, Estados Unidos, acaba de hacer esta extraña declaración, reveladora de una inexplicable ignorancia de los más trascendentales hechos de la historia americana: *San Martín fué el Libertador de los territorios en los cuales fueron definitivamente organizadas siete repúblicas: Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia Chile, Perú y Ecuador*. Cuando San Martín—añade Hispano—después de terminar su carrera pública en 1822, en la entrevista de Guayaquil, abandonó su patria y se fué a vivir tranquilamente a una quinta cerca de París, no se habrían librado aún las batallas de Junín y Ayacucho, que libertaron la tierra de los Incas, ni había nacido Bolivia, inmortalizada para siempre con el nom-

bre de su egregio fundador". Para Cornelio Hispano el propósito de Mitre, al escribir su obra *Historia de San Martín*, "*fué agigantar a éste empequeñeciendo a Bolívar*, para lo cual utilizó fuentes espúreas, emanadas de los calumniadores y detractores de Bolívar que huyeron vencidos o desalentados en lo más sangriento de la lucha que él sostuvo hasta el fin y hasta el triunfo...." (1)

Estos juicios sobre Don Bartolomé Mitre y sus escritos históricos, ponen claramente de relieve los dos aspectos típicos del exclusivismo argentino, pero ni de esos juicios, ni del estudio sereno e imparcial de la Historia de América, puede deducirse que haya sido Mitre el iniciador del exclusivismo argentino. Con justa razón sí puede considerársele como el alentador, el transformador y el *explotador* (Alberdi), del exclusivismo de su Patria, del cual, de buena o mala fe, se valió para atender a sus propios intereses, y los intereses que, en su petulantismo literario y en sus cacareadas aventuras bélicas, supusiera realmente del País.

III

Cuando Don Bartolomé Mitre escribió su *Vida del General San Martín*, ya era palpable el exclusivismo argentino, como puede verse por aquellas fantásticas relaciones de los oficiales de San Martín, Guido, Espejo, Soyer y Rojas, que han hecho reír, no solo a los historiadores bolivianos, sino hasta el mismo viejo Palma, poco afecto al Libertador. Como puede observar

(1) "El Libro de Oro de Bolívar", Ed. Garnier, p. 175.

todo el que lea estas relaciones, hay en ellas un dejo de rencor y de envidia hacia el *hombre* que, por la fuerza irresistible de los acontecimientos y su genio, iba a poner fin a la hegemonía de San Martín y sus tropas en el Perú y en toda la América Meridional. El exclusivismo que de estas narraciones se desprende, es grosero y primitivo. Bolívar aparece como un caudillo soez, brutal, necio fanfarrón, pronunciando brindis ridículos, vanagloriándose de sus hazañas, tratando groseramente a sus tenientes, comportándose con maneras incultas en recepciones y banquetes.... ¿Qué más podían achacarle? La grandeza de la obra de Bolívar escapaba a sus ojos. Apenas alcanzaban a comprender—por la pérdida del mando y del prestigio—la amarga frase de San Martín: "Bolívar nos ganó de mano". Por eso sus escritos esbozan solo desahogos rabiosos de muchachos malcriados, a quienes se les arranca la fruta que codician. Pretende el señor Rojas, y así lo escribe, haberle impuesto silencio a Bolívar en un banquete, en Guayaquil, y esta jactancia nos da la medida de toda la veracidad que puedan contener sus palabras.

A los ojos de Mitre no escapaba, en cambio, la grandeza suprema de Bolívar, porque era un intelectual, un historiador, un hombre de pluma, tanto como su contemporáneo, el chileno Vicuña Mackenna, quien nos dejó sobre el Libertador juicios brillantes y tan acertados, como se los permitía su época, poco favorecida por la difusión de documentos sobre Bolívar. Si en el chileno se encuentran errores, no se le puede tachar de mala fe, porque él nos pintó el Bolívar que encontró en su tiempo. No pasa lo mismo con

Mitre, quien *intelectualizando* el exclusivismo argentino, comienza por interpretar canallescamente la inmensa obra espiritual de Bolívar.

Según Mitre, Bolívar lleva a la práctica las doctrinas políticas de su maestro Don Simón Rodríguez. Este es el hijo rastrero de un cura que, en un momento de vergüenza, sustituye su innoble apellido. Simón Bolívar el hijo espiritual del desequilibrado Simón Rodríguez, es un desequilibrado también. Naturalmente que el análisis malicioso viene, como una consecuencia fatal, de estas interpretaciones, y así se arrastra por el lodo la obra de Bolívar, hombre de pensamiento. Por otra parte sus acciones guerreras se rebajan hasta lo indecible, haciendo aparecer a San Martín co-el numen tutelar de todas ellas. El paso de los Andes de Bolívar es una consecuencia del paso de los Andes de San Martín; la victoria de Boyacá es una resultante de Maipú, y Maipú es el camino de Ayacucho. La gloria militar de Bolívar aparece, pues, como un reflejo de la gloria militar de San Martín, y por San Martín, que ejecuta la mitad de la tarea, Bolívar llega al Pacífico. Esta es la escuela que ha fundado Mitre, y a la cual, probablemente se refiere Cornelio Hispano. Fué el iniciador y propagador del exclusivismo intelectual: esa es su gloria.

Tampoco fueron Guido, Espejo y Rojas, los iniciadores del exclusivismo argentino. Su progenitor, su iniciador, fué el mismo General San Martín. Ese exclusivismo se manifiesta en muchas ocasiones en la vida del grande hombre, una vez resuelta su retirada de América y después de ella, en las conversaciones del

hogar, en sus expansiones con Guido, en sus declaraciones al francés Lafond de Lurcy, en sus cartas a Miller, Castilla, Guido y otros, y por último, en aquella famosa carta, que aseguró escribiera a Bolívar, y cuyo original no se ha encontrado en ninguna parte, lo mismo que la contestación negada tan rotundamente por San Martín a Sarmiento y Mitre. Innoble negación porque se trataba nada menos que de la defensa de Bolívar ya muerto, de Bolívar calumniado, de Bolívar hecho polvo por el polvo miserable, y era lo más justo, lo más caballeroso, lo más digno, que si daba a la publicidad la carta de San Martín vivo a Bolívar muerto, se diera igualmente a la publicidad, la contestación de aquel Bolívar, su defensa, ante el admirable compañero, que de manera tan generosa, según el mismo San Martín lo aseguraba, se le colocó frente a frente. Pero éste no lo quiso.

El exclusivismo de San Martín lo encontramos también inteligentemente disimulado, algunas veces, entre conceptos elogiosos para el Libertador; pero otras es violento y terminante, como si un imborrable resentimiento se impusiera al disimulo. "Bolívar me trató con grosería", dice San Martín a su yerno, el diplomático argentino Don Mariano Balcarse. A Lanfond de Lurcy, pintándole el carácter y los hechos del Libertador, le habla de este modo: "Los signos característicos del general Bolívar eran un orgullo muy acentuado.... y su falta de franqueza.... En cuanto a los hechos militares de este general puede asegurarse que es el hombre más eminente que ha produ-

cido la América del Sur" (2). Con Guido fué aun más expansivo: "Bolívar y yo no cabemos en el Perú—le dijo—he penetrado sus miras; *he comprendido su disgusto por la gloria que pudiera caberme en la terminación de la guerra.* El no excusaría medios para entrar en el Perú, y *tal vez no pudiera evitar yo un conflicto, dando al mundo un escándalo* y los que ganarían serían los maturrangos" (3). Más tarde, el año de 1827, le escribe: "No me ha tomado de sorpresa la conducta que el general Bolívar ha observado en el Perú. Tenga presente el juicio que le dije había formado de él a mi regreso de Guayaquil. Desgraciadamente para la América no he tenido que rectificarlo" (4).

El exclusivismo de San Martín se destaca, en ciertos momentos, con la nota melancólica de un tremendo dolor moral. El antiguo Protector del Perú no quiere asumir la responsabilidad de aquellas ideas políticas que, en la entrevista de Guayaquil, sufrieron tan cruel derrota; niega sus ideas monárquicas y exalta la abnegación que envuelve su éxodo fatal. "Si algún servicio *tiene que agradecerme la América* es el de mi retirada de Lima, paso que no solo comprometió mi honor y mi reputación, sino que me era tanto más sensible cuanto que conocía que con las fuerzas recibidas de la Gran Colombia, la guerra de la Independencia hubiera sido terminada en todo el año de 1823" (5). A Guido le escribe, respondiendo a una

(2) Lafond de Lurcy: "Voyages au tour du monde", t. II, p. 152.
(3) Confidencias con Guido. Mitre, Vida del general San Martín, t. III, p. 668.
(4) Correspondencias con Guido. Mitre, III, p. 642.
(5) Carta al Presidente Castilla, del Perú, fechada a 11 de setiembre de 1846.

frase de éste, donde le dice que la Historia se verá con trabajos para cohonestar su retirada del Perú: "Por lo que respecta a la opinión pública ¿ignora Ud., por ventura, que de los tres tercios de habitantes de que se compone el mundo, dos y medio son necios y el resto de pícaros, con muy poca excepción de hombres de bien? Sentado este axioma de eterna verdad, usted debe conocer que yo no me apresuraré a satisfacer semejante clase de gentes, pues yo estoy seguro de que *los honrados* me harán la justicia a que yo me creo merecedor. En cuanto a que la historia se verá con trabajos para cohonestar mi separación del Perú, yo diré a usted con Lebrún:

En vain par vos courez à la gloire.
Vous mourrez: c'en est fait; tout sentiment s'éteint,
vous n'est ni cheris, ni respecté, ni plaint,
la mort ensevelit jusqu'à votre mémoire" (6).

Otras veces se trasluce en el exclusivismo de San Martín la nota repulsiva de un odio concentrado. Como dice Mitre, "San Martín se encargó de afirmar que no había quedado contento con Bolívar" (7). Así lo vemos decir a O'Higgins, desde El Callao, después de la entrevista de Guayaquil, que "el Libertador no era el hombre que se habían imaginado" (8); y a un amigo de de Lima, "que Bolívar era de una li-

(6) Correspondencia con Guido. Carta del 18 de diciembre de 1827. Copiada del libro: "San Martín.—Su Correspondencia", Editorial América, Madrid, un tomo, p. 194.
(7) o. c. III, p. 643.
(8) Ibidem.

gereza extrema, inconsecuencia en sus principios y de una vanidad pueril" (9). Por su parte, el general Heres le comunica al general O'Leary, "que San Martín se volvió a Lima, después de las conferencias con el Libertador, muy poco satisfecho de Bolívar, contra quien concibió, desde entonces, *un odio que se ha conservado y manifestado siempre*" (10). Qué ese odio lo alimentaran los amigos de San Martín, enemigos del Libertador, está fuera de duda, como puede comprobarse leyendo las cartas cruzadas entre el primero y el general Miller, y las tantas veces citadas cartas del general Guido. Ellos le hicieron *exaltar la bilis*, como ingenuamente se lo confiesa al último.

IV

La obra de Larrazábal tampoco inició entre nosotros el inofensivo exclusivismo venezolano, porque él estaba latente en el alma nacional. Cuando Angel Quintero pronunció en la Convención de Valencia (1830) aquellas impías y vergonzosas palabras: "Propongo que si Bolívar pisa tierra venezolana sea fusilado por cualquiera autoridad que lo detenga sin fórmula de juicio", no expresaba los ingenuos sentimientos del pueblo de Venezuela. Pero más tarde, cuando por sarcasmo del Destino, presidió la procesión que conducía los restos mortales del Héroe, entonces, sino en espíritu, al menos materialmente, sí representaba los sentimientos de un país, en el corazón de cuyos hijos, habrá siempre un altar para el culto de Bolívar, la

(9) a Guido, Mitre, id.
(10) O'Leary, Narración, t. II, p. 195, Editorial América, Madrid.

figura más alta de su siglo, según lo han afirmado recientemente dos grandes escritores franceses. El amor de su pueblo para Bolívar viene desde 1813, cuando empezaba su carrera de sacrificios y las matronas lo ungían con rosas. Obsérvese la actitud de Urdaneta en la raya granadina; contémplese el admirable gesto de los soldados de este mismo general, al encontrarse con Bolívar derrotado y fracasado el año de 1814. Pero todavía era el Libertador un simple mortal....

Al inaugurar la estatua ecuestre del Padre de la Patria, en la Plaza Bolívar de Caracas, el entonces Jefe del Estado, General Guzmán Blanco, pronunció estas palabras: "Bolívar es el hombre más grande de la tierra, después de Jesu-Cristo". Se divinizaba al Héroe, y la multitud aplaudía, convencida, sincera. Larrazábal interpretando los sentimientos de esa multitud, pero obedeciendo también a la voz de su corazón, escribió en su libro: *Bolívar es el Semidiós de América.*

Bolívar semidiós, es decir, Bolívar puro, Bolívar perfecto, Bolívar inmaculado, Bolívar después de Jesu-Cristo, San Simón Bolívar. No se puede decir más, después de este exclusivismo infantil, candoroso, ingenuo, sencillo, del bueno y sufrido pueblo de Venezuela. Larrazábal, el austero, el probo, el digno, el humilde Don Felipe Larrazábal, dejándose dominar por las expansiones del cariño, se olvidaba de una real verdad: a los hombres como Bolívar no se les honra diciéndole que son santos, ni que son semidioses; ni el incienso ni la mirra es ofrenda digna de esas almas. Bolívar, como Sucre, como Urdaneta, la trinidad grandiosa de nuestros libertadores, no admite veneración

en el Olimpo. Fué varón únicamente, pero varón moldeado en la sentencia de Séneca: *condúcete de suerte que, sean cualesquiera los acontecimientos, pueda siempre decirse de tí que eres un hombre.* Don Miguel de Unamuno, hablando en Historia, después de un interesante estudio sobre Bolívar, exclama: "Era un hombre, todo un hombre, un hombre entero y verdadero, que vale más que ser sobre-hombre, que ser semidiós—todo lo semi a medias es malo y ser semidiós equivale a ser semihombre;—era un hombre este maestro en el arte de la guerra, en el crear patrias y en el de hablar al corazón de sus hermanos, que no catedrático de la ciencia de la milicia, ni de la ciencia política, ni de literatura. Era un hombre, era el hombre encarnado. Tenía un alma y su alma era de todos y su alma creó patrias y enriqueció el Alma Española, el alma eterna de la España inmortal y de la Humanidad con ella.... Tal fué el hombre de la América Española" (11).

Al lado de esa exaltación olímpica de Bolívar que, siendo típica del exclusivismo venezolano, caracteriza la obra de Larrazábal, no encontramos un solo concepto desdoroso, una sola interpretación torcida, una sola frase de odio, una sola de esas *fábulas tontas e inverosímiles* (como aquellas de que se vale Mitre) para los demás paladines de la Independencia, émulos del Libertador. Parece como si Don Felipe adivinara que la grandeza de éstos en nada amenguaba la figura de su Héroe, incomparable. Todo lo contrario,

(11) "Don Quijote Bolívar". Estudio publicado en el libro "Bolívar por los más grandes escritores americanos", Editorial "Renacimiento", Madrid.

destacándose Bolívar al lado de Ribas, Piar, Bermúdez, Mariño y Arismendi, los émulos rebeldes; de Sucre y Urdaneta, los émulos dignos; y del general José de San Martín y Matorras, el guerrero del Sur, se presiente la ecuación histórica, que más tarde redujera a números el vehemente estilo de Rodó: "Artigas más San Martín: eso es Bolívar. Y aun faltaría añadir los rasgos de Moreno, para la parte del escritor y del tribuno" (12).

Todavía más. Don Felipe no se ceba con delectación de cuervo sobre las impurezas que caben en los émulos del Libertador. Aquel hijo de Píndaro, fervoroso cantor de las glorias de Bolívar, esteta de fibras delicadas, no hace de sus manos hisopo de lodo, para arrojarlo a la frente de héroes augustos. Como la armonía de nuestros campos al despuntar la aurora, el vuelo de su pluma no se detiene en la sombra, sino que va poner rayos de luz, en la ardiente faz del Sol.

Como el libro de Don Felipe Larrazábal, el exclusivismo venezolano se resuelve en un culto ferviente al Libertador. Su personalidad suprema, encuadrada en perfiles sublimes, es la causa de esa perenne adoración. ¿Quién no siente llenarse de emoción el alma ante el apóstrofe de 1812; o ante el sublime *vencer* de Pativilca y al leer la última proclama del Héroe agonizante? ¿Qué tiene de raro que sus compatriotas reverencien a Bolívar, si los extranjeros se han sentido

(12) Estudio sobre Bolívar, que sirve de prefacio a las Cartas de Bolívar, publicadas en París, por Rufino Blanco-Fombona; t. I.

subyugados por él, al estudiar su historia, llegando hasta colocar su nombre, con caracteres de astro, en la bóveda celeste? ¿Qué tiene de raro—si hasta es muy humano—que no desdoren jamás de otro héroe, que si positivamente grande fué, en nada lo iguala? La gloria de Bolívar no se alimenta con la gloria ajena; ella tiene su propio y único pedestal en sus cualidades y virtudes que, desde el brasilero Oliveira Lima, y el uruguayo Rodó, y el chileno Ernesto de la Cruz, hasta los yanquis Morris y Sherwell, consideran *no superadas por nadie en el Nuevo Mundo*. "Su personalidad se agiganta—dice Bulnes—cuando se la pone en presencia de los hombres más notables que produjo la revolución de Sud América" (13).

V

El *San Martín* del general Mitre tampoco es humano, pero no es el exclusivismo apoteósico lo que repugna en su obra. Ya sabemos que, cumplida su misión sobre la tierra, el Héroe se transforma idealmente en las ingenuas concepciones de los pueblos. La armazón de carne y nervios adquiere vibraciones ideales; nuevas formas; formas perfectas. El Héroe es bello, varonilmente bello. La Heroína es hermosa, varonilmente hermosa también. Se le compara a la montaña, al océano que todo lo circunda, cuando su figura se trasluce en el lenguaje de la apoteosis. Pero juzgado fría y serenamente, vuelve a ser hombre

(13) Gonzalo Bulnes. "Bolívar en el Perú"; t. II, p. 212, Editorial América, Madrid.

sin la belleza del centauro, sin la capa romántica del jinete glorioso, sin la aplastante majestad de la montaña. Es el hombre anatomía, igual a los demás hombres, si vamos a disecar sus elementos materiales; pero por sobre la grosera anatomía estarán siempre las brillantes cualidades espirituales del Héroe; elevado todo un grado superior al nuestro, o dos, o ciento.... millares, millones.... acercándose al Infinito, al grado perfecto. Es muy natural, pues, que el *San Martín* de Mitre sea capaz, nuevo Josué, de detener al sol y a la luna en su carrera.

El *San Martín* de Mitre no es humano. Pero no alcanza su personalidad a encuadrar en el marco olímpico de la personalidad de Bolívar. Nunca tuvo cualidades seductoras que espontáneamente provocaran la apoteosis; por eso ni la Historia ni la poesía, con todo un Lugones a la cabeza, han podido hacer de él una figura radiante como la de Martí o como la de Sucre. Además, como lo que principalmente se desea, es colocarlo por sobre Bolívar, resulta más fácil ocultar y rebajar la grandeza de éste, que sostener una magnificación desmentida a cada instante por el personaje, en sus actitudes históricas. La deificación de San Martín en los poemas de Lugones y Olegario Andrade, no subyuga con sus ecos olímpicos; la voz de los cóndores y de los montes, alabando al Héroe, no tiene la realidad positiva de la austera y menos pomposa prosa de Alberdi: "¿Aníbal por qué transportó cañones por los Andes? La gloria en el arte de transportar es muy preciosa, pero pertenece más bien a la industria. La tienen en igual grado los que todos los días, transportan pianos a lomo de mula, desde Co-

bija a Chuquisaca. Los Andes tienen sus amos como los tiene el mar: los hombres de la llanura admiran dos cosas: la agilidad del montañés para dominar los precipicios, y la facilidad del pez en las honduras del mar. Lo que no admiran es la facilidad con que el avestruz devora el espacio, porque ellos hacen otro tanto desde niños" (14).

Este rebajamiento de Bolívar; ese afán innoble de hacer odiosa su memoria; la mentira sistemática, la calumnia vil, las deducciones perversas, los silencios maliciosos es lo que repugna y exaspera en el exclusivismo argentino. Bolívar deja perecer miserablemente a los patriotas de la Casa Fuerte, después de haberlos abandonado; Bolívar se otorga él mismo el título de *Libertador;* Bolívar no impide el fusilamiento de Barreiro; la contemplación de los brillantes granaderos de los Andes hace concebir a Bolívar un odio eterno a los argentinos; Bolívar abandona cobardemente a sus compañeros en el Puerto de Ocumare.... Es probable que el pueblo argentino, ingenuo y sencillo, crea todas estas patrañas; pero lo absurdo es que intelectuales del gran país del Sur, acojan y repitan concientemente, en la prensa y en el libro, las consideraciones y afirmaciones canallescas del General Mitre; que sean pocos los que como Alberdi y J. Francisco V. Silva, tengan valor y dignidad para no repetir a sus compatriotas esa despreciable *historia de complacencia*, contra la cual protesta toda la América Española. Así, desde Guayaquil, le grita al argentino Manuel

(14) Alberdi, "Grandes y Pequeños Hombres del Plata", Ed. Garnier, p. 230.

María Oliver, el ecuatoriano Camilo Destruge: "Se ponen ustedes en ridículo numerosos historiadores de Buenos Aires, cada vez que hablan de Bolívar. No necesitan falsificar la verdad histórica ni el carácter del Libertador. Este, de una altura moral tan grande como su altura intelectual, no es el hombre que algunos de ustedes pintan, en la vulgaridad de sus afirmaciones" (15). Por su parte, el señor Silva, dice: "Con Bolívar, como hemos repetido, se ha querido emplear y se ha empleado el mismo método de falsificación; solo que en favor de éste gritan naciones enteras, casi todas las repúblicas americanas, desde Méjico hasta Chile. Es preciamente por su injusticia contra Bolívar y por sus falsificaciones de la verdad respecto al carácter de este hombre portentoso, que los historiadores de Buenos Aires se han desacreditado en el resto de América y de Europa. Pobre gran héroe desfigurado y calumniado a porfía por Buenos Aires! Lo pintan allí como un mero ambicioso ya que no pueden hacer de él una figura secundaria. Bolívar pensó, como se debe pensar cuando se sirve un ideal, que si la generación de la época no estima los esfuerzos como estos merecen, la actitud de ella nada decide, ni añade estímulos a quien por su propia voluntad está en el lugar que le corresponde. Sin embargo no pensó en la infamia póstuma; no pensó en la sistemática deformación que pseudohistoriadores bonaerenses iban a hacer de un hombre tan grande por sí y tan útil a la Humanidad" (16).

(15) Carta publicada en el libro de J. Francisco V. Silva, titulado "El Libertador Bolívar y el Deán Funes", p. 413, Editorial América.
(16) En el mismo libro, pgs. 14 y 115.

Al referirnos al exclusivismo argentino no podemos pasar por alto al *nacionalismo argentino*, que es una consecuencia de aquél. Me refiero a ese nacionalismo agresivo y petulante que considera, por una parte, como obra propia, la emancipación del continente suramericano, persistiendo en llamar, como Mitre, a la revolución de la independencia, *revolución argentina americanizada*, y por la otra, aparenta un absoluto desprecio por las demás naciones que, como la República Argentina, formaron parte del inmenso imperio colonial español en esta parte del mundo. "En resumen, el criterio público argentino se divide en dos corrientes: primera, la del *nacionalismo* a ultranza, falsificación de la Historia y antipatía por las demás repúblicas del Continente, y luego, más escasa pero más selecta corriente, por la calidad de los hombres que la dirigen, de solidaridad continental, amor a la verdad histórica y patriotismo ilustrado y liberal. La primera corriente empieza con Rivadavia, sigue con Mitre y llega hasta Levillier. A ese partido *nacionalista* en el más estrecho sentido de la palabra, pertenece el joven Manuel Gálvez, que ya habla del protectorado argentino desde Chile a Méjico" (17).

Para americanizar la revolución argentina Mitre parte del supuesto de que "San Martín y Belgrano estaban convencidos de la necesidad de generalizar la revolución argentina por toda la América a fin de asegurar la independencia" (18). Pero los sucesos nos dicen otra cosa, y es que la revolución se inició simul-

(17) Rufino Blanco Fombona, "Cartas de Bolívar" (ed. París).
(18) Alberdi, "Grandes y Pequeños...", p. 219.

tánea y localmente, en cada uno de los pueblos hispanoamericanos, por una declaración de fidelidad al monarca español, imitando de este modo a las provincias de España, sublevadas contra Bonaparte. San Martín y Belgrano no podían estar convencidos de esa generalización que les atribuye Mitre porque para el año de 1812, época en que el primero entró en la revolución argentina, ya en muchas regiones se había declarado, y sostenido con las armas, la independencia absoluta de España. "En la revolución la misión del pueblo argentino era libertarse a sí mismo, no a los demás", dice Alberdi (19), y agrega, "toda la misión de San Martín era libertar las cuatro provincias argentinas del Norte. Para eso iba al Perú; Chile era para él el camino del Perú, como el Perú era su camino para las provincias argentinas del Desaguadero, *objetivo único de su campaña* (20).

Pero, si a pesar de los sucesos, Belgrano y San Martín acariciaron el proyecto de *americanizar la revolución argentina*, fracasaron, ya que Belgrano al fin se regresó a Buenos Aires, sin poder siquiera arrancar del dominio español las provincias del Norte argentino, y San Martín se retiró del Perú sin haber llenado su misión en ese país. No debe olvidarse, además, que, en el Perú, San Martín cambió colores e ideas argentinas—como quien dice si te conozco no me acuerdo—por colores e ideas peruanas, procediendo en todos sus actos como peruano y no como argentino. ¿Dónde está, pues, esa *revolución argentina america-*

(19) Id., id., p. 228.
(20) Id., "El Crimen de la Guerra", Editorial América, ps. 245 y 6.

nizada? ¿Qué le dió a la América Española la revolución argentina, en ideas, en programas, en doctrinas políticas, que ya las demás revoluciones locales no hubieran enunciado?.... Un brasilero, considerado como la más alta autoridad de su país en cuestiones intelectuales, el señor José Verissimo, dice: "Si la dominación española no se prolongó en América quién sabe por cuánto tiempo; si el sistema monárquico no se implantó en nuestro continente; si las antiguas colonias nacieron a la emancipación con alguna conciencia de lo que hacían; si no se anarquizaron por completo, y si el *particularismo* de cada colonia cedió a un sentimiento de fraternidad continental, todo se le debe al Libertador.... Desde el momento en que aparece, y durante todo el curso su actividad revolucionaria, Bolívar es uno de los pocos espíritus, *si no el único*, que penetra con lúcida comprensión el levantamiento de América contra España, su trascendencia ulterior y el medio social de las colonias" (21). Nada de *revolución argentina americanizada*, Verissimo, como Montalvo, como Rodó, como García Calderón, alza su voz para decir que en ese grupo de revoluciones hispanoamericanas que constituyen la Revolución, Bolívar fué el pensador, el sociólogo, el genio, el político, "el superhombre de Nietzsche, el personaje representativo de Emerson" (22).

(21) "Bolívar, Profesor de Energía"; artículo aparecido en el diario *O Imparcial*, de Río de Janeiro, el 23 de mayo de 1914, y reproducido en el libro "Bolívar por los más grandes escritores americanos", y en "Bolívar pintado por sí mismo", Casa Editorial Hispano-Americana.

(22) Francisco García Calderón, "Les Démocraties Latines de L'Amerique", Ernest Flammarion, Editeur, 1920, p. 65. Nótese que G. C. llama a Bolívar el *superhombre* de Nietzsche. Aunque ni venezolano ni exclusivista la admiración justificada por el Héroe, libertador de su patria y de toda la América del Sur, llena de entusiasmo al eminente pensador peruano, hasta parecer exclusivista. Pero es que G. C., hijo de héroe, se siente inspirado al hablar de los héroes. No hay que olvidar lo que representa en la Historia del Perú, invadido por Chile, la admirable personalidad del Dr. Francisco García Calderón. En este instante yo le rindo el tributo de mi humilde admiración.

Si nos detenemos a observar ese aspecto del *exclusivismo nacionalista argentino*, que se caracteriza por menosprecio y desdén hacia las demás naciones hispanoamericanas, fácilmente nos damos cuenta de que todas las falsedades y desorientaciones que se notan en la Historia e historiadores argentinos, tienen su origen en el afán vanidoso de atribuir a la República Argentina y a los argentinos, la exclusividad de toda superioridad militar, intelectual, o política en la Historia de la América Española. Para el exclusivismo nacionalista argentino, en toda la extensión del Continente, no han dado a luz las madres americanas un político de la talla colosal del mulato Rivadavia, ni un militar como San Martín, ni un intelectual como Sarmiento. ¿A qué raza pertenecen esos degenerados países que todavía se atreven a creer en Jesucristo y a hablar en español, como poetisa el bardo nicaragüense, cantor de las grandezas argentinas? No se sabe. El profesor Nelson, de la Universidad de Buenos Aires, apenas alcanza a afirmar que: "Entre la Argentina y cualquiera de las demás naciones de la América del Sur, Perú o Colombia, por ejemplo, hay tanta diferencia como entre los Estados Unidos y otro país de la América del Norte, como México". Pero debemos confesar que esta idea del Profesor no es original; ya Mitre, en su carácter de Presidente de la República,

por boca de uno de sus ministros, había asegurado que "la República Argentina tenía más vínculos con Europa que con las demás naciones de América".

Este petulantismo político es el que trastroca la Historia pues llega nada menos que a la inconsciencia de la raza. Un país que reniega de su raza tiene necesariamente que inventar una historia que no es la suya. Para los engreídos historiadores bonarenses, Rosas, y aun el mismo Artigas, representan la BARBARIE, en lucha contra la CIVILIZACION, que encarnan Inglaterra, Francia, Sarmiento y Mitre, aliados los dos últimos de las dos primeras, es decir, de Europa, que atacaba a Rosas, pero no para civilizarlo, como pudiera creerse, sino por mero interés comercial, por inspiraciones del dios Mercurio, el derecho cañón que más tarde abriera los puertos de China al veneno del opio. No es raro, pues, que al llegar Mitre a la Presidencia de la República olvidara su argentinidad americana, y se creyera él, y creyera a su país europeo, declarando que lo americano—es decir, Rosas, Quiroga, las pampas, las provincias, todo el país—no era argentino, porque no se vestían de frac y con sombrero de copa, símbolo característico de la civilización, según el pensar de Sarmiento y del historiador Vicente F. López (23). Pe-

(23) El frac de Sarmiento es un *leit-motiv* de ciertos pedagogos argentinos. Un admirador de Sarmiento, un predicador que pretende hacer de la historia de su patria, explicada a través de sus odios y de sus afectos, la moral en acción, D. Vicente F. López, ha escrito lo siguiente, en un libro dedicado a los pedagogos: "No ha faltado quienes han (así), quienes han querido levantarle una estatua a *este héroe* (subrayado por López: el héroe es Artigas); pero el proyecto ha escollado en la imposibilidad de darle traje. ¿De militar? La cosa era absurda, porque nunca vistió sino poncho, sombrero de paja y harapos; y de enjaezarlo con su traje natural, *la figura real y el heroísmo se habrían devorado entre sí*. La juventud debe tenerlo presente para comprender que sólo en el orden civil culto y libre, nacen y fructifican los verdaderos héroes, los grandes ciudadanos que ilustran y honran a los pueblos". (Carlos Pereira, "El Pensamiento Político de Alberdi", Editorial América, pp. 112-13). El andrajoso Bolívar se sintió "lleno de envidia al contemplar los brillantes granaderos de los Andes", dice Mitre, pero yo, lo mismo que Carlyle, me quedo con los andrajos de Bolívar, que nada tenían que envidiarle a los botones pulidos de los uniformes argentinos que, al fin y al cabo, eran de cobre.

ro el mismo general San Martín se encarga de desmentirlos cuando afirma que *los triunfos de Rosas son un consuelo para su vejez* (24). No es raro que Don Bernardino Rivadavia, afirmando que *ya era hora de oponer los principios a la espada*, desconociera la obra de la espada de Bolívar, para venir a recibir en Madrid un puntapié de Fernando VII (25). Permita el cielo que nunca llegue a sufrir igual accidente el biógrafo de San Martín, señor Carranza, quien napoleónicamente asegura: "no necesitamos de nadie en América".

VII

¿Qué consecuencias deben deducirse de esa tendencia *nacionalista* del exclusivismo argentino? No sé ni qué decir. Los pueblos de la América Española viven en una completa indiferencia de sus destinos mutuos; unos a otros se abandonan, se ignoran. Simpatía de raza, puede ser. Fraternidad, en las manifestaciones huecas, porque México luchó solo con Europa y los Estados Unidos, y sola se quedó Colombia cuando perdió a Panamá. "A mí no me importa nada Amé-

(24) Cartas de San Martín a Rosas. San Martín su Correspondencia, pp. 146...

(25) Carlos Pereira, o. c., p. 89.

rica sino la Argentina", dice Estanislao Zeballos, y casi me atrevo a asegurar que ninguna nación de América tiene que hacer con América, con excepción, naturalmente, de los Estados Unidos. Sin embargo, esa desidia es fatal, y los pensadores argentinos que aun permanecen incontaminados de exclusivismo lo saben muy bien: "Entre Argentina y el último país de nuestra América—dice Silva—recordamos antes lo que nos nivela que lo que nos separa, y con esta tendencia de sinceridad, de benevolencia, de sencillez, sabemos, y sabemos perfectamente, que laboramos por nuestra patria para el día de mañana" (26).

Ese reprobable aislamiento hispanoamericano; ese *Argentina no tiene nada que hacer con América*, que proclaman los exclusivistas del gran país hermano, esa tendencia a persistir en los ideales que presenta Mitre como del general San Martín, constituyen la ironía del mundo, el tema de nuestra inferioridad, de nuestro atraso espiritual y material, la terrible condenación de Gustavo Le Bon, en sus *Leyes Psicológicas de la Evolución de los pueblos.*

"Un profesor americano del Norte, Mr. Coolidge, de la Universidad de Harvard, escribe que si hay alguna cosa que pruebe el espíritu atrasado de los hispanoamericanos, *es precisamente la existencia de tantas democracias hostiles sobre un continente uniforme.* Con tantos puntos comunes, con la misma lengua, la misma religión, los mismos intereses esenciales, persisten en mantener sus divisiones políticas debidas a simples ac-

(26) J. Francisco V. Silva, o. c., p. 37.

cidentes de su historia" (27). Y el profesor norteamericano aconseja con toda sinceridad a estas naciones enemigas que se asocien, que se agrupen en nacionalidades importantes como medio de defensa ante Europa y los Estados Unidos.

Para García Calderon: "En América y solo en América el problema político de la unidad es relativamente simple. Esta unidad es a la vez una tradición y una necesidad presente. A pesar de ello la desunión entre estas democracias latinas se perpetúa" (28). Nada, pues tiene de recomendable la política del aislamiento argentino, proclamada por los prohombres del exclusivismo *nacionalista*, suponiendo quizás erroneamente, como Mitre, que la obra de San Martín sobrevive EN LAS AUTONOMIAS QUE FUNDO. Pero esta afirmación se esfuma al considerar que San Martín quería formar un gran reino de la Argentina, Chile y el Perú (29). Por lo que se refiere al Libertador sus ideas son claras a este respecto, y en 1818, dirigiéndose a los argentinos, les decía: "La república de Venezuela bien que cubierta de luto, os ofrece su humanidad; y cuando cubierta de laureles haya extinguido los útimos tiranos que profanan su suelo, entonces *os convidará a una sola sociedad*, para que nuestra divisa sea *unidad en la América Meridio-*

(27) "Los Estados Unidos, potencia mundial", p. 351. Cit. por García Calderón en "Les Democraties...", p. 310.

(28) o. c., p. 316.

(29) Véanse en el capítulo siguiente las ideas monárquicas del general San Martín.

nal" (30). Es el mismo proyecto ya esbozado en el *Manifiesto de Cartagena* y en la *Carta de Kingston* y que nuevamente preocupó al Libertador, al convocar a las naciones hispanoamericanas para el Congreso de Panamá, en 1825, a cuya asamblea no asistieron ni Chile ni Buenos Aires "porque la desconfianza que estos países tenían por Colombia en 1823 y en 1824, se acentuó después del triunfo de Ayacucho" (31).

El ideal americanista de Bolívar, triste es confesarlo, no encontró eco en la vasta extensión del Continente. Como dice el señor Bulnes, se miraban sus planes con desconfianza, se interpretaban sus anhelos como el resultado de una *desmedida ambición*. Todavía hoy, al historiador argentino Mariano A. Pelliza, al dar a su compatriota Monteagudo la paternidad del proyecto de confederación continental que envolvía el Congreso de Panamá, asegura que Bolívar lo aceptó "porque en su *desmedida ambición* no faltaba sitio para una dictadura que reuniese en sus manos los cetros de Atahualpa y Moctezuma, y *si no por esta consideración* se decidió a favor del proyecto esperando organizar la resistencia americana contra España y los planes de la Santa Alianza" (32). Es probable, sin em-

(30) Simón Bolívar, Discursos y Proclamas, compilados, anotados, prologados y publicados por R. Blanco-Fombona, Ed. Garnier Hermanos, París, p. 193.

(31) Bulnes, o. c., II, p. 372.

(32) Historia Argentina, t. 1º, p. . Así se escribe la Historia, imaginándola, como si fuera una novela, aunque el *si no por esta consideración* sirva para paliar ruindades. Quién sabe si sería el estudiar al Libertador en historias argentinas lo que hizo decir a César Cantú, refiriéndose a Bolívar: "Dichoso el hombre de quien sólo se pueden calumniar las intenciones". Por lo demás, ya el colombiano D. José Dolores Monsalve ha calificado de *ignorancia presuntuosa* esa paternidad que regala a Monteagudo

bargo, que Bolívar trabajara, como dice un autor, para la eternidad (33). Conocía más que nadie esta América suya y sus hombres, y no se hacía, no podía hacerse ilusiones. Antes de la batalla de Carabobo, el 20 de mayo de 1821, escribía Bolívar a Don Pedro Gual: "Persuádase usted, Gual, que estamos sobre un abismo, o, más bien, sobre un volcán pronto a hacer explosión. YO TEMO MAS LA PAZ QUE LA GUERRA, y con esto doy a usted la idea de todo lo que no digo ni puede decirse...." Temía más la paz que la guerra; la paz desmembró la América, inició y consolidó la prepotencia del caudillaje, pero no del caudillaje fuerte y primitivo de que habla Carlos Pereira, sino de ese caudillaje que desmembró a Colombia, dividió a la América Española y multiplicó las patrias fundando esas *autonomías* o *particularismos* conque Mitre injuria la memoria de San Martín (34).

La divisa de Bolívar, unidad en la *América Meridional*, su obra, sus idealismos, ridículamente desfigurados por el exclusivismo argentino, son, a pesar de los

el *historiador* Pelliza (V. "El Ideal Político del Libertador Simón Bolívar", t. I, p. 503, Editorial América, Madrid). Al hacer suya esta calificación, el argentino Silva (o. c., p. 23), comenta: "ella nos demuestra cuanto se ha usado y abusado en la Argentina de todos los procedimientos en contra de la verdadera historia".

(33) "Ni nosotros, ni la generación que nos suceda, verá el brilla de la República que estamos fundando; yo considera a la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes, y al fin, una nueva casta de todas las razas producirá la homogeneidad del pueblo. No detengamos la marcha del género humano con instituciones que son exóticas, como he dicho a usted, en la tierra virgen de América". Palabras de Bolívar a San Martín, contradiciendo sus proyectos monárquicos.

(34) "Quiénes eran los caudillos y qué representaban? Entendámonos al hablar de caudillos, y no permitamos una confusión de mala fé. Los caudillos fuertes y primitivos,—no los derivados perversos, pequeños y estúpidos que vinieron después,—los caudillos hacen frente al enemigo mientras la sa-

señores Carranza, Nelson, Zeballos.... la bandera de todos los grandes y generosos corazones hispanoamericanos: "La división de la América Latina no debe continuar, mientras que sus enemigos organizados en poderosas federaciones y vastos imperios extiendan progresivamente sus dominios. Ya sea en nombre de los intereses comerciales, utilidad común o verdadera independencia, las democracias americanas deben agruparse en tres o cuatro estados poderosos" (35).

biduría de las clases elevadas capitula miserablemente. ¿Quién salva a Buenos Aires? Güemes, mientras paga negociadores llenos de torpeza y abyección en Europa y Río Janeiro. Salta arroja a los soldados del virrey mientras Rivadavia recibe en Europa un puntapié de Fernando VII. ¿Quién impide que el Río de la Plata se pierda y quede señoreado por un enemigo? Artigas". (o. c., p. 89).

(35) García Calderón, o. c., p. 326.

La Entrevista de Guayaquil

CAPITULO I

Incorporación del antiguo Reino de Quito a la República de Colombia.—El principio del "Uti possidet juris de 1810".—Su aplicación en Guayaquil por parte de Bolívar y Colombia.—Las intenciones de San Martín sobre Guayaquil. El fracaso de San Martín y sus expresiones sobre el Libertador.

I

Rota la resistencia española en los campos de Carabobo, Bolívar, prestigiado por la aureola de sus victorias, después de larga y dolorosa ausencia, penetró en el recinto de su casa solariega. Pasados los momentos fugaces de las ovaciones triunfales, el Libertador ni siquiera tuvo tiempo, para dedicarse junto con los suyos, al culto de los dioses lares. Colombia y sus destinos se imponían a los dulces afectos de familia: los altos ideales de la Patria estaban por sobre todos los

amores. Un año después, el corazón de los Andes palpitaba de nuevo ante el empuje del glorioso, Bomboná y Pichincha se teñían con la sangre de nuestros mártires, y Quito, al cubrir de flores el camino del Héroe, hacía suyo también aquel manto de Iris, la Bandera de Colombia, conque venía envuelto el vencedor "desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas".

Incorporado el antiguo Reino de Quito a la República de Colombia (pacto del 13 de junio de 1822), la ciudad de Guayaquil, como parte integrante del territorio incorporado, quedaba de hecho dentro de los límites de la República. Pero la opinión local no era en su totalidad partidaria de esta solución, tan en armonía con el principio del *Uti possidet juris de 1810*, que era la norma seguida en sus revoluciones por los pueblos americanos, y solo un partido la sustentaba, mientras otro aspiraba a la incorporación al Perú y un tercero reclamaba la independencia absoluta.

Bolívar, como colombiano, quería, naturalmente, la incorporación a Colombia, y esta aspiración era, además, justa y legítima, ya que a las pretensiones del Perú y de los partidos locales adversos, podía oponer victoriosamente un principio de derecho internacional reconocido. A este respecto dicen, el mexicano Carlos Pereira y el chileno Ernesto de la Cruz: "Guayaquil—escribe el primero—con sentimientos divergentes, unos de unión al Perú, otros de independencia absoluta y los restantes de incorporación a Colombia, presentaba un problema muy especial. Bolívar no podía tener para resolverlo sino un criterio: Colombia como México, estaba en el derecho de mantener los límites que

le concedía la preexistencia de su unidad. Si el virreinato de la Nueva Granada comprendía la gobernación de Quito, ésta debía entenderse en la totalidad de sus elementos constitutivos, por más que Guayaquil hubiese pertenecido antes al Perú, y que aun después de incorporado al de Nueva Granada, obedeciese a Lima en lo eclesiástico y militar" (1). "Desde ese instante (es decir, desde el instante de la incorporación de Quito a Colombia)—dice el señor de La Cruz—pudo pensar Bolívar que la incorporación de Guayaquil a aquel Estado, en la misma forma y condiciones que los territorios septentrionales del Ecuador, era justa y legítima, ya que Guayaquil correspondía, con Cuenca y Loja, a la presidencia de Quito, que se había anexado, como hemos dicho, por propia voluntad a Colombia, de la que entraba, en consecuencia, a formar parte integrante" (2).

Así, pues, Bolívar, en conocimiento de las ocurrencias de Guayaquil, destacó al general Sucre, para que en su carácter de representante diplomático de Colombia, formulara negociaciones con la Junta de Gobierno de Guayaquil, sobre la base de la incorporación a la República. Es de advertir que el primer comisionado de Bolívar, general Mires, no obtuvo éxito, porque la Junta, compuesta de elementos del partido peruano, "había solicitado ya, en los primeros días de su mandato la protección y ayuda de San Martín, y no quería comprometerse en la anexión a Colombia hasta no conocer las ventajas que le ofreciera el protector" (3).

(1) "El General Sucre", p. 148. Editorial América, Madrid.
(2) "La Entrevista de Guayaquil".
(3) Id.

El *habilísimo* Sucre cumplió dignamente su cometido y, preparados por él todos los ánimos a favor de su Gobierno, la ciudad de la inmortal entrevista abrió sus puertas al Libertador el once de julio de 1822.

Dos días después dirigió Bolívar a los guayaquileños la siguiente proclama:

> *"El ejército libertador no ha dejado a su espalda un pueblo que no se halle bajo la custodia de la Constitución y las armas de la República. Solo vosotros os veíais reducidos a la situación más falsa, más ambigua, más absurda, para la política como para la guerra. Vuestra posición era un fenómeno que estaba amenazando la anarquía; pero yo he venido, guayaquileños, a traeros el arca de salvación. Colombia os ofrece por mi boca justicia y orden, paz y gloria.*
>
> *Guayaquileños:*
>
> *Vosotros sois colombianos de corazón, porque todos vuestros votos y vuestros clamores han sido por Colombia, y porque de tiempo inmemorial habéis pertenecido al territorio que hoy tiene la dicha de llevar el nombre del padre del Nuevo Mundo; mas yo quiero consultaros, para que no se diga que hay un colombiano que no ama su patria y sus leyes".*

El Libertador cumplió su palabra. Reunida la Asamblea que debía deliberar sobre el asunto, gozando sus miembros de completa y amplia libertad, resolvieron por aclamación, después de varias sesiones, incorporar la capital y toda la provincia a la República de Colombia. "Con este acontecimiento Bolívar acababa de fijar la fisonomía completa de su ideal, y

después de vencer las armas y la fuerza de la monarquía española en lo que se refiere a Colombia, les ganaba la parada al Perú y a San Martín" (4).

II

Triunfó el Libertador, como dice el señor Monsalve, sobre el Perú y sobre el general San Martín, al conseguir por medio de un acto legislativo la incorporación tan anhelada de Guayaquil a la República de Colombia, cuyos límites quedaban de este modo determinados en armonía con el principio del *Uti possidet juris.* Triunfó el Libertador gracias a la fuerza insuperable de su genio, pero triunfó también, y esto es más glorioso, por la justicia de su causa. Mitre no puede dejar de reconocerlo, aunque ofrendando, en aras de su exclusivismo, torcidas interpretaciones sobre la conducta del Libertador y su franca y decidida actitud en la cuestión de Guayaquil. Así se expresa Mitre:

"Al principio del *uti possidet* respondió al Sud del continente la propaganda de la hegemonía argentina al libertar a Chile, y la hegemonía chileno-argentina al *libertar* (?) al Perú, que repudiando las conquistas y las anexiones, trazaban el mapa político de la América del Sud, con sus fronteras definidas por un plano histórico de hecho y derecho, sin violentar los particularismos y entregada a la expontaneidad de los pueblos su propio destino. La hegemonía colombiana re-

(4) J. D. Monsalve: "Ideal Político del Libertador Simón Bolívar", t. 1º, 1783-1824, p. 401. Editorial América, Madrid.

presentaba por el contrario las anexiones y las absorciones con tendencias a refundir las particularidades en una nueva asociación que respondía a un plan de organización artificial derivado de las victorias, de las armas y basado en la fuerza. Empero, Bolívar, que representaba esta hegemonía absorvente, *representaba esta vez por acaso*, el principio superior, según el cual se constituirían definitivamente las nuevas nacionalidades al trazar los límites de su soberanía territorial".

"Si la provincia de Guayaquil formaba parte de la circunscripción política de Quito correspondía a Colombia. Si por el contrario pertenecía al Virrey del Perú, era peruana. Tal era la cuestión de hecho y de derecho. La fuerza lo resolvió de hecho. Pero los documentos histórico-legales dan a Colombia la razón de derecho, que al fin ha prevalecido como regla internacional de las Repúblicas americanas".

"Bien examinado todo, lo más acertado para el éxito, y lo más conveniente para la causa de la Independencia Americana, era *no insistir sobre la cuestión de Guayaquil*, renunciar a la pretensión de agregarlo al Perú, y dejar de voluntad que se incorporara a la República de Colombia, a que correspondía como parte integrante de Quito, sobre cuya anexión en general no había cuestión" (5).

Las oscuras ideas de Mitre sobre cuestiones de hecho y de derecho son erróneas y falsas. Es más, son tendenciosas; ellas quieren empeñar una victoria política de Bolívar sobre el general San Martín. Así se

(5) "Historia de San Martín". Félix Lajoune, editor, Buenos Aires, 1890, t. 3º, pp. 592, 93 y 600.

explica esa inútil y mentirosa exposición de las hegemonías argentina y colombiana. No se olvide que la hegemonía argentina no iba al Perú a *libertar* al Perú, sino a pasar por el Perú a libertar cuatro provincias argentinas que por el viejo camino de Belgrano, Rondeau y otros, no era posible libertar; que esa hegemonía fracasó porque ni libertó al Perú ni a las provincias argentinas; que esa hegemonía argentina apenas pudo decir, parada sobre un tablado, en la Plaza Mayor de Lima, que el Perú era libre, para luego dejarse derrotar cada vez que se le enfrentó a las tropas españolas del Virrey. Por eso, con sobrada razón, un peruano, el señor Alberto Hidalgo, desmintiendo afirmaciones de esta índole por parte de un descendiente del traidor Riva-Agüero, dice: "Es nieto de aquel general José de la Riva-Agüero que traicionó la santa causa de Bolívar. El peso de la herencia lo ha obligado a defender a su abuelo, cambiando los términos de la Historia y mintiendo como una cocota. Por eso es sanmartinista. Por eso olvida que el deber de todo peruano es reverenciar la noble memoria de Bolívar. Por eso no se atreve a decir lo que deben decir los *hombres de verdad*: *que San Martín* (es decir la h. a. parada sobre una mesa etc., etc.), *no libertó al Perú*, que ese mediocre en el proceso de nuestra libertad, no hizo otro papel que el de los vendedores de diario: pregonarla. El tiempo hará justicia, tarde o temprano, declarando que las batallas de Junín y Ayacucho die-

ron libertad al Perú. Y todos saben que esas batallas las ganaron los soldados de Bolívar" (6).

Suponiendo, como asegura Mitre, que Bolívar procedió por la fuerza, en la seguridad de que el pueblo de Guayaquil, en su mayoría no quería la anexión a Colombia, debido a circunstancias del momento, o cualesquiera que fueran las circunstancias, ¿qué debía hacer el Libertador para imponer el Derecho? ¿Cómo se somete a un pueblo rebelde? ¿Cómo sometieron los unionistas de los Estados Unidos a los separatistas estados del Sur?.... Si el ejército de Colombia no aseguraba *la razón de derecho* de su país ¿quién la aseguraba?.... San Martín no tenía intenciones de permitir que el pueblo de Guayaquil de *buena voluntad* se incorporara a Colombia. Mitre mismo nos dice que se hizo preceder de la escuadra peruana en su visita a Guayaquil, "con el *pretexto* de recibir la división auxiliar peruano-argentina (el autor se olvida de Chile), que desde Quito debía embarcarse en dicho puerto. *Ocupada así la ciudad por mar y por tierra*, el Protector contaba con ser *dueño del terreno* para *garantir* el voto libre de los guayaquileños y *tal vez para inclinarlo a favor del Perú*. Pensaba que a su llegada aun no se hallaría el Libertador en Quito hasta donde era su intención dirigirse, como lo había anunciado, a fin de buscar allí el acuerdo en actitud ventajosa, pero Bolívar le ganó de mano según él mismo lo declaró después" (7). Como puede notarse, en virtud de ex-

(6) "Muertos, Heridos y Contusos", p. 91. Las expresiones *hombres de verdad* y *cocota* se refieren a ciertas *modalidades* que en sentir de Hidalgo, caracterizan al R. A. del siglo XX.

(7) O. c., t. III, p. 619.

clusivista ley de embudo, Mitre no critica al Protector en lo más mínimo por el uso de la fuerza, y eso que a San Martín no lo autorizaba derecho alguno, aunque si trata de paliar esa forma coercitiva de la h. a. con una romántica *garantía* que al fin se resuelve en un ridículo *tal vez para inclinarlo a favor del Perú*. Demostrado está, pues, que si Bolívar y Colombia hubieran hecho uso de la fuerza en el asunto de Guayaquil, no podían ser objeto de crítica alguna, porque obraban impelidos por las circunstancias.

Pero nada de esto sucedió, ni el Libertador usó del derecho de la fuerza ni lo necesitó tampoco. Esa fué, precisamente, la habilidad de Bolívar: haber conseguido *de derecho* lo que estaba en el deber de conseguir por la fuerza, si alguien, nación, hombre o pueblo, se hubiere opuesto. No era Bolívar partidario de esas organizaciones *basadas en la fuerza* como lo dice Mitre: todo lo contrario, en cierta ocasión aconsejaba a su querido general Bartolomé Salom: "Es preciso que usted guarde su furia para los casos importantes; todo lo demás es inútil y aun perjudicial, porque gasta uno su paciencia, y *el pueblo se acostumbra al rigor, en lo que se pierde mucho*" (8). Por eso, desde el año de 1821, tendió la vista al Perú y a Guayaquil, y envió a Mires e Ibarra, y por dos veces a Sucre, de cuya última y feliz misión ya di noticia. Es así, como el señor de la Cruz, al tratar de estos episodios, no habla de actos de fueza por parte de Bolívar. Solo dice, sincera y terminantemente: "Fruto de esa misión y de las gestiones de Sucre fué el tratado de 15 de ma-

(8) "Cartas de Bolívar", 1823, 1824, 1825, Editorial América, p. 16.

yo de 1822, que debe considerarse como el primer *triunfo político* del Libertador en frente del protector" (9).

Respecto a la pretensión de Mitre de que, en el asunto de Guayaquil, representaba Bolívar, *por acaso*, el principio del *Uti possidet*, ya entra en lo risible. El Libertador proclamó, por primera vez en América, y en su carácter de presidente de Colombia, el principio del *Uti possidet juris de 1810*, y era así como "a los enviados que iban a los pueblos de América como los que iban a las cortes de Europa, se les instruía para que propusieran e hicieran adoptar como base para la demarcación territorial americana, bien entre los estados americanos, bien entre esos estados y las posesiones europeas de América, una base fundada en el respeto al derecho derivado de las Reales Cédulas o de los Tratados públicos vigentes cuando se verificó la emancipación y que constituyeron o demarcaron las entidades coloniales americanas. Ese derecho, así derivado de las Reales Cédulas o Tratados; esas reglas de demarcación de aquel derecho derivadas, constituyeron el *uti possidet juris de 1810, nombre que les dió el Secretario de Relaciones Exteriores de Colombia* cuando, exponiendo, en su Memorial al Congreso de 1823, la política del gobierno.... decía:.... 1ª, que los Estados Americanos se aliasen y confederasen perpetuamente.... garantizándose mutuamente la integridad de sus territorios respectivos; 2ª, que para hacer efectiva esta garantía se estuviese al *uti possidet juris de 1810*.... Así quería Bolívar que la gran república que él había fundado iniciara su carrera en la sociedad internacional, exhibiéndose, por sus iniciativas en favor del derecho, tan gloriosa como se había exhibido por sus victorias sobre los ejércitos españoles" (10).

(9) Estudio citado.

"El plan de Bolívar, dice Oliveira Lima, fué como el de los federalistas americanos, sobreponer a la autonomía de la parte, la autonomía del todo; sumergir los intereses particulares en la masa general o aglomerado superior. Por eso comenzó por respetar en la demarcación continental de la América Española libertada, el principio del *uti possidet juris*, con el cual suministró a esa división política su único aliciente, razonable y lógico, no exento aun así, de cuestiones y conflictos, como los que por semejantes motivos han tenido lugar entre casi todos los países del Nuevo Mundo.

"Preconizado el principio de arbitramento como principio regulador de las diferencias de las naciones, Bolívar se sale de la esfera estrecha del patriotismo, que en la América Española fragmentada continuaba siendo por el contrario el de parroquia, para entrar en la esfera superior de la armonía internacional.

"Las concepciones altruistas y elevadas de Bolívar no armonizaban siempre con la sociedad que debía ejecutarlas.... Por eso los bellos y transcendentales principios de carácter internacional proclamados por él, solo ahora están siendo llevados a la práctica y constituyen un ideal común" (11).

(10) F. J. Urrutia, "El Ideal Internacional de Bolívar", en el libro "Bolívar, por los más grandes escritores americanos".

(11) O. c., pp. 95-6, 178.

III

Que el general San Martín llevaba a Guayaquil una intención disimulada, está fuera de toda duda. Mitre no hace sino confirmar aun más lo ya sabido. El general O'Leary dice a este respecto:

"Habíase ajustado hacía poco un tratado entre los plenipotenciarios de Colombia y el Perú, por el cual se comprometían ambas repúblicas a ayudarse recíprocamente mientras durase la guerra con España; y como la de Colombia había ya terminado, San Martín venía a pedir auxilios al Libertador para dar cima a la del Perú.

"Este era en apariencia, el objeto ostensible de su visita. Sin embargo, se susurró entonces que las miras del Protector eran menos amistosas y sinceras, y que creyendo él llegar a Guayaquil al mismo tiempo que la división de Santa Cruz, y mientras el Libertador estuviese ocupado en Quito, daría aliento con su presencia al partido peruano y quizás lograría la anexión de la provincia al Perú. El carácter de San Martín pudo haber dado motivo a esta sospecha, la cual adquirió más fuerza al notarse cierto desagrado y preocupación en su semblante, durante su corta estancia en Guayaquil" (12).

El prudente señor de la Cruz comprueba que el objeto principal del viaje de San Martín era "la incorporación de Guayaquil al Perú" (13). El mismo

(12) O. c., pp. 183-4.

(13) Est. cit. También puede leerse allí la declaración de San Martín a sus edecanes en la cubierta de la *Macedonia*, en su viaje de regreso al Perú.

Protector también lo deja ver cuando dijo a sus edecanes en la cubierta de la *Macedonia*: "Pero han visto ustedes como el general Bolívar nos ha ganado de mano? Mas espero que Guayaquil no será agregado a Colombia, porque la mayória del pueblo rechaza esa idea. Sobretodo es cuestión que ventilaremos después que hayamos concluído con los chapetones que aun quedan en la Sierra". Pero fracasado su plan, se encerró San Martín, más tarde, en una persistente negativa. Así dice al general Miller: "En cuanto a mi viaje a Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el de reclamar del generad Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú, auxilios que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de América) lo exigía por los que el Perú *tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia*" (14). El señor José Manuel Goe-

(14) "San Martín, Su Correspondencia", Carta al general Miller, p. 88. Refiriéndonos a los auxilios que, según San Martín, habían sido *tan generosamente prestados por el Perú para libertar el territorio de Colombia*, bueno es pone las cosas en su lugar.

Esta generosidad es rara ya que estos auxilios vinieron "en reemplazo del batallón *Numancia*, compuesto de venezolanos... con carácter de canje provisional", como lo dice el señor Monsalve (o. c., t. I, p. 385). Este batallón *Numancia* lo había organizado en Venezuela el general Morillo, y formaba parte de aquellas tropas criollas que tan bizarramente se batieron contra los pariotas, en aquellos primeros años de la guerra a muerte, en que Bolívar, como dice Bulnes, aún no había formado opinión en su país. De Venezuela fué al Perú sirviendo siempre en las filas realistas y apenas desembarcado San Martín, al Norte de Lima, se pasó a los republicanos, y sirvió de eje para las operaciones del Protector, hasta la ocupación de Lima. Lo mandaba el venezolano Tomás de Heres y por él se pasó el batallón. Ocupada Lima, y deseando los numantinos servir bajo jefes colombianos, como era natural, Sucre reclamó estos hombres; "pero San Martín *por motivos de conveniencia*, prefirió despachar la división que estaba situada en Piura, compuesta de dos cuerpos de infantería y dos escuadrones de caballería recientemente organizados, en todo 1.100 hombres, a las órdenes del

naga apoyándose en esta afirmación de San Martín a Miller parece creer que "el objetivo principal de su visita a Bolívar fué conseguir en persona el cumplimiento de la promesa que se le había hecho de que el ejército colombiano marcharía a dar auxilios al Perú" (15). Pero es que el señor Goenaga, como dice Blanco-Fombona, no "aguzó en esta ocasión el espíritu crítico que la Naturaleza le dió" llegando hasta decir que "la historia imparcial no ha pronunciado su fallo definitivo para decidir cuál de estos dos grandes hombres tuvo razón: si San Martín haciéndose a un lado para dar libre paso a su rival afortunado, o Bolívar asumiendo la responsabilidad de los acontecimientos futuros". Con lo cual quedamos en que, según el modo de pensar del señor Goenaga, la Historia no sabe aún que hacerse con la independencia de la América Meridional, pese al sentir de D. Emilio Castelar, el tribuno español, quien aseguraba haber "trabajado ardientemente desde tierra española por el reconoci-

coronel Santa Cruz" (O'Leary, o. c., p. 164). Como se ve, no había generosidad sino conveniencia en los auxilios peruanos canjeados. Todavía más: recuérdese el acto mezquino de San Martín ordenando a Santa Cruz la retirada frente al enemigo, antes de la Batalla de Pichincha, de la división *auxiliar* peruana, y que Mitre disculpa diciendo se debió a lo ofendido que se encontraba San Martín *por la actitud arrogante* de Bolívar, suponiendo que la ruindad del uno se pudiere ocultar aduciendo modalidades del otro (o. c., pp. 563-569). Queda aún: téngase entendido que así y todo, San Martín insistió en que, además de las tropas colombianas, que desde Guayaquil fueron al Perú, se les llenaran las bajas de su división, como decía Bolívar al Vicepresidente de Colombia dándole cuenta de estos sucesos: "El general San Martín lleva 1.800 colombianos en su auxilio, fuera de haber recibido las bajas de sus cuerpos por *segunda vez*, lo que nos ha costado más de 600 hombres". De todo lo cual resulta que si los *auxiliares* contribuyeron a la libertad de Colombia no fué por amplio espíritu de generosidad, como lo dijo San Martín.

(15) "Entrevista de Guayaquil", p. 138. Editorial América, Madrid.

miento de la independencia americana, como el hecho más grande de nuestro siglo". Porque era nada menos que esa independencia lo que se iba a decidir en el escenario del antiguo Imperio del Sol, sobre cuya realización Bolívar había aceptado la responsabilidad. Que San Martín haya procedido mal o bien en alejarse del Perú, dejando al país en el estado más lamentable, a pesar de sus declaraciones optimistas y de la abnegación en que envolvió su huída, es cosa a que me refiriré más adelante, en estas mismas páginas; pero lo que sí no admite discusión es que Bolívar ha debido ir al Perú, si es cierto que era el Hombre—aquel hombre, hombre en toda la extensión de la palabra,—de que nos habla Unamuno.

Consecuentes con las negativas del general San Martín los exclusivistas argentinos niegan su actitud disimulada en la cuestión de Guayaquil. A uno de ellos pregunta el señor Destruge: "¿por qué se empeña usted en *defender* al general San Martín en sus gestiones para incorporar la provincia de Guayaquil?" (16). La respuesta es muy sencilla: porque esas gestiones fracasaron; porque esas gestiones no se realizaron franca y sencillamente, a la luz del día, como las gestiones de Bolívar; porque San Martín, no tenía el derecho de aspirar a tomar lo que no le pertenecía; porque se vislumbra tras la cuestión de Guayaquil, orden de retirada a la división peruana, frente al enemigo, en Pichincha, y arribo inesperado de la escuadra peruana a la Ría de Guayaquil, a aquel San Martín que nos pintan Vicuña Mackenna

(16) Destruge, Carta citada.

y Amunátegui, los historiadores chilenos: "En la política no tenía conciencia ni moralidad. Todo lo creía permitido. Para él todos los medios, sin excepción eran lícitos. No retrocedía ni delante de la perfidia ni delante del asesinato" (17). Por todo eso, pero sobre todo por aquello de la *ganada de mano*, porque "Bolívar había tenido conocimiento de que San Martín había ordenado que la División Santa Cruz se viniera de seguida a Guayaquil con el aparente objeto de embarcarse para el Perú, para lo cual vendrían buques de esa nación; y él, San Martín, a bordo de uno de ellos. Una vez la división en Guayaquil se proclamaría la anexión por el partido peruano, con el apoyo de esa fuerza.—*Pero Bolívar cortó esos planes.* En la orden general se fijó para algunos días después la marcha de la División Santa Cruz, en tanto que él salía inmediatamente con fuerzas respetables, llegaba a Guayaquil y fijaba su cuartel general en esta ciudad" (18).

Por supuesto que San Martín tuvo buen cuidado de no transparentar sus intenciones ante el Libertador. Todo lo contrario: en la Nota que el Secretario General de Bolívar envió al Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia se lee: "....2ª El Protector dijo espontáneamente a S. E., y sin ser invitado a ello, que nada tenía que decirle sobre los negocios de Guayaquil en los que tenía que mezclarse....", aseveración que no se compagina con sus declaraciones a bordo de la *Macedonia*. En su carta antes citada, al Vice-presidente de Colombia, le dice Bolívar: "....El Protector me ha ofrecido no mezclarse en los asuntos de Guayaquil...." Sin embargo, en Guayaquil, quedó su agente Salazar, quien "no descuidó un momento su misión" (19). No es de extrañar, pues, que Bolívar se diera cuenta, al fin, de que San Martín no había renunciado del todo a Guayaquil, como se puede confirmar por la carta que, en 22 de setiembre de 1822, escribiera a Santander, diciéndole: "¿Cómo quiere vuestra merced que me vaya yo y que me lleve a Sucre, dejando a nuestra espalda cuatro provincias de Colombia flamantes, donde no hay más lazo que las una a nosotros que el respeto y la buena administración? Estas provincias están en la frontera de la guerra y de la insurrección. *El Perú quiere usurparlas*, y el ejército español si puede, las conquistará" (20).

(17) M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna, "La Dictadura de O'Higgins", p. 106. Editorial América, Madrid.

(18) Destruge, Carta citada.

IV

Conociendo todos los incidentes relacionados con los sucesos de Guayaquil, era natural que Bolívar, a pesar de su carácter, franco y resuelto, a lo que se agrega la posición que ocupaba, de parte interesada, se mantuviera con cierta reserva ante el general San Martín. Fuera, quizás, esta actitud, lo que hizo decir a San Martín que *no era el Libertador el hombre que pensaba*, y la que más tarde le moviera a dar a Lafond

(19) Destruge, Carta citada.

(20) Carta de Bolívar a Santander. *Cartas de Bolívar*. Ed. Madrid (cit.) p. 404. La carta al Vicepresidente de Colombia la tomo de Goenaga (Est. cit.).

de Lurcy aquella referencia sobre que los signos característicos del general Bolívar, "los que pude observar en la Conferencia de Guayaquil, eran un orgullo muy acentuado y su falta de franqueza".

Al menos este juicio peca de exagerado. Bolívar, Mitre lo reconoce y lo asegura, con malévolas intenciones, era, al enfrentarse a San Martín y su escuadra peruana, el único poder formidable en la América del Sur. San Martín, desprestigiado, abandonado por su ejército y por la escuadra chilena, no era nadie ante el todopoderoso Libertador (todo esto lo reconoce Mitre en medio de sus frases ambiguas). ¿Iba Bolívar, que conocía mejor que el Protector mismo su posición en el Perú, ya que por boca de Bolívar tuvo San Martín la primera noticia de la revolución de Lima, a usar actitudes disimuladas, hipócritas, él que no las tuvo nunca en su vida, con un general caído, desprestigiado, con un cadáver político, por más que ese cadáver viniera hacia él con doble faz? No contesto estas preguntas: no es necesario.

Pero tampoco venga a hablarse de abnegaciones de San Martín ni de orgullos o vanidades de Bolívar. En el asunto de Guayaquil, es decir, en lo que a la anexión de esta provincia se refiere, no hay que buscar ni al Libertador ni al *Gran Capitán de los Andes*. Allí solo se encontraron los Jefes de dos estados vecinos que discutían sus derechos sobre un territorio en disputa. Triunfó uno: el que tenía el mejor derecho y no se lo dejó arrebatar, nada más. Sobre los demás puntos que se debatieron en la Entrevista, los exclusivistas argentinos no debían implorar el testimonio de

San Martín: sus silencios sospechosos, sus declaraciones contradictorias; el desconocimiento de sus opiniones, no le dan autoridad alguna, ni siquiera le honran.

La Entrevista de Guayaquil

CAPITULO II

Situación de San Martín en el Perú al anunciar su propósito de ir a encontrar al Libertador.—Los Cuatro Puntos de San Martín.—Juicios de San Martín sobre la conducta del Libertador en esta emergencia.—La famosa carta de San Martín; su epílogo.—La historia hipotética.

I

El 13 de julio de 1822 anunció San Martín al Libertador, desde la ciudad de Lima, su propósito de ir a encontrarlo en Quito, con el objeto—decía—de "combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos para que una sólida y estable prosperidad los haga conocer mejor el beneficio de la independencia". Su mensaje terminaba así: "Antes del 18 saldré del puerto del Callao, y apenas desembarque en el de Guayaquil, marcharé a saludar a vuecen-

cia en Quito. Mi alma se llena de pensamientos y de gozo cuando contemplo aquel momento; nos veremos, y presiento que la América no olvidará el día que nos encontremos" (1).

La situación de San Martín en el Perú, cuando resolvió ir a encontrar a Bolívar en Quito, era insostenible. Con toda seguridad debe decirse que si el Protector no renuncia el mando lo hubieran derrocado. Tuvo, no la abnegación, pero si la astucia, de retirarse a tiempo. El ejército vivía en estado de *latente conjuración* (Mitre); la opinión del país sublevada con motivo de su propaganda monárquica (id); desacreditada en Chile y rechazada su política por O'Higgins, su más constante amigo y aliado (id.); y disgustado con el gran almirante de Escuadra, Lord Cochrane, insultado por él, hasta dejar que hieran sus oídos la palabra "cobarde", se vé, por último, abandonado de su marina de guerra, cuyos buques se alejan de las costas peruanas para siempre.

No fué digna la actitud del Héroe en medio de tanto vicisitudes. En el momento decisivo de la vida le faltó el corazón; "En vez de desentenderse de las rencillas de algunos oficiales y de las delaciones de otros; en vez de estrecharlos a todos, chilenos, argentinos, colombianos y peruanos, en un mismo abrazo de reconciliación y olvido; en vez de lanzarlos al frente de sus huestes a los últimos combates libertadores de Hispano-América; y en vez de hacer tocar la última

(1) O'Leary, "Memorias", Correspondencia, t. XIX, pp. 335-6. Imprenta de *El Monitor*, Caracas, 1883. Es esta la edición mandada a publicar por el general Guzmán Blanco. Las citas de la Narración las tomo de la edición madrileña de la Editorial América, como ya lo he manifestado.

diana para la guerra y la victoria, entregó el poder en manos de un peruano, al que entonces llamó ilustre, y a quien andando el tiempo calificó de inepto y y disoluto. Y como si esta delegación de poder no fuera bastante, dejó al lado de Torre Tagle la siniestra personalidad de Monteagudo, con sus agravios, sus rencores y sus venganzas. Y fuese él a reposar sobre sus gloriosísimos laureles, en las horas caniculares de las largas siestas tropicales, bajo las palmeras de la *Magdalena*.

¡Qué grande desquiciamiento de una grande alma!

"Y siguió contemplando con estoicismo musulmán, después de su fracasada tentativa para ver a Bolívar, en Enero de aquel año, los tropiezos y caídas del gobierno provisional del Perú.

"El jefe nato de aquella nación que él mismo creara sobre los escombros del virreinato, con las concepciones políticas de su gran cabeza y con el sable de sus granaderos, se entregaba ahora, dominadas aún las sierras por las armas de Castilla, a los devaneos voluptuosos de la vida cortesana, en tierra de indios y de libres.

"Más cuando todo se descomponía en un fermento de odios y recriminaciones recíprocas, miró clarear hacia el Norte la aurora de Pichincha, y a su luz purísima, que irradiaba la gloria por todos los ámbitos de nuestra América, leyó el mensaje de 17 de junio, en que el Gran Libertador, al agradecerle el concurso de las fuerzas peruanas que operaron en la guerra de Quito, le hace copartícipe de los triunfos alcanzados por las armas patriotas en Bomboná y Pichincha.

"San Martín despierta entonces de su letargo, cuen-

ta los soldados que le restan, los recursos de que aún puede disponer, y, comparándolos con los que el enemigo ha conservado en los territorios de la altiplanicie y de la sierra, comprende, al fin, desgarradas sus vestiduras y marchito su prestigio, que la grande obra de la emancipación americana depende, solo de la feliz terminación de la guerra en el Perú, y de que no son bastantes a alcanzar ese término los restos de la gloriosa expedición libertadora. Y en el desgarramiento de todo su ser, en el fracaso de sus anhelos y de sus esperanzas, tiende los brazos hacia Bolívar para pedirle a él—abrumado por el peso de sus laureles y sus glorias, pero ligero el espíritu a las fatigas y a las luchas—el doble auxilio de sus huestes y su nombre" (2).

El Protector no supo imponerse a los acontecimientos. Bien dice Francisco García Calderón, hablando de San Martín: "Su ambición es limitada como su genio; prefiere la gloria militar a la dictadura, cree en los beneficios de la monarquía extranjera, organiza ejércitos; pero es imponente ante la anarquía" (3). Hay otra cosa, y es que los grandes hombres, como las grandes civilizaciones, como los grandes pueblos, como todo lo humano, en fin, se gastan, tienen su decadencia, y constituye una desgracia el que esta decadencia se insinúe, cuando aún no han cumplido su misión sobre la tierra. Miranda, frente a Monteverde y San Martín, en el Perú, nos lo prueban terminantemente: aconteció a ellos como un inoportuno derrumbamiento de ilusiones. En la carrera de estos dos hombres se atravesó el cansancio, el desgano, la misantropía, sepultándolos irremisiblemente, y así, el uno fué a morir, olvidado de todos, en oscuro calabozo, mientras la Patria empurpuraba, con la sangre de sus hijos, la primavera eterna de su campo. San Martín, abandonado también de esa América, madrastra de sus héroes, terminó su larga y meritoria vida en el ostracismo, endilgando elogios al tirano Rosas, a quien, a la postre regala su famosa espada de Chacabuco y Maipú. Más grande el Precursor, tuvo la gloria de terminar su vida con toda la entereza de un mártir. "La suerte, que en ella había mezclado el ajenjo con la miel, continuó a su lado la misma misión, dándole una muerte dolorosa, pero que salvaba su nombre y rescataba su memoria, que sin esas horas de martirio, viviría manchada en la posteridad" (4). Supo Miranda guardar en la adversidad, clavado en su cruz, la difícil grandeza de un absoluto silencio. Severo consigo mismo, austero, firme, ese estoico anciano, arrollado por la desesperanza no quiso nunca legar a la posteridad la debilidad de una sinceración, alzando su voz solo para protestar en términos enérgicos contra los dolores del pueblo venezolano, sin nombrar para nada su persona, sin acordarse de él. Su palabra—*grito que lanza la virtud indignada*—no culpa a nadie por las torturas del general Miranda; él no existe; solo existe Venezuela.

Yo comparo la actuación de Miranda aquí, el año de 1812, frente a Monteverde, con la desgraciada inac-

(2) Ernesto de la Cruz: e. c.
(3) García Calderón: o. c., p. 53.

(4) Juan Vicente González: "Biografía de José Félix Ribas", edición de Garnier Hermanos, París, p. 47.

ción de San Martín, en el Perú, y especialmente con aquella actitud de aflojamiento ante el general Canterac, cuando éste con sus tres mil hombres "pasó al Sur de Lima, a medio tiro de fusil del ejército protector del Perú, compuesto de doce mil valientes, entró en las fortalezas del Callao, con un convoy de ganado y provisiones, en donde refrescó y descansó sus tropas durante seis días, y en seguida se marchó el 15, llevándose consigo todo el inmenso tesoro que los limeños tenían allí depositado, emprendiendo descansadamente su retirada hacia la parte Norte de Lima" (5).

Agréguese a esta inactividad ante el enemigo, la vida solazada y muelle a que se entregó el Protector en Lima, mientras veintidós mil soldados realistas dominaban el País, aislándolo en Lima, y deshacían sus tropas, ya en vía de desmoralización, cada vez que se

(5) "Memorias de Lord Cochrane", Editorial América, Madrid, p. 139. La impresión que esta actitud del Protector causó en sus soldados puede verse por la misma narración, que continúa así: "Luego que Canterac introdujo sus tropas en las baterías del Callao se anunció el suceso con salvas de artillería y otras demostraciones que *partieron el alma de los oficiales chilenos*. El Ejército patriota, en vista de ésto, fué a ocupar pasivamente su antiguo campamento de la Legua, entre el Callao y Lima.

"Sería un acto de injusticia no mencionar que el segundo jefe, el general Las Heras, disgustado del resultado, dejó el servicio del Protector y pidió su pasaporte para Chile, el que le fué acordado, imitando su ejemplo varios oficiales del Ejército, quienes profundamente heridos por lo que había ocurrido, prefirieron la oscuridad y aun la pobreza a seguir por más tiempo bajo tales circunstancias".

Asegura el narrador que muchos oficiales del buque de guerra inglés *Superb*, anclado en la bahía del Callao, se encaminaron al Cuartel General de San Martín, con el objeto de contemplar la refriega y el ineluctable triunfo de los patriotas, cuya causa les era simpática, "y se quedaron asombrados ante la presencia de ánimo sereno de un general que a la cabeza de doce mil hombres abandonaba una posición ventajosa en donde podía a lo menos haber interceptado el convoy de ganado, y de este modo compelir al Callao a rendirse inmediatamente, en vez de permitirle pasar sin disparar un tiro".

tropezaban con ellas (6). El mismo Canterac desbarató con toda facilidad a las divisiones que se destacaron en su persecución cuando repentinamente les dió frente. Con razón se jactaban las legiones del Rey de España de catorce años de victorias antes del alerta de Junín; con razón quiso ese mismo envanecido Canterac, pasar frente al ejército de Colombia, sin conocer las célebres *puyas* de Silva, menos largas que su larga y desastrosa carrera de entonces (7). Una idea muy

(6) "¿Quién es aquél de uniforme recamado de oro, que pasea por la blanda Lima en su carroza de seis caballos?—pregunta en su lenguaje florido el inolvidable Martí.—Es el protector del Perú, que se proclamó por decreto propio gobernante omnímodo, fijó en el estatuto el poder de su persona y la ley política, redimió los vientres, suprimió los azotes, abolió los tormentos, erró y acertó, por boca de su apasionado Ministro Monteagudo; el que el mismo día de la jura del estatuto creó la orden de nobles, la Orden del Sol; el que mandó inscribir en las bandas de las damas limeñas (esta cursilería): "al patriotismo de las más sensibles"; "el emperador" de que hacían mofa los yaravíes del pueblo; el "rey José" de quien en el cuarto de banderas reían sus compañeros de la logia de Lautaro. Es San Martín, abandonado por Cochrane, negado por sus batallones, execrado en Buenos Aires y en Chile, corrido en la "Sociedad Patriótica" cuando aplaudió el discurso del fraile que quería rey, limosnero que mandaba a Europa a un dómine a ojear un príncipe austriaco, o italiano o portugués". José Martí: "Páginas escogidas", edición de Garnier Hermanos, París, p. 92.

(7) Me refiero a aquel Benemérito de la América que se llamó el general—el humilde general—José Laurencio Silva. Era en Ayacucho. El *hombre fatal de la esclavina encarnada*, en plena pelea forma su regimiento frente al enemigo, cuando viene la orden de detenerse para dejar el campo libre a los infantes. Silva obedece la orden, pero impaciente resuelve luego tomar cinco soldados apureños, y así se le va encima a un escuadrón español a *puyarlo* con sus lanzas (según sus propias palabras), "como si fueran un corral de cochinos", hasta hacerlo flaquear y volver caras, ante el empuje de aquellas lanzas tan largas, que por segunda vez les hacían morder el polvo.

Me refiero a la carrera de ciento cincuenta leguas que hizo Canterac, desde Jusín hasta el Cuzco, atravesando las provincias de Tarma, Jauja, Pampas, Huamanga, Cangallo, Andahuilas y Morochucos, cuando según expresión de García Camba—oficial español capitulado en Ayacucho—"los ponderados colombianos derrotaron a la engreída caballería de Canterac".

triste debía tener de las dotes del Protector, el jefe español, cuando se atrevió a pasarle tan de cerca con un despreciable número de soldados, consumando así una acción que vino a tener una gran trascendencia en los destinos del Perú. "La triunfante retirada que la fuerza española hizo con tan gran cantidad de valores fué un desastre que, después que los limeños se levantaron contra la tiranía de San Martín, y lo expulsaron por fuerza de la ciudad, vinculó el derramamiento de torrentes de sangre en el Perú, pues que de aquel modo pudieron los españoles reorganizar una fuerza que habría vuelto a poner el país bajo la sujección de sus antiguos opresores, si el ejército de Colombia no hubiese venido a hacer frente al enemigo común. Chile mismo temía por su libertad, y después que yo había dejado el Pacífico me suplicó volviese a evitar desastres contra los que él no podía luchar" (8).

Con razón, pues, dijo San Martín, antes de embarcarse para Colombia en uno de sus decretos: "La causa del Continente Americano me lleva a realizar un designio que halaga mis más caras esperanzas. Voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. Los intereses generales del Perú y Colombia, la enér-

Entonces las cosas habían cambiado: estaba el Libertador en el Perú, y le bastó tener bajo sus manos 5.780 hombres, para destruir a los mismos ejércitos que San Martín no liquidó con doble número y una gloriosa escuadra.

(8) Cochrane, cit. p. 142. A pesar de su enemistad con San Martín, el gran almirante no hace sino pintar con toda rudeza de militar los hechos positivos. El Apóstol Martí, aunque en lenguaje de escritor—que lo era, y grande por cierto—viene a decir lo mismo: "Propuso reyes a la América, preparó mañosamente con los recursos nacionales su propia gloria, retuvo la dictadura visible o disimulada, hasta que por sus propios yerros se vió minado en ella, y no llegó, sin duda, *al mérito sublime de deponer voluntariamente ante los hombres su imperio natural*". (O. c., p. 81).

gica terminación de la guerra que sostenemos, y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituído en alto grado responsables del éxito de esta sublime empresa (9). O lo que es lo mismo: la causa de América necesita de Bolívar, y me voy a buscarlo. Tenía razón el gran contendor de Bolívar, el célebre general Morillo, cuando dijo: "Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo (Bolívar). Su arrojo y sus talentos son sus títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra; pero es cierto que tiene de su noble estirpe española y de su educación también española, rasgos y cualidades que lo hacen muy superior a cuanto le rodea. EL ES LA REVOLUCION" (10).

Cuatro eran los puntos que San Martín se proponía tratar con Bolívar en la entrevista de Guayaquil:

I. El relativo a la suerte de Guayaquil

II. El reemplazo de las bajas de la división peruana en la campaña de Quito,

III. El relativo a los auxilios con que Colombia contribuiría a la independencia del Perú, y

IV. El entendimiento con Bolívar para el establecimiento de gobiernos monárquicos en América.

El primer asunto lo consideraba Bolívar resuelto cuando se anunció la presencia del Protector en aguas de Guayaquil, y así, en la carta íntima que le dirigió

(9) Preámbulo del decreto del Protector del Perú de 12 de enero de 1822. Citado por Mitre y Goenaga.

(10) Cita de la obra de Ciro Bayo: "Examen de Próceres Americanos", Librería de la Viuda de Pueyo, Madrid, p. 99.

con su edecán, el coronel Torres, se lo daba a comprender, al presentarle el primer saludo: "....usted no dejará burlada el ansia de estrechar *en tierra colombiana* al primer amigo de mi corazón y de mi patria". Por lo que ya leímos en la Nota del Secretario General del Libertador al Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, se deduce que San Martín, oficialmente, se conformó con el rumbo de los acontecimientos, aunque luego en conversaciones, en confidencias, y aun en aquella su famosa carta a Bolívar, expresara otra cosa, para luego contradecirse con Miller. Así era el general San Martín.

También vimos en la forma en que fueron reemplazadas las bajas de la división auxiliar peruana. Hombre a hombre se pagó con creces hasta el último soldado. Respecto a los auxilios conque contribuiría Colombia a la independencia del Perú, decía Bolívar al general Santander que San Martín se llevaba tres mil hombres de refuerzos, de los cuales más de dos mil eran colombianos.

Pero no era esto, en realidad, a lo que aspiraba el general San Martín. Según le dijo a Miller, desde el primer momento pidió al Libertador la traslación de todo el ejército de Colombia a tierras del Perú. Al hacer esta exigencia, San Martín, no se daba cuenta de la realidad de las cosas, ni respecto a Colombia ni respecto de él mismo. Por eso imaginó que el Libertador abrigaba aspiraciones egoístas al negarse a entregar todo su ejécito. "Hubiera sido locura de Bolívar desprenderse de su ejército para entregarlo al general San Martín. Ese ejército, compuesto de tropas indómitas y victoriosas, ¿hubiera acatado ciegamente el mando del general San Martín? Recuérdese que el propio ejército de éste, creado, instruído por él, y por él llevado a los combates, se revelaba contra el jefe argentino. Recuérdese cómo el ejército de San Martín desconoció su autoridad al punto de San Martín decir al general Guido, *que no podía dominar la situación, a menos de fusilar algunos jefes, pero que le faltaba valor.* ¿Hubiera sido más feliz con el ejército de Colombia, tan envanecido con sus innúmeras victorias?" (11). Además la situación de Colombia no le permitía, en aquellas circunstancias, pasarse sin la inmediata disposición de su ejército para cualquier emergencia. Todavía los realistas profanaban su suelo, obteniendo victorias en su propio territorio, y vigilaban alerta, frente a sus costas, las avanzadas españolas de Cuba y Puerto Rico. Ni siquiera en los momentos felices de Junín y Ayacucho pudo Colombia enviar todas sus tropas. Nunca vió la tierra de los incas aquellos nueve mil soldados que quería San Martín, según dijo en su carta a Miller (12). Bolívar pudo, apenas, oponer a las tropas realistas, un bloque de cinco mil hombres; pero era necesario vencer, y con ellos venció. Parece una tontería o una mera arrogancia, pero así fué, después de Pativilca.

De que no queda duda es de que Bolívar cumplió su palabra enviando al Perú las tropas de que podía disponer sin perjuicio para su país. "Bolívar había

(11) Notas de Rufino Blanco-Fombona al libro de F. Lorain Petre, titulado: "Simón Bolívar, el Libertador", en "Bolívar, por los más grandes escritores americanos", (c.).

(12) Carta del 19 de abril de 1827. "San Martín, su correspondencia", p. 88.

ofrecido el concurso de algunos cuerpos auxiliares en la guerra del Perú. En el momento de la entrevista, esas tropas estaban prontas para embarcarse hacia las playas peruanas. No faltó, pues, Bolívar a lo prometido, y solo hubo de negarse, en las conferencias de Guayaquil, a entregar todo su ejército o a abandonar el suelo de Colombia sin la autorización del Congreso" (13).

III

Da a entender San Martín que no creyó sincera la declaración del Libertador de no pasar al Perú, sin el requisito legal del permiso del Congreso, en la carta que aseguró había escrito a Bolívar, después de la entrevista, publicada en 1844, donde dice: "Las razones que usted me expuso de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme, y que, aun en el caso de que esta dificultad pudiera ser vencida, estaba seguro de que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame, general, le diga

(13) Ernesto de la Cruz, (o. c.). Es lo mismo que dice el venezolano Carlos A. Villanueva: "Las tropas auxiliares de Colombia no quedaban a las órdenes discrecionales del general San Martín sino sometidas a instrucciones especiales. El estado militar del Protector imponía esta reserva. Bolívar prometió aumenar esas fuerzas en caso necesario, bajo condiciones que se establecerían con determinación de un plan de campaña bien acordado entre las partes. Ni podía ser de otra manera, pues bien se comprenderá que siendo el Ejército colombiano el tesoro de Bolívar, debía éste manejarlo muy de cerca y ninguna de sus partes confiarla sino a hombres de toda su confianza, a fin de conservar íntegro el capital, sin exponerlo a ninguna sorpresa. El negocio del Perú, tal como estaba en manos de San Martín, amenazaba una quiebra irremediable, por lo que, como amigo, podía facilitar el avance de unos pocos dineros, bajo reservas ciertamente, pero nunca el capital íntegro, ni menos su firma en blanco". (Carlos A. Villanueva, "La Entrevista de Guayaquil", o. c.).

no me han parecido plausibles" (14). Mitre pintando a Bolívar muy distinto de como era, asegura creer lo mismo que San Martín en su famosa y no comprobada carta al Libertador, es decir, que la autorización legislativa eran necias disculpas de Bolívar, y funda su afirmación en la actitud del brigadier Simón Bolívar, en 1813, ante el permiso del Congreso de Nueva Granada, como si las situaciones y las circunstancias fueran las mismas. En 1813, Bolívar, al frente de un pequeño grupo de soldados, rodeado de enemigos, si no avanzaba, perecía. No le quedaba otro camino que avanzar para ver de salvarse, y se salvó; la necesidad y el instinto de conservación lo arrastraron. Por eso aceptó la responsabilidad del hecho. Si el joven Brigadier de entonces fracasaba en su empresa, es decir, si perecían a manos de sus enemigos él y sus quinientos hombres (recuérdese que la guerra era a muerte), no se daba a la Patria un golpe mortal. De todas maneras, ese ejército, aguardando un permiso estaba condenado a perecer, tomando en cuenta lo retardado que vendría, desde la lejana capital de la Nueva Granada a la Provincia de Trujillo, y la desmoralización que es consiguiente a un ejército ocioso, si es

(14) Según el sentir de Rufino Blanco-Fombona, "la historia no censura a San Martín, sino antes bien le aplaude sus expansiones con Guido, Guerrica, Iturragui, Sarmiento, Pinto... La historia no le reprueba que hablara y que muchos años después de muerto Bolívar publicara una carta propia dirigida al Padre de Colombia, carta cuyo original nunca se encontró. Lo que la historia puede censurarle es que no hubiera querido que se escuchase la voz de Bolívar, la voz de un muerto a quien se estaba juzgando, cuando poseía numerosa correspondencia con el Libertador. "No hemos encontrado entre los papeles dejados por San Martín las cartas de Bolívar a que hace referencia, entre las cuales debía hallarse la contestación a su carta relativa a la conferencia de Guayaquil, que derramaría tal vez luz sobre

que los enemigos no le caían encima (15). En Guayaquil las circunstancias eran muy ditintas, Colombia, fundada por el Libertador, era una república de hecho y de derecho, y el mismo Bolívar, sobre cuya cabeza estaban las miradas del mundo, era el Presidente de esa república, cuyas leyes había solemnemente jurado cumplir. Entre esas leyes había una que le prohibía la salida del país sin autorización del Congreso. Bolívar, Presidente de Colombia, no podía desobedecer las leyes de la República, sin exponerse, con razón a las censuras de sus enemigos, y conste que ya se propagaban calumnias contra la persona y acciones del Libertador. Una desobediencia al Congreso no podía tener ahora los mismos resultados que en 1813. Bolívar no podía aceptar la responsabilidad de la guerra del Perú en aquellos momentos; ni la situación de la Patria, ni la suya propia, si es que ambas situaciones

el asunto", dice Mitre, y agrega exculpándolo, "que la correspondencia con Bolívar fué *amistosa*, lo que vale asegurar sin importancia". Más valía y más vale no comentar. El silencio puede cubrir piadosamente una pequeñez de grande hombre. Y San Martín lo fué, tanto como Washington, como Miranda, como Sucre". (Cartas de Bolívar, ed. París cit.).

(15) La correspondencia de Bolívar al Congreso de Nueva Granada es, a este respecto, terminante: "...si yo cometiera la debilidad de suspender mi marcha, me perdería entonces indefectiblemente junto con las tropas de la Unión, pues los enemigos reconocerían el corto número de los soldados invasores, reunirían sus tropas dispersas y darían un golpe seguro a los republicanos. Es, pues, mi resolución obrar *con toda celeridad y vigor; volar sobre Barinas* y destrozar las fuerzas que lo guarnecen, para dejar de este modo a la Nueva Granada libre de los enemigos que puedan subyugarla". El francés Jules Mancini considera que en estas circunstancias, le era imposible a Bolívar atenerse a las órdenes del Congreso, pues ello "hubiera sido perder el beneficio de tantos esfuerzos y de tanta paciencia, cuando el éxito dependía de la rapidez de la acción frente a un enemigo que creía a las legiones patriotas fuertes de diez mil hombres en lugar de quinientos". ("Bolívar", Librería Bouret, París, México, pp. 468-9). No se cita de seguidas.

pudieran considerarse diferentes, requerían de él ese sacrificio. Derrotado en el Perú, el Libertador no podría volver los ojos hacia Colombia, cuyas leyes había desobedecido; y la libertad del Perú estaba en Colombia, y con ella la de toda la América del Sur.

Por eso dice el señor de la Cruz, al referirse a la petición de San Martín a Bolívar, de que pasara personalmente al Perú: "Bolívar no podía aceptar, pues necesitaba en su calidad de presidente de Colombia, de la autorización legislativa para abandonar el territorio de la República. Que al manifestarlo así al protector era sincero, no cabe dudarlo, ya que un año después de la entrevista, aun no traspasaba los límites de la Gran Colombia, sin embargo de que ya San Martín había abandonado, tiempo hacía, la tierra de los Incas. Existe, en efecto, una carta del Libertador al general Páez, fechada a 29 de mayo de 1823, en que dice: "El gobierno y pueblo de Lima me llaman para que vaya a mandarlos; conozco que hay dificultades que vencer, mas iré, si el Congreso me lo permite, para evitar a Colombia una nueva guerra por esa parte".

"Mas San Martín, con razón o sin ella, no creyó en la sinceridad de las excusas del Libertador, e imaginó que éste se negaba porque quería mandar en Jefe. Tuvo entonces el protector un rasgo de sublime desprendimiento de inmenso patriotismo: ofreció a Bolívar servir bajo sus órdenes.

"El Libertador debió comprender, en toda su heroica magnitud, la nobleza de alma de San Martín; pero las razones que había dado para no pasar al Perú quedaban en pié.

"Para la completa sinceración del cargo hecho a Bolívar por no haber aceptado pasar al Perú, difiriendo la última invitación del protector, la Historia deberá recoger en sus páginas el siguiente documento.... (El autor se refiere al conocido documento en virtud del cual el Congreso Constituyente del Perú, decreta que el Presidente de esta República suplique al Libertador obtenga del Congreso de Colombia el ansiado permiso) (16).

IV

"Dícese—escribe el argentino Silva—que cuando San Martín ofreció a Bolívar servir a sus órdenes, reveló con ello generosidad y desprendimiento, lo cual no es sino una grave equivocación, pues la humildad, tan alabada en los monasterios, es muy reprensible en los negocios de Estado, como venía a ser la jefatura de la guerra de la Independencia. Habiendo sido la suerte adversa a San Martín en Guayaquil, y careciendo de suficiente apoyo político militar en el Perú, y entre las tropas y demás elementos argentinos y chilenos, él no podía decidir la situación. Bolívar, el Libertador, más prestigioso, más político, más dentro de la razón de Estado, no aceptó su concurso, aunque no por desprecio, sino dando una viva lección al romanticismo, que hace bastarda a la Política en la América Española desde 1810: conducta altamente sensata!" (17).

Podría basarme en la opinión de este inexclusivista escritor argentino; podría repetir las ardientes y sinceras palabras de Rufino Blanco Fombona—"*el general San Martín, según tal documento (la famosa carta), aparece como hombre de grande altura moral, que se separó de América voluntariamente, no por estar roto con la Argentina, disgustado con Chile, desligado con la opinión política en el Perú, indispuesto con Colombia, cuyo puerto de Guayaquil codiciaba, sin autoridad en el ejército, con la escuadra insurrecta, con su ministro de guerra Monteagudo depuesto y expulso, y sin haber podido enrolar a Bolívar en sus planes monárquicos.... Es decir, no se separa de América el general San Martín a causa de sus errores, ni porque estuviese en una situación insostenible, sino de propósito deliberado, por abnegación, para que, según sus palabras a Bolívar: "sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sur*"—podría copiar documentos y opiniones para comprobar con todos los requisitos que requiere la verdadera historia, que la pretendida abnegación de San Martín es tan ilusoria como aquella generosidad de los auxilios peruanos, pero el hecho en sí no me interesa por ahora, y solo podría referirme a su existencia real y positiva.

No discuto que el acto de San Martín, al ofrecerse a servir bajo las órdenes de Bolívar, constituye, como hecho efectivo, un gesto de sublime abnegación y desprendimiento, lo que yo creo es que ese gesto no consta sino en la famosa carta de San Martín, y solo por declaración del mismo protector tenemos la noticia. Verdad que Mitre trata del asunto como si lo hubiera presenciado—"Bolívar, sorprendido, levantó la vista y miró por la primera vez de frente a su ab-

(16) Estudio citado.
(17) J. Francisco V. Silva, o. c., p. 28.

negado interlocutor",—o como si se tratara de una novela, o de una tragedia (llamémosla "La Tragedia del Cóndor"), escrita para el Teatro Colón, de Buenos Aires, pero ningún autor o memorialista de entonces, se refiere a la gesta noble. El mismo San Martín no lo dice ni a Miller, ni a Guido, ni a La Fuente, ni a Castillo.... a pesar de que ya se mortificaba su espíritu "con ese paso que la historia se verá en trabajos para cohonestar y que el fiel Guido no le perdonaba" (18).

El gesto se conoce, pues, pero solo desde el año de 1844, cuando ya Bolívar, encerrado en el mutismo de la tumba, nada podía decir, pues, hasta su contestación—si es que realmente la famosa carta le fuera enviada—no quizo darla a conocer el general San Martín. Consta el gesto, pero inopinado, cuando el reposo y la tranquilidad, corridos los años, le hacían ver a San Martín muchos errores cometidos, y acciones que la Historia criticaría acerbamente, mientras, la figura de Bolívar, después de algunos años de olvido e ingratitud, se alzaba poco a poco, con relieves de una grandeza única, en toda la extensión del continente nuevo. Lo que es indudable, lo que hace falta, lo que se pide, es que el definitivo remate de ese poema de abnegación—su epílogo—la contestación de Bolívar, la confirmación, la prueba, se haya también dado a la luz, a lo que el generoso interesado no accedió nunca.

Pero no es difícil, ya que el Protector no quiso hacerle este favor a la posteridad, reconstruir, tomando en cuenta documentos y sucesos, la respuesta de

(18) Carta de Guido citada.

Bolívar (19). Con toda urbanidad, como caballero

(19) La famosa carta de San Martín dice así:

"*Excelentísimo señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar.*

"Lima, 29 de agosto de 1822.

"Querido general: Dije a usted en mi última, de 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta República, con el fin de separar de él al débil e inepto Torre Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribirle con la atención que deseaba; ahora al verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de la América.

"Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me proponía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente yo estoy íntimamente convencido, o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso de que su delicadeza no le permitía jamás mandarme, y que, aun en el caso de que esta dificultad pudiere ser vencida, estaba seguro de que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame, general, le diga, no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy persuadido que la menor manifestación suya al Congreso sería acogida con unánime aprobación, cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de usted y del ejército de su mando, y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la República que preside.

"No se haga usted ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas; ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino 8.500 hombres, y de éstos una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas según escribe este general, no han sido reemplazadas, a pesar de sus reclamaciones), en su dilatada marcha por tierra debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1.400 colombianos que usted envía será necesaria para mantener la guarnición del Callao y el orden en Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios, no podrá conseguir las ventajas que debían esperarse, si fuerzas poderosas no llaman la atención del enemigo por otra parte, y así la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de América es irrevocable; pero también lo estoy de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos evitar la continuación de tamaños males.

y hombre de mundo que era, el Libertador, se apresuraría a contestarle en estos o parecidos términos:

"Excelentísimo señor Protector del Perú, General D. José de San Martín.

Guayaquil:.... de setiembre de 1822.

Querido general:

He recibido ayer su muy amable carta del 29 del

En fin, general: mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer Congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la Independencia bajo las órdenes de un general a quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse.

"No dudando que después de mi salida del Perú el Gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que usted no podrá negarse a tan justa exigencia, remitiré a usted una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada pueda ser a usted de alguna utilidad su conocimiento.

"El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimiento, estoy seguro le harán acreedor a que usted le dispense toda consideración.

"Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil a Colombia. Permítame, general, que le diga que creí no era a nosotros a quienes correspondía decidir ese importante asunto. Concluída la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos Estados de Sur América.

"He hablado a usted, general, con franqueza; pero los sentimientos que exprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio: si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

"Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito a usted una escopeta y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores.

"Con estos sentimientos y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la Independencia de la América del Sur, se repite su afectísimo servidor,—*José de San Martín*".

mes pasado. Ella contiene apreciaciones que revelan sus nobles y abnegados sentimientos, pero que al mismo tiempo mortifican mi corazón, porque veo mal interpretados los míos por parte de usted, al no considerar plausibles las razones que le expuse para no presentarme en el Perú llevándolo a usted como subalterno mío; ni aun siquiera para trasladarme a ese país sin el permiso legal que, para el caso concreto, debe libremente otorgarme el Congreso de Colombia.

No creo, General, que tratándose de la independencia de América haya puesto que no sea honroso: el honor, la gloria, la delicadeza, todo se reúne en el solo punto del triunfo de la Patria, del Ejército Unido y de la libertad de este Continente (20). Yo celebraría infinitamente que, cambiando usted de ideas, se mantenga al frente de los destinos del Perú, manteniendo sus tropas en buen pié, si es que teme enfrentarse al enemigo, hasta que despejando el horizonte de Colombia, libre mi país de cuidados, pueda yo, previa la autorización del Congreso, trasladarme al Perú, si es que persiste usted en creer a mi persona y a mi ejército, indispensables para lograr el triunfo de la causa de América (21).

(20) Carta de Bolívar a Sucre, "Cartas de Bolívar", Editorial América, c., pp. 236-7. Me valgo de expresiones del Libertador, para cubrir en lo posible la mezquindad de mis ideas y estilo, y también para dar un poco de realidad a esta carta imaginaria. Se trata ahora de la célebre carta a Sucre, cuando mandado a la retaguardia del ejército, después de Junín, quiso separarse, diciéndole entonces el Libertador: "Esta es la única cosa que usted ha hecho en su vida sin talento; estoy lleno de dolor por el dolor de usted, pero no tengo el menor sentimiento por haberlo ofendido..."

(21) Se me dirá que Bolívar conocía demasiado la situación de San Martín, en el Perú, para indicarle que se quedara esperándolo; que esta espera era de todo punto imposible, porque el gobierno protectoral, después

Yo, General, estoy en el deber de acatar las leyes de mi país, como cualquier ciudadano. El hecho de ocupar la Primera Magistratura de Colombia y el mando absoluto de su fuerza militar, me obliga más aún, por mis promesas y juramentos que todo el mundo conoce. Pero admitiendo lo que usted me dice: que el Congreso atenderá unánimemente una insinuación mía para marchar al Perú, ¿sería prudente formularla en estos momentos?.... La guerra civil está a punto de encenderse en Pasto y esta región rebelde me llena de preocupaciones: son tan obstinados defensores de Fernando VII, que al fin tendré que presentarme allí, con

de la revolución de Lima, no podía continuar; que a San Martín le era imposible mantener en buen pié un ejército ya en estado de completa desmoralización... y todo esto es verdad... Pero como el Libertador no podía, por cortesía, por fineza, por generosidad, salirse fuera de los términos de la correspondencia de San Martín, y éste no se refería absolutamente a su situación, la caballerosidad le ordenaba a Bolívar atenerse a los considerandos del Protector, únicamente.

De los razonamientos de San Martín aparece que se va para darle entrada a Bolívar, a quien estorba, y el Libertador debe limitarse a hacerle comprender su error, sin herirlo, sin desmentirlo brutalmente. Hablarle en otros términos, decirle: "No, general, usted no se va por *el convencimiento que tiene de que es el solo obstáculo que me impide a mí ir al Perú;* usted se va porque no puede sostenerse en el Mando; usted se va porque ni la opinión ni el Ejército lo sostienen; usted se va porque la mayor parte de sus oficiales conspiran contra usted y porque su Escuadra se le fué, abandonándolo; usted se va porque ya no puede soportar el peso de la guerra; usted se va porque no tiene *valor*, porque está *cansado*, *aburrido* (palabras del propio San Martín), porque se burlan de usted, lo insultan y lo desprecian en sus propios cuarteles, en el Perú, en Chile y en la Argentina; usted se va por todo eso, y quiere buscarme a mí como causa o pretexto de su retirada para descartar su fracaso, sin pensar en que, por salvarse usted, echa sobre mi persona el baldón de ambicioso, egoísta, absorbente..." Escribirle así, la verdad dolorosa, no creo lo hubiera hecho Bolívar, porque entonces el sublime cuadro de Rodó no cabría en lo posible: "Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes..."

imponente aparato de fuerza para dominar la situación (22). Además, General, las noticias que tengo del Norte, de Venezuela, no dejan de angustiarme; parece que el general Soublette ha sufrido un descalabro en Dabajuro, haciéndole frente a la nueva invasión de Morales, y este mal suceso puede traer consigo la pérdida de Maracaibo, ya que Coro, lo mismo que Pasto es más realista que el Rey, y proveerá a todo para esclavizarnos de nuevo. ¡Quién sabe, General, si el Destino vuelve de nuevo a marcar mis pasos hacia el Norte, primero que al Sur, porque es mi deber atender primeramente a la libertad de Colombia, y conseguido este propósito, asegurada la Independencia de mi País, volar a donde quiera que me llamen mis hermanos! (23).

¿Creerá, usted, General, que la reunión del próximo Congreso me tiene sin cuidado? Veo que hay síntomas de descomposición y anarquía, que se quiere cambiar ilegalmente la Constitución; que quiere alterarse el orden, y a esto debo oponerme con toda mi

(22) "La guerra de Pasto, la organización del Sur de Colombia y hasta las veleidades bogotanas, según las que debía reformarse la Constitución, ocuparon a Bolívar no poco. Tenía, pues, que atender a la política de Colombia y esperaba la resolución del Congreso, no por representar una comedia y valerse de medidas dilatorias, según opinó Mitre cuando Bolívar presentaba este mismo argumento de impotencia al general San Martín, sino por respeto a la Ley y por conveniencias políticas: porque se acordaba de 1819, cuando la campaña de Nueva Granada, en que se le llamó desertor y se hizo en Angostura, durante su ausencia una revolución". ("La Anarquía Peruana", en "Cartas de Bolívar", Editorial América, cit.). Al fin, el Libertador, personalmente, venció a los pastusos en la batalla de Ibarra.

(23) A punto estuvo el Libertador de volver a Venezuela para atender a la invasión de Morales, que se adueñó de Maracaibo, y ya había andado algunas jornadas con este objeto, cuando tuvo noticia de la capitulación del jefe español y reconquista de aquella plaza. Revolvió entonces al Sur.

influencia. ¿Sería razonable, General, que yo abandone el País en estas circunstancias? Hago un llamamiento a su noble corazón de patriota para que me responda.

No me haga la injuria, General, de suponer que yo no haya creído sincero su ofrecimiento de servir bajo mis órdenes. Pero debe usted permitirme que, sea yo tan abnegado como usted. Aceptando su ofrecimiento aparecería yo ante el Mundo, como un vulgar ambicioso que impongo, para la salvación del Perú, el sometimiento de su Protector y Jefe Supremo (24). ¿Debo yo desmerecer en el concepto público? A la causa de América lo he sacrificado todo: mi fortuna, mi tranquilidad, nombre, mi posición.... y creo que esa Causa tiene el derecho de pedírmelo todo, menos mi honor, mi reputación, mi gloria, que no tolero que nadie, absolutamente nadie me arrebate; es lo único que tengo para presentarme a la Posteridad. Qué puedan las generaciones venideras decir: "errores, pudo haber: bastardías, nunca en el alma de Bolívar!"

Me atrevo a decirle que no me hago ilusiones sobre la posición de las fuerzas españolas en ese país. Por intuición conozco al Perú tanto como a los demás países de la América, y para comprobarlo le adjunto copia de una publicación mía, que hace ocho años dí a la prensa de Jamaica (25)). Pero, en realidad, puede

(24) Villanueva, o. c.

(25) "Chile puede ser libre. El Perú por el contrario, encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: *oro y esclavos* (sic). El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad. Se enfurece en los tumultos, o se humilla en las cadenas. Aunque estas reglas serían aplicables a toda la América, creo que, con más justicia las merece Lima, por

usted creer que a lo que temo menos es al Ejército enemigo; temo más al país, a sus hombres, a sus tradiciones, a su oro, a sus esclavos. Castilla hace sus hombres y los gasta, decía el héroe castellano, pero el Perú es peor porque gasta los ajenos y todavía no ha hecho los propios. Yo creo, como usted, que es un deber para los hombres a quienes están confiados los destinos de América, evitar, en lo posible, la continuación de la guerra y los males que le son consecuentes; pero creo también, que es su principal deber, conseguir el triunfo de los ideales porque luchan. Hasta ahora yo me precio de haber cumplido con ambos, y por eso me avine a entrar en tratos con el general Morillo, siempre que esos tratos tuvieran por base el reconocimiento de la República de Colombia; no conseguido este resultado, pedí la Regularización de la Guerra, lo que implicitamente era reconocer a mi patria en el rango de las naciones, por parte del enemigo. En el Perú yo creo que la terminación de la guerra no depende de unos soldados más o menos; los cuatro mil colombianos de que yo dispongo alcanzaran, con las tropas de su man-

los conceptos que he expuesto, y por la cooperación que ha prestado a sus señores contra sus propios hermanos, los ilustres hijos de Quito, Chile y Buenos Aires. Es constante, que, el que aspira a obtener su libertad, a lo menos lo intenta. Supongo que en Lima no tolerarán los ricos la democracia, ni los esclavos ni pardos libertos la aristocracia; los primeros preferirán la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por establecer un orden siquiera pacífico. Mucho hará si consigue recobrar su independencia". (Carta de Bolívar, de 6 de setiembre de 1815, contestando a un caballero inglés que le escribiera sobre los sucesos de la América Española, y que el Libertador hizo publicar en la prensa de Jamaica, donde se encontraba entonces, para contrarrestar los escritos de los españoles sobre la Revolución americana, que tenían extraviado el juicio de los extranjeros sobre sus verdaderas causas). Tomado de la obra de Larrazábal, t. 1°, pp. 390-3, Ed. de New York, 1883.

do, al mismo número, más o menos, que tenía usted cuando inició sus operaciones y entró en Lima. Tome en cuenta que, con ese número, y disponiendo usted de una magnífica escuadra y de los recursos y la opinión general del país, no pudo alcanzar la independencia del Perú, que apenas pudo proclamarse en el recinto de la ciudad de Lima. ¿Lo conseguirá ahora con los esfuerzos colombianos? Yo lo dudo, General.

Para mí la guerra del Perú, por lo que a las operaciones militares se refiere, es *guerra de pan pintado* (26). No así por lo demás: administración, go-

(26) Desde Pativilca, el 7 de enero de 1824, le escribía al Presidente del Perú, Torre Tagle, el mismo que andando el tiempo traicionará la causa de América, pasándose a los españoles: "Venezuela tuvo catorce años de una guerra exterminadora, y nunca tuvimos 400.000 almas libres, siendo el país más pobre de toda la América; pero sus hijos no han hecho nada, nada, para impedir que los salvásemos. Ustedes tienen *cuatro años de guerra de pan pintado;* aquí no se ha exterminado nada, y este es el segundo país de la América toda, en cuanto a riquezas". (Cartas de Bolívar, cit., pp. 105-6).

Bolívar podía hablar así: España mandó a Venezuela, a la desarrapada Venezuela, formidables expediciones, soldados aguerridos, verdaderos generales como Morillo, Correa, La Torre, Morales, valientes como ninguno, crueles los más, magnánimos los menos, pero todos hombres de guerra, y aquí fueron vencidos por el Libertador y sus tenientes, con soldados descalzos, en lucha incesante contra la Naturaleza y contra generales celosos de mando, con pobres recursos y sin ayuda de ningún género. No era, pues, una arrogancia: para Bolívar la guerra del Perú era de *pan pintado*. El general Bermúdez, el irreductible Bermúdez, dijo, al tener noticia de la victoria de Ayacucho: "así serán esos godos del Perú cuando Antoñito los vence". Antoñito era nada menos que el Gran Mariscal de Ayacucho. Un teniente de Bolívar—y sirva ésto como aislado ejemplo—un teniente de Bolívar, el general Urdaneta, en los años terribles de la Guerra a Muerte, libró, en el espacio de cuarenta y tres días, veinticinco acciones, entre generales y parciales. Esto se llama combatir, y lo demás es *pan pintado*.

Qué distinto se manejaban las cosas en el Sur! Al único general español a quien venció San Martín, fué aquel inepto y afeminado Marcó del Pont, en la batalla de Chacabuco. ¿Cuándo se le enfrentó un Boves, un Morillo, un Morales, una fiera de esas, que arañaron al Libertador? En

gierno, sistemas, organización, orden.... Allí hay que cambiarlo todo, para obtener el triunfo final con un número relativamente corto de soldados, que el país pueda mantener holgadamente, y que deben ser sujetados a la más severa disciplina.

Repecto a Guayaquil, me perdonará usted, General, que no participe de su opinión. Esta Región pertenece de derecho a Colombia; el Perú no tiene ningún título para reclamarla, y por lo tanto yo no debía permitir la discusión, en este sentido, entre los dos países, ni entonces ni después de la guerra. Usted me manifestó, en esta ciudad, que no tenía por qué mezclarse en el asunto que ahora le preocupa, en su carta, y no me explico cómo puede haber cambiado de ideas tan pronto; sin embargo, yo me mantengo firme en las mías (27). Yo nunca dejaré abatir el derecho y el Honor de mi Patria por política o temor; la gloria de Colombia no se compagina con estos procedimientos.

General: respeto sus anhelos de que queden sepultados en el más profundo silencio los sentimientos que exprime su carta. Yo no temo ni las armas ni las intrigas de los enemigos de nuestra libertad, en absoluto; ni ellos, ni los intrigantes, ni los ambiciosos, pueden perjudicarme. En cambio me desconsuela que mi compañero San Martín no interprete, con toda justicia mis sentimientos; sus juicios errados sí mortifican, sí

el Perú fué donde vino a tropezarse con jefes españoles, que podían denominarse, con toda propiedad, guerreros de verdad, aunque no en el grado de La Torre o Correa, y ¿qué hizo? ¿qué se hicieron tus glorias, Gran Capitán de los Andes?...

(27) "El Protector dijo espontáneamente a Su Excelencia, y sin ser invitado a ello, que nada tenía que decirle de los negocios de Guayaquil..." (Nota citada).

arredran mi corazón. Por eso solamente le agradezco su noble determinación; sin ella, la Posteridad, me juzgaría mal, no teniendo a la mano más documento que su carta, en la que, por error de apreciación de usted, me atribuye, determinaciones que nunca he pensado.

Es esta la única observación que le hace su compañero y sincero admirador,

Bolívar".

¿Es la *historia hipotética?* ¿"Historia de lo que hubiera podido suceder"? Acaso. Pero no estoy dispuesto a dar un paso más (28). No pretendo tampoco comprobar nada: en el terreno de la mera imaginación sería un absurdo. Para Mitre la contestación de Bolívar no tenía importancia; negándola, San Martín impuso a sus admiradores esta pueril disculpa, acaso sin pensar que la enorme trascendencia de su carta debía darle importancia a la respuesta que obtuviera. Se trata, pues, de un simple trabajo mental, cuyo producto no es de circulación forzosa.

Pero sí me creo en el derecho de pedirle al lector se dé cuenta de que en la imaginada respuesta de Bolívar, resaltan, sirviéndole de base, un conjunto de hechos concretos, importantes, decisivos, en las páginas de la historia de Colombia, y que el exclusivismo argentino, tanto como el general San Martín, parecen olvidar. ¿Constituye una realidad histórica, palpable,

(28) "De la *historia hipotética*, que es la historia de lo que hubiera podido suceder en lugar de lo que ha sucedido, a la historia de lo que no ha sucedido absolutamente, que es la historia de la mentira, no hay más que un paso". (Alberdi, "Grandes y pequeños...", p. 262).

la imposibilidad en que se encontraba el Libertador para abandonar el territorio de su país? ¿Debía comprometer el ejército de Colombia en la aventurada expedición del Perú pendiente un terrible foco de insurrección en Pasto y la marcha triunfal de Morales por la Goajira, Maracaibo y Coro? Contémplese la actuación de Bolívar en aquella época, imagínese el cúmulo de preocupaciones que aquí, en el Norte, lo embargaban, y que una respuesta imparcial sea la que diga si San Martín lo juzgó bien o mal en su famosa carta(29).

Si en la frase, en el estilo, en la expresión, no he podido asimilar a Bolívar, mía es la culpa. No pertenezco al restringido número de los elegidos de Apolo; no es mía "la cabeza de los milagros ni la lengua de las maravillas", epítetos de Cecilio Acosta para el Genio de América, que más tarde confirmara el Apóstol de la Libertad, José Martí: "De un vuelo de frases inmortalizaba a un hombre; de un tajo de su palabra hundía a un déspota". Para acercarme a tanta elocuencia robo ideas y expresiones a

(29) Un amigo *fidelísimo* del Protector, D. José Rivadeneira, creía, pasado un año de la retirada de San Martín, improbable la ida del Libertador al Perú. "Ahora corre que Bolívar ha vuelto a Quito—decía en carta al Protector—porque Pasto ha vuelto a sublevarse, no obstante el horroroso castigo que sufrió últimamente. La venida de Bolívar es dudosa..." (Corresp. de S. M., pp. 288-292). Sirvan estas declaraciones al exclusivismo argentino, como de base a la respuesta que se pide, para que no se vuelva a creer en el *romántico obstáculo* de San Martín. Sépase que Rivadeneira fué enemigo del Libertador, y que lo mismo que Miller, no dejó de molestar a San Martín con chismes y cuentos que no cuadran a hombres de tanta facha. Pero Rivadeneira se contenta con darse ínfulas ante Bolívar, según él mismo lo dice, y rechazar cargos y honores que le ofrece el Libertador a quien califica de ambicioso, reconociendo que en todo momento tuvo Bolívar para San Martín, las frases más dignas y encomiables.

Blanco-Fombona, Villanueva, y al inefable Don Juan del Ecuador: "Errores, puede ser; bastardías, ni una sola en la historia de Bolívar" (30).

No es tampoco la primera vez que se imaginan actuaciones de Bolívar. El mexicano Carlos Pereira prolonga la vida del Héroe hasta 1850. Aduce, para ello, un razonamiento feliz: "Un poeta puede morir a los treinta años: Musset no necesita peinar canas. Un guerrero puede morir como Sucre o como Hoche, arrebatado por la cuádriga de su carro triunfal. Un filósofo no se desenvuelve plenamente sino en el otoño de la vida, cuando el sol ha dorado la miel de su existencia. Por eso el autor se permite en estas páginas imaginar a Bolívar en el destierro" (31). Es otra historia de lo que hubiera podido suceder—no la historia de la mentira, ciertamente—pero con toda la sabiduría y elegancia que caracterizan los escritos del gran sociólogo azteca.

(30) Juan Montalvo, "Siete Tratados", Editorial Garnier, París, t. II, p. 92.
(31) "Bolívar y Washington", Editorial América, Madrid, p. 185.

La Entrevista de Guayaquil

CAPITULO III

La cuestión monárquica.—Inconsecuencias de San Martín con sus antiguas ideas monárquicas.—Referencias y juicios errados sobre las ideas políticas del Libertador. El Libertador y la República de Chile.—Bolívar juzgado por los chilenos.—Cargos que hace la verdadera historia al General San Martín.—Los juicios de San Martín sobre Bolívar; falsas apreciaciones que contienen.—El concurso de San Martín, según el criterio de Mitre.

I

¿Se discutió en la entrevista de Guayaquil la *cuestión monárquica?* El historiador y diplomático argentino, señor don Adolfo Saldías lo niega, pero funda su negativa en un hecho de muy poca consistencia. El dice que "las memorias y documentos dejados por el General don Rufino Guido, ayudante del *libertador*

San Martín, permitieron al General Mitre hacer una relación mas exacta (que la de Mosquera) de la entrevista de Guayaquil, en la que *nada se traslucen las supuestas ideas monárquicas del General San Martín*" (1).

Esta negativa atribuye al General don Rufino Guido una autoridad incontrovertible, porque hay multitud de memorias y documentos dejados por otros contemporáneos, parciales de San Martín, como Miller, que están en completo desacuerdo con el fiel ayudante del Protector. Y si es que el señor Saldías deriva la autoridad incontrovertible de Guido del mero accidente de encontrarse "en la habitación contigua a la en que se celebró la conferencia", mayor crédito le debería merecer la Nota oficiosa dirigida por el General José Gabriel Pérez, Secretario General del Libertador, con fecha 29 de julio de 1822, día siguiente al de las conferencias (no "conferencia", como dice el señor Saldías, pues fueron tres y celebradas en distintas *habitaciones*), al secretario de Relaciones Exteriores de Colombia. Este informe, dictado por el mismo Bolívar a su secretario, contiene un relato oficial para el gobierno de Colombia, formulado a raíz de la entrevista, "de indiscutible sinceridad en las afirmaciones que contiene—dice el señor de la Cruz—pues fué es-

(1) Para aquellos historiadores que tardíamente vienen a dar ahora el título de Libertador a San Martín es esta observación de J. Francisco V. Silva (o. c., p. 28): "No extrañará que llamemos a Bolívar el Libertador, ya que los Congresos, los ejércitos y los pueblos agradecidos lo aclamaron en vida por tal, ya que como el Libertador lo reconoce la Historia universal y ya que es innecesario bautizar ahora con este título exclusivo de Bolívar a nuestro generalísimo San Martín, que no lo recibió nunca de Congresos ni de pueblos en su tiempo. Esto no implica restarle títulos a San Martín, pero tiene más realidad histórica en el jefe argentino el calificativo de generalísimo, en el que concurren pocas ficciones retóricas".

crito bajo la impresión inmediata de la entrevista y destinado a permanecer ignorado y mudo en la penumbra discreta de una cancillería" (2). En esa Nota se dice:

"...—...—3ª. El Protector se quejó altamente del mando y sobre todo se quejó de sus compañeros de armas que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza; que había dejado un pliego cerrado para que lo presentaran al Congreso, renunciando el Protectorado, que también renunciaría la reelección que contaba se haría en él; que luego que obtuviera el primer triunfo se retiraría del mando militar sin esperar a ver el término de la guerra; pero añadió que antes de retirarse dejaría bien establecidas las bases del Gobierno; que éste no debía ser demócrata en el Perú, porque no convenía, y, últimamente debería venir de Europa un Príncipe aislado y solo a mandar aquel Estado. S. E. (el Libertador) contestó que no convenía a la América ni tampoco a Colombia la introducción de príncipes europeos porque eran partes heterogéneas a nuestra masa; que S. E. se opondría por su parte si pudiere; pero que no se opondrá a la forma de gobierno que quiera darse cada estado; añadiendo sobre este particular S. E. todo

(2) La publicación de esta Nota se debe al historiador colombiano, señor D. José Manuel Goenaga. Los periódicos de Buenos Aires dudaron de su autenticidad, y el pulcro señor Goenaga la publicó por segunda vez en "fotografía tomada directamente del original archivado, de modo que no quede la más ligera sospecha" (e. c.). Parece mentira que los periódicos de Buenos Aires que tan completa acogida dieron a la famosa carta de San Martín—cuyo original no se ha encontrado en ninguna parte y cuya contestación no quiso éste dar a la Historia—dudaran y censuraran, negándole autenticidad, al documento publicado por el señor Goenaga, pero así se interpreta la Historia en el gran país del Sur: lo que favorece, asegúrese sin examen; lo que no favorece, niéguese hasta contra la evidencia.

lo que piensa sobre la naturaleza de los gobiernos, refiriéndose en todo a su discurso al Congreso de Angostura. El Protector replicó que la venida del príncipe sería para después, y S. E. repuso que nunca convenía vinieran tales príncipes, que S. E. habría preferido invitar al General Itúrbide a que se coronase con tal de que no viniesen Borbones, austriacos ni otra dinastía europea. El Protector dijo que en el Perú había un gran partido de abogados que querían república, y se quejó amargamente del carácter de los letrados. Es de presumirse que el designio que se tiene de erigir ahora la Monarquía sobre el principio de darle la corona a un príncipe europeo, con el fin, sin duda, de ocupar después el trono el que tenga más popularidad en el país o más fuerza de que disponer. Si los discursos del Protector son sinceros, ninguno está más lejos de ocupar el trono. Parece muy convencido de los inconvenientes del mando".

En esta Nota sí se traslucen las ideas monárquicas del General San Martín. Mitre no la conoció porque fué publicada en 1909, con el permiso del Gobierno de Colombia, por el señor Goenaga, quien declara: "Este documento hasta ahora inédito, fué escrito por el General J. G. Pérez al día siguiente de haberse embarcado San Martín para regresar al Perú. Debe, pues, suponerse que son de todo punto evidentes los hechos allí relatados. No pudo publicarse en esos tiempos por su carácter reservado, y más tarde fué tal vez olvidándose, por haber desaparecido casi todos los personajes de la época; se le dió tanta importancia a esta nota oficial, que en el Ministerio de Relaciones Exteriores existe la nota original y un duplicado, seguramente para evitar que se extraviase" (3). Ateniéndose, pues, el general historiador a la documentación de Guido, no dejó traslucir en su relación las *supuestas* ideas monárquicas del General San Martín. Pero en otras páginas de su voluminosa historia si afirma Mitre, lo que todo el mundo crée, y es que San Martín fué un partidario convencido de la monarquía en la América.

Y si fué San Martín partidario de los gobiernos monárquicos, era muy natural que en su entrevista con Bolívar exteriorizara sus ideas, cuando se tiene en cuenta que iban a tratar sobre forma de gobiernos americanos; mucho más, si se tiene en cuenta también, que la conformación política de esta parte de América, era una idea fija, perennemente latente en el cerebro del Libertador. Así la vemos traslucirse siempre en sus manifiestos, en sus discursos, en sus cartas, en sus conversaciones. Cuando llegan a su conocimiento, antes de la entrevista de Guayaquil, los planes monárquicos del Protector y las consiguientes negociaciones con el Virrey Laserna, inmediatamente envía, en comisión especial, a su edecán Diego Ybarra, para imponerle de que Colombia no reconocería nunca gobiernos monárquicos en el Perú. En su carta para el Libertador, del 13 de julio, al anunciarle su visita, le dice el Protector: "es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos, para que una sólida y estable prosperidad les haga conocer mejor el beneficio de la independencia". Estas frases indican que estaba dispuesto a exponer sus ideas de gobierno, y si le era posible, imponerlas.

(3) O. c.

Está, pues, más de acuerdo con la realidad de los sucesos, con la actitud de San Martín y con la actitud de Bolívar, la Nota del Secretario General del Libertador.

II

Verdad es que el General San Martín no se refirió jamás a sus ideas monárquicas, en las muchas veces que habló sobre el Libertador y la entrevista de Guayaquil. Parece que no tuvo el valor de sus propias convicciones. En sus declaraciones a Guido, Miller, Lafond, excusa decir si trató con Bolívar sobre la conveniencia de establecer el sistema monárquico en la América Española. Es por eso que el referido señor Saldías declara: "Hasta la fecha no conozco documento alguno en el cual el *libertador* San Martín haya manifestado sus ideas monárquicas, y el día que se me presente uno probablemente cambiaré de ideas a este respecto". En realidad no es muy interesante que el señor Saldías cambie o no de ideas; lo peregrino son sus exigencias histórico-jurídicas; pretender nada menos que el *Confiteor Deo*.

Mucho se ha hablado de los lazos que unían a San Martín con cierta sociedad secreta y que determinaron siempre sus actitudes reservadas. El mismo Protector no las negó jamás, pero sí negó todo aquello que pudiera perjudicarlo ante ella, y una de esas cosas perjudiciales eran sus ideas anti-republicanas. De estos asuntos hablan Martí, Vicuña Mackenna, Amunátegui, el mismo Mitre, y tantos otros, que no deben serle desconocidos al señor Saldías. Pero descartadas estas relaciones secretas, San Martín pudo tener otros motivos

especiales para negar sus antiguas ideas monárquicas, que pueden o no ser conocidos.

Hay otros documentos—además de la Nota del Secretario General del Libertador—donde consta, sino la *confesión* que exige el señor Saldías, sí la *expresión fiel* de las ideas rebatidas. Como el historiador argentino hablaba en el seno de la *Sociedad Chilena de Historia y Geografía*, refiriéndose al brillante estudio del señor don Ernesto de la Cruz, sobre la entrevista de Guayaquil, este último relata la discusión que allí tuvo lugar en esta forma:

"Como el Excmo. (tómese en cuenta que el historiador argentino es también diplomático) señor Saldías no se halló presente a la primera parte de la lectura, ya que solo concurrió a la sesión del 10, me permití citarle entonces el acta del Consejo de Estado de Lima de 24 de diciembre de 1821, firmada por el Protector, y en la que quedan perfectamente establecidas las ideas monárquicas del general.

"S. E. el señor Ministro me repuso que en tal documento se contenían las ideas del Gobierno del Perú, no las de San Martín.

"Por mi parte y con todo el respeto que me merecen los vastos conocimientos del señor ministro, me atrevo a pensar que aquel documento es la expresión fiel de las ideas del Protector, pues el Consejo de Estado de Lima era hechura suya, como que subalternos suyos en las filas del ejército eran la mayor parte de los miembros que lo componían. Hasta la estabilidad de los ministros de Estado, que formaban todos parte del Consejo, dependía única y exclusivamente de la vo-

luntad del Protector. Aun no había en aquel país Congreso ni Código fundamental".

Si nó para convencer al señor Saldías, servirán estas citas y referencias para que se vea palpablemente la argumentación de que se sirve el exclusivismo argentino en sus apreciaciones históricas. Si el General San Martín no lo dijo no hay quien pueda afirmarlo. Allá ellos, aunque se pongan en ridículo cuando hablan fuera de su país (4).

Puede decirse que la negativa del señor Saldías es solo característica del exclusivismo de hoy—*los discípulos de Mitre lo han pasado*—porque el General historiador no niega las actitudes anti-republicanas del

(4) El Excmo. Sr. D. Lorenzo Anadón, Ministro de la Argentina en Chile, se destacó al lado de su colega, el Excmo. Sr. Saldías, cuando para excusar una crítica adversa a los talentos militares del Protector, dijo: "Por lo demás, yo no conozco suficientemente al Perú para juzgar de la opinión manifestada en la última sesión por el eminente historiador D. Gonzalo Bulnes acerca del error geográfico sufrido por el Protector entrando a Lima con las consecuencias que él expuso..." El Excmo. Sr. Anadón ha podido solicitar una geografía peruana, o un mapa, o un atlas, o un trabajo de topografía peruana, o en fin, si nada de esto conseguía en la capital de Chile, estudiar, informarse, leer, cualquier cosa, antes que decir semejante majadería.

Y digo "majadería" porque si el señor Bulnes era un *historiador eminente*, y su opinión no era grata, se hacía necesario contradecirlo francamente o quedarse callado, a menos que alguien hubiera preguntado al Excmo. Sr. Anadón cuál era su manera de pensar al respecto. En ese caso hubiera quedado muy lucido diciendo: "Me perdonarán ustedes, pero francamente, yo ignoro, yo no sé, etc." Seguramente el Excmo. Sr. Anadón se imaginó que el auditorio era argentino, y que se hacía necesario advertirle que se abstuviera de creer al señor Bulnes, porque él (Anadón) no sabía si estaba o no en lo cierto. Pero, desgraciadamente, se equivocó; en Chile, como en el resto de la América Española, no necesitamos que nos enseñen nuestra historia los argentinos; que se las reserven para ellos solos, pero que también digan sus ridiculeces allá en su país, para que le eviten al público hispanoamericano pasar por la molestia de referirse a ellas.

General San Martín. Así, terminantemente, dice en el tomo 3º de su obra:

"El acto más trascendental *que decidió fatalmente del destino del Protector y del protectorado*, fué el malhadado plan de monarquizar al Perú..." (p. 138). "Al discurrir así desertaba de su misión, renegaba de su obra y se aislaba del movimiento revolucionario en América..." (p. 139). "No veía que se ponía en pugna con los principios democráticos de la gran potencia de los Estados Unidos de América..." (p. 141). "No veía que en esos mismos momentos la Inglaterra reaccionaba contra la Santa Alianza de los reyes de acuerdo con los Estados Uunidos". (id).

También discurre lejos de la verdad el Excmo. señor Saldías al afirmar, para robustecer sus argumentos, que "la conducta política del General San Martín en el Perú concuerda con su ardiente partidarismo republicano". Antes que todo, no era el régimen protectoral absolutamente republicano ni en el fondo ni en la forma; aquel gobierno no provenía de la soberanía popular, que es la base de todo sistema republicano. San Martín, *por su propia voluntad se dió el título y y se declaró Protector del Perú.* A última hora, cuando el apoyo del ejército se debilitaba, cuando la escuadra se le fué y cuando el enemigo lo amenazaba seriamente, fué cuando vino a convocar un Congreso para entregarle el mando, porque necesariamente debía recibirlo alguien. "Fué por este tiempo—dice Mitre—que empezó a atribuirse a San Martín por la vulgaridad, la ambición insensata de coronarse Rey. El pueblo en sus canciones y *yaravís* lo aclamaba *Emperador*. Los principales jefes del ejército, ligados hasta enton-

ces a su destino, comenzaba a conspirar contra él y lo llamaban en sus conversaciones íntimas con la denominación burlesca de Rey José. La descomposición se iniciaba" (id. id. p. 129).

Y aunque está probado que el General San Martín jamás ambicionó una corona para sí, aquel pueblo, aquellos *vulgares*, aquel ejército, tenía, si no razón para injuriarlo por deseos que nunca tuvo, sí para criticar su actuación y desconfiar de él, porque sus actitudes al frente del Gobierno, no eran ciertamente las de un republicano. Aquel conjunto humano, pueblo, *vulgares*, ejército, veía que el Protector declaraba subsistentes los títulos de Castilla; que tomaba actitudes de virrey—"¿Quién es aquél de uniforme recamado de oro, que pasea por la blanda Lima en su carroza de seis caballos?";—que fundaba una orden aristocrática; y, en fin, si el Excmo. señor Saldías lo permite, que él, o su Gobierno personal, que de hecho era lo mismo, proponía a los enemigos la venida de un príncipe, y enviaba a Europa misiones en busca de reyes.

¿Dónde, pues, encontramos esa conducta republicana?... Si todo lo contrario, podemos decir que si es cierto que el *Confiteor Deo* no lo pronunció nunca San Martín, en cambio sus actitudes al frente de los destinos del único pueblo que mandó en su vida, lo perfilan como un monárquico consumado. Es por eso que Mitre, con increíble astucia, con más talento que el señor Saldías, hace esta maravillosa declaración: "A San Martín, aunque republicano por inclinación y por principios, como lo declaraba, no le era antipática la fundación de una monarquía, y desde 1812 había empezado a inclinarse a ella, como solución ya que no

como ideal, por cuanto consideraba difícil si nó imposible, el establecimiento de un régimen democrático" (t. 1º, p. 546).

Sin poder apreciar los sentimientos íntimos del General San Martín, que tan bien conocía Mitre, la Historia, para juzgarlo, no tiene a la mano sino sus procedimientos, o sus ideas, expresadas franca y sinceramente, para que haciéndose del dominio público, pudieran ser objeto de asimilación o de crítica, si es que como Bolívar, era a la vez hombre de acción y de pensamiento.

"Si se busca un rasgo personal que nos permita distinguir a Bolívar de todos los demás caudillos americanos, aun siendo muchos como son los elementos que se señalan su originalidad incuestionable, habrá que recurrir a su genio de pensador político.

"Hay en el caudillaje varias alturas morales. Abajo están Artigas, Páez y Córdova con su bravura de machos y su magnetismo de capitanes. Estos hombres son como fuerzas morales desencadenadas, y recuerdan lo que decía Stendhal de Murat: "*Solo hacen prodigios a la vista de Bonaparte*".

"En un plano superior se mueven los que tienen a la vez aptitudes para ganar verdaderas batallas, por su cuenta y riesgo, y para dar un *sentido social a sus proezas militares*. Tales son San Martín y Sucre. Pero ser a la vez hombre de acción en el campamento y bajo el dosel de un palacio, conservando todavía reservas morales suficientes para levantarse al papel excelso de Alberdi, es un prodigio que solo hemos visto

plenamente actualizado en la carrera de Bolívar" (5).

Si las ideas del general San Martín no se expresaron, si ellas nos faltan, a la crítica serena e imparcial no le queda más recurso, para el delineamiento de su personalidad, que fijarse en su actuación, examinando *el sentido social que dió a sus proezas militares.* Y su actuación no fué nunca la de un republicano.

Todavía más: San Martín no podía ser un republicano. Educado a la española, en los Institutos y campamentos de la Madre Patria, ninguna noción pudo tener de la verdadera república: no la conocía. Influenciado más tarde por las tendencias de la revolución argentina, San Martín arrastró consigo todos los errores, las vacilaciones y las incoherencias, por no decir otra cosa, de los directores políticos de Buenos Aires. Por sobre todo, siempre se dejó abatir por el pesimismo y la desconfianza que caracterizó la política de la revolución y revolucionarios argentinos. Aquella falta de fe que lleva a Alvear, Director Supremo del Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, a poner a disposición del gabinete inglés la integridad de la Patria: "Estas Provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer su Gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad del pueblo inglés, y yo estoy resuelto a sostener tan justa solicitud...." (6).

No se raro, pues, sino, todo lo contrario, muy natural, muy de acuerdo con su psicología, que San Martín considerara a los *hombres como monos* (7), y que supusiera a los *habitantes del mundo* divididos entre *necios y pícaros.* Alvear, Mitre y Rivadavia llamaban "salvaje", "bárbaro", "díscolo, "feroz" y "vándalo" al pueblo argentino. Estas consideraciones no podían llevar a próceres de esta especie a pensar en la Democracia, que es la voluntad popular hecha gobierno, sino todo lo contrario, en sistemas absolutos, de represión, como el gobierno protectoral del Perú o como la célebre dictadura de Rosas, tan loada por el General San Martín.

(5) "Bolívar y Washington" (c.), pp. 141-142.

(6) Mitre, "Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina", t. II, pp. 288 y 289. Ed. Buenos Aires, 1887. Citado por Eloy González, en su libro "Bolívar en la Argentina".

Si la *vulgaridad*, como dice Mitre, le atribuía a San Martín, ambiciones reales, otras personas dignas de fe y adictas a su persona, declaraban terminantemente su partidarismo monárquico. Además de Miller, el general chileno D. Francisco Antonio Pinto, compañero del Protector, y el General Tomás de Heres, también lo aseguran en sus escritos. Es por eso, que los grandes historiadores, como el chileno Bulnes, el mejicano Pereira, el brasilero Verissimo, el colombiano Monsalve, con sobrada razón no escriben de acuerdo con el criterio de confesionario del Excmo señor Saldías.

Por cierto que ese criterio no siempre es fijo en el Excmo. señor Saldías, ya que él afirma que no era monárquico San Martín, porque fué el "primero que llamó soberano señor al Congreso de Tucumán, encarnación pura y genuina de los derechos y voluntad del

(7) Datos del general Heres a O'Leary, o. c., t. II, p. 169. Ed. Caracas.

pueblo". Valiente argumento: el General D. Pablo Morillo, defensor del absolutismo de Fernando VII, en esta parte de América, aunque fuera liberal, pero siempre realista, en Europa, llamó al Congreso de Angostura; "Serenísimo". El hecho del tratamiento, que en sí nada implica, pues "Majestad" se dice a los reyes y "Alteza" a los príncipes, aun por los republicanos, en el lenguaje oficial, nada tiene que hacer con las ideas de quienes deben darlo. Sin embargo, en el caso de San Martín, se le llamaba "soberano", para animar a aquel Congreso de Tucumán a declarar la independencia. Véase en este sentido la correspondencia del General con el diputado Godoy. Por cierto que fué en el seno de aquella Asamblea, donde se decidió "llorando" la restauración del Imperio de los Incas (8).

III

Probablemente, San Martín quiso hacer una alusión, aunque lejana y de disculpa, a sus antiguas ideas monárquicas, cuando, refiriéndose al Libertador, dijo al ex-presidente chileno D. J. Pérez, que: "Bolívar creía posible la monarquía con reyes americanos y que nadie podía tomar en serio a monarcas con quienes se había fumado juntos el mismo cigarro en los campamentos" (9). Al producirse de esta manera, no se dió cuenta San Martín, del pensamiento del Libertador. Según expresa la Nota del Secretario de éste, fué replicando al Protector que dijo Bolívar: "Prefiero invitar al General Itúrbide a que se corone con tal de que no vengan austriacos, Borbones, ni otra dinastía europea" (10).

Esta declaración de Bolívar, de que, entre dos males que trataba de evitar, la monarquía extranjera y la monarquía criolla, *habría preferido* el menos peligroso con tal de evitar el otro, fué lo que hizo decir más tarde a San Martín que *Bolívar creía posible la monarquía con reyes americanos.* No se manifestó, pues, la idea del Libertador: entre *creer posible una cosa, y aceptar una cosa por necesidad*, que en un sentido relativo, *condicional* (habría), expresaba Bolívar, hay una diferencia muy grande, diferencia que no podía apreciar el General San Martín, porque como dí-Mitre: "ni siquiera tenía ortografía" (11).

El caudillo caraqueño—dice el señor de la Cruz—era tan sincero y convencido en sus ideales democráticos como lo era en sus ideas monárquicas el ilustre General argentino. Hay una admirable carta de Bolívar a D. Fernando Peñalver, del 26 de septiembre de 1822, donde se encuentran explanadas sus ideas sobre

(8) En carta a Rivadavia dice el general Belgrano: "Al día siguiente de mi arribo a ésta el Congreso me llamó a sesión secreta y me hizo varias preguntas. Yo hablé, me exalté, lloré e hice llorar a todos... Les hablé de monarquía constitucional con la representación soberana de la casa de los Incas; todos adoptaron mi idea". (Cit. de Eloy González, pp. 84-5).

(9) Vicuña Mackenna y Amunátegui, o. c., p. 16. Mitre, t. 3º, p. 639.

(10) Nota citada: "El Protector replicó que la venida del príncipe sería para después, y S. E. repuso que nunca convenía vinieran tales príncipes, que S. E. (Bolívar) *habría preferido* invitar a Iturbide a que se coronase con tal de que no viniesen austriacos, Borbones ni otra dinastía europea..."

(11) T. 1º, p. 450.

reyes y monarquías, que tanta realidad visible tienen hoy, y que nos lo muestran tan contrario a los reyes criollos como a los europeos. Dice así:

"...Itúrbide, ya sabrá usted que se hizo emperador por la gracia de Pío, primer sargento; sin duda será muy buen emperador. Su imperio será muy grande y muy dichoso, porque sus derechos son legítimos, según Voltaire, por aquello que dice: *el primero que fué rey fué un soldado feliz*, aludiendo, sin duda, al buen Nemrod. Mucho temo que las cuatro planchas cubiertas de carmesí que llaman trono cuesten más sangre que lágrimas, y den más inquietudes que reposo. Están creyendo algunos que es muy fácil ponerse una corona y que todos los adoren, y yo creo que *el tiempo de las monarquías fué, y que hasta que la corrupción de los hombres no llegue a ahogar el amor a la libertad* los tronos no volverán a ser de moda en la opinión. Usted me dirá que toda la tierra tiene tronos y altares; pero yo responderé que estos monumentos están todos minados con la pólvora moderna, y que las mechas encendidas las tienen los furiosos, que poco caso hacen de los estragos" (12).

En su obra "La Dictadura de O'Higgins" (cit. p. 12), los señores Amunátegui y Vicuña Mackenna, haciéndose eco, quizás, de las falsas ideas emitidas por el General San Martín, escriben:

"Bolívar y San Martín no eran republicanos. El primero trabajó por constituir en las colonias emancipadas presidencias vitalicias, creadas en favor de los

(12) "Ideal Político del Libertador Simón Bolívar" (o. c.), 1783-1824, pp. 408-9.

jefes militares que más habían sobresalido en la guerra contra la metrópoli, *es decir, en provecho suyo*. El segundo deseó fundar monarquías constitucionales con príncipes traídos de las dinastías europeas. El uno se lisonjeó de improvisar reyes por la gracia de la victoria, y buscó sus títulos en los grandes servicios prestados a la patria; el otro procuró continuar en el Nuevo Mundo y en el siglo XIX los reyes por la gracia de Dios, y buscó apoyo a sus tronos en el principio gastado de la *legitimidad*. Los dos quedaron burlados en sus planes, y los dos llevaron a la tumba, como justo castigo de su error, el pesar de un triste desengaño".

Pero debe tomarse en cuenta que estos escritores escribieron en la edad de oro, en la segunda etapa del exclusivismo argentino, en el siclo de Soyer, Espejo, Rojas, Guido y demás propagandistas. De esta influencia se viene emancipando, paso a paso, la República de Chile. Si Amunátegui y Vicuña Mackenna, hubieran escrito ahora esa "Dictadura de O'Higgins", no harían juicios tan ligeros y de poco seso, sobre las ideas políticas de Simón Bolívar. Refiriéndose a estas ideas, es que un compatriota de estos autores, un chileno de hoy, dice:

"De la multiplicidad de poderosas facultades en cuyo ejercicio continuado y fecundo nos lo muestra la Historia, ninguna fué tan descollante y genuina en el Libertador como su talento político.

"Bolívar es, ante todo y sobre todo, un estadista, el primer estadista de nuestra América.

"Sus discursos y mensajes a convenciones y congresos, sus eminentes concepciones políticas vaciadas en cartas, proclamas, proyectos y decretos, y hasta las

providencias que dictara cada día para el gobierno de los pueblos, todo cuanto con la ciencia del Estado y la economía social dice relación, está marcado con el sello de una personalísima manera de prever los acontecimientos o de adelantarse a ellos.

"Siempre soluciona con tino y energía hasta dificultades imposibles de prevenir en el manejo de masas heterogéneas, no tanto étnicamente consideradas, sino, lo que es más grave, en cuanto a elementales pensares y sentires.

"Porque si en más o menos igual proporción y forma se mezclaron las sangres europeas e indígenas en toda la extensión del Continente, la resultante sufrió, influída por el medio y por el clima, modificaciones substanciales que llegaron a constituir, andando el tiempo, psico y fisiológicamente, grupos diversos.

"Fundándose en la observación de tales diferencias en los varios pueblos de América, y adelantándose a la plasmación definitiva de las razas, previó y prefijó con clarividencia de iluminado el porvenir de cada una de las nacionalidades en embrión.

"Oigámosle:

"*Por la naturaleza de las localidades, riquezas, población y carácter de los mejicanos, imagino que intentarán al principio establecer una República representativa, en la cual tenga atribuciones el Poder ejecutivo, concentrándolo en un idividuo que, si desempeña sus funciones con acierto y justicia, casi naturalmente vendrá a conservar una autoridad vitalicia. Si su incapacidad o violenta administración excita una conmoción popular que triunfe, este mismo Poder ejecutivo quizás*

se difundirá en una asamblea. Si el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá probablemente una Monarquía que, al principio, será limitada y constitucional, y después, inevitablemente, declinará en absoluta..."

"Es inútil todo comentario. Baste recordar los días efímeros de los imperios de Itúrbide y Maximiliano. Baste recordar los veinticinco años de Gobierno monocrático bajo Porfirio Díaz".

Es el señor D. Ernesto de la Cruz quien habla, en su brillante artículo titulado "El Genio Político de Bolívar". Por cierto que allí confirma el alto concepto que tiene de la Historia, al afirmar: "Soy de los que creen que la vida de los grandes hombres, como la historia de los pueblos, debe escribirse ajustándose en absoluto a la verdad, aunque ella sea contraria al pueblo o al individuo de nuestras simpatías". Pero en Chile, en la admirable república cuyos destinos tan bien demarcó el Libertador, no constituye el honorable señor de la Cruz una excepción: "Chile no ha sido ingrato con el Libertador. Barros Arana lo estudia con conciencia. Otro chileno eminente, Bulnes, ha dedicado años de su vida a historiar la emancipación del Perú por Bolívar, y en las escuelas chilenas se enseña hoy mismo a conocer al Libertador, poniéndolo por cima de los héroes nacionales. En la *Historia de Chile* dice el señor Valdés Vergara: "En lo militar Bolívar superó a San Martín por la audacia, la rapidez y el brillo de sus afortunadas campañas contra los más po-

derosos ejércitos españoles que hubo en América" (13).

Y fuera injusto no recordar que, aun en la edad de oro del exclusivismo argentino, cuando—como dice Bulnes—en Chile se desconfiaba del Libertador, cuando se le motejaba de tirano y absorbente por los compañeros de San Martín, chilenos y argentinos, cuando el General Borgoño lo calificaba de *genio ambicioso* y el General Freire rehusaba sus ofrecimientos, fuera injusto no recordar—repito—que hubo, entre *los hijos de Arauco no domados*, un filántropo y educador chileno que se atreviera a enmarcar el rumbo que los brillantes destinos de la América Española, debían imponerle a la trayectoria luminosa del más grande de sus hijos:

"Me consuela la persuación—decía D. Manuel de Salas—de que cesarán las delicadezas y consideraciones que han suspendido las resoluciones del hombre destinado a uniformar la suerte de este Continente y sustituir la generosidad, amor y unión, a la mezquindad, suspicacia y egoísmo en que nos nutrieron, y que sacarán su cabeza luego que pasen los momentos de asombro y de terror.

"Dios quiera que sus efectos no cansen la constan-

(13) Blanco Fombona: Notas al estudio de Lorain Petre (citadas). El año de 1815 emitió el Libertador, en la Carta de Jamaica (c.), este juicio sobre Chile: "El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América me inclino a pensar que sea la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del concierto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra: Chile puede ser libre".

cia del que ha podido sobrepujar dificultades invencibles. El es ya *Grande* por habernos dado la libertad; pero le falta el epíteto de *Máximo* por establecer el orden, como Fabio" (14).

Imponer al *desengaño* como justo castigo a los planes del Libertador, revela, precisamente, la falta de tacto, comprensión, y conocimiento, con que se juzgaba entonces las ideas y actuaciones del hombre genial. Nadie estaba más que Bolívar, convencido de la ineficacia de todos los gobiernos en esta parte del mundo. A este respecto su carta a Gual es significativa, y más aun la célebre de Jamaica, que se entregó al juicio del público. Allí se dice:

"Los americanos han subido de repente, sin los conocimientos previos, y, lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales y cuantas autoridades supremas y subalternas forman jerarquía en un Estado organizado con regularidad".

. . . . . .

"En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina. Desgraciadamente, estas cualidades parecen estar muy distantes de nosotros en

(14) Citado por el señor de la Cruz en "El Genio Político de Bolívar". Este último artículo puede leerse en el libro "La Entrevista de Guayaquil", de la Editorial América, de Madrid (c.).

el grado que se requiere, y, por el contrario, estamos dominados de los vicios que se contraen bajo la dirección de una nación como la española, que solo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia.

"Es más difícil, dice Montesquieu, sacar un pueblo de la servidumbre que subyugar uno libre. Esta verdad está comprobada por los anales de todos los tiempos, que nos muestran las más de las naciones libres sometidas al yugo, y que muy pocas esclavas recobran su libertad.

"A pesar de este convencimiento, los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aun perfectas; sin duda por el efecto del instinto que tienen los hombres de aspirar a su mejor felicidad posible, la que se alcanza infaliblemente en las sociedades civiles, cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad y de la igualdad. Pero ¿seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república? ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de libertad, sin que, como Icaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto, por consiguiente no hay un raciocinio verosímil que nos halague con esta esperanza".

. . . . . .

"Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y de la guerra. . ."

. . . . . .

"No convengo en el sistema federal entre los po-

pulares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros; por igual razón rehuso la monarquía mixta de aristocracia, que tanta fortuna y esplendor ha procurado a Inglaterra. No siéndonos posible lograr entre las repúblicas y monarquías lo más perfecto y acabado, evitemos caer en anarquías demagógicas, o en tiranías monócratas. Busquemos un medio entre extremos opuestos, que nos conducirían a los mismos escollos, a la infelicidad y al deshonor".

¿Dónde está, pues, el error de Bolívar?... Sencillamente en que no se hizo ilusiones con la Democracia ni con la República en la América suya; no especuló con la palabra engañando a los tontos ni se engañó a sí mismo; no creyó en la soberanía efectiva de unos pueblos que tan bellamente sabían morir a la sombra de las banderas del Rey y de la República; no proclamó principios que jamás se han llevado a la práctica; no quiso ser demócrata de palabra para no serlo en la realidad efectiva; no estampó en constituciones, leyes, para ensueños de románticos... (15).

---

(15) Se considera a la República Argentina como el primer país de la América Española y a Hugo Wast como uno de sus publicistas más autorizados. Mírese cómo pinta el régimen gubernativo—paternal—del actual mandatario: "No es el Presidente Irigoyen un gobernante ejemplar. Repetidamente ha declarado que su misión consiste en restablecer la autoridad de la Constitución, pero interpreta este código fundamental de acuerdo con sus ideas, sin escrúpulos. Cuando una disposición constitucional se interpone en el camino de un interés político poderoso, el Presidente Irigoyen lo salta tan fácilmente como el gaucho de las pampas una cerca de alambre. ¿Desea colocar a sus partidarios al frente del gobierno de una provincia? Allá se envía un comisionado federal, seguido de fuerzas regulares, para declarar suspendido el gobierno local (Gobernador, Senadores, Diputados, Jueces), y para convocar a nuevas elecciones, en las que a sus amigos se asegure la victoria. No

el grado que se requiere, y, por el contrario, estamos dominados de los vicios que se contraen bajo la dirección de una nación como la española, que solo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia.

"Es más difícil, dice Montesquieu, sacar un pueblo de la servidumbre que subyugar uno libre. Esta verdad está comprobada por los anales de todos los tiempos, que nos muestran las más de las naciones libres sometidas al yugo, y que muy pocas esclavas recobran su libertad.

"A pesar de este convencimiento, los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aun perfectas; sin duda por el efecto del instinto que tienen los hombres de aspirar a su mejor felicidad posible, la que se alcanza infaliblemente en las sociedades civiles, cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad y de la igualdad. Pero ¿seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república? ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de libertad, sin que, como Icaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto, por consiguiente no hay un raciocinio verosímil que nos halague con esta esperanza".

. . . . . .

"Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y de la guerra. . ."

. . . . . .

"No convengo en el sistema federal entre los po-

pulares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros; por igual razón rehuso la monarquía mixta de aristocracia, que tanta fortuna y esplendor ha procurado a Inglaterra. No siéndonos posible lograr entre las repúblicas y monarquías lo más perfecto y acabado, evitemos caer en anarquías demagógicas, o en tiranías monócratas. Busquemos un medio entre extremos opuestos, que nos conducirían a los mismos escollos, a la infelicidad y al deshonor".

¿Dónde está, pues, el error de Bolívar?... Sencillamente en que no se hizo ilusiones con la Democracia ni con la República en la América suya; no especuló con la palabra engañando a los tontos ni se engañó a sí mismo; no creyó en la soberanía efectiva de unos pueblos que tan bellamente sabían morir a la sombra de las banderas del Rey y de la República; no proclamó principios que jamás se han llevado a la práctica; no quiso ser demócrata de palabra para no serlo en la realidad efectiva; no estampó en constituciones, leyes, para ensueños de románticos... (15).

(15) Se considera a la República Argentina como el primer país de la América Española y a Hugo Wast como uno de sus publicistas más autorizados. Mírese cómo pinta el régimen gubernativo—paternal—del actual mandatario: "No es el Presidente Irigoyen un gobernante ejemplar. Repetidamente ha declarado que su misión consiste en restablecer la autoridad de la Constitución, pero interpreta este código fundamental de acuerdo con sus ideas, sin escrúpulos. Cuando una disposición constitucional se interpone en el camino de un interés político poderoso, el Presidente Irigoyen lo salta tan fácilmente como el gaucho de las pampas una cerca de alambre. ¿Desea colocar a sus partidarios al frente del gobierno de una provincia? Allá se envía un comisionado federal, seguido de fuerzas regulares, para declarar suspendido el gobierno local (Gobernador, Senadores, Diputados, Jueces), y para convocar a nuevas elecciones, en las que a sus amigos se asegure la victoria. No

Es por eso que el profesor chileno Hostos considera que Bolívar "concibió una noción del poder público más completa y más exacta que todas las practicadas por los anglosajones de ambos mundos o propuestas por tratadistas latinos o germanos". A aquella *vanidad de proyectos* que provocaron la caída de Bolívar, según el sentir de Vicuña Mackenna y Amunategui; a aquella *maldición de los pueblos mismos que había emancipado;* a aquel *olvido de sus compañeros de armas,* opone el eminente señor Hostos estos brillantes conceptos: "Para ser un organizador faltó a Bolívar *una sociedad más coherente;* para ser el más brillante de todos los guerreros antiguos y modernos un escenario más conocido" (16).

"Con cimentación ciclópea en sus ideas, Bolívar pudo erigir un monumento muy personal y muy bello de indicaciones sobre el gobierno de pueblos miserables, corrompidos, supersticiosos, híbridos y cobardes.

"Los leguleyos ridículos de la América Española

tiene tampoco escrúpulos administrativos. Si necesita dinero y supone que el Congreso no se lo dará, no se lo pide al Congreso, sino al Banco Nacional o a cualquier banco privado. El dinero siempre será suplido porque el crédito del país es excelente". ("El Presidente Irigoyen de la Argentina", artículo publicado en inglés en la revista newyorquina "Current History", agosto de 1929, pp. 869...)

Qué positiva realidad tienen las consideraciones del Libertador!: "No hay buena fé en América, ni entre los hombres ni entre los gobiernos. Las constituciones son libros, la libertad anarquía y la vida un tormento".

(16) Citado por Blanco-Fombona en las Notas al Estudio de Lorain Petre. Son las mismas ideas de Rodó: "Cuando cien generaciones y veinte siglos hayan pasado..."; las de Verissimo: "La estatura moral de Bolívar crecerá en la Historia a medida que crezca toda esta América del Sur..."; las de Bulnes: "A medida que la importancia de América se acrezca la Historia Universal colocará a Bolívar entre los grandes capitanes y servidores de la humanidad"; es la profecía del humilde cura Choquehuanca que se cumple: "vuestra estatua llegará a donde ninguna ha llegado..."

y de todas las Américas actuales y posibles, tienen que huir escandalizados ante este patricio que les dice: "Todo gobierno destinado a durar para fines superiores, debe fundarse en una aristocracia (17).

"Y esos ideólogos perniciosos—los Santander de entonces,—encantados de sus danzas de cafres llamadas repúblicas, se tapan los oídos cuando la misma voz les anuncia que la necesidad suprema para un gobierno que intente fundar instituciones, consiste en la unidad bajo un poder ejecutivo fuerte, restringido solo por las limitaciones que le imponga un senado de miembros vitalicios.

"Naturalmente esto no podía establecerse en América, y porque no podía establecerse, su historia ha sido una catarata de sangre que viene desde los enchipados del Uruguay hasta las víctimas del revólver yanqui de Pancho Villa. Bolívar vió en su imaginación esta sangre y propuso las ligaduras. Convencido de que su plan no era aceptable para nadie, porque la anarquía era la necesidad histórica de su pueblo y el elemento vital de los caudillos, dejó en la historia cons-

(17) Hace algunos años publiqué, durante mi residencia en Estados Unidos, un artículo de crítica, del cual desgloso los siguientes conceptos:

"Una estatua puede significar muchas cosas y puede no significar ninguna. La Estatua de la Libertad (una mujer de proporciones colosales en estado interesante) puede indicar todo lo que los americanos quieran menos la idea que envuelve su nombre. Por algo la antorcha que levantan sus manos señala fuera de los Estados Unidos. Un cartel colocado en la baranda de un vapor que llegaba a los muelles de New York, ostentaba, grabada por manos yanquis, esta angustiosa despedida: "*Good-bye, liberty*".

"En un país donde la minoría intolerante impone leyes absurdas al total de los ciudadanos, no existe la libertad. Hablar de ella es ridículo. Dígase que es un país demócrata; no lo discuto. Varias acepciones tiene la palabra democracia: puede ser la vulgaridad hecha gobierno. Pero democracia y libertad no significan lo mismo".

tancia de lo que él pensaba, y pidió el descanso eterno" (18).

IV

"Uno de los más graves cargos que los contemporáneos hicieron a San Martín—dice Mitre—(t. 4º p. 2) por su retirada del Perú, y que la Historia ha repetido, es la manera precipitada en que la efectuó, al dejar huérfano su ejército al mando de un general sin prestigio, y confiados los destinos del país que abandonaba a un congreso sin autoridad moral, ni más base de poder que el ejército mismo, odiado como todo ejército libertador en tierra extraña que pesa sobre ella, sin proveer nada para la organización de un gobierno eficiente".

La Historia, la verdadera Historia que no hace caso de exclusivismos, siempre reprobará, con toda justicia, la actitud de San Martín frente al victorioso ejército español del Perú y su retirada de aquel país. Las flaquezas de San Martín no tienen su origen en Bolívar, como quiere el General Mitre, al afirmar (t. 3º p.p. 662, 668): "Que los verdaderos motivos de la retirada los había consignado en su (famosa) carta a Bolívar, que explanó con intimidad en las conferencias de su última noche peruana. Esas conferencias fué la que tuvo San Martín con Guido: "Bolívar y yo no cabemos en el Perú. He penetrado sus miras; he comprendido su disgusto por la gloria que pudiera caberme en la terminación de la campaña. El no excusaría medios para penetrar al Perú, y tal vez no

(18) "Bolívar y Washington", (o. c.), pp. 144-145.

pudiese evitar yo un conflicto, dando al mundo un escándalo, y los que ganarían serían los maturrangos" (id. id.)

El General Mitre comete una contradicción al referirse a la famosa carta, pues San Martín dice allí que "*se embarcará, convencido de que su presencia es el solo obstáculo que le impide a Bolívar ir al Perú*". Y en el tomo 3º de su obra, p. 614, declara Mitre que "San Martín no podía ser un obstáculo a los designios de Bolívar, y lo quebraría si se atravesaba en su camino". Lo del *obstáculo* queda, consecuencialmente, descartado. Lo del *conflicto* era una ilusión del cerebro de San Martín. ¿Qué ejércitos podría oponerle al Libertador, si es que éste hubiera tenido intención de penetrar al Perú en son de guerra, como irreverentemente lo dijo San Martín? La expresión de Mitre es dura, como hecha exprofeso para injuriar a Bolívar, pero Vicuña Mackenna responde en lenguaje más adecuado, al referirse al empuje victorioso del Libertador: "Desde Cumaná a Potosí nada le ha detenido. Ha destrozado virreinatos, ha borrado todas las líneas de las demarcaciones geográficas: ha rehecho el mundo... es el vuelo, el ave, el águila de las sabanas que se remonta hasta los astros y hace resonar, bajo la bóveda del firmamento, los roncos gritos de sus victorias" (19).

(19) Citado por Larrazábal, t. 2º, p. 165. El águila que se remonta hasta los astros y hace resonar en el firmamento sus gritos de victoria... El juicio en metáfora, se ha convertido hoy en realidad visible. El célebre astrónomo Camilo Flammarión, director del Observatorio de París, y los astrónomos alemanes Kobold, del observatorio de Kiel, y Wolf, del de Heidelberg, indicaron, para llevar el nombre del Libertador, al planeta nú-

El eminente historiador chileno, señor Gonzalo Bulnes, hablando de la retirada de San Martín, comenta:

"San Martín consideraba su ejército como la chispa que inflamaría el material que suponía acumulado; como el contrafuerte en que vendrían a asilarse los que trabajaran en el Perú con las armas en la mano en favor de la independencia. Creyó que su papel era pasivo; que con estar a la expectativa, provocando la inevitable revolución del país, apoyándola, dirigiéndola, conseguiría que la independencia del Perú se hiciese por sus hijos, única manera de que fuese definitiva e irrevocable" (20).

Es decir, San Martín, en el Perú como Miranda, en Venezuela, imaginaron un agradable y cómodo paseo triunfal. Fué un sueño—el sueño de una noche de verano—muy hermoso, sin duda, pero que se esfumaba con las primeras luces del alba. No es extraño, pues, que el Protector prolongara, *bajo las palmas de la Magdalena sus interminables siestas tropicales.* La realidad lo agobió bajo su peso, y dejó perecer en la molicie, al *temible ejército* que no se había traído para combatir.

"Se engañó—continúa el señor Bulnes.—La revolución no tenía en el Perú suficientes elementos aglomerados. Había algo que no conocía el virtuoso General del Sur: la diferencia de las razas, que crea abismos sociales, y la topografía del suelo, que los mantiene. Conociéndolo, habría comprendido que el único

mero 712, descubierto en 1911, que situado entre Marte, dios de la guerra, y Júpiter, suprema divinidad del mundo, puede simbolizar la grandeza de Bolívar.

(20) O. c., pp. 355-6.

medio de triunfar era imponiendo la independencia con la ley de las armas en los acantonamientos almenados, en que el ejército español tenía todos los medios para prolongar indefinidamente la guerra.

"Porque no lo comprendió, hubo de retirarse del Perú, dejando su obra inconclusa, y como el Gobierno tenía a su frente un hombre digno de sucederle, hubo una crisis que amenazó sumergir el presente y el pasado: las conquistas obtenidas, y la fe revolucionaria, que había sido el secreto de los fáciles triunfos que iluminaron las primeras jornadas del ejército libertador" (id. id.)

Bolívar sí comprendió todo eso. Lo sabía ya desde 1815, como lo hizo constar en su carta de Jamaica. Por eso llevó a feliz término la independencia del Perú, con solo cinco mil y tantos soldados. Por eso, mientras con treinta y tres mil combatientes, la petulancia y la cobardía de Buenos Aires se iba a Europa a buscar protectorados, amos y reyes, Simón Bolívar, a la cabeza de veinte mil soldados se consideraba el incólume *apoderado militar de toda la América del Sur* (21).

No creo, pues, deba hablarse de abnegaciones en el estilo austero de la Historia, para explicar la retirada del General San Martín, y ornar, de este modo, su frente, con los fulgores tristes de un falso diamante. No es de espíritus ecuánimes ir siempre prevenidos a encontrar un reflejo de bondad en todas las acciones de nuestros grandes hombres. Como un acto de *incomprensible desfallecimiento,* califica Vicuña Macken-

(21) Eloy González, o. c., p. 52.

na el éxodo del Protector del Perú; fué el desquiciamiento del alma grande del General San Martín, dice el señor de la Cruz; era incapaz de poner término a su deplorable situación, dice el señor Monsalve.

Desde un punto de vista, menos ingrato que aquel en que se coloca el riguroso análisis crítico, punto a que el rastrero exclusivismo argentino ha llevado a los historiadores de Venezuela, desde las románticas alturas de la Apoteosis, la gratitud de América tiene otro lenguaje: "Pero aun queda para Bolívar lidiar por América, que es más su patria que Colombia. San Martín está frente a él, lauro por lauro. Cuando se trata de determinar quién ha de gozarla de los dos, basta de una parte la conciencia de la superioridad, y de otra parte, el leal y noble acatamiento de ella. Bolívar será quien corone, como las campañas del Norte, las del Sur..." (22).

La retirada del General San Martín, que se considera como una catástrofe, desde el punto de vista de la situación peruana, como lo reconoce Mitre y lo dice el señor Bulnes, como una censurable inconsecuencia, como un funesto error político *que pudo haber destruído la obra de los libertadores*, pretende San Martín, fundador del exclusivismo argentino, que debe la América agradecerlo como un servicio. "Si algún servicio tiene que agradecerme la América—escribía al General Castilla el 11 de setiembre de 1846—es el de mi retirada de Lima, paso que no solo comprometió mi honor y mi reputación, sino que me era tanto más sensible cuanto que conocía que con las fuerzas recibidas

(22) Estudio citado de José Enrique Rodó.

de Colombia, la guerra de la independencia hubiera sido terminada en todo el año 23" (23). Suponiendo aun, que el Protector hubiera podido creer en 1822 que su persona era *el único obstáculo* para la venida de Bolívar al Perú, ya en 1846 era increíble que lo creyera. Muchas súplicas, muchas comisiones, fueron en busca del Libertador después de la partida de San Martín, sin que aquél abandonara el territorio de Colombia. El Congreso sancionó el 5 de julio de 1823 la Ley que le permitía trasladarse al Perú, y al tener conocimiento de ella, Bolívar corrió a cumplir sus destinos; *era el Hombre de la América Española.*

Las disculpas de San Martín no han convencido a la Historia; ni su apologista Mitre ha podido evitar la censura por más que la envuelva en menguados considerandos sobre la personalidad de Bolívar: "Dejó todo en acefalía—dice el Herodoto del Sur—ejército y gobierno, sin rumbo ni coherencia, mientras él (San Martín) daba—admirable titiritero ironiza Eloy González—*su gran salto en las tinieblas*" (t. 4º p. 3). La Historia se verá con trabajos para cohonestar este paso, le escribe el célebre Guido.

V

San Martín no pudo nunca comprender a Bolívar.

(23) Mitre, (t. 3º, pp. 657 y 659), pone a esta carta, quizás por error, o por su espíritu de contradecirse, dos fechas: 1846, en la p. 657, y 1822, en la p. 659. Nótese que esta carta se escribió después de publicada la famosa. Por lo demás el mismo San Martín, al saber la situación que su retirada provocara exclamó: "Dios proteja el Perú! Yo creo que todo el poder del Sér Supremo no es suficiente a libertar ese desgraciado país. Sólo Bolívar, apoyado en la fuerza puede hacerlo". (Bulnes, t. 1º, p. 324. Las otras citas de Bulnes, corresponden también al tomo 1º, no habiéndolo expresado oportunamente por olvido).

Ignorante el Protector de toda clase de conocimientos que no tuvieran relación con la ciencia militar ¿qué podía pensar de aquel hombre tan grande a quien ya se saludaba como el primer ciudadano del mundo? (24) No era en realidad el sujeto que él pensaba, ni enrolarle pudo en sus planes monárquicos ni arrancarle a Guayaquil. Pero ¿con qué recursos contaba el Protector del Perú, para confundir en su destino al hombre cuya marcha gloriosa a través del Continente *nada había detenido.* Fracasado en el Perú ese flamante Protector, tachado de inepto y de cobarde, desconcertado ante la desmoralización del ejército, confundido con las flechas de los *vulgares* ¿creería acaso posible que sus antiguas victorias, pusieran bajo su egida al Libertador de Colombia, y al ejército que *iba tras sus pasos en ardientes tropeles?* (25).

(24) Saludo que le envió desde Francia el general Lameth: "Sois el primer ciudadano del mundo. Hoy, otro francés, Camilo Mauclair, lo ha considerado la figura más grande del siglo XIX, opinión que comparte Valery Larboud, hijo también de la hermosa Lutecia.

(25) Vicuña Mackenna, cita referida. Para Mitre el ejército que iba tras los pasos del Libertador, eran *montoneras.* Así dice: "Tan valientes como fueran los soldados de Bolívar, probados en veinte batallas ganadas o perdidas, pero siempre bien peleadas, eran una montonera al lado de los de San Martín". El término es despectivo, no importa, naderías del exclusivismo argentino. Es cierto que antes de 1819, nuestros pobres soldados, como su mismo Jefe y Libertador, no tenían aquellos hermosos plumajes ni los brillantes botones de cobre de los soldados argentinos. Bolívar calzaba alpargatas y casi todos sus soldados iban descalzos, vistiéndose, a veces con el botín tomado al enemigo, como dice Hipisley. Carlyle consideraba a esta indumentaria "conmovedora por su sencillez y originalidad, digna de los antiguos romanos", sin que definiera "montoneras" a esas tropas, que por otra parte, dieron siempre ejemplo de la más férrea disciplina. Mitre, como su compatriota Sarmiento, como el exclusivismo argentino, encantados con los morriones y los sombreros de copa, llaman a Bolívar "montonero"; es el rastacuerismo de los gauchos, deslumbrados con la habilidosa tijera de los sastres de Londres. El Mitre exclusivista o el Mitre rastacuero, se imagina

Nó, San Martín sabía que toda su gloria, *lauro por lauro,* no era comparable a la gloria del Libertador de Colombia, a cuyas espaldas se encontraba un pueblo de guerreros, que lo veneraba más como padre que como Libertador. Por eso no contaba sino con sí mismo. Para ello "poseía una inteligencia fuerte... una voluntad persistente... una imaginación fecunda. Hombre de cálculo, más bien que de inspiración, todo lo hacía pensado... Cuando emprendía la menor cosa se esforzaba por prever todas las contingencias probables, todos los resultados posibles" (26). Llevando, pues, tan bien preparados todos sus proyectos, *escuadra peruana, división auxiliar, ausencia de Bolívar en Quito, ocupación de Guayaquil por mar y por tierra,* para realizarlos rápida y fatalmente, como todas sus victorias, es concebible su sorpresa, al tropezar en su camino con una fuerza misteriosa en la cual no había pensado—*el Libertador no es lo que pensábamos.* Se porta como un pelele, y cohibido, al oír hablar a Bolívar de temas y asuntos de los cuales ni siquiera tenía noticias, abrumado por la fuerza avasalladora de aquella mirada que hacía temblar a Páez, por la virilidad de aquel hombre que se enfrenta a la Naturaleza, en plena convulsión, para enrostrarle la amenaza de

lleno de envidia a Bolívar, ante los bien vestidos soldados argentinos, y asegura que *esta emulación de gloria*—el reflejo de un botón de cobre—comienza a prevenirlo contra la República Argentina. Olvida el raquítico imaginativo que para esa época, ya las tropas del Libertador llevaban dignos arreos militares que se compraron en Inglaterra, después de los primeros alistamientos británicos. En realidad, el asunto no merecería la pena, si no fuera por demostrar las bajas argucias de que se vale el exclusivismo argentino para oscurecer la figura del Libertador.

(26) Amunátegui y V. Mackenna, o. c., p. 106.

un futuro vencimiento, de aquel genio que vislumbraba el porvenir como un vidente y manejaba los hombres como un Dios, se encerró en esa que Maeterlink llama maravillosa elocuencia del silencio, y que aplicada a él—San Martín—podríamos denominar la prudente elocuencia del zorro.

San Martín no pudo nunca comprender a Bolívar. Pero en sus declaraciones a Guido, en posteriores cartas que a este mismo personaje escribe y en su famosa carta a Bolívar, lo mismo que en otros momentos exclusivistas de su vida, no es falta de comprensión únicamente, lo que hace menguados y raquíticos los juicios de San Martín sobre Bolívar. Invocar a éste, como la causa de su retirada del Perú, no es digno del General San Martín. Guardar silencio en aquellas circunstancias, ante Guido, sobre la revolución de Lima, sus ideas monárquicas, el abandono de su escuadra y del ejército, su desprestigio en el país, su cansancio, su impotencia, sus derrotas políticas y militares, para poder decir: "Bolívar y yo no cabemos en el Perú"... para escribir más tarde: "la América me debe ese servicio"... para decirle, después de muerto, al Libertador:... "usted no quiere tomarme bajo sus órdenes"... no ha debido hacerlo nunca San Martín. Todo, menos eso: "que estoy cansado de que me llamen tirano; que necesitaría fusilar a algunos de mis compañeros para lo cual no tengo valor; que un militar afortunado es un peligro para un Estado que de nuevo se constituye; que he terminado mi misión..." Todo, menos eso, porque cuando el General San Martín, salió rumbo al Perú, a la cabeza de la expedición libertadora, no debía contar con Bolívar, ni como factor de ayuda ni

como factor de dificultades. San Martín debía libertar al Perú con su ejército; debía triunfar. No triunfó ni libertó al Perú; le fallaron sus cálculos, no consiguió su objeto y se fué. ¿Por qué achacar a Bolívar su retirada? ¿Dónde estaba el Libertador mientras San Martín triunfaba en Chile y fracasaba en el Perú? Deteniendo a Morillo en nuestros llanos. Impidiendo al brillante Jefe español que se trasladase a la Argentina, para cuya pacificación estaba primitivamente destinado, antes de salir de España, y luego, según órdenes posteriores, al terminar la pacificación de Venezuela. A San Martín se le puede perdonar todo, todo, menos la flaqueza de echar sobre hombros ajenos la responsabilidad de su derrota.

Crée Mitre—y esto lo traigo a colación al hablar del General Morillo—que "sin el concurso de San Martín, que ejecutó de la tarea, Bolívar no habría llegado jamás al Pacífico, y *quizás* quedaba aislado en Venezuela, porque dominado el Perú por los realistas y dueños del mar, de Quito y de la Nueva Granada, hubieran opuesto otra resistencia que la que encontró en Boyacá y Pichincha" (27). Decir esto es un afán fanfarrón de dar a San Martín, una importancia continental que no tiene. Cuando Bolívar, después de vencer en el territorio de Venezuela a los más formidables ejércitos españoles que vinieron al Nuevo Mundo, entre los cuales se cuenta la expedición de 1815, que venía al mando de un verdadero *Mariscal* de España y no de un marica como Marcó del Pont, contendor de

(27) T. 3º, p. 306. Las demás citas que se hacen aquí de Mitre, en las últimas anteriores páginas, corresponden a este mismo tomo, p. 308.

San Martín, resolvió el paso de los Andes de 1819, y venció en Pantano de Vargas y Boyacá, y entró en Bogotá, los realistas dominaban en el mar, en el Perú y en la Nueva Granada, y fué por golpes de Bolívar, exclusivamente, como terminaron su dominación en el Norte. Los soldados de Bolívar, que en Carabobo dieron el golpe de gracia al ejército de Morillo, no iban a flaquear ante ejércitos no comparables a aquellos.

Un historiador español (Ciro Bayo, o. c.), que en su obra de detractación llega hasta llamar "cobarde" a Bolívar (p. 96), para decir más adelante que la carrera del Libertador "fué el resultado de una gran vanidad al servicio de una noble causa", tiene momentos en que se siente subyugado por las actitudes del genio, y olvidando todo, declara: "Bolívar demostró cumplidamente que ni una ni dos expediciones como la de Morillo (la más poderosa de todas las que vinieron a la América) eran bastante contra él" (p. 81). Es decir que ni Marcó del Pont, ni todos los virreyes, hubieran truncado su gloriosa carrera. La misma u *otra resistencia* hubieran sido superadas por el temple de alma de Bolívar.

Recuérdese la situación del Libertador el 1814, abrumado por la avalancha formidable de los llanos, desconocido por sus tenientes, frente al éxodo terrible de Caracas, y pesando sobre sus hombros la responsabilidad de la pérdida de la República. Tiene coraje, en estos momentos de angustia, para oponer a la tragedia la esperanza: "Yo os juro, amados compatriotas, exclama, que este augusto título que vuestra gratiud me tributó cuando os vine a arrancar las cadenas, no será vano. Yo os juro que Libertador o

muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho, *sin que haya potestad humana sobre la tierra* que detenga el curso que me ha propuesto seguir... Dios concede la victoria a la constancia" (28).

Y el año de 1818, cuando se anuncia que la Santa Alianza, unirá su poder al de España para sacarla adelante en su empresa de someter a las colonias rebeldes, declara a la faz del universo: "La República de Venezuela que desde el 19 de abril de 1810, está combatiendo por sus derechos; que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos; que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces y cuanto es caro y sagrado entre los hombres, por recobrar sus derechos soberanos; y por mantenerlos ilesos, como la Divina Providencia se los ha concedido, está resuelto el pueblo de Venezuela a sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el mundo se empeñan en encorvarla bajo yugo español" (29). Y esta declaración se hacía a raíz de los desastres de este año, casi tan tremendos como los de 1814, después de la sorpresa del Rincón de los Toros (16 de abril), de la derrota de Páez, en Cojedes (2 de mayo), de la de Cedeño, en Cerro de los Patos (20 de mayo), de la de Mariño en Oriente (primeros días de noviembre). Y no se cuenta la infidencia de Páez, ni las veleidades de Mariño.

—Considerando estos sucesos es que el señor Bulnes

(28) Proclama de Carúpano, 7 de setiembre de 1814. Citada por Jules Mancini en su libro "Bolívar y la Emancipación de las Colonias Españolas", Ed. Bouret, París, 1923, p. 580.

(29) Decreto dado en Angostura el 20 de noviembre de 1818. Larrazábal, o. c., t. 1º, p. 544.

dice: "Refiriéndonos a la parte política y personal, diremos de paso que, comparada la situación de San Martín, en Lima, con la del Libertador en Angostura en 1818, los obstáculos que embarazaban el afianzamiento de la autoridad de éste en Venezuela fueron mucho mayores que los que se oponían a San Martín en Lima, y que venciéndolos y dominándolos, probó Bolívar tener una energía moral *que lo hacía superior a todas las dificultades*, lo que no probó San Martín en el Perú" (30). A todas las dificultades, escribe el historiador chileno; "aislado se queda sin el concurso de San Martín", dice Mitre...

Pero lo que no declara en toda su voluminosa historia, lo que no dijo nunca, porque era la verdad, y la verdad no debía decirse de Bolívar, porque esa verdad estorbaba en el Olimpo de los falsos dioses, es que si el Libertador no detiene en los llanos de Venezuela la expedición del General Morillo, que en un principio—como ya se dijo—estaba destinada el Río de la Plata, no hay ni paso de los Andes, ni Chacabuco, ni Maipú.

Imaginemos un momento a San Martín frente a los Andes y los veinte mil soldados de Morillo dominando las pampas argentinas. ¿Habría pasado la Cordillera? Yo lo dudo. El historiador español, antes citado, escribe refiriéndose al mismo caso que yo propongo: (p. 409): "Hacen bien los argentinos en honrar a San Martín, porque al fin y al cabo, necesitan un general de su independencia que no lo tuvieron. Además, queda por ver lo que habría sido

(30) Bulnes, o. c., t. 2°, p. 86.

del Aníbal argentino si al pasar la cordillera, dando la espalda a su patria, un Escipión hubiera llamado a la puerta de Buenos Aires. De esta prueba salió victorioso Bolívar una y dos veces, sobre todo, cuando la estocada de Boyacá a un lado y la de Carabobo a otro. Tan magnífico se representa Bolívar, que al emprender su examen, venció nuestra frialdad de extranjero y acabamos por entusiasmarnos con el personaje; pero San Martín nos deja indiferentes".

La Retirada del General San Martín

CAPITULO I

Cartas a O'Higgins.—Críticas de Mitre.—El genio concreto de San Martín.—Subordinación de San Martín.—Sus relaciones con las logias masónicas.—Conceptos sobre su acción militar y la de Bolívar.—Bolívar y Artigas.—Desastres ocurridos antes de la llegada del Libertador al Perú.—Juicio de San Martín sobre la decisiva actuación del Libertador.—El milagro de una resurrección.—Patética situación de Bolívar en el Perú.—La esperanza de la América personificada.

I

De regreso de Guayaquil, San Martín escribió a su amigo del alma, el General O'Higgins:

"El éxito de la campaña que se va a emprender no deja lugar a dudas. Usted me reconvendrá por no concluir la obra empezada. Usted tiene mucha razón pero más tengo yo. Créame amigo mío, ya estoy can-

sado de que me llamen tirano, que en todas partes quiero ser Rey, Emperador y hasta demonio! Por otra parte, mi salud está deteriorada, el temperamento de este país me lleva a la tumba; en fin, mi juventud fué sacrificada al servicio de los españoles y mi edad media al de mi patria; creo que tengo un derecho a disponer de mi vejez" (1).

Comentando esta carta, dice Mitre (3º, p.p. 673, 4): Si San Martín "en en la plenitud del poder y con medios suficientes para llevar adelante su obra, hubiese dejado una página inacabada y una misión por llenar, habría sido un poltrón y un desertor de su bandera que retrocedía ante el trabajo y el peligro. Si hubiera abdicado, como lo dijo, porque estaba aburrido de oír decir que quería hacerse soberano, habría cedido a un arranque caprichoso de pueril enojo, indigno de las acciones reflexivas de un varón fuerte..." Pero el historiador argentino no es sincero, toda la inmensa Torre de Babel de sus apreciaciones tiene por objeto demostrar, que los verdaderos motivos de la retirada de San Martín, están consignados en su famosa carta a Bolívar, como ya se refirió.

Y es que el General Mitre olvida, que en otras páginas de su voluminosa obra, reconoce que el General San Martín *ni estaba en la plenitud de su poder ni tenía medios suficientes para llevar adelante su obra.* Y no estaba en la plenitud de su poder, porque como dice el mismo Mitre: "Vió claramente que la opinión indígena no le era propicia y estaba fatigada de su domi-

(1) Mitre, t. 3º, p. 658.

nación, que el ejército estaba desligado con él..." (2), "que sus fuerzas eficientes estaban agotadas" (3). Un general que no cuenta con soldados, ni opinión, ni con fuerzas, no puede estar en *medio de su poderío.* Un general sin fuerzas lo probable, lo seguro, es que *se encuentre cansado*, y que por lo tanto aspira al reposo.

De igual modo olvida Mitre, que *el verdadero motivo* de la retirada de San Martín lo consignó en la página 138 del tomo 3º: "*El acto más trascendental* que *decidió del destino del Protector y del Protectorado*, fué el malhadado plan de monarquizar al Perú, que le enajenó la opinión del mismo país libertado y aflojó los vínculos de la disciplina militar ya relajados". Si el destino del Protector y su gobierno, estaba ya marcado por los errores de aquél, por el célebre *acto trascendental*, de que no quiere tener noticias la Excelencia del señor Saldías, ¿cómo podía *llenar su misión? ¿Cómo acababa su página?* Lo más prudente, en vista de esta *decisión fatal del destino*, era irse con su salud deteriorada, antes de que el *temperamento* del país lo llevara a la tumba, como lo decía a O'Higgins. Si por *temperamento* del país, interpreta Mitre *retroceso ante el trabajo y el peligro* para creer que *habría sido un* poltrón y un desertor de su bandera, quizás tenga razón, porque en la página 92 del tomo 3º asegura que la voluntad de San Martín "parece que se destempla", y un hombre con voluntad *destemplada* puede llegar a la deserción y a la poltronería.

A estos respectos hay otra carta muy significativa del mismo San Martín para O'Higgins, donde le dice:

(2) Id., id., p. 667.
(3) Id., id., p. 6.

"Millones de enhorabuenas por su separación del mando. Los que sean verdaderos amigos de ustedes se las darán muy repetidas. Sí, mi amigo: ahora es cuando gozará usted de la paz y tranquilidad, y sin necesidad de formar cada día nuevos ingratos. Goce usted de la calma que le proporcionará la memoria de haber trabajado por el bien de su patria" (4).

Las enhorabuenas no eran oportunas porque, en realidad, O'Higgins no se separó del mando, sino que lo separó la revolución del General Freites. Que ellas valgan, pues, por la *paz y tranquidad*, la *ataraxia* de los dioses griegos: ociosos, felices, inmortales, que ya veía rodear a la persona de O'Higgins. Pero es lo cierto que el digno adalid de la independencia de Chile no participó de estas ideas; no se dejó sugestionar por esa invitación a la *pereza*, significado de poltronería, por más que viniera auroleada por la ilusión de una memoria augusta. Depuesto en Chile, voló al Perú a ofrecer sus servicios a la causa de América, diciéndole al Libertador: "Yo reitero mi propósito de acompañarle y servirle, bajo el carácter de un voluntario que aspira a una vida con honor o a una muerte gloriosa, y que mira el triunfo del General Bolívar como la única aurora de la independencia de la América del Sur" (5).

(4) Corresp. de San Martín, carta del 9 de febrero de 1823, p. 11.

(5) Carta de O'Higgins al Libertador, fechada en Trujillo (Perú) el 9 de mayo de 1824. Se copia del libro "El Almirante Don Manuel Blanco Encalada", de la Editorial América, de Madrid, p. 165. Desde Trujillo hizo O'Higgins penosísimo viaje para reunirse con el Libertador, a quien se unió después de Junín, en Guancayo, el 18 de agosto, y a quien siguió en su viaje a Lima. A pesar de que se le hizo reconocer en el ejército, en su clase de capitán general, no obtuvo en él colocación activa, como era el

Del *destemplamiento* de San Martín nos habla también el señor de la Cruz, cuando se refiere al "*estoicismo musulmán* con que el Protector siguió contemplando los tropiezos y caídas de su gobierno", y a las "*largas siestas tropicales, bajo las palmeras de la Magdalena*". Sin embargo, la propaganda *pro-abnegación* de San Martín, que inicia el mismo Protector, y sirve de base y aliento al exclusivismo argentino, en su obra de detractación contra Bolívar y encumbramiento de su héroe, no deja de influenciar, siquiera sea en una mínima parte, el recto criterio del eminente historiador chileno. Por eso dice: "Mas San Martín, con razón o sin ella, no creyó en la sinceridad de las excusas del Libertador, e imaginó que éste se negaba porque quería mandar en jefe. Tuvo entonces el protector un rasgo de sublime desprendimiento, de inmenso patriotismo: ofreció a Bolívar servir bajo sus órdenes... El Libertador debió comprender, en toda su heroica magnitud, la nobleza de alma de San Martín; pero las razones que había dado para no pasar al Perú quedaban en pie" (6).

San Martín pudo creer o no en la sinceridad de Bolívar, pero antes que esta creencia están los factores de que habla el mismo señor de la Cruz. Creyendo o no en la sinceridad de Bolívar, San Martín contem-

ardiente deseo de O'Higgins. Si a los chilenos dominaran tendencias exclusivistas, es seguro que buscarían en flaquezas de Bolívar, la causa de esta decisión. Pero no es así; el señor Bulnes, de quien tomo estos datos, dice sencillamente: "La injusticia más terrible hacía que la patriótica cooperación de O'Higgins fuera una carga y un inconveniente para el Libertador, porque su incorporación en el ejército habría despertado recelos en Santiago, que a Bolívar le convenía evitar". (T. 2º, p. 234).

(6) Estudio citado, sobre la entrevista de Guayaquil.

pló el horizonte, vió el *desquiciamiento grande de su alma grande*, el *destemplamiento de su voluntad*, el *agotamiento de sus fuerzas eficientes*, y se fué, porque en esas circunstancias no podía *terminar la obra empezada*. "Ya es del dominio de la Historia que el general argentino aspiraba a desprenderse del mando y a salir del caos, confusión y anarquía en que estaban revueltos los descendientes de los incas, tan corrompidos por el oro y los esclavos; también es del dominio de la Historia que San Martín se había hallado incapaz de poner término a tan deplorable situación" (7). Esta *incapacidad* la confesó el mismo Protector al General Guido, al decirle "que no podía dominar la situación a menos de fusilar algunos jefes, pero que le faltaba valor" (8). ¿Acaso el mero hecho de que San Martín *imagine* una ambición por parte de Bolívar es suficiente a impulsarlo al *sublime desprendimiento*? ¿Por ventura hay *desprendimiento sublime* en aflojar lo que ya no se puede tener en las manos? Bendita abnegación con uñas. Es la misma que se aduce al desprenderse de un manjar indigesto para darlo a un pobre, y luego propagar que preferimos aguantar hambre, antes de que nuestro semejante muera, o para que la libertad de América triunfe, como pretende el exclusivismo argentino.

II

Mitre, comparando a San Martín con Bolívar, pontificaba: "San Martín es un genio concreto, con más

(7) Monsalve, o. c., t. 1º, p. 414.
(8) Mitre, t. 3º, p. 606.

cálculo que inspiración, y Bolívar un genio desequilibrado, con más instinto y más imaginación qué previsión y método" (9). Podría argüirse que fué, seguramente, por cálculo, que San Martín, como asegura el señor de la Cruz, "dejó perder en marchas y contramarchas, frente a un enemigo victorioso al ejército que se le confió en Chile para libertar al Perú" (10). Alberdi, el más grande de los pensadores argentinos, dice que "San Martín no era genio sino entre mediocridades. En *veinte años de servicio militar* en España, en una época célebre, apenas alcanzó el grado de teniente coronel: tres años de cadete, siete de teniente, tres de capitán llenaron toda su carrera militar en España. En Buenos Aires una logia de que él era miembro influyente, según Mitre, lo hizo *general*" (11).

La campaña de *cuyo éxito no dudaba* el General San Martín, según lo aseguraba en su carta a O'Higgins, terminó en el más completo fracaso. No podía ser de otra manera. Si San Martín, definido *genio concreto* por Bartolomé Mitre, no se atrevió a enfrentarse nunca, *por cálculo*, al ejército español del Perú, ¿cómo iba a concebir que lo hicieran con éxito sus tenientes Alvarado y Arenales, que con todas sus brillantes cualidades, estaban lejos de las cualidades geniales? Verdad que el Protector les indicó el plan que debían seguir, pero en el desenvolvimiento de una campaña pueden presentarse muchos sucesos imprevistos, que solo

(9) T. 3º, p. 606.
(10) Estudio citado.
(11) "Grandes y Pequeños Hombres del Plata", p. 220.

podría vencer el *genio concreto* de San Martín. Al retirarse, el *genio concreto*, le cortaba la cabeza al plan.

Ahora bien, ¿el plan de campaña de San Martín podía darle a este General la certidumbre del éxito? Mitre, aludiendo a él, dice: "que aunque muy complicado en el desarrollo, reposaba sobre ideas muy sencillas, aún cuando adoleciera del defecto capital de no ser decisivo" (11). Estas frases ambiguas de Mitre, nos afirman en la creencia de que el *genio* de San Martín (si es que verdaderamente lo tenía) decayó en el Perú. El hecho de reposar sobre *ideas sencillas*, es precisamente el defecto capital de ese famoso plan, como lo vamos a demostrar, porque esas *ideas sencillas* constituían errores graves.

"El plan de campaña propuesto por San Martín consistía en llamar la atención del enemigo por puntos muy distantes entre sí, de suerte que los realistas dejaban a los patriotas posesionarse del país y *sembrar allí las ideas revolucionarias* y que el ejército aumentara su fuerza, o que si se dividía era fácil batirlo. El plan era inmejorable. Canterac en Huancayo, La Serna en el Cuzco, Ramírez en Arequipa, Valdez y Olañeta en Alto Perú, estaban separados por cientos de leguas, de desiertos, sin fácil movilidad ni recurso; pero el valor, la disciplina militar lo vence todo. Pronto veremos que Valdez, convirtiendo su tropa en una máquina de admirable y rápida locomoción, atraviesa esas enormes distancias con más facilidad y prontitud

(11) T. 4º, p. 7.

de lo que lo haría un ejército en medio de las opulentas y provistas poblaciones europeas" (12).

El principal error de San Martín estuvo en los frutos que esperaba del *cultivo de las ideas revolucionarias*. Precisamente, de esa labor de sembrador fué que, según Bulnes, se ocupó durante su permanencia en Lima. Y esa labor no dió resultado ninguno, y por esa carencia de resultados, fué que tuvo que emprender la retirada. La siembra, en presencia del enemigo, no podía ser más feliz, ahora, sobre todo si se sabe que casi todo el ejército enemigo se componía de peruanos, que servían con ardor la causa realista. No había los *elementos*—Bulnes—para aumentar la fuerza patriota. *La idea sencilla* de posesionarse del país para cultivar ideas revolucionarias, era, pues, tan sencilla como falsa.

Pero el otro error no era menos grave. Consistía en la *idea sencilla* de creer que Valdez, Canterac y Laserna, eran del mismo temple del pobre Marcó del Pont. Que se iban a quedar tranquilos para que Alvarado, Arenales y demás sujetos, junto con los frutos del cultivo, los manejaran como *títeres*, como San Martín manejó a Marcó del Pont, según la expresión de Mitre (t. 1º, p. 482). Pero sucedió precisamente, todo lo contrario. Fueron, ahora, los generales del Protector, los que hicieron el papel de *títeres*, en las manos diestras de Valdez, Canterac y Laserna. El mismo Paz Soldán, que califica el plan de inmejorable, nos cuenta el resultado: "En el centro de Lima tenía

(12) Felipe Paz Soldán: "Historia del Perú Independiente", Editorial América, Madrid, t. 1º (1822-1827), p. 42.

el virrey muchas personas que le trasmitían avisos seguros y prontos de las menores combinaciones de los patriotas; así es que, tan luego como zarpó la escuadra, ya conocía su dirección, su plan de campaña, el número y calidad de la tropa, y no le fué difícil prepararse para atacarla tan luego como desembarcara. En efecto..." (13). Ese efecto fué el desastre.

En el plan de campaña que dejó para que fuera *desarrollado* por sus subalternos, demostró San Martín, una falta de criterio imperdonable. Conste que no hablo de *errores*. Errores lo tienen hasta los genios, porque los genios no dejan nunca de ser hombres. Errores los tiene San Martín en las dos grandes acciones que son el timbre de su gloria. Después de la batalla de *Chacabuco*, dejó retirarse tranquilamente a Ordoñes, quien rehecho en Talcahuano le infligió la derrota de Cancha Rayada (14), y "el General San Martín reincidió en Maipú, en el mismo error de Chacabuco, al no activar la persecución sacando de sus victorias todos los resultados posibles" (15). El plan de militar de San Martín, haciendo abstracción de la falta imperdonable que constituía el hecho de confiar su desarrollo a aquellos jefes subalternos, no puede considerarse en el mismo nivel de venialidad de los errores de *Chacabuco* y Maipú. Hagamos abstracción también del error político, de la inconsciencia que manifestaba sobre la situación y carácter del país y los enemigos. Hagamos abstracción de todo, para considerar únicamente que, si el Protector estaba convencido de la imposibilidad de obtener la victoria sin los auxilios de Bolívar, cuya cooperación fué a solicitar a Guayaquil, ¿por qué lanza contra el enemigo, por mano ajena, aquel grupo de soldados que excusó lanzar por mano propia? El desprestigio de San Martín en el ejército tuvo por causa su inacción, su *prudencia*, como él mismo decía, frente al enemigo. Y si era *imprudencia* comprometer una acción en los primeros tiempos de la expedición libertadora, con un ejército brillante y numeroso, pujante, con esa fuerza que le daban el prestigio de sus victorias en el Sur, mucho más lo era ahora, con un ejército desmoralizado, desprestigiado, alicaído, por la derrota de Ica y el desastre de la Macacona.

(13) O. c., p. 43.
(14) Mitre, t. 2º, p. 35.
(14) Id., id., p. 218.

"El éxito de la campaña que va a emprenderse no deja lugar a dudas. Usted me reconvendrá por no concluir la obra empezada..." palabras, palabras...

III

Considera el exclusivismo argentino a San Martín como el primer capitán del Nuevo Mundo. Sin embargo, sus acciones militares se reducen al paso de los Andes, cuya consecuencia fué la victoria de *Chacabuco*, al combate de San Lorenzo, y a la acción decisiva de *Maipú*. Esto en lo referente a victorias. En lo que se refiere a fracasos militares tenemos a Cancha Rayada, que subsanó la acción de Maipú, y al inabarcable fracaso en el Perú que reparó el Libertador, cuando, después de la retirada de San Martín, llevó a término feliz la guerra contra los españoles en aquel país.

Examinando estas actuaciones, no puede San Martín, compararse al Libertador, cuya obra militar es

más amplia, extensa y decisiva, por el número de batallas que ganó o perdió, por la calidad de ejércitos que se le enfrentaron, por los inconvenientes que venció, y por la habilidad con que movió sus legiones en el campo de batalla, para sacar de la victoria todos los resultados posibles y arrancar a las derrotas las funestas consecuencias que las acompañan. "Más terrible vencido que vencedor", llegó a decir de Bolívar su contendor General Morillo, cuando, después de considerarlo anonadado en los llanos, sabe que ha tenido lugar la victoria de Boyacá y la pérdida para España de la actual república de Colombia.

Como el exclusivismo argentino sabe la grandeza de esta obra militar, y como San Martín no tiene en su haber de gloria efectiva sino sus campañas, es natural que traten, si no de rebajar, por que es imposible, de atenuar con explicaciones odiosas, la aureola brillante, que en toda la extensión del Continente nuestro, han dejado esas victorias de Boyacá, Carabobo, Bomboná y Junín, que son las que unidas a otras acciones, tan brillantes pero no tan decisivas, constituyen para Bolívar, la corona de laurel simbólico que orna en todos los tiempos la frente de los vencedores.

Es por eso que Mitre no vacila en hacer su pueril comparación dando a San Martín las cualidades de un genio concreto, y a Bolívar las de un desequilibrado, con más instinto y más imaginación que provisión y método. Pero el señor Bulnes, que estudió la actuación de Bolívar en el Perú, nos dice:

"Se ha creído por algunos que el Libertador procedía por espontaneidades, sin método; que obedecía a las impresiones fugitivas que herían su inteligencia

o su imaginación; que así decidía una campaña, la continuaba y la terminaba. La vida del Libertador no está todavía definitivamente escrita, así es que no sería posible apreciar ésto de un modo acertivo; pero podemos decir que, por lo que se refiere a la campaña del Perú, ello es completamente inexacto, y que cuando se le estudia, no se sabe si admirar más la previsión metódica, minuciosa, casi tímida que despliega antes de iniciar operaciones, con la audacia que gasta para decidirlas. Si hubiéramos de juzgar por analogía, creeríamos que siempre procedió lo mismo; pero en todo caso el cargo que se deriva de lo contrario no es aceptable históricamente, antes de que se haya hecho más luz en una vida que aguarda su historiador" (16).

El señor Bulnes, como lo declara terminantemente, no se ocupó sino de estudiar detenidamente la actuación de Bolívar en el Perú; el mismo nombre de su obra lo indica. Por eso es que dice, *que si hubiera de juzgar por analogía creería que siempre procedió lo mismo.* Su juicio por analogía, sobre actuaciones que no estudió, no es por ello menos cierto. El francés Mancini, que sí estudió la actuación de Bolívar en el Norte, al referirse a sus proyectos para la Campaña Admirable, escribe:

"Las observaciones y comentarios de Bolívar, y, sobre todo, el plan general de operaciones que de ellos induce el futuro Libertador, son de una exactitud y de una precisión nunca bastante alabadas. Desde el primer golpe de vista juzgó Bolívar el teatro y a los actores del drama del cual se instituye él protagonista. Nos

(16) O. c., t. 2º, p. 87.

indica por adelantado el esquema del programa que ejecutará en su totalidad, venciendo los más arduos obstáculos con que haya tropezado un sér humano en su camino y sobreponiéndose a ellos sin asomo de desfallecimiento" 17).

Por lo que se refiere al Perú, en medio de aquella espantosa situación que trajo consigo la defección de todo el país hacia la causa realista, desde el Presidente de la República y el Ministro de la Guerra, hasta las tropas del Callao y la población de la Capital en masa, anunció, desde la sierra de Trujillo, y lo cumplió al pié de la letra, el plan y el desenvolvimiento de su campaña. Un año antes, había anunciado, en carta a Sucre, el desastre de la segunda expedición a Intermedios. y, como dice Blanco Fombona, no se equivocó en un ápice el ilimitado Libertador: "La expedición de Santa Cruz es el tercer acto y la catástrofe de la tragedia del Perú; Canterac es el héroe, y las víctimas, Tristán, Alvarado y Santa Cruz. Los hombres pueden ser diferentes, pero los elementos son los mismos y nadie cambia los elementos. Por más que se le hayan dado instrucciones a Santa Cruz, buenas y sabias, el resultado, por eso, no sería menos funesto. Tristán tuvo las mismas, y su Jefe de Estado Mayor es el mismo Santa Cruz; quiero decir el alma de una y otra expedición; con mucho valor, con mucho mérito, pero sin medios para cambiar las cosas" (18).

Volviendo a San Martín, y al terreno de las comparaciones, para contrarrestar a Mitre y al exclusivismo argentino, podría servirnos el juicio ya reproducido del chileno Barros Arana, o el de Hostos, quien no solo lo crée superior a San Martín, sino a todos los guerreros antiguos y modernos. Pero ninguno es mejor que el de Vicuña Mackenna, porque ahondando en el alma de Bolívar, estudiando sus empujes victoriosos, imagina su actuación en el lugar de San Martín, y comparando también, dice:

(17) O. c., p. 439.
(18) Cartas de Bolívar, p. 21.

"Bolívar es solo. Nadie manda donde él manda. Nadie puede donde él está, porque él es todopoderoso. San Martín, hijo de las Logias, al contrario, se ve sujeto bajo ley de muerte, a una tenebrosa subordinación que al fin le pierde. Bolívar, después de Chacabuco, no habría pasado los Andes solitario viajero. Habría desobedecido al Eterno y, con la lanza en los riñones de Ordoñes, habría entrado junto con él a Talcahuano" (19).

En realidad, como dice este autor chileno, San Martín fué un instrumento de Sociedades Secretas. Su grado de General lo recibe de una Logia. Todas sus campañas y acciones son regidas por la *Logia Lautaro*. Todavía, hasta en el destierro las sombras de las logias lo persiguen. Así escribe al General Miller: "No creo conveniente hable usted lo más mínimo de la Logia de Buenos Aires: estos son asuntos enteramente privados y que, aunque han tenido y tienen una gran influencia en los acontecimientos de la revolución de aquella parte de América, no podrán manifestarse sin faltar por mi parte a serios compromisos" (20).

(19) Estudio citado.
(20) Corresp. de San Martín, pp. 87-8.

Podrá argüir el exclusivismo argentino que Bolívar no fué un militar de escuela como San Martín, si es que entienden por escuela, la ciencia que San Martín adquirió en la Academia de España, donde estudió. Pero es que olvidan que la ciencia de la guerra se aprende también en el campo de batalla, y cuando el interesado tiene las brillantes cualidades intelectuales y morales del Libertador, este aprendizaje llena completamente el vacío de la escuela. Obsérvese, para comprobarlo, las campañas del Libertador desde el momento en que la naturaleza de la guerra impone a sus tropas la táctica y lecciones de las guerras científicas. Tomemos de Duarte Level algunas descripciones de la campaña de 1819, donde se ve palpablemente la evolución militar que opera en Bolívar el aprendizaje de la teoría, marcando a sus legiones nuevos sistemas en su camino de victorias:

"El 11 de agosto ocupó Bolívar a Bogotá. Al fin realizaba el jefe republicano una campaña tal como cuadraba a su temperamento. Un avance rápido, marchas atrevidas e inesperadas, ataque brusco y concentración del ejército sobre un punto dado. Tal fué la campaña de 1819. Aleccionado por la experiencia, ya no viene Bolívar a estrellarse contra lo que tiene al frente. Con mirada cierta ve el punto frágil, maniobra admirablemente y hace cambiar de posición al contrario, hasta interceptarlo y obligarlo a un combate en que las ventajas de la posición colocaban al enemigo en difícil situación, pues al comenzar el combate la vanguardia patriota atacaba por retaguardia la columna realista que llegaba al puente, y coronaban los republicanos la altura que domina la posición contraria.

"Las grandes dificultades materiales que Bolívar tuvo que vencer en su campaña de 1819, a consecuencia de la estación y malos caminos y la casi falta de subsistencia, dan a esta marcha un carácter de extraordinaria audacia y mayor tenacidad.

"Ya frente al enemigo, la falsa retirada del 3 de agosto, para caer inesperadamente sobre Tunja, es un movimiento estratégico admirable, porque dejó a retaguardia al enemigo, y se interpuso Bolívar entre éste y la capital. Esta marcha le dió el triunfo.

"Sucediéronse en esta campaña los movimientos tan inesperadamente, la situación del ejército patriota era tan aislada y su número tan reducido, que para realizarla se necesitó una audacia sin límites y una serenidad inconcebible. Aquel cuerpo republicano estaba condenado a perecer si retrocedía; su divisa era: adelante!, pero no era una marcha ciega, fatalista, sino el avance meditado, estudiado y ejecutado con perfecta precisión. El valor, el ímpetu, el empuje homérico, estaban subordinados a la astucia, a la inteligencia y al genio. Es sorprendente cómo Bolívar absorbía y hacía suya la experiencia y las demás cualidades de sus tenientes y cuánto aprendía en la práctica escuela de la guerra.

"Vió a Páez en el Apure y con él aprendió la guerra de ardides y engaños y el movimiento de cuerpos ligeros de Caballería sobre flancos. El combate de la Gamarra le enseñó a ser cauto en el ataque. El fracaso de 1818 le enseñó a avanzar siempre con cautela. La Puerta le demostró la necesidad de oficiales de Infantería, y en 1819 empleó todos los ingleses que tomaron servicio en la causa realista, con lo cual los

batallones adquirieron la consistencia requerida. Por primera vez en Boyacá, Bolívar no compromete toda su fuerza desde el principio de la batalla y los batallones *Tunja* y *Socorro* aparecieron en el campo al decidirse la batalla, cubriendo el flanco derecho.

"Hablando de esta campaña, dice Morillo al ministro de la guerra el 12 de setiembre de 1819 lo siguiente: "Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña, y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates".

"Y Mollien se expresa así: "Ya Bolívar no era un oscuro partidario. Salirse de entre las manos de Morillo, ocupar la capital del reino, echar de allí a los representantes del rey, derrotar con unos cuantos salvajes ocho mil hombres de tropas disciplinadas, elevaron al vencedor en Boyacá, a un puesto respetable en la opinión pública".

"El virrey Samano, en parte oficial de 12 de agosto, dice así: "Se ve que todo lo erró dicho Comandante General (Barreiro). Engañó a éste Bolívar, pues con un movimiento de su ejército ni previsto ni observado, tomó la retaguardia de Barreiro ocupando a Tunja y quitándole la comunicación con la Capital, provocando además a Barreiro con su aparente dirección a la Capital, a que los siguiera y teniéndole prevenidas emboscadas lo esperó en el camino proyectado y lo despedazó, habiendo sido la acción el 7 del corriente en la casa de teja o sea de postas de Tunja, que está pasado ésta para Santa Fé".

"...En esta campaña todo se fió a la infantería, y Bolívar empleó la táctica del ataque de un flanco

y la conversión de los fuegos sobre ese lado. De frente la lucha fué de grandes resultados, porque Santander inutilizó la división de Jiménez, con lo cual se debilitaron los flancos. Todas las energías obraron sobre un ala, y allí cayeron grandes masas. Era la táctica de Napoleón, inspirada quizás por los oficiales ingleses, que la habían aprendido con Wellington. Jiménez quedó aislado, y cuando quizo retirarse no pudo hacerlo. El ejército español fué cercado y tuvo que rendirse" (21).

Y luego, el mismo autor, señalando la evolución definitiva del Libertador, al enrumbar sus tropas en una absoluta dirección científica, al comentar la Campaña de 1821, dice:

"El éxito de la campaña de 1821 no fué el producto de la fortuna o de la buena suerte, ni de la audacia, como la de 1819. Ella se estudió con frialdad, se meditó en todos sus detalles, se ejecutó sobre un plan fijo, con término y objeto indicados de antemano, con movimientos combinados científicamente y hasta se indicó el lugar en que se daría la batalla final. Bolívar transformó su gloria de caudillo por la de guerrero. Solo Bolívar podía llevar a cabo tan estratégica concepción, porque él era el centro y la voluntad que daba unidad a los esfuerzos populares. Comprendió que había pasado el tiempo de la guerra primitiva y que era necesario hacerla con ciencia más que con valor; que pelear a ciegas, marchar a la ventura, atacar gallardamente y fiarlo todo al arrojo, eran axiomas de

(21) "Historia Militar y Civil de Venezuela", un vol. Editorial América, Madrid, pp. 324-6.

otros tiempos; que no era general de un ejército el que peleaba como un capitán de compañía, sino el que dirigía el combate, y lo dirigía con pericia; que eran la ciencia y la inteligencia las que guiaban a la espada y no el valor personal". (22).

En estas descripciones precisas y escuetas de Duarte Level, se ve palpablemente cómo coexistían en el Libertador aquellas dos entidades de que nos habla Bulnes: "Hay, pues, en San Martín un hombre superior, el general estratégico de Chacabuco; pero en Bolívar hay dos, el revolucionario incansable de diez años, que cae y levanta en los campos de batalla, y el general que decide la guerra por medio de movimientos estratégicos geniales" (23).

Por eso es que el argentino Sarmiento, consciente o inconscientemente, se separa de la verdad, al querer perfilar la personalidad del Libertador en el marco menguado, para su grandeza, de un mero caudillo, de un montonero, de un *chouan* (24).

"Colombia tiene llanos, vida pastoril, vida bárbara, y de ahí partió el gran Bolívar; de aquel barro hizo su glorioso edificio. ¿Cómo es, pues, que su biografía lo asemeja a cualquier general europeo de esclarecidas prendas? Es que las preocupaciones clásicas del es-

(22) Id., id., p. 348.
(23) T. 2º, p. 84.
(24) "*Chuan* (del franc. *chouan*, corrupción de la palabra *chathuant*, mochuelo). Nombre dado en Francia a los campesinos de la Vendée, que tomaron las armas contra la primera República. Este nombre les viene del apodo *Chouan*, de Juan Cottereau, uno de los primeros jefes, que había contraído la costumbre de no salir sino de noche, como el mochuelo, y dado a sus hombres por seña el chirrido de esta ave nocturna". (Dic. de la L. Esp. de Alemany).

critor europeo desfiguran al héroe, a quien quitan el *poncho*, para presentarlo desde el primer día con el frac, ni más ni menos como los litógrafos de Buenos Aires han pintado a Facundo con casaca de solapas, creyendo impropia su chaqueta que nunca abandonó. Bien, han hecho un General, pero Facundo desaparece. La guerra de Bolívar pueden estudiarla en Francia en la de los *chouanes;* Bolívar es un charette (25) de más anchas dimensiones. Si los españoles hubieran penetrado en la República Argentina el año 11, acaso nuestro Bolívar habría sido Artigas, si este caudillo hubiese sido, como aquél, tan pródigamente dotado por la naturaleza y la educación" (26).

Graves errores contiene esta apreciación. Antes que todo, Bolívar no salió del barro *bárbaro, pastoril y primitivo* de Venezuela (no de la actual Colombia sino de la antigua, la Grande) sino de una de las más grandes y notables familias del país. Completó su educación en Europa, lució su personalidad, en el alto rango que le correspondía, en las Cortes del Viejo Mundo y en los inaccesibles salones de la aristocracia de Europa. "Deshojaba en las cortes europeas—dice Rodó—las rosas de sus veinte años". No era un *llanero*, como Páez, ni un gaucho sanguinario, como Facundo. Ninguno de los libertadores tiene entre sus ascendientes una constelación de abuelos tan beneméritos ni tan nobles, como Bolívar. Ninguno recibió una tan esmerada y fina educación como él. Ninguno pudo vanagloriarse de poseer su vasta y nunca desmen-

(25) Creo que la palabra es *charrette*, con *rr*, y significa, en 3ª acep., *matasiete, fanfarrón.*
(26) "Facundo", edic. de "La Cultura Argentina", B. A., pp. 38-9.

tida cultura, pese a los relatos soeces de Rojas, Espejo, Mitre y la innumerable cáfila de historiadores del exclusivismo argentino. No era un soldadote, ni un matasiete, ni un cuartelario, ni un bárbaro.

Lo que sucedió, lo que no quiso decir Sarmiento, es que el caballero D. Simón Bolívar, tuvo energías suficientes, por amor a la Patria, para hacer triunfar sus ideales libertarios, tuvo energías, repito, para abandonar su vida fastuosa de las capitales de Europa y su retiro señorial de San Mateo, y resignarse a llevar la existencia del llanero, del hombre primitivo de nuestras sabanas. Lo que pasó es que el Marqués de Bolívar, de blanca mano y breve pié, tenía temple suficiente en el alma, para dominar nuestros Facundos, nuestros *bárbaros*, nuestros gauchos, y conducirlos bajo su mano, blanca pero férrea, a la guerra y a la victoria contra España.

"Bolívar subordinó a su autoridad y su prestigio *esta fuerza* (es decir los llaneros), *que complementaba la que él traía originariamente* en ideas, en espíritu de ciudad, en ejército organizado. Abarcó, dentro de su representación heroica, la de esa mitad original e instintiva de la revolución americana, *porque se envolvió en su ambiente* y tuvo por vasallos a sus inmediatas personificaciones. Páez, el intrépido jefe de los llaneros, le reconoce y pone sobre sí desde su primera entrevista, cuando él viene a rehacer su prestigio, perdido con la infausta expedición de los Cayos, y en adelante las dos riendas de la revolución están en manos de Bolívar, y la azarosa campaña de 1817 a 1818 muestra, concertados, los recursos del instinto dueño

del terreno y los de la actitud guerrera superior y adecuada.

"En los extensos llanos del Apure el Libertador convive y conmilita con aquella soldadesca primitiva y genial, que luego ha de darle soldados que le sigan en la travesía de los Andes y formen la vanguardia con que vencerá en Carabobo. Tenía, para gallardearse en ese medio, la condición suprema, cuya posesión es título de superioridad y de dominio, como es su ausencia nota de extranjería y de flaqueza: la condición de maestrísimo jinete, de domador de potros, de insaciable bebedor de los vientos sobre el caballo suelto a escape, tras el venado fugitivo, o por la pura voluptuosidad del arrebato, tras la fuga ideal del horizonte. *El Alcibíades, el escritor, el diplomático de Caracas, era, cuando cuadraba la ocasión, el gaucho de las pampas del Norte: el llanero*" (27).

Pero Sarmiento, siguiendo las pautas del exclusivismo argentino, calla todo esto. Si ante los llaneros es Bolívar un llanero, el primero entre todos, fuera de allí vuelve a llenar lucidamente su papel como *escritor*, como *diplomático*, como caballero, como hombre de mundo, como civilizado, que era en él lo originario. No deben, además, extrañar estas supresiones del argentino Sarmiento, ya que él viene preparando una comparación, en la cual resulta Bolívar un Artigas más grande que el menguado Artigas, aparentemente despreciado por el exclusivismo argentino, y que es la grandeza suprema—La Estrella del Sur—en los horizontes de la América Austral, mientras San Mar-

(27) Sarmiento, id., id., id.

tín... ah! San Martín, ese sí "era realmente un General. Habíase educado en Europa (no instruído, que es algo diferente, pues apenas sabía escribir el español que aprendió en España) y llegó a la América donde el gobierno era el revolucionario, y pudo formar a sus anchas el ejército europeo, disciplinarlo y dar batallas regulares según las reglas de la ciencia. Su expedición sobre Chile es una conquista en regla, como la de Italia por Napoleón. Pero, si San Martín hubiese tenido que encabezar *montoneras*, ser vencido aquí, para ir a reunir un grupo de llaneros por allá, lo habrían colgado a su segunda tentativa" (28)).

Es decir, que si San Martín hubiera tenido que hacer un papel de primitivo, de gaucho, de Facundo, de Artigas, de Bolívar, no lo hubieran *ahorcado*, como dice Sarmiento, pero lo hubieran asesinado en una emboscada, como a Facundo. En eso probó Bolívar que valía más que San Martín, porque se fué a los llanos e hizo su papel de llanero, no de asesino y bárbaro, como Facundo, pero sí de patriota e indomable, como Artigas. Por cierto que Artigas, pero Artigas el Grande, el noble, el magnánimo, el tenaz Artigas, sí tiene semejanza con Bolívar. No era, como pretenden en la Argentina, uno de aquellos salvajes, de que tan fecunda se mostró la pampa que produjo a Rosas y a Quiroga. Caballero, ciudadano, hombre de mundo, las angustias de la Patria lo lanzaron al campo, y mientras en el Congreso de Tucumán, los refinados de Buenos Aires y de las ciudades argentinas, lloraban y pedían un rey, y los incalificables gobernantes del Río

(28) Rodó, e. c.

de la Plata, le ofrecían la Patria a la Corona de Inglaterra, mantenía él, el fuego sagrado de todo sentimiento noble, en el desamparo infinito de las pampas uruguayas.

IV

Entre la partida del General San Martín del Perú (setiembre de 1822), y la llegada del Libertador (setiembre de 1823), las derrotas de Toratá y Moquegua, que trajeron como consecuencia la pérdida de tres mil hombres, y la marcha al Sur de la expedición de Santa Cruz, que destruyó nueve mil hombres más en el Desagüadero, agravaron hasta lo imposible la situación del país. No tuvo, pues la campaña que *iba a emprenderse*, el *éxito indudable* que preveían el *cálculo* y la *previsión* de San Martín, sino el *desastre positivo* que predijeron el *desequilibrio* y *desorden* de Bolívar. Tómese en cuenta, además, que entre la tragedia de Alvarado y la de Santa Cruz, estaban Riva-Agüero, con su rebelión y su traición, y la ocupación de Lima por los españoles.

Sobre estos acontecimientos, originados por la retirada del General San Martín, tuvo que sufrir Bolívar las traiciones del Presidente de la República y del Ministro de la Guerra, que se pasaron al enemigo. Los españoles, que habían abandonado la ciudad de Lima, después de desbalijarla, la ocupan de nuevo, llamados por las tropas argentinas que guarnecen al Callao, desde cuyas almenas alzan esas tropas el pabellón de España tremolado por la traición. Ocupada la Capital y el puerto principal del Perú, las defecciones se suceden. Un regimiento se pasa al enemigo frente a los muros del Callao. El vicepresidente Aliaga,

el presidente del Congreso los comandantes Navajas y Ezeta y los regimientos que comandan, junto con el General Portocarrero y su Jefe de Estado Mayor, van a engrosar también la deshonrosa legión de traidores peruanos. Fué en estas circunstancias cuando el Libertador acepta, junto con la Dictadura, la responsabilidad del mando. Y en medio de tanto miedo, de tanta ignominia, de tantas traiciones, frente a un ejército que envuelve al país y amenaza destrozarlo a él mismo, tiene entereza sobrehumana para anunciar a los pueblos la victoria, con el lenguaje de su fortaleza:

"Las circunstancias son horribles para nuestra patria. Vosotros lo sabéis; pero no desesperéis de la República. Ella está expirando, pero no ha muerto aún. El ejército de Colombia está todavía intacto y es invencible. Esperamos, además, diez mil bravos que vienen de la patria de los héroes de Colombia.

"Peruanos: en cinco meses hemos experimentado cinco traiciones; pero os quedan, contra millón y medio de enemigos, catorce millones de americanos libres que os cubrirán con sus armas".

La actitud de Bolívar en el Perú es tan grande, tan patética, tan única en la historia de todas las grandezas humanas, que ha podido vencer al exclusivismo de Mitre, arrancando a la pluma del enemigo inexcrupuloso de nuestro Libertador, esta exclamación referente a Bolívar: "Era la gloria y la esperanza de la América personificada" (29).

A este respecto, el juicio de amigos y enemigos es unánime, como puede verse leyendo un poco de la Historia del Perú, para la época. Bulnes que no pue-

(29) T. 4º, p. 47.

de merecer ninguno de los dos calificativos, apartando su condición de americano del Sur, que le obliga a honrar la memoria del Libertador, nos dice:

"En Lima se consideró la pérdida del Callao como el fin de la revolución peruana. El mayor número desesperó del éxito de la obra dificilísima que había acometido el General Bolívar. La traición de los castillos y de los Granaderos era la coronación de un cúmulo de traiciones y de faltas anteriores, resultado, a su vez, *del desorden en que había quedado el país y el ejército a la partida de San Martín.* Rehacer los elementos desorganizados, devolver la fe perdida, eran obras que parecían superiores a las fuerzas de un hombre.

"El sentimiento revolucionario estaba herido de muerte. Parecía imposible resucitar aquella fe generosa, crédula, que secundó los primeros pasos de Ejército Libertador (el autor habla del ejército de San Martín). Todas las debilidades se pusieron al lado de los realistas, y los caracteres pusilámines, que solo buscan el éxito, se sometieron a los hechos consumados. La teoría del momento era que la guerra estaba terminada y que no quedaba en el país otro enemigo de él que Bolívar" (30).

(30) T. 2º, p. 150. Desgraciadamente, como el mismo Bulnes lo declara, la creencia contra Bolívar pasaba los límites del Perú. Era la obra del exclusivismo que se iniciaba, y esta iniciación consiguió que la independencia del Perú, se debiera, sin *turbatio sanguinis*, a Bolívar solo. "En el espantoso naufragio—continúa Bulnes (pp. 161-2)—no quedaba otra cosa en pié que Bolívar, ni otra esperanza de salvación que Colombia. Con el Perú casi no se podía contar, por las razones que hemos manifestado, y la Argentina permanecía como espectadora neutral de la lucha. Chile no se conducía mejor, y aunque no merece ser juzgado con la severidad que la Argentina, porque siquiera mandó su escuadra al Perú en 1824, no ayudó a

Por su parte Paz Soldán, que pertenece a la *escuela anticolombiana*, y a quien no es grato hacer justicia a la obra del Libertador en el Perú, y sí enaltecer la figura de San Martín, Paz Soldán, que es una especie de Mitre peruano, confiesa:

"No podía ser más lamentable y desconsolador para los patriotas el cuadro que presentaba el Perú: las traiciones, los *reveses de la guerra* y la discordia intestina aniquilaban hasta la esperanza; en este cataclismo había un hombre, cuyo mérito consistía en *sufrir los contrastes con resignación* y jamás abatirse en medio de los mayores peligros. Retirado en Pativilca, presenciaba las vergonzosas y lamentables *debilidades* de Torre Tagle y de cuantos le siguieron. Mosquera, el ministro de Colombia, fué a visitarlo. "Estaba—dice—convaleciente, flaco y extenuado; halléle sentado en una silleta de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco y sus pantalones de guin, que me dejaban ver dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil, su semblante cadavérico. En tan críticas circunstancias, pregunta Mosquera a Bolívar:

Bolívar como debiera, y su gloriosa acción de otro tiempo se había paralizado. Cuando se examinan estos hechos buscando su razón de ser, se encuentra que, con diferencia de gradación, todos obedecían a la misma causa; *la desconfianza en Bolívar*. La había en la Argentina y Chile, y en mayor grado en el Perú. Los procedimientos del Libertador inspiraban recelos. Su confianza en el ejército colombiano se consideraba en el Perú como depresiva de la del suyo. Se quería que el Libertador siguiese representando el mismo papel que había gastado a San Martín. Se hizo de moda entonces creer, o por lo menos decir, que el ejército colombiano era para el Perú una amenaza igual o mayor que el español. Se formó una escuela que podría llamarse anticolombiana, que ha sobrevivido a las pasiones que le dieron origen y pretendido convertirse en escuela histórica, que enaltece a San Martín, para contraponerlo a Bolívar y deprimirlo".

"¿Y qué piensa Ud. hacer ahora?" "*Triunfar*", fué la contestación del Libertador. Continuando Mosquera tan notable e interesante conversación, le preguntó en seguida: "¿Qué hace usted para triunfar?" Entonces, con tono sereno y lleno de confianza, le dijo: "Tengo dadas todas las órdenes para levantar una fuerte caballería en el departamento de Trujillo; he mandado fabricar herraduras en Cuenca, en Guayaquil y en Trujillo; he ordenado que se tomen para el servicio todos los caballos buenos del país, y he embargado todos los alfalfares para mantenerlos gordos. Luego que recupere mis fuerzas me iré a Trujillo. Si los españoles bajan de la cordillera a buscarme, infaliblemente los derrotó con la caballería. Si no bajan, dentro de tres meses tendré una fuerza para atacar, subiré la cordillera y derrotaré a los españoles que están en Jauja". Era preciso salvar la situación y recuperar con el genio lo que se había perdido por la traición. Nunca manifestó Bolívar más grandeza de alma que en esas complicadas y difíciles circunstancias" (31).

(31) T. 2°, pp. 45-6. Al decir *reveses de la guerra*, se refiere Paz Soldán a los desastres de que ya se habló. Bolívar no sufrió reveses en el Perú; afirmó que, *infaliblemente* vencería a los españoles y cumplió su palabra, contra viento y marea. Según D. Felipe, el mérito de Bolívar *consistía en sufrir los contrastes con resignación*, es decir, en la monjil conformidad—*hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*—o en el fatalismo de los mahometanos degenerados—*estaba escrito*,—cuando precisamente, uno de los grandes méritos del Libertador consistía en no sufrir ni tolerar los contrastes, ante los cuales se levantaba indomable, o inapeable, como dijo Montalvo. D. Felipe no conocía aquello de "Si la Naturaleza se opone a nuestra Independencia lucharemos contra ella y la venceremos". Para mí el que se resigna se abate, y por eso creo que Paz Soldán, como Mitre, se contradice muy frecuentemente; de renglón seguido escribe que Bolívar no se abatía nunca. *Debilidades*, llama el *tolerante* D. Felipe a los delitos de alta traición en un Jefe de Estado; en cambio el *intolerante* D. Felipe,

Bolívar, como dice Mitre, era, en esos momentos apocalípticos, la esperanza de la América. El juicio de San Martín, a que ya nos hemos referido, lo confirma. El Protector desconfiaba hasta del Sér Supremo, poniendo toda su fe, en el alma grande, inmensa de Simón Bolívar, en su fuerza decisiva. Pero los hombres que luchaban sobre aquel volcán, no pensaban, no podían estar animados de la misma fe. El Libertador, moribundo, en la desolación de Pativilca aniquilaba las últimas esperanzas. Conmovedora es la narración de Mosquera a este respecto: "El día de mi partida montó Bolívar en una mula muy mansa que tenía y salió a dejarme a la entrada del desierto de Guarmay, para hacer un poco de ejercicio. Como mi equipaje se había atrasado suspendí mi marcha, y el Libertador, que estaba muy débil, se apeó y se acostó sobre un capote de barragán, y su edecán Julián Santa María, permaneció de pié, oyéndonos conversar sobre la situación triste del Perú, que me encargaba descubrir a Santander. Según Ud. sabe, para atravesar este desierto de arena se prefiere la noche; eran, pues, la seis de la tarde, y el sol entraba y salía en el Pacífico, y me daba no sé qué triste idea, que era el sol del Perú que se despedía de nosotros. El silencio majestuoso del océano, la vista del desierto que iba yo a atravesar,

guarda toda su rabia *anticolombiana*, para arrojarla a la faz del Libertador, cuando se refiere a cualquier medida del momento que no le agrada, aunque no tenga importancia. Por todo ésto vale un imperio la advertencia que la casa editora le pega al libro: "Este—dice—escrito a promedios del siglo XIX en estilo agobiante, *con el más menguado criterio* y una casi absoluta carencia de sentido crítico respecto de hombres y cosas, *resultaría detestable* (magnífico!) si no lo avalorasen noticias y documentos preciosos en que abunda".

la soledad de aquella costa y el aullido de los lobos marinos oprimían mi espíritu al dejar a mis compatriotas en una empresa tan ardua en que arriesgábamos al Héroe y a nuestro ejército. Al llegar mi equipaje, me dijo el Libertador, tendido todavía en el suelo:

"Diga Ud. allá, a nuestros compatriotas, cómo me deja Ud. moribundo en esta playa inhospitalaria, teniendo que pelear a brazo partido para conquistar la independencia del Perú y la seguridad de Colombia" (32).

El señor Mosquera cumplió el encargo del Libertador, como puede verse por su correspondencia a Santander, del 15 de febrero de 1824, pero dejando transparentar sus cuidados. "El Libertador—escribía—no desconfía, porque su alma grande es superior a todos los peligros, pero también aseguro a Ud. que es el único que confía. Todos los demás estamos llenos de temores muy justos" (33). Y eso que el señor Mosquera ignoraba los proyectos infames del Gobierno peruano; no sabía que aguardaba al Libertador, como para anonadarlo, esa serie de negras inconsecuencias, que serán siempre un inri asqueroso, en las páginas de la Historia del Perú. En la misma carta encontramos estas frases: "En el Congreso del Perú hay una multitud de hombres sabios, aunque no faltan aspiraciones. El General Tàgle, en cuyas manos está el Poder Ejecutivo, es muy honrado y entusiasta por la libertad. El Perú ama y respeta al General Bo-

(32) Narración de Mosquera que copio de Bulnes, t. 2º, p. 165.

(33) Carta a Santander, publicada en los Documentos de O'Leary, Ed. Caracas, pp. 64-5.

lívar, y lo ama con aquel amor de confianza que inspira su nombre, su reputación y sus glorias".

El virtuoso Sucre, a quien reservaba la gloria la redención de los hijos del Sol, quería dejar al Perú abandonado a su suerte y volver a Colombia. Consideraba al Perú "como un hombre con enfermedad peligrosa de la muerte", llegando a decir más tarde: "Libertar nosotros al Perú será la obra de resucitar a un muerto" (34). El *brazo derecho* de Bolívar flaqueaba; el *hombre de la guerra*, el brillante soldado de Pichincha, el aprovechado militar de escuela, más aprovechado y más militar que San Martín, el Cisne Blanco, Abel de un Mundo Nuevo, confundido ante la infamia, cerró los ojos y oyó quizás, los lúgubres rumores de la noche negra—nuevas tinieblas de un futuro calvario—que cierra el ciclo doloroso con las palabras desgarradoras del Héroe Epónimo agonizante: "Vámonos, que de aquí nos echan".

Era entonces el Perú, según la gráfica expresión del señor Monsalve, "un océano de corrupción, de engaño, de cobardía y de infamia". "Otro que no hubiese estado como Bolívar estaba, resuelto y obstinado en independizar la América, único modo para asegurar la libertad de su patria, hubiera roto su espada en Pativilca al verse entre tanta pudredumbre, sacrificándose por hombres que no merecían la libertad, puesto que pedían cadenas". (35).

La Historia dice cómo Bolívar realizó sus proyectos, arrancando al Perú de las garras del Poder Es-

(34) Citas de Monsalve (o. c., p. 461) de Blanco y Azpurúa: "Documentos para la Vida Pública del Libertador", t. IX, pp. 214, 368.

(35) Obra citada, t. 1°, p. 460.

pañol. Sin embargo, el exclusivismo argentino y la escuela anticolombiana del Perú, quieren dar a San Martín la gloria que solo a Bolívar corresponde, por el hecho de haber proclamado la Independencia en la ciudad de Lima, mientras el ejército español, intacto, y cada vez más poderoso, se paseaba triunfante de un extremo a otro del país (36). Este ejército se jactaba, con razón, de catorce años de victorias, y estas victorias, la Historia lo dice, y el que lo niegue miente, las consiguió contra los generales argentinos, que mandaba el Gobierno de las Provincias del Río de la Plata: Rondeau, Belgrano y Balcarce, y posteriormente contra las tropas, que por mar trajo San Martín, y al fin contra las tropas que quedaron y se formaron en el Perú, cuando el Protector dejó de protegerlo. A los catorce años de victorias españolas replicó Bolívar, en proclama a sus soldados: "Los enemigos que váis a destruir, se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates" (37). Fueron los enemigos de los catorce años victoriosos vencidos en Junín y Ayacucho, como anunció y prometió el Libertador, aun en los momentos de mayor ansiedad. Es esta gloria suya, suya solamente; nada de ella le pertenece a San Martín.

Si al exclusivismo argentino y a la escuela anticolombiana del Perú le corresponde la ingrata tarea de

(36) Dice Mitre (t. 3°, p. 93): "Declaró su independencia, fundó su primer gobierno nacional y bosquejó su constitución política. Pero la *Independencia* era todavía una cuestión a resolver por las armas". Esa cuestión fué la que resolvió Bolívar.

(37) Discursos y Proclamas de Bolívar, p. 253.

arrebatar al Libertador lo suyo, al tradicionalista peruano D. Ricardo Palma, le tocó la muy ridícula de administrador póstumo de la casa de Bolívar, con el objeto vil de sacar falsos cuentos y hacer cobros exagerados (38). Ante Junín y Ayacucho, ante el sublime *Vencer* de Pativilca, ante la energía formidable del Libertador, D. Ricardo toma la palabra para decir, que del tesoro del Perú, se pagaron ocho mil pesos en agua de colonia, gastada por Bolívar, en el aseo de su persona. Bolívar, que no quería saber lo que se gastaba en su casa, debe, a su actuación en el Perú, el pegoste de un administrador doloso. Todo lo rastrero que envuelve la cuenta del tradicionalista Palma, el vil afán de oponer oro a la gloria, así, echado a la

(38) "En la junta del 5 de mayo, el académico señor Correa dió lectura a copia que tomó de los interesantes documentos relativos a la permanencia del Libertador en el Perú, y los cuales documentos se hallan entre los papeles de la porción del Archivo del Libertador que conservaba la familia de su Albacea, el señor Pavegeau. Es el primero una demostración de cuenta de los gastos hechos en la casa de S. E., en Lima, desde su llegada de la Cordillera, un mes antes de la batalla de Ayacucho, hasta su salida para el Alto Perú, en abril del siguiente año, y en la cual cuenta figura una partida por consumo de Agua de Colonia por valor de *cuatro pesos fuertes y cuatro reales*, que destruye la leyenda de D. Ricardo Palma, de que en aquella ocasión se habían invertido $ 8.000 en el referido artículo para bañarse S. E.

"El otro documento es una copia de la carta que la viuda del Ministro Sánchez Carrión dirigió al Libertador, expresándole su gratitud por la amistad y distinciones que su difunto marido le había merecido a S. E., y en cuya carta se advierte que la referida señora se hallaba muy distante de atribuir ingerencia alguna al Libertador en las causas de la muerte del Ministro, como también lo afirma D. Ricardo, contando fantásticamente que lo había envenenado el Jefe de Colombia. La respuesta del Libertador a esta carta la publicó el señor doctor Lecuna en "Papeles de Bolívar".

Se copia lo anterior del Informe de la Academia Nacional de la Historia, fechado en Caracas: 31 de diciembre de 1928, al Ciudadano Ministro de Instrucción Pública, que aparece publicado en el Nº 48 del "Boletín de la Academia de la Historia", correspondiente a abril-junio de 1929, pp. 144-5.

cara, para anotarlo en el Haber, es la acción más despreciable que haya ocurrido jamás a un enemigo de la grandeza de Bolívar. Reprobación a la mentira; indignación ante la calumnia, rectificación ante la ignorancia, pero ante el fraude y la cuenta de D. Ricardo, desprecio. Llamaba Bolívar al oro miseria. Por eso nunca lo quiso, como premio ni como compensación por sus servicios a la causa de América, y sábese que a esa causa sacrificó las inmensas riquezas que heredó de sus abuelos, sin dolor ni vacilación, consolando su indigencia con estas conmovedoras palabras: "Yo moriré como nací, desnudo. Usted tiene dinero y me dará de comer". "Los héroes—dice Paz Soldán—desprecian el dinero, porque todo lo adquieren con su gloria; por esto Bolívar *se negó a recibir los cincuenta mil pesos de sueldo que le señaló el Congreso* (del Perú), contentándose con el mismo sueldo que disfrutaba el Presidente de la República, y esta prueba de desinterés aumentó el entusiasmo por su patriotismo, que crecía cada día más" (39).

(39) T. 2º, p. 267.

La Retirada del General San Martín

CAPITULO II

Conceptos de dos historiadores chilenos sobre el General San Martín.—Actitud de San Martín ante el General Carrera.—Comparaciones con su actitud ante el Libertador.—Apreciaciones de Bolívar sobre el General San Martín.—Falacia de los juicios de San Martín sobre el Libertador.—San Martín fuera del campo de su acción guerrera.—Lo que pensaba Alberdi.—La expresión de una falsa razón.—Lo que aparenta ignorar el exclusivismo argentino.—Las imitaciones a Bolívar.—Termina la misión histórica del General San Martín.

I

Don Benjamín Vicuña Mackenna, historiador chileno, nacido en la ciudad de Santiago de Chile (1831-1886), ha dejado en sus obras juicios serenos e impar-

ciales sobre la personalidad del General San Martín, cuya vida y acciones estudió detenidamente. Por no haber procedido del mismo modo con Bolívar, muchas de las noticias que dejó escritas sobre la actuación del Libertador, deben rechazarse por falsas, aunque su buena fe, a este respecto, deba serle reconocida. De una de las obras de Vicuña Mackenna, ya citada en estas páginas, escrita en colaboración con otro chileno, el señor Don M. L. Amunátegui, desgloso estas frases, que representan para el gran guerrero del Sur, más honor y dignidad que todas las apoteosis del exclusivismo argentino, porque involucran la verdad—el hombre tal como fué—y la verdad, la realidad, es el espejo de los héroes:

"La figura de este guerrero famoso (San Martín) es una de las más prominentes de la revolución americana. Grande por el genio, grande por los resultados que obtuvo, ocupa el segundo lugar en la numerosa falange de ilustres capitanes que se inmortalizaron en la guerra de la independencia. Sólo se encuentra inferior delante de Bolívar.

"Había militado con brillo en las tropas españolas, y su nombre es citado con elogio en el parte de la batalla de Bailén.

"En Europa había aprendido no solo la táctica de los ejércitos, sino la de las sociedades secretas. Había sido soldado y miembro de las sociedades masónicas. En esas dos escuelas diferentes había estudiado las dos ciencias que habían de asignarle entre sus contemporáneos un puesto tan elevado: la ciencia de los combates y la ciencia de los manejos encubiertos, la que enseña

a vencer por el cañón y la que enseña a triunfar por la intriga.

"Las armas y la astucia más refinada fueron siempre las dos palancas que San Martín empleó para realizar sus propósitos. Como el general de Maquiavelo tenía algo del león y algo del zorro. Valiente e instruído como militar era más hábil como diplomático. Por temible que fuera sobre el campo de batalla, lo era todavía mucho más dentro de su gabinete, fraguando tramoyas, armando celadas, maquinando ardides para envolver a sus enemigos.

"En la política no tenía ni conciencia ni moralidad. Todo lo creía permitido. Para él todos los medios, sin excepción eran lícitos. No retrocedía ni delante de la perfidia ni delante del asesinato" (1).

La Historia no es una simple narración de sucesos. Para apreciar las hazañas de esos grandes caracteres que han dejado un recuerdo imperecedero en la memoria de los hombres, es necesario estudiar cada uno de sus actos, analizar su vida, sus ideas, su personalidad, el escenario donde se mueven, y el rebaño humano a quien tiranizan o dignifican. Cada acción exige un análisis riguroso, para poder deducir cuál es la actuación posible, la verdadera, la que no desfigurará ni al personaje ni al ambiente. Narrar, repetir, contar, como la abuela en las noches largas del invierno, sin darse cuenta siquiera, de que no hay base positiva que mantenga incólume lo que se afirma o lo que se niega, no es escribir historia. Es servir, de buena o mala fe, a la pasión o a la estulticia.

(1) "Dictadura de O'Higgins", p. 105.

Por eso las tramoyas del exclusivismo argentino no prevalecerán en el concepto de una mente honrada, que haya estudiado a fondo el carácter y la actuación del Libertador. El brindis ridículo—por los hombres más grandes de América, San Martín y yo,—las palabras crudas y los ademanes bruscos, que le achaca Mitre, las inverosímiles escenas del baile *a lo llanero*, el diálogo con Rojas, que repite el mismo Mitre, no cuadran al gran caballero D. Simón Bolívar, que se preocupaba de revivir en su persona y en el ambiente donde se desenvolvía, la mística preocupación de la estética, como los antiguos helenos, sus maestros: "Porque a la verdad, en héroe alguno como en él reaparece aquel divino genio helénico perdido para siempre: la ternura unida a la fuerza; la dulce sonrisa del atleta de Delfos, cuyas manos acarician la perfumada cabellera de la leve hetaira, y el fiero gesto con que, en el estadio, embraza el escudo colosal hasta caer noblemente sobre la arena con las arterias rotas.—Demás de que en Bolívar todo es noble, todo es grande, todo es digno de él, y a medida que se investigan sus más íntimas y humanas actitudes, uno piensa que este hombre tuvo siempre ante sus ojos la suprema norma de los antiguos: aun en la caída, caer con elegancia" (2). Y como si fuera una respuesta a propósito para desvirtuar, para hundir, con los honores del ridículo, las escenas que inventan y prohijan el exclusivismo argentino y el *anticolombianismo peruano*, se presenta la pluma magnífica de José Enrique Rodó, denominando a Bolívar, como a Platón, *Varón estético*: "tuvo la elegancia heroica, preocupación del gesto estatuario, del noble ademán, de la actitud gallarda e imponente... En la batalla, en el triunfo, en la entrada de las ciudades, en el ejercicio del poder o entre las galas de las fiesta, siempre luce él el mismo instintivo sentimiento de esa que podemos llamar forma plástica del heroísmo y de la gloria" (3).

(2) Cornelio Hispano: "Historia Secreta de Bolívar", Ediciones Literarias, París-Madrid, un tomo, Introducción, p. XV.

Pudo el General San Martín decirle a su yerno que Bolívar *lo trató con grosería*, pudo declarar también que se inmolaba—víctima propiciatoria—ante el empuje victorioso del Libertador y sus huestes redentoras. Pero si se investiga cada hecho, como una consecuencia del Hombre y sus relaciones intrínsecas y extrínsecas, si se estudia y observa el carácter, el alma, el temple y la actuación de ambos personajes un mentís rotundo y terminante se impone. Recuérdese, a este respecto, la conducta del General San Martín con el General Carrera, y compárese.

"Después del desastre de Rancagua, los restos dispersos de nuestro ejército (el ejército chileno, habla el señor de la Cruz) transmontaban apresuradamente los Andes. En vano el General Carrera trata de salvarlos, no para la vida en una fuga precipitada, sino para la patria en una concentración oportuna y eficiente.

"Al otro lado de los Andes, San Martín recibía entre sus brazos al heroico derrotado de Rancagua (O'Higgins), mientras volvía la espalda, con gesto de impaciencia, al intrépido vencedor del Roble (Carrera).

(3) Estudio citado.

"Si este primer paso del futuro Protector del Perú, relativamente a la política chilena, fué o no acertado; si la elección que hizo entre los dos grandes caudillos de la libertad de Chile, fué equitativa o siquiera justificada, son puntos difíciles de dilucidar aun, porque la Historia, a pesar de los años transcurridos, no se ha purificado del todo del sedimento de las pasiones. Pero es lo cierto que a este acto de discutible habilidad política no se le envolvió en las formas diplomáticas, o siquiera caballerosas, de las buenas maneras y de la cortesía: San Martín fué con Carrera, en esta ocasión, rudo como los gauchos incultos de la pampa" (4).

San Martín ante Bolívar pudo haber sido San Martín ante el General Carrera si los acontecimientos lo hubieran favorecido. El hombre que se hizo acompañar de la escuadra peruana, contando con la ausencia del Libertador y la presencia de la división auxiliar, para imponer su autoridad, no podía ser al mismo tiempo un espíritu abnegado que llevaba el proyecto de un suicidio político para conseguir el triunfo de un ideal. Si el suicidio político de San Martín no fué premeditado antes de su entrevista con el Libertador, si, todo lo contrario, como lo asegura el exclusivismo argenti-

(4) Entrevista de Guayaquil, citada. Las citas que se hacen del estudio del señor de la Cruz se toman indistintamente del libro "Bolívar por los más grandes escritores americanos" y del libro "La Entrevista de Guayaquil", que aquí también se ha citado. Las citas que se hacen de los juicios de los Excelentísimos señores ministros argentinos Adolfo Saldías y Lorenzo Anadón, se toman de este último libro, donde el señor de la Cruz, como dice, "aprovechó la oportunidad para salvar algunos vacíos, y completar y amplificar las notas en homenaje a la verdad histórica y a la memoria del Libertador Bolívar, la más excelsa gloria de nuestra América". Se satisface aquí la buena fé del lector, que ya se habrá preguntado de dónde tomo yo las afirmaciones de los ministros argentinos a que me referí en anteriores páginas, y a las cuales también he de referirme más adelante.

no, fué Bolívar quien lo impuso al *ganarle de mano*, al hacerle abortar sus proyectos, al obligarlo a comprender, desde entonces, que sin él, con él, o por sobre él, pasaría a cumplir sus destinos, ¿dónde está la abnegación de ese suicidio?

No pudo San Martín, dominar la situación en Guayaquil, como en Medoza, no era el dueño del campo, ni le era posible asumir, frente al Libertador, por los acontecimientos adversos del Perú, la actitud brutal e intransigente que anulara al General Carrera. Si las circunstancias hubieran favorecido al General San Martín en 1822, como en 1814, el anonadamiento de Bolívar no se hubiera hecho esperar, si es que a la vista de águila de Bolívar hubieran escapado los manejos del insigne *tramoyero* (5). Cuando San Martín dijo a Guido que había penetrado las miras del Libertador y comprendido su disgusto por la gloria que pudiera caberle, recordaría, acaso, en medio de su desilusión

(5) De tramoya, por lo que dicen Vicuña Mackenne y Amunátegui: "era más temible fraguando tramoyas, armando celadas, maquinando ardides..." y porque para anular a Carrera se valió de tramoyas, de celadas, de ardides. No se le fué encima de frente, como Bolívar a Santander cuando lo obligó a marchar, bajo el ineludible escogimiento: "O usted me fusila o yo lo fusilo irremisiblemente", porque no tuvo el coraje de Bolívar ante la actitud amenazante de los oficiales de Páez: "Soy como el sol en medio de mis tenientes: si ellos brillan es por la luz que yo les presto". Y como de perlas me viene a la memoria, al hablar de las celadas de San Martín y de las gestas bolivarianas, la admirable frase de un eminente estadista chileno, don Domingo Santa María, quien decía que "San Martín era un zorro". Y fué con ese zorro, viejo ya para la época, con quien tuvo que entendérselas Bolívar en Guayaquil. Pero como dijo el mismo eminente estadista chileno, con sobrada razón también: "Bolívar era un águila". Anciano, muy anciano ya el zorro, cuando el águila había hundido en la nada de la tierra sus temibles garras, la motejó de soberbia, le negó franqueza. *Me trató*—decía—*con grosería, se negó a tomarme bajo su mando, no quiso entregarme sus legiones...* ¡Aguila prudente, los zorros nunca podrán comprenderte!

de fracasado, que ocho años atrás otra lucha se planteó en que siendo San Martín dueño del terreno, y desconociendo las leyes de la hospitalidad, no digo con el Jefe de un país hermano y aliado, que luchando contra un enemigo común, va en busca de auxilios para libertar su patria, sino con cualquier desterrado político, observó una conducta altamente reprobable. Y como en el fondo de esa conducta de San Martín solo se descubre un motivo de celos por la gloria que al otro *pudiera caberle*, juzgó a Bolívar por su condición, tomándose él mismo como medida, sin darse cuenta de que no era el Libertador sino la Fortuna, la Gloria y la Historia de América, las que le daban la espalda (6).

Dice el señor de la Cruz que "el carácter dominante de San Martín halló en la época gloriosa de su actuación en Chile, el contrapeso necesario en el carácter un tanto despreocupado y afable de O'Higgins. Es por eso—continúa—que durante este tiempo no encuentra tropiezos en su marcha hacia la conquista del por-

(6) "A nombre de la alianza que ligaba a los dos países solicitaba Carrera el apoyo de los argentinos para restaurar la Patria; pero jamás habría tolerado que la expedición libertadora no se efectuara bajo su mando ni con otra bandera que la de Chile. Como miembro de la Junta ejecutiva pedía que se le prestasen socorros, no que se le alistase como subalterno.

"San Martín, que también era orgulloso, y que, como Carrera, había nacido para el mando, no sobrellevaba con mansedumbre semejante arrogancia. La aguantaba tanto menos cuanto columbraba en D. José Miguel un estorbo para sus planes, un competidor que le disputaría con tenacidad la dirección de una empresa de que había hecho el sueño dorado de su vida.

"Esos dos hombres no se habían hecho para entenderse. Ni el uno ni el otro reconocían superiores...

"No habiendo logrado imponer a Carrera con su título de gobernador, trató de someterle por la fuerza. Por eso congregó las tropas del país, y por el influjo de O'Higgins insurreccionó contra el soberbio Carrera una parte de la división chilena. De ese modo pudo desarmarle y enviarle con escolta a Buenos Aires". (Dictadura de O'Higgins, pp. 108-9).

venir. Pero desde que salió de Chile, terminados ya los aprestos de la expedición libertadora del Perú y se separó de O'Higgins, las dificultades comienzan con Cochrane en el Callao, continúan con Las Herass, Monteagudo y Torre Tagle en Lima, y van a terminar con Bolívar en Guayaquil".

Acostumbrado ya San Martín a la complaciente afabilidad de O'Higgins y al doblegamiento de Torre Tagle y Monteagudo, consideró grosera, la actitud cortés, pero firme, del Libertador al desbaratar sus planes y rechazar sus ideas. Las dificultades con Bolívar no se pudieron arreglar en la forma que San Martín lo esperaba. Sus opiniones no triunfaron y su amor propio quedó herido. Allí está la causa de su retirada de América, porque escapando el Libertador al radio de su acción, el aniquilamiento de su obra podía considerarse desde luego como un hecho consumado. Hablar después de trato grosero por parte de Bolívar y de ambiciones y envidias de Bolívar, no le cuadraba bien al hombre que envolvió a un héroe auténtico de Chile, el General Carrera, con el acogimiento bárbaro de un Facundo, por el simple hecho de abrigar para su patria, Chile, las mismas ambiciones del general argentino (7).

(7) "Sin San Martín Chile no habría tardado en ser libre por los Carrera. Esos sí que eran el genio de la acción y los recursos. ¡Nada menos fueron que mártires de su impaciencia de acción liberal y patriótica! Figuras llenas de originalidad, ornato poético, pintoresco y melancólico de la historia americana, los Carrera recibirán el rango que les toca en los recuerdos simpáticos de la historia agradecida, el día que la verdadera historia reemplace a los cuentos forjados por las pasiones palpitantes todavía, en los descendientes de la generación pasada.

"Se les reprocha el crimen de haber sido ídolos del pueblo, ¡y son los republicanos, no los realistas, los que tal acusación les hacen! Los castiga-

El carácter dominante de San Martín, al pisar tierra guayaquileña, se dió cuenta de que frente a él había un dominador. En ocasión infeliz había calificado el Protector a Bolívar de arrogante, y su arrogancia le disgustaba, como le disgustó también la arrogancia de Carrera. En Mendoza la astucia y la fuerza aniquilaron al vencedor de Roble, pero en Guayaquil, ni la una ni la otra, pudieron con Bolívar. Más perspicaz éste que el viejo zorro del Sur, desbarató su celada, destacando sobre Guayaquil las divisiones de su Ejército que creyó necesarias para asegurar, llegado el caso, el Derecho de Colombia con la Fuerza de Colombia. Comprendió San Martín que *se lo habían ganado de mano*, y guardó, confundido, silencio ante las razones de la victoria. Pero no pudo ocultar su disgusto, y se le quedó grabada en la mente, por la herida honda de su amor propio, la visión de Bolívar *imperator*, vencedor, caudillo. La actitud dominadora fué lo único que siempre recordó de su émulo. Ante sus ojos se presentó el Libertador, como ante los ojos de la mayoría "que no alcanza a comprender de Bolívar sino el segmento deslumbrante y epopéyico, y para la cual, escapan, en medio de las múltiples peripecias del drama, la obra del gran pensador, del máximo orador, del prosista y del apóstol, que son otros segmentos de la compleja personalidad de Bolívar, y constituyen en ligada armonía geométrica, junto con los talentos del diplomático, del legislador, del estadista, y del forjador de patrias, el poliedro de aquella vida potente y varia" (8).

ron por *sediciosos* e *indisciplinados*, los que cifraban su gloria en haberse sublevado contra una autoridad de tres siglos. El día que un poeta, es decir, un poeta como Byron, señor o milord, y no lacayo, visite estas regiones y recoja de sus crónicas los tipos de la epopeya americana, no serán los Carrera los menos apreciados". (Alberdi, "Grandes y Pequeños...", pp. 222-3). Alberdi se refiere, seguramente, a los extranjeros que en la Argentina, cambian frases encomiásticas por oro legítimo, entusiasmados, aparentemente, ante la Historia falseada y los héroes de papel del exclusivismo argentino.

San Martín se dió cuenta de que Bolívar no reconocía superiores, de que tenía conciencia de su personalidad, "sabiendo al fin para lo que había nacido y sintiendo convertirse en vida inmensa y firme la desesperación que le mataba" (9). No era un arrogante; era un convencido: tenía el firme convencimiento de su superioridad ante todas las figuras y figurones de la revolución emancipadora. Pero no tenía, como San Martín, ese rencoroso desprecio por sus semejantes, ni los consideraba como *monos*, ni los calificaba de *pícaros*. Si con un *tajo de su palabra hundía a un déspota*, como dice Martí, *con un vuelo de frase inmortalizaba a un hombre*. Cuando San Martín, ante los chismes de Miller y las críticas de Guido desahogaba su bilis con frases vulgares o citaba versos en francés, Bolívar, en el mismo caso, dice: "Nadie es grande impunemente; nadie escapa de las mordidas de la envidia al levantarse. Consolémonos con estas expresiones de crueles desengaños para el mérito", y luego, cuando el puñal se hunde en el corazón hasta destrozarlo, exclama, en medio de su dolor inmenso: "Mis enemigos han hollado lo que me es más sagrado: mi reputación y mi amor a la

(8) "Bolívar Orador" por Rufino Blanco Fombona. Véase en los "Discursos y Proclamas de Bolívar", citados.

(9) Montalvo. Estudio citado.

libertad. He sido víctima de mis perseguidores. Yo los perdono".

Supone Mitre lo mismo que Larrazábal que Bolívar vió únicamente en San Martín *un hombre sin doblez, un hombre bueno*, como parece indicarlo la frase de la carta a Peñalver, ya citada: "El General San Martín vino a verme a Guayaquil, y me pareció lo mismo que ha parecido a los que más favorablemente juzgan de él, como Francisco Rivas, Juancho Castillo y otros" (10). Sin embargo, sabemos que Juancho Castillo (Juan Paz del Castillo) no creía que fuera San Martín *un hombre sin doblez, un hombre bueno*, porque esta creencia ni entonces ni ahora la sustenta nadie, excepción hecha, naturalmente, de los exclusivistas argentinos. Si Bolívar hubiera visto a San Martín como lo aseguran Mitre y Larrazábal, no se le hubiera adelantado tan previsivamente en la posesión de Guayaquil. Bolívar sabía con quién se las iba a entender, y de ello buena prueba dan estas frases de la Nota de su Secretario General: "Poco después de llegado a su casa no habló otra cosa el Protector sino de lo que ya había sido el objeto de su conversación, haciendo preguntas vagas e inconexas sobre las materias militares y políticas, sin profundizar ninguna, pasando de una a otra y encadenando las especies más graves con las más triviales. Si el carácter del Protector no es de este género de frivolidad que aparece en su conversación, debe suponerse que lo hacía con algún estudio. S. E. no se inclina a creer que el espíritu del Protector

(10) Mitre, t. 3º, pp. 626 y 637.—Larrazábal, t. 2º, p. 161.

sea de este carácter, aunque tampoco le parece que estudiaba mucho sus discursos y modales".

Pudo haber visto en San Martín, como dice Mitre, *un buen capitán* y nunca un genio, como lo califica D. Bartolo (11). En este juicio no erró Bolívar, como trata de hacerlo creer Mitre. Pensadores de la categoría de Rodó y de la categoría de Alberdi, lo confirman. "Su carácter—el de San Martín—me ha parecido muy militar, y parece activo pronto y no lerdo—decía Bolívar a Santander.—Tiene ideas correctas, de las que a usted le gustan; pero no me parece bastante delicado de los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas" (12). Estas expresiones dejan ver que a Bolívar no le agradaron, en absoluto, las frases comunes y groseras con que San Martín salpicaba su conversación (13). Pero en ninguna de las actuaciones del Libertador, se palpa *el disgusto*—la envidia—que San Martín denunciaba *por la gloria que a él pudiera caberle.*

"El alma de Bolívar no conocía la envidia. En vez de estorbar la gloria de sus tenientes, la empujaba la aplaudía y la admiraba. Así se formaron a su sombra y se alimentaron con el jugo de su tronco poderoso, reputaciones eminentes y una constelación de hombres ilustres como jamás se ha presentado en ningún

(11) Mitre, id.
(12) Citada.
(13) "Al llegar a la casa preguntó el Protector a S. E. si estaba muy sofocado por los enredos de Guayaquil, sirviéndose de otra frase más común y grosera aún, cual es *pellejerías*, que se supone ser el significado de enredos, pues el mismo vocablo fué repetido con referencia al tiempo que hacía que estábamos en revolución, en medio de los mayores embarazos". (Nota del Secretario General del Libertador).

país americano. Bastará nombrar a Santander, a Páez, a Ribas, a Piar, a Cedeño, a Urdaneta, a Ricaurte, a Sucre. Cuando Girardot fué muerto en el cerro de Bárbula, Bolívar recogió del campo de batalla su corazón todavía caliente y lo llevó a Caracas con grandes, tal vez excesivos honores públicos. Cuando Sucre venció en Ayacucho, Bolívar pudo sentirse lastimado con la reputación colosal que esa victoria le creaba agregada a la de Pichincha; pero lejos de eso, delirante de entusiasmo, escribió la vida del vencedor y la publicó en la prensa de Lima, haciéndole los más grandes y calurosos elogios" (14).

Estas justicieras frases de Bulnes nos dicen hasta dónde fué de injusto San Martín con el Libertador, al asegurar a Guido que la envidia de Bolívar provocaría un conflicto, que escandalizara a la América, al tratar de penetrar al Perú para arrebatarle al Protector la gloria de la terminación de la guerra. Esa gloria no le correspondió ni a San Martín ni a Bolívar, las circunstancias, una tendenciosa Ley del Congreso de Colombia, privó al Libertador del mando del ejército de su país, formado, organizado, conducido por él a la Victoria, y acatando esa Ley, depositó en el General Sucre el Comando General. Ni temor ni prudencia, como tratan de hacerlo creer historiadores de mala fe o de mala información. Para comprobarlo estampada está en los recuerdos gloriosos de la época, la protesta del Ejército, invitando a Bolívar a pasar por sobre la disposición del Congreso, que se consideraba atentatoria contra la persona y gloria del Libertador. Pero Bolívar no quizo ser más poderoso que la Ley de su Patria, sin detenerse a analizarla. Alcanzada la victoria de Ayacucho su comportamiento con Sucre nos demuestran que nunca pensó Bolívar—como dice Bulnes—"absorber la gloria de los demás en su provecho, formando a su lado reputaciones americanas, acaso rivales de la suya" (15).

(14) Bulnes, o. c., t. 2°, pp. 89-90.

II

La inconsecuencia del Protector, sus mentiras políticas, sus frases amargas contra el Libertador, deprimentes para la gloria del émulo a quien protestó admiración, no deben extrañar, cuando se estudia a conciencia la vida y actuación del General San Martín. Este, negándose a sí mismo, ocultando sus antiguas ideas monárquicas, como se oculta un hijo incestuoso, irrespetando la memoria de Bolívar, a quien lisonjeó en vida, es el reflejo fiel de ese San Martín que conoce la Historia honorable. No es el mismo que ha forjado la vanidad de un gran pueblo a quien parecen raquíticas sus auténticas glorias históricas; no es aquella figura colosal forjada en el molde exagerado del exclusivismo argentino; no es el libertador de la América del Sur, ni la figura más alta de la América Nuestra, como se la ha llamado. El San Martín que aquí aparece juzgando a Bolívar, es el verdadero: el Protector y no el Libertador; el grande hombre y no el nombre genial; el guerrero de acciones brillantes y no el político de ideales raquíticos, ni el pensador de luminosas ideas; el

(15) Id., id., p. 101.

hombre de San Lorenzo, el vencedor de Chacabuco y Maipú, el Cóndor de los Andes Australes; el que comparte con O'Higgins, Carrera y Rodríguez, la gloria de la independencia de Chile.

El genio que ha descrito Mitre en su voluminosa Historia para colocarlo sobre un Bolívar empequeñecido y detractado, no ha existido nunca. Es una figura fantástica que se desvanece, como los príncipes de los cuentos de hadas, ante la positiva realidad de los hechos; es un Júpiter falso que se pasea por un Olimpo en quien ya nadie cree. La gloria de San Martín tiene un pedestal inmenso en los Andes del Sur, dominados por él; San Lorenzo, a un lado de la Cordillera, y Chacabuco y Maipú, al otro, completan el monumento. Pero fuera de allí, fuera del marco luminoso de su acción militar y de su grande amor a la causa de la Independencia, fuera de su papel histórico de libertador y de guerrero, nada tiene que ir a buscar en su vida la inmortalidad que solo consagra grandes gestas.

Fué San Martín un militar que sirvió a una causa justa: la libertad de su América. He ahí al grande hombre, positivamente, sin otras cualidades que nunca tuvo: "Propuso reyes a la América, preparó mañosamente con los recursos nacionales su propia gloria, retuvo la dictadura visible o disimulada, hasta que por sus yerros se vió minado en ella, y no llegó, sin duda, al mérito sublime de deponer voluntariamente ante los hombres su imperio natural. *Pero calentó en su cabeza la idea épica que aceleró y equilibró la independencia ame-*

ricana" (16). A esa idea épica calentada en su cabeza le dió lo que poseía: su aporte militar. "Pocas horas bastan para hablar entre militares", decía a Bolívar definiendo él mismo su personalidad. Galante y caballero, el Libertador se apresura a responderle: "Pocas horas, como usted dice, son bastante para tratar entre militares; pero no serán bastantes esas mismas pocas horas para satisfacer la pasión de la amistad que va a empezar a disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que se amaba solo por opinión, solo por fama" (17). Mentalidad estrictamente militar, como lo define Oliveira Lima, todos sus actos tienen la característica férrea de la vieja disciplina española que modeló su personalidad. Todos sus pasos están medidos por el reglamento, controlados por la voz de mando de la Superioridad que lo gobierna.

---

(16) Martí, ya citado.

(17) Véase esta carta en Larrazábal, t. 2°, pp. 152-3; es bellísima. Nótese la rudimentaria cultura de San Martín: Bolívar es el Héroe de Colombia, su fundador y Libertador y, además de eso, Presidente de una nación hermana y aliada, y al Protector, es decir, al Jefe de Estado del Perú, que viene a visitarlo, se le olvidan todas las buenas formas, las reglas de la cortesía, los dictados de la buena educación, para presentarse con ese informal saludo, que acaso fuera propio de un general para un subalterno, o cuando más, para con un compañero con quien se viene a tratar de un asunto del servicio. ¿Era la respuesta de Bolívar una lección? Quién sabe; pero al Protector no le caería muy bien este alerta, que justificaba terminantemente las palabras de Bolívar a Santander sobre las maneras indelicadas de San Martín.

Quizás, *para equilibrar*, es que Mitre inventa un saludo de Bolívar a San Martín, cuando recibiéndolo al pié de la escalera, en la casa que se le preparó para su alojamiento, le dice: "Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado General San Martín", frase imposible en la boca de Bolívar, que se cuidaba siempre de las buenas formas. Por lo demás, como lo observa el Dr. Eloy G. González, Bolívar no esperó a San Martín en tierra, sino que se presentó a bordo de la "Macedonia", en carácter, para presentar sus saludos al huésped de honor.

En su maravilloso estudio sobre el Libertador, también define a San Martín como militar el ilustre uruguayo José Enrique Rodó: "El militar es San Martín, Belgrano, Rondeau. El caudillo es Artigas, Güemes o López. Uno es el que levanta multitudes y las vincula a su prestigio personal y profético, y otro es el que mueve ejércitos de línea y se pone con ellos al servicio de una autoridad civil. En Bolívar ambas naturalezas se entrelazan, ambos misterios se confunden". Y si a este juicio agregamos el de Sarmiento, ya citado ("San Martín no fué un caudillo popular; *era solamente un general.* Habíase educado en Europa—es decir en una escuela militar española, que para la época no era lo mismo que educarse en Madrid, en París, en Londres o en Viena—y llegó a América, donde el gobierno era el revolucionario, y pudo formar a sus anchas el ejército europeo, disciplinarlo y dar batallas regulares según las reglas de la ciencia. Su expedición sobre Chile es una conquista en regla, como la de Italia por Napoleón. Pero si San Martín hubiese tenido que encabezar *montoneras*, ser vencido aquí para ir a reunir un grupo de llaneros por allá, lo habrían colgado a su segunda tentativa") tendríamos que, en resumen, San Martín no fué sino un general: el General San Martín.

Cuando por las necesidades de la Revolución a quien sirve, este general se ve obligado a salirse del campo de su acción guerrera para actuar bajo otra forma, como gobernante, como político, como diplomático, el fracaso más completo se impone a sus intenciones laudables. Tristemente termina su Protectorado en el Perú; tristemente terminan sus gestiones diplomáticas ante las Cortes de Europa en solicitud de príncipes para coronarlos

en el Nuevo Mundo; y de la misma manera fracasa su política en Guayaquil, que se inicia bajo los auspicios de las intrigas de su enviado Guido, fatales para los héroes venezolanos de la Revolución de Guayaquil, León de Febres Cordero y Luis de Urdaneta (18). Era San Martín un militar, fué un gran militar, pero bajo esta faz, única faz luminosa de su vida, no puede presentarse ante la Historia como el Héroe Epónimo de América. Por sobre él, infinitamente más grande, está Bolívar, "el revolucionario, el *montonero*, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente, todo a una y todo a su manera... el Alcibíades, el escritor, el diplomático... (19).

En su libro, "El Crimen de la Guerra", calificado como uno de los más bellos de Alberdi, hace el eminente publicista y pensador argentino, un verídico y completo resumen—última pincelada de su pluma magnífica—de la vida y acciones del General San Martín. Del capítulo IX y último, párrafo IV, desgloso las siguientes frases:

(17) Destruge escribe: "Si se tiene en consideración que ya para esos días había llegado Guido (a Guayaquil) y comenzado sus manejos trastornadores de incorporación de esta Provincia al Perú; si se considera que la Junta de Guerra destinó a Babahoyo, para el mando de las operaciones, al Coronel Mayor Luzuriaga, venido (con Guido) del ejército de San Martín, y a él (Guido) le encargó el enjuiciamiento de los jefes y oficiales, colombianos y guayaquileños, que combatieron en Huachi, se comenzará a comprender que *empezaba la labor disociadora y las intrigas* cuyos resultados inmediatos vamos a conocer... (Cita de Eloy González, pp. 412-3) prisión de Urdaneta, por juicio de responsabilidad en la derrota de Huachi, ordenado por la Junta de Guerra que presidía Guido; *trabajos secretos y movimiento de influencias* para formar opinión por la agregación de Guayaquil al Perú; plan de sublevación militar que fué descubierto, e impidió a los realistas aprovecharse de él, para imponer de nuevo, el dominio español. (Id. id.).

(19) Rodó, e. c.

"Yo no altero la verdad histórica por servir a la paz, y los que me hallen severo respecto de San Martín no pensarían lo mismo si estudiaran a este hombre célebre en los libros de Gervinus, profesor de Heidelberg, o en las confidencias del actual presidente de la República Argentina.

"La vida de San Martín prueba dos cosas: que la revolución más grande y elevada que él, no es obra suya, sino de las causas de un orden superior, que merecen señalarse al culto y al respeto de la juventud en la gestión de su vida política; y que la admiración y la imitación de San Martín no es el medio de elevar a las generaciones jóvenes de la República Argentina a la inteligencia y aptitud de sus altos destinos de civilización y libertad americana.

"San Martín nacido en el Río de la Plata, recibió su educación en España, metrópoli de aquel país, entonces su colonia. Dedicado a la carrera militar, sirvió diez y ocho años a la causa de la monarquía absoluta, bajo los Borbones, y peleó en su defensa contra las campañas de propaganda liberal de la revolución francesa de 1789. En 1812, dos años después que estalló la revolución de Mayo de 1810, en el Río de la Plata, San Martín siguió la idea que le inspiró no su amor al suelo de su origen, sino el consejo de un general inglés, de los que deseaban la emancipación de Sud-América para las necesidades del comercio británico. Trasladado al Plata, entró en su ejército patriota con su grado español de sargento mayor. Su primer trabajo político fué la promoción de una Logia o sociedad *secreta*, que ya no podía tener objeto a los dos años de hecha la revolución de libertad que se po-

día predicar, servir, y difundir a la luz del día y a cara descubierta. A la formación de la Logia sucedió un cambio de gobierno contra los autores de la revolución patriótica, que fueron reemplazados por los patriotas de la Logia, naturalmente. De ese gobierno recibió San Martín su grado de general y el mando del ejército patriota, destinado a libertar las provincias argentinas del Alto Perú, ocupadas por los españoles. Llegado a Tucumán, San Martín no halló prudente atacar a la faz a los ejércitos españoles, que acaban de derrotar al General Belgrano en el territorio argentino del Norte, de que seguían poseedores. San Martín concibió el plan prudente de atacarlos por retaguardia, es decir, por Lima, dirigiéndose por Chile, que en ese momento (1813) estaba libre de los españoles. Para preparar su ejército, San Martín se hizo nombrar gobernador de Mendoza, provincia vecina de Chile, y se dirigía a tomar posesión de su gobierno, cuando los españoles restauraron su autoridad en Chile. Era una nueva contrariedad para la campaña de retaguardia que los patriotas de Chile, refugiados en suelo argentino, contribuyeron grandemente a remover. A la cabeza de un pequeño ejército aliado de argentinos y chilenos, San Martín cruzó los *Andes*, sorprendió y batió a los españoles en *Chacabuco* el 12 de febrero de 1817. Regresado al Río de la Plata, en vez de perseguir hasta concluir los españoles en el Sud, al año siguiente, después de muchos contrastes, tuvo que dar una segunda batalla en *Maipú* el 5 de abril de 1818, a la cabeza de ocho mil hombres, de la que no se repusieron los realistas. Esa batalla es el gran título de la gloria de San Martín. Ella libertaba a Chile, pero

dejaba siempre a los españoles en posesión de las provincias argentinas del Norte. Toda la misión de San Martín era libertar esta parte del suelo de su país de sus dominadores españoles. Para eso iba al Perú; Chile para él era el camino del Perú, como el Perú era su camino para las provincias argentinas del Desaguadero, objetivo único de su campaña. A la cabeza de una expedición aliada, San Martín en 1821 entró en Lima, que se pronunció contra los españoles y le recibió, sin lucha, como libertador. En vez de seguir su campaña militar hasta libertar el suelo argentino, que ocupaban todavía los españoles, San Martín aceptó el gobierno civil y político del Perú y se puso a gobernar ese país, que no era el suyo. Como los españoles ocupaban el Sud del Perú, San Martín quiso agrandar el país de su mando, por la anexión del Ecuador, que de su parte apetecía Bolívar para componer la República de Colombia. Esta emulación, ajena de la guerra, esterilizó la entrevista de Guayaquil, durante la cual fué derrocado Monteagudo, en quien había delegado su gobierno de Lima, por una revolución popular, ante la cual San Martín, desencantado, abdicó no solo el gobierno del Perú, sino el mando del ejército aliado; dejó la campaña a la mitad y a las provincias argentinas del Norte en poder de los españoles, hasta que Bolívar las libertó en Ayacucho, en 1825, con cuyo motivo dejaron de ser argentinas para componer la República de Bolivia. Al cabo de diez años (la mitad casi del tiempo que dió al servicio de España), San Martín dejó la América en 1822, y vino a Europa, donde vivió bajo el poder de los Borbones, que no pudo destruir en su país, hasta que murió en

1850, emigrado a tres mil leguas de su país. ¿Qué hizo de su espada de Chacabuco y Maipú antes de morir? La dejó por testamento al General Rosas por sus resistencias a la Europa liberal, en que él había preferido vivir y morir, y donde está hoy día su legatario el General Rosas, junto con su legado de la espada de San Martín, que no lo ha librado de ser derrocado y desterrado por sus compatriotas y vecinos, no por la Europa, que hoy hospeda a San Martín, a Rosas y a la espada que echó a los europeos de Chile".

Expone Alberdi, libre de exclusivismo e idolatrías, la misión cumplida en el Nuevo Continente por el General San Martín. Contra lo que se ha venido sosteniendo después en su patria, la República Argentina, y fuera de su patria, por los que se fijan en las apariencias y en la forma en que se desenvolvieron los sucesos, no cree Alberdi que San Martín condujera sino incidentalmente, por mandato imperativo de la ruta a seguir, su ejército a la guerra americana. Así lo sostiene con fundados razonamientos en otro de sus libros:

"La Junta de Buenos Aires—dice—no tuvo la quijotada de tomar a su cargo la América del Sud, sino del virreinato argentino. De esto se trataba: a esto salían los ejércitos de Buenos Aires: a las provincias. ¿Por qué y para qué se fué a Chile y al Perú? Para ir a las provincias argentinas del Alto Perú y nada más" (20).

"Ni Belgrano ni San Martín pudieron darse otra misión que la que recibieron del gobierno argentino, que tampoco pudo darles otra que la de libertar el sue-

(20) "Grandes y Pequeños Hombres del Plata", p. 95.

lo argentino y nada más, aunque para ello tuvieran que abrirse paso por otro país y desalojarlo, naturalmente del enemigo común" (21).

"Por fortuna para Chile que la revolución argentina tuviera que buscar en su territorio el camino que debía llevarla a la libertad de las cuatro provincias argentinas del Norte" (22).

El General Alvarado, a quien Sucre confió, después de Ayacucho, el mando de la vanguardia del Ejército Libertador, que se encaminaba hacia el Alto Perú, pretendió incorporar, apoyado en las tropas que se le confiaron, a la República Argentina, las cuatro provincias que ni San Martín, ni Belgrano, ni Rondeau, habían podido conquistar para su país, y que ahora debían su libertad a los soldados de Bolívar. No lo consiguió porque a tiempo se percató Sucre de tales intenciones, que tan abiertamente venían a chocar con el sentimiento del Alto Perú por la independencia, que al fin cristalizó en la formación de la República de Bolivia. Un autor argentino relatando los sucesos dice:

"Pero informado poco después el mismo General Sucre de las miras o intenciones del jefe de vanguardia, mandó separarle de su puesto y junto con él a los demás oficiales argentinos que se hallaban en la división, la cual puesta a las órdenes de otro jefe y a la inmediata del General en Jefe, fué a llenar su misión. Si la conducta del General Sucre no es del todo reprochable atendidas únicamente su posición y su responsabilidad ante el Libertador, mucho menos debe serlo la

(21) Id., id., p. 219.
(22) Id., id., p. 22.

del General Avlarado en su clase de argentino, y supuesto que aquellas provincias eran entonces legítimamente parte integrante de la República Argentina" (23).

Sin referirnos al Gran Mariscal de Ayacucho, cuya figura inmensa e inmaculada está por encima de lo que pueda o no censurarle el escritor argentino, debe tenerse en cuenta que la victoria de Ayacucho fué la que libertó a Alvarado de su prisión de Puno; que era Alvarado un jefe desprestigiado por lo que él llamaba su *mala suerte*, que le impidió tener éxito en ninguna de sus acciones; que bajo la dirección de Alvarado se perdió el Callao; y que a pesar de todo esto, Sucre, por espíritu de amplio americanismo, le confió la vanguardia de su Ejército, lo que equivalía a *confiarle su responsabilidad ante el Libertador*, y que Alvarado se quiso valer de esa confianza para su tardío recuerdo de patriotismo. Su conducta, pues, no estaba de acuerdo con su posición por muy argentino que fuera.

Y de paso es bueno hacer constar que constituía, en 1822, una ridícula arrogancia el brindis que pone Mitre en boca del comandante Lavalle, al responder con una bravata a otro del Libertador, que envolvía un gentil deseo de confraternidad americana, y que, aun desfigurado por Mitre, se cumplió al pie de la letra (24). "La República Argentina se halla indepen-

(23) "Segunda Campaña de la Sierra del Perú", por el general José I. Arenales. Ed. "La Cultura Argentina", Buenos Aires, p. 232.
(24) "No tardará mucho el día en que pasearé el pabellón triunfante de Colombia hasta el suelo argentino". No se equivocó el Libertador, porque, después de Ayacucho, no sólo *paseó triunfante* hasta el suelo argentino el pabellón de Colombia, sino que, en 1825, recibió invitación del gobierno argentino para ponerse al frente de las tropas argentinas que iban a luchar contra el Brasil, invitación que defirió el Libertador, por circunstancias de que no es posible hacer referencia ahora, pero que muy bien

lo argentino y nada más, aunque para ello tuvieran que abrirse paso por otro país y desalojarlo, naturalmente del enemigo común" (21).

"Por fortuna para Chile que la revolución argentina tuviera que buscar en su territorio el camino que debía llevarla a la libertad de las cuatro provincias argentinas del Norte" (22).

El General Alvarado, a quien Sucre confió, después de Ayacucho, el mando de la vanguardia del Ejército Libertador, que se encaminaba hacia el Alto Perú, pretendió incorporar, apoyado en las tropas que se le confiaron, a la República Argentina, las cuatro provincias que ni San Martín, ni Belgrano, ni Rondeau, habían podido conquistar para su país, y que ahora debían su libertad a los soldados de Bolívar. No lo consiguió porque a tiempo se percató Sucre de tales intenciones, que tan abiertamente venían a chocar con el sentimiento del Alto Perú por la independencia, que al fin cristalizó en la formación de la República de Bolivia. Un autor argentino relatando los sucesos dice:

"Pero informado poco después el mismo General Sucre de las miras o intenciones del jefe de vanguardia, mandó separarle de su puesto y junto con él a los demás oficiales argentinos que se hallaban en la división, la cual puesta a las órdenes de otro jefe y a la inmediata del General en Jefe, fué a llenar su misión. Si la conducta del General Sucre no es del todo reprochable atendidas únicamente su posición y su responsabilidad ante el Libertador, mucho menos debe serlo la

(21) Id., id., p. 219.
(22) Id., id., p. 22.

del General Avlarado en su clase de argentino, y supuesto que aquellas provincias eran entonces legítimamente parte integrante de la República Argentina" (23).

Sin referirnos al Gran Mariscal de Ayacucho, cuya figura inmensa e inmaculada está por encima de lo que pueda o no censurarle el escritor argentino, debe tenerse en cuenta que la victoria de Ayacucho fué la que libertó a Alvarado de su prisión de Puno; que era Alvarado un jefe desprestigiado por lo que él llamaba su *mala suerte*, que le impidió tener éxito en ninguna de sus acciones; que bajo la dirección de Alvarado se perdió el Callao; y que a pesar de todo esto, Sucre, por espíritu de amplio americanismo, le confió la vanguardia de su Ejército, lo que equivalía a *confiarle su responsabilidad ante el Libertador*, y que Alvarado se quiso valer de esa confianza para su tardío recuerdo de patriotismo. Su conducta, pues, no estaba de acuerdo con su posición por muy argentino que fuera.

Y de paso es bueno hacer constar que constituía, en 1822, una ridícula arrogancia el brindis que pone Mitre en boca del comandante Lavalle, al responder con una bravata a otro del Libertador, que envolvía un gentil deseo de confraternidad americana, y que, aun desfigurado por Mitre, se cumplió al pie de la letra (24). "La República Argentina se halla indepen-

(23) "Segunda Campaña de la Sierra del Perú", por el general José I. Arenales. Ed. "La Cultura Argentina", Buenos Aires, p. 232.
(24) "No tardará mucho el día en que pasearé el pabellón triunfante de Colombia hasta el suelo argentino". No se equivocó el Libertador, porque, después de Ayacucho, no sólo *paseó triunfante* hasta el suelo argentino el pabellón de Colombia, sino que, en 1825, recibió invitación del gobierno argentino para ponerse al frente de las tropas argentinas que iban a luchar contra el Brasil, invitación que defirió el Libertador, por circunstancias de que no es posible hacer referencia ahora, pero que muy bien

diente y libre de la dominación española, y lo ha estado desde el día en que declaró su emancipación, el 25 de mayo de 1810. En todas las tentativas para reconquistar su territorio, los españoles han sido derrotados. Nuestro himno nacional consagra sus triunfos". Por de pronto no se sabe que haya España enviado al Río de la Plata ninguna expedición para reconquistarle, y que aun sin eso, se desesperaba allí de poder consolidar la independencia, como ya lo he comprobado, y que "las provincias argentinas, que San Martín había tenido por único objeto libertar de los españoles, al atravesar los Andes, quedaron en poder de los españoles con la mitad meridional del *Perú*, cuando el libertador de *Colombia* se hizo cargo de libertar las cuatro provincias argentinas que *Belgrano, Balcarce, Rondeau y San Martín*, no pudieron libertar" (25).

III

El exclusivismo argentino aparenta ignorar muchas cosas. Es así como el historiador, Excmo. Sr. D. Adolfo Saldías, cuyos *vastos conocimientos tanto respeto le merecen* al señor de la Cruz, no vacila en asegurar "que no ha de haber un general que haya producido una proclama como ésta de San Martín:

"*He tenido en mis manos el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el Imperio de los Incas. La presencia de un militar afortunado es siempre peligrosa*

determina el escritor argentino, señor Silva, en su libro tántas veces citado aquí (pp. 154, 5, 6, 7 y 8).

(25) Alberdi, o. c., p. 229.

para un país que trata de constituirse. Dejo librada a las sabias deliberaciones del Congreso la suerte del Perú".

La proclama de San Martín podrá tener todos los méritos que el Excmo. Sr. Saldías quiera, menos dos, el de la *originalidad* y el de la *sinceridad*. Yo no me atrevo a asegurar que *no ha de haber un general que haya* producido lo que San Martín produjo, pero lo que yo aseguro es que ya en 1814 (el 2 de enero) Bolívar, en la Iglesia de San Francisco, en Caracas, expresó la misma idea de San Martín, en frases bolivianas, es decir, en frases hermosas:

"*Un soldado feliz*—dijo entonces Bolívar—*un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su Patria; no es el árbitro de las leyes ni del gobierno; es el defensor de su libertad*" (26).

Comentando a San Martín puede decirse que *un militar afortunado* puede ser un peligro para un país en cualquiera de sus evoluciones históricas. César, ahogando las libertades romanas con el prestigio de sus victorias, y Napoleón, echando sobre sus hombros de vencedor de Europa el rojo manto de un despotismo imperial, parecen confirmar el postulado, pero no podrá hacernos olvidar que un *militar afortunado* puede constituir también una salvaguardia para un país, en las mismas circunstancias, porque la conciencia y el carácter son los que hacen peligrosos a los hombres, cualquiera que sea el lugar que ocupen, y no las dignidades por sí mismas. Ni Washington ni Garibaldi constituyeron jamás un peligro para sus respectivos países.

(26) Discursos y Proclamas de Bolívar, p. 12.

Y por lo que se refiere a Nuestra América, ved al pulcro Sucre, varón joven y fuerte, sobreponiéndose a todas las tentaciones del poder, después de sus gloriosas victorias. Mimado por la fortuna, aceptando el mando supremo de Bolivia como un sacrificio, le escribía en la intimidad más absoluta al Libertador: "Me venzo a fuerza para llenar los deberes de mi puésto; pero si logro una ocasión de dejarlo antes del año 28, la aprovecharé, y nada, nada, me volverá a comprometer en destinos que están violentando tan fuertemente mis inclinaciones y mi corazón" (27).

(27) A propósito he querido hacer esta digresión sobre Sucre. Todos los actos de este *afortunado guerrero* están aureolados por la más absoluta pureza: es un inmaculado. Carlos Pereira, en el Prefacio de la obra que le consagra, lo define: "Es un humilde, un ingenuo de tradición cristiana. Guerrero místico de la libertad, le atormentan las nostalgias poéticas de un *Caballero del Cisne*. Sus héroes ideales son San Luis y Bayardo. Quien lo ve pasar por los círculos de bronce de las luchas americanas, siente la emoción del que contempla, en la penumbra de un museo, las imágenes orantes de los donadores, o esos reyes magos que cabalgan apaciblemente, contemplando una imagen ideal, sin que sus ojos revelen torturas interiores de avidez, o de impuros deseos".

Eso fué Sucre. Sin embargo, esa figura sublime que se ha levantado hasta la inmortalidad como una excepción de todas las grandezas humanas, sin una sola mácula, sin un solo error, sin un solo defecto, no escapa a la calumnia despreciable de Mitre. Con la mayor desvergüenza, con un cinismo incalificable, Mitre pinta en su odiosa Historia, al probo Sucre imponiendo el tacón de su bota sobre el Congreso de Bolivia, para hacerse elegir presidente vitalicio de aquella república (t. 4º, p. 130).

Vicuña Mackenna, en la obra que dedica a Sucre—"El Washington del Sur"—nos dice (p. 136): "El breve gobierno del General Sucre, primer presidente de Bolivia, fué paternal y floreciente. El no lo codició, y antes por el contrario, hizo cuanto le fué posible con su dignidad para esquivarlo". Y eso lo dice un defensor celoso de la Democracia, historiador verídico que, entre el amor y veneración a los héoes de su patria, la gran República de Chile, y la verdad como base de sus juicios, prefiere esta última. Verdad que el chileno ilustre no necesitaba halagar vanidades nacionales para escalar las cumbres del Poder; verdad que en ningún caso habría tenido suficiente descaro para medrar a la sombra de la calumnia y de las detractaciones históricas; verdad que el austero pueblo de Chile,

Comentando a Bolívar debe decirse que, marcando los deberes que le incumben a los soldados felices: "Sus glorias deben confundirse con las de la República, y su ambición debe quedar satisfecha al hacer la felicidad de su país" (28), dió a entender que no hay en política principios absolutos. ¿Desconocía esto San Martín? Quién sabe, pero si examinaba su propia conducta, debía recordar que fué en el apogeo de su fortuna cuando tomó en sus manos las riendas del gobierno, y se declaró Protector del Perú. Debía recordar también, que no hacía mucho había puesto la proa hacia el Norte en solicitud de un militar afortunado, para concluir la guerra en el país de su mando, y según sus propias palabras, no solo lo invitó a trasladarse al Perú sino que hasta le ofreció servir bajo sus órdenes, lo que claramente indicaba que, *lejos de ser un peligro la presencia de un militar afortunado era, más que necesaria, indispensable.*

En efecto, ¿qué más podía desear el Perú que la presencia de un militar afortunado para echar a los veintidós mil soldados realistas que vencieron al ejército de San Martín en Ica y la Macacona? Por lo demás, considerando la proclama bajo el punto de vis-

consciente de sus valores auténticos, no es susceptible de ser halagado con falsas apoteosis.

Y volviendo sobre la calumnia de Mitre, se verá hasta qué punto es de odiosa, al considerar que ni Obando, el asesino de Sucre, se atreve a injuriarlo cuando a él se refiere. Y hay que ver que Obando, de quien Mitre se vale para apoyar algunos de sus juicios infames sobre Bolívar, tenía la desvergüenza de escribirle a Santander hablándole de "las miasmas que exhala la tumba de Santa Marta". Pero ante la figura del Gran Mariscal de Ayacucho su asesino se deshace en elogios, para que quede sobre Mitre la gloria exclusiva de la calumnia, del asesinato del muerto.

(28) Discursos y Proclamas de Bolívar, id.

ta de la *sinceridad*, se verá que la expresión de la falsa razón no correspondía con los sucesos que le daban origen. Bolívar podía decir con propiedad: *un soldado feliz*, ya que acababa de entrar triunfante en Caracas, después de la Campaña Admirable. Era en ese momento *un soldado feliz*. No se encontraba en el mismo caso San Martín, al presentarse ante el Congreso del Perú, como *un militar afortunado*. Sus palabras no correspondían con su actuación ni con su situación en aquellos momentos. Como dice Mitre (29) estaba "otorgando *favores imaginarios* cuando era un problema la existencia del nuevo Estado de que se consideraba supremo dispensador".

No correspondió San Martín a los deberes que envolvía el honor del Protectorado. Ese título que él se agarró por sí y ante sí no cuadra a su figura severa. *Protector* es el que proteje y no el que abandona. Protector de un pueblo no puede ser nunca el que lo deja abandonado a su suerte frente a un enemigo que lo oprime con su fuerza. Podrá Mitre decir, quebrantando los fueros de la verdad, que Bolívar *se dió* el título de Libertador, pero nadie podrá decir que no se mostró nunca a la altura de él. Sus palabras del año 14 nos lo muestran digno de las responsabilidades y honores de las consagraciones humanas: "Libertador o muerto mereceré siempre el honor que se me hace sin que haya potestad sobre la tierra que detenga el curso que me propuesto seguir". En cambio las predicciones del Virrey Laserna se cumplieron en el *protectorado* de San Martín. Cuando este general le anun-

(29) T. 3º, p. 673.

ció que se había declarado Protector del Perú, el Virrey le respondió:

"Permítame que le diga que el haberse erigido vuestra excelencia mismo por suprema autoridad del país, es, en mi concepto, un acto de aquellos que solo en un sistema despótico puede ser admitido; que las mismas personas que en la capital acaban de jurar *libre y expontáneamente* como dice V. E., puede ser que vuelvan dentro de poco tiempo a jurar la constitución de la monarquía española, con más libertad y voluntad; en fin, que el tiempo hará conocer si el mero título de Protector del Perú que ahora ha tomado vuestra excelencia, es tan adecuado como el de Libertador" (30).

Lo adecuado del título no lo constituía la palabra vana de *protector* o *libertador* sino el saber corresponder a él. Bolívar cumplió la palabra que había dado a los venezolanos al presentarse en Caracas, comó Libertador, en 1821, después de la batalla de Carabobo. Pudo decir entonces: "Caraqueños: Una victoria final ha terminado la guerra de Venezuela. El ejército libertador con su virtud militar os ha vuelto a la Patria" (31). Un año después, el 13 de julio

(30) Ciro Bayo, o. c., 378. Lo que sucedió en Lima, cuando los españoles entraron de nuevo, demuestra que el Virrey Laserna sabía lo que estaba diciendo, y que estaba diciendo la verdad. El tiempo demostró que el Protector no pudo transformarse, metamorfosearse, ay! como las mariposas, en Libertador del Perú, y que "el alma menguada de esos marqueses plebeyos, sin hazañas propias, sin progenitores ilustres, sin pasado que venerar ni que deshonrar, que traicionaron al rey porque todo lo creyeron perdido para él después de Maipú y de Pichincha, se apresuraban ahora a traicionar a la República porque todo lo creían perdido para ella después de Totorá, de Moquegua y del Desaguadero". Galindo, "Bolívar en el Perú", en el libro "Bolívar por los más grandes escritores americanos", p. 158.

(31) Discursos y Proclamas de Bolívar, p. 231.

de 1822, con ocasión de las victorias de Bomboná y Pichincha, le escribía San Martín: "Felicito a vuecencia por la gloria que le resulta al ver confirmados los solemnes derechos que ha adquirido al título de Libertador de Colombia" (32). Y corridos tres años más de epopeya, al liquidar los soldados de Bolívar en los campos de Junín y Ayacucho, en las provincias del Alto Perú, que constituyeron después la República de Bolivia, y en las fortalezas del Callao, las legiones del poderoso ejército, que aun dominaba en el Continente, el Jefe de los soldados victoriosos, Simón Bolívar, *vió confirmados sus solemnes derechos al título de Libertador de la América del Sur*. "El Continente ha sido libertado por él", declara Mitre; "es el más grande de los libertadores americanos", escribe Francisco García Calderón; "en América se le cambió su nombre de clara estirpe hispana—dice Verissimo—por el título de Libertador".

IV

La admiración que siente el Excmo. Sr. Saldías ante la proclama de San Martín no la comparte Mitre. Este dice: "Si San Martín hubiese abdicado por los motivos consignados en su proclama de despedida, sería indigno de su fama, y merecería, después de la injusticia de sus contemporáneos, el desprecio de los venideros. Si en la plenitud del poder y con medios suficientes para llevar adelante su obra, hubiese dejado una página acabada y una misión por llenar, habría si-

(32) Ernesto de la Cruz, Entrevista.

do un poltrón y un desertor de su bandera que retrocedía ante el trabajo y el peligro. Si hubiese abdicado, como lo dijo, "porque estaba aburrido de oír decir que quería hacerse soberano", habría cedido a un arranque caprichoso de pueril enojo, indigno de las acciones reflexivas de un varón fuerte. Si la consideración de que "la presencia de un militar afortunado era un peligro para un Estado que de nuevo se constituía", repetición de lo que había dicho Bolívar ántes, obró en su ánimo, sería un héroe de papel, henchido de humo y vanidad, revestido de una magnanimidad, que otorgaba favores imaginarios cuando era un problema la existencia del nuevo Estado de que se consideraba supremo y dispensador" (33). Y es que Mitre quiere, a toda costa, achacar al Libertador la retirada del General San Martín (34), olvidando en ciertos momentos las causas que él mismo llama *luces congruentes* (35) para convertir sus calificaciones condicionales, *poltrón, desertor, héroe de papel*... en un gesto de moral heroica.

(33) T. 3º, pp. 673-4.

(34) Véase Cap. 1º, en lo referente a la carta de San Martín a O'Higgins .

(35) Refiriéndose a una carta de García del Río a San Martín, aconsejándole una oportuna renuncia del mando, dice Mitre (t. 3º, p. 151): "Esta carta, la conjuración latente de los jefes del ejército chileno-argentino, la sublevación de la opinión patriótica del Perú con motivo de la propaganda monárquica de Monteagudo, el plan de monarquización propiciado por el Protector, agregado a ésto el descrédito en Chile, el rechazo de su política por O'Higgins, su más constante amigo y aliado, *son otras tantas luces congruentes*, que unidas a otras iluminarán por su afocamiento, el gran misterio de la retirada de San Martín, de la vida pública, que se ha explicado de tan diversos modos, cuando la explicación está en los hechos mismos una vez coordinados".

Mitre sabía, mucho mejor que el Excmo. Sr. Saldías, que la proclama de San Martín, por muy hermosa que fuera, aparte de su falta de *originalidad* y *sinceridad*, no era oportuna. En Santiago, después de la victoria de Chacabuco, cuando la capital de Chile abrió sus puertas al vencedor de Marcó del Pont, y cuando se le ofreció el mando supremo del País, las frases de San Martín en Lima, al despedirse de los peruanos, hubieran sido muy adecuadas a las circunstancias. No habían fracasos, la fortuna le sonreía. Mientras en el Perú, veintidós mil soldados realistas se jactaban de catorce años de victorias, en Chile, las legiones del Rey de España huían despavoridas hacia Talcahuano y el Representante del Monarca entregaba su persona y su espada al *afortunado militar* de los Andes.

Sin embargo, San Martín, se excusó entonces de pronunciarlas, aunque renunció el mando que se le ofrecía por la Junta que él mismo convocara para nombrar a la persona que había de gobernar al país libertado (36). San Martín, que no estaba entonces para pronunciar frase hermosas, sino ocupada la mente en los preparativos de la expedición hacia el Perú, sabía que la elección tenía que recaer en el *afable* O'Higgins, *militar afortunado* también, y su colaborador obediente y decidido.

(36) "Una de las primeras providencias de San Martín fué convocar a los notables del pueblo para que, reunidos en *cabildo abierto*, designasen tres electores, uno por cada una de las tres provincias en que estaba dividido el reino, Santiago, Concepción y Coquimbo, a fin de que éstos nombrasen la persona que había de regir al país.

"En cumplimiento de esta convocatoria, el 15 de Febrero se congregaron en la sala capitular cien vecinos, bajo la presidencia del gobernador Tagle. Era aquel un acto de pura fórmula. No había otra elección posible que la del general en jefe del ejército vencedor, o la de la persona que él indicara. Aquella junta lo consideró así, declaró inútil el nombramiento de tres electores, y proclamó por unanimidad director supremo a D. José de San Martín.

"Como ya lo he dicho, no entraba en la política de éste admitir semejante título. Renunció, pues, el honor que se le ofrecía, y volvió a convocar el vecindario con el mismo objeto que anteriormente.

"El 16 se reunieron 210 individuos, que insistieron en el acuerdo del día precedente.

"San Martín tornó a renunciar, y manifestó a aquella asamblea electoral, por conducto del auditor de guerra D. Bernardo Vera, las razones que apoyaban su resolución.

"Como ella permaneciera todavía congregada, nombró por unanimidad también a D. Bernardo O'Higgins director supremo interino del Estado *con facultades omnímodas*. Vera, que hacía en aquella ocasión como de apoderado de San Martín, expresó cuán placentera sería para el general la elección que acababa de efectuarse".

... ...

"Los electores no habían hecho sino pronunciar en voz alta el nombre que San Martín les había repetido al oído... Se debía su elevación al apoyo del ejército de una nación extranjera, aunque hermana, más bien que a un acto espontáneo de sus conciudadanos". ("La Dictadura de O'Higgins", pp. 118, 9, 20).

El Congreso del Perú y los gobernantes que sucedieron a San Martín, se vieron en el caso de no hacer ninguno a la proclama del Protector, llamando a un *militar afortunado*—verdaderamente afortunado—para llevar a término feliz la independencia del Perú, *cuya suerte* había entregado San Martín *a las sabias deliberaciones de aquel Cuerpo*. Andando el tiempo, reconoció el Protector, tácitamente, la vanidad de sus hermosas frases, asegurando que solo Bolívar—el militar afortunado—era el único capaz de salvar al Perú.

Y como el último comentario a la aseveración del Excmo. Sr. Saldías sobre la elocuencia de San Martín, recordemos las frases de Rufino Blanco Fombona sobre las imitaciones a Bolívar:

"Voy a apuntar, de paso, una observación, que al-

gún día demostraré si es necesario con cien ejemplos. Léanse las proclamas, cartas y escritos de San Martín y de sus consejeros y directores espirituales, Guido, Monteagudo, García del Río. Se encontrará un lenguaje noble y hasta elocuente, que no es el lenguaje fulgurante y revolucionario de Bolívar. Pero a partir de 1817 la cosa cambia: se trata de América en vez de Chile o de las Provincias Unidas: se proclama en estilo de fuego, en que se fulmina a los tiranos y se habla por primera vez de *ejército libertador* y de campaña libertadora. Es la imitación absoluta del lenguaje boliviano. Es más: San Martín necesita un título que equivalga al de *Libertador*, que los congresos y los pueblos daban a Bolívar, y asume—nadie se lo dió—el título de Protector. Es más: instituye una Orden del Sol, como Bolívar la Orden de los Libertadores. Es más: el Héroe río-platense que jamás reunió congresos nacionales, sino que solicitaba con los soldados españoles reyes peninsulares para el Perú, que opinaba que la convocatoria de Asambleas americanas le parecía inútil, "según la experiencia que tenía de los negocios públicos", convoca un Congreso apenas siente la influencia de Colombia. Y no bien regresa de la entrevista con Bolívar, renuncia ante el Congreso, imitando en el acto y en el discurso, discursos y actos de Bolívar antes.—Solo que el Congreso a él sí le aceptó la renuncia. Es más: otra vez aseguró que estaba dispuesto a sacrificar "hasta su honor militar". Bolívar había dicho: "estoy dispuesto a sacrificar hasta mi reputación". Es más: "la presencia de un militar afortunado es un peligro para un Estado que se cons-

tituye" exclamó en el Perú en 1822. Ya Bolívar había dicho antes, casi esas propias palabras, que no encuentro en este momento, pero que reemplazo con otras parecidas, que encierran la misma idea y que pronunció en 1821 ante el Congreso de Cúcuta: "Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular" (37). Es más: al separarse del Perú dijo San Martín públicamente y hasta escribió a O'Higgins: "Ya estoy cansado de que me llamen tirano". Ya Bolívar había escrito desde su Cuartel General de Barinas, en 1821, en documento público dirigido al Congreso de Colombia: "Estoy cansado de oírme llamar tirano por mis enemigos" (38).

V

Con la retirada del General San Martín termina su misión libertadora. La Historia, que no tiene por qué juzgar a los hombres en el íntimo desenvolvimiento de su vida privada, no puede seguir, desde ese momento, tras sus pasos. ¿Qué queda del glorioso vencedor de los Andes Australes, después de la tristeza de su éxodo? Nada en absoluto. La chispa luminosa que arde en el alma de los héroes ha dejado de ser, y sobre el altar del sacrificio, extinguido el fuego—símbolo de eternidad en la liturgia sencilla e ingenua de las antiguas religiones domésticas—solo resta un poco de ceniza. Se vé allí la huella de un Dios.

(37) Creo que Blanco Fombona se refiere a las palabras del año 14, pronunciadas, como ya he dicho, en la iglesia de San Francisco, que son, en mi concepto, las que mejor concuerdan con las de San Martín, a que nos venimos refiriendo.

(38) "Cartas de Bolívar", ed. de París, p. 395.

Los Juicios Concretos

CAPITULO I

Lo que significan.—Las declaraciones a Lafond de Lurcy.—Los signos característicos de Bolívar.—Su orgullo.—De dónde provenía el orgullo de Bolívar.—El orgullo y el romanticismo.—El orgullo como una imposición del medio.—El orgullo de Bolívar definido por Montalvo.—El sentimiento de la dignidad y la necesidad de demostrar superioridad para ser obedecido.—La mirada de águila de Bolívar.—El amor a la patria, y no la falta de franqueza, es la cualidad característica de Bolívar.—El molde roto de Bolívar.

I

En sus cartas, conversaciones, expansiones, confidencias, en sus desahogos exclusivistas, en sus momentos de *bilis*, que el recuerdo o una alusión interesada provocan, en las intimidades del hogar, después que el tiempo ha corrido, y la Historia, juez supremo de los

inmortales, se apodera de los grandes hombres y de los grandes acontecimientos, dándoles el lugar y preeminencia que le corresponden, como factores en la evolución de los pueblos, en la respuesta dada al amigo, compañero, o al extraño invstigador que anhela saber, en sus declaraciones, dejó San Martín juicios muy interesantes, por venir de su personalidad eminente, sobre el Libertador.

En el curso de estas páginas nos hemos referido a muchas de esas apreciaciones accidentales, provocadas por una inquisición, o por la oportunidad de referirse al Libertador en el curso de una charla, de un relato, de una explicación o de una aclaratoria. Pero, fuera de estos conceptos, repito, accidentales y a la ligera, como una pincelada, están los juicios que yo denomino *concretos* porque se contraen únicamente a definir la personalidad de Bolívar, excluyendo toda otra referencia y sin relacionarla, en absoluto, con la personalidad y actuaciones del Juzgador.

Y es por esto, precisamente, por lo que las declaraciones de San Martín al francés Lafond de Lurcy, y que éste consigna en su obra "Vogages dans l'Amérique espagnola" (París, 1844), tienen, en mi concepto, una alta importancia histórica. Esas declaraciones, donde San Martín no juzga como juez y parte, contienen una apreciación, aunque en verdad cuajada de lastimosos errores, sobre la vida y hazañas del Libertador, señalando sus cualidades, virtudes y acciones que lo consagran, a pesar de los defectos que denuncia, como la figura más eminente del Nuevo Mundo, según el criterio de San Martín.

Esos juicios concretos son dignos del comentario. Deben ser apreciados en su valor específico, señalando los errores de que adolecen, o las causas que moldearon ese carácter que describe San Martín, demostrando por referencias autorizadas y por la actuación del Libertador, que su personalidad no la ensombrecen, ni siquiera ligeramente, ciertos defectos, como por ejemplo, aquella *falta de franqueza*, que le achaca San Martín, para constituirla, junto con el *orgullo*, como *signo característico* de la personalidad del Libertador.

Los signos característicos del General Bolívar—dice San Martín a Lafond de Lurcy—eran *un orgullo muy acentuado*, poco en armonía con su costumbre de no mirar nunca de frente a la persona que le hablaba, a menos que fuese muy inferior a él, y *su falta de franqueza*, lo que pude observar durante las conferencias que celebré con él en Guayaquil, en las que jamás contestó a mis proposiciones de un modo concreto sino con evasivas. . . ."

Los puntos suspensivos encierran declaraciones sobre el *tono* en que mantenía Bolívar sus relaciones con generales y soldados y que, por considerarlas indecorosas para los próceres de nuestra independencia, y por carecer, en absoluto, de veracidad, son motivo de un capítulo especial que yo quiero signifique un desagravio a la dignidad de hombres que, ni remotamente, aun viniendo del Libertador, aceptarían el ultraje. Ahí está, para comprobarlo, el gesto noble de Pedro León Torres en la batalla de Bomboná, y que provocara una mala interpretación de la orden del general en Jefe; y la consiguiente reprensión de éste y su justicia.

Y volviendo a los *signos característicos* de Bolívar hablemos de su *orgullo* de que ya, fuera de San Martín, tanto se ha hablado. Es el orgullo, según definición que de esta palabra, da la Academia Española: "Sentimiento de dignidad y de estimación propia, en virtud del cual el hombre se presenta con cierta arrogancia y manifiesta superioridad. Cuando el orgullo dimana de causas nobles, es disimulable, y hasta justo; pero cuando sucede lo contrario, raya en petulancia y es digno de desprecio".

Si consideramos el escenario desde donde se presenta Bolívar a la consideración de la Historia, *su orgullo, ese orgullo justo que dimana de causas nobles.* es muy comprensible y digno bajo todos respectos. El chileno Bulnes se asombra—es su propia palabra—se *asombra* de que *no fuera mayor el orgullo de Bolívar* (1). Rodeado de hombres a quienes era superior en todos sentidos, sabiéndose, por otra parte, de lo que era capaz, teniendo conciencia de su personalidad, era muy natural que Bolívar manifestase sus sentimientos. Jesús mismo, lo que vale decir Dios hecho Humildad, no pudo dejar de ser dignamente orgulloso: "Yo soy quien Soy". Al hablar así, el Redentor quería que no lo confundieran, que su Superioridad fuera reconocida como un hecho y no como una arrogancia, Algo semejante—reconociendo de antemano la distancia entre lo divino y lo humano—ocurrió a Bolívar al gritarle a un oficial de Páez, envalentonado con la disi-

(1) O. c., p. 88.

dencia de su Jefe a quien elevara la autoridad del Libertador: "Yo soy como el Sol en medio de mis tenientes, si ellos brillan es por la luz que yo les presto". El trance era difícil: los pocos amigos que rodeaban a Bolívar temblaron, pero el atrevido, y el mismo jefe llanero, a quien, por carambola, le tocaba la reprimenda, aceptaron lo dicho. "Tales palabras, dice un historiador norte-americano, fueron seguidas por el silencio; todos, inclusive Páez, comprendieron muy a las claras que Bolívar podía hacerse respetar siempre que lo deseara" (2).

Y si de la altura del escenario bajamos a considerar otros factores históricos, de los cuales deja entrever su realidad, el anterior relato, vemos a Bolívar en el caso de *tener que demostrar* su superioridad—su orgullo justo—para hacerse obedecer y respetar de hombres a quienes les era difícil, por su naturaleza, subordinarse a una autoridad cualquiera, *porque se creían superiores a todo el mundo* (3). El mismo Bolívar hablando con Perú de Lacroix, confiesa *su orgullo*, y

(2) Guillermo A. Sherwell: "Simón Bolívar, el Libertador", Editorial América, Madrid, p. 274. El Profesor Sherwell, acaba de morir en los Estados Unidos.

(3) "No pueden ustedes formarse una idea exacta—escribía el Libertador a D. Pedro Gual,—del espíritu que anima a muchos de nuestros militares. Estos no son los que ustedes conocen por allá, son los que ustedes no conocen; hombres que han combatido largo tiempo, se creen muy beneméritos y se consideran humillados y miserables y sin esperanza de coger el fruto de las adquisiciones de su lanza. Son llaneros determinados y que nunca se creen iguales a otros hombres que saben más o parecen mejores. Yo mismo, que siempre he estado a su cabeza, no sé aún de lo que son capaces. Los trato con una consideración suma, y ni aun esta misma consideración es bastante para inspirarles confianza y la franqueza que debe reinar entre camaradas y conciudadanos". (Carta citada, escrita por el Libertador en 1821, antes de la batalla de Carabobo).

la necesidad de exteriorizarlo, para imponerse a sus legiones y a sus mismos generales. El Héroe decía:

"Recuerdo que todavía en el año 17, cuando estábamos en el sitio de Angostura, di uno de mis caballos a mi primer edecán, Ibarra, para que fuera a llevar algunas órdenes a la línea y recorrerla toda. El caballo era grande y muy corredor, y antes de ensillarlo, Ibarra se puso a apostar con varios jefes del Ejército a que brincaría sobre el caballo, partiendo del lado de la cola, e iría a caer del otro lado de la cabeza. Lo hizo, efectivamente, y precisamente llegué yo en aquel momento. Dije entonces que Ibarra no había hecho gran gracia, y para probarlo a los que estaban presentes, tomé el espacio necesario, di el brinco, pero caí sobre el cuello del caballo, recibiendo un fuerte golpe, del cual no hablé. Picado mi amor propio, di un segundo brinco y caí sobre las orejas, recibiendo otro golpe más fuerte que el primero, pero esto no me desalentó; por el contrario cobré más ardor, y la tercera vez salté el caballo. Confieso que hice una locura, *pero entonces no quería que nadie pudiera vanagloriarse de ganarme en agilidad, y que hubiera uno que pudiera decir que hacía lo que yo no podía hacer.* No crean ustedes que esto es inútil para el hombre que manda a los demás; *éste, en todo, si es posible, debe mostrarse superior a los que deben obedecerle.* Es el medio de conquistarse un prestigio duradero e indispensable para el que ocupa el primer rango en una sociedad, y particularmente si se halla a la cabeza de un ejército" (4).

(4) L. Perú de Lacroix: "Diario de Bucaramanga o Vida Pública y Privada del Libertador Simón Bolívar", Edición del Centenario de Ayacucho, Editorial América, Madrid, pp. 211-12.

De esto se dió perfecta cuenta el señor Bulnes cuando, al referirse al *orgullo* de Bolívar, escribe: "Se le ha increpado al Libertador *el orgullo*. Es cierto que tenía conciencia de su superioridad y que no la ocultaba; pero esa superioridad fué un elemento de disciplina en un ejército que cedía al prestigio de los hombres más que al de las leyes" (5). Pero nadie comprendió mejor que Montalvo *el orgullo* de Bolívar: "Seguro estaba de entrar con él en gracia el que hacía una proeza, escribe el Maestro inmortal, y no se iba de la mano en los encomios, como hombre tan perito en los achaques del corazón, que a bulto descubría el brazo de cada uno: dar resquicio a la familiaridad, nunca en la vida. La familiaridad engendra el desprecio, dicen. Hombre que supo todo, no pudo ignorar las máximas de la filosofía. Más nunca tomó el *orgullo* y el silencio por partes de la autoridad, pues cuando callaban las armas su buen humor era presagio de nuevos triunfos" (6). Y hay también, sobre *el orgullo* de Bolívar, un juicio sincero y desapasionado del Profesor Sherwell: "*Era orgulloso*—escribe Sherwell—y sus palabras lo demuestran; pero más bien que personal era el suyo un orgullo colectivo. Ensalzaba la obra de los libertadores, siendo él *el Libertador* por antonomasia y habiéndole sido conferido oficialmente este título. Al hablar de sí propio y de su gloria, no sobrepasaba el lenguaje de los hom-

(5) O. c., p. 88.

(6) Montalvo, o. c., II, p. 76. Antes de que se me olvide, voy a consignar, porque creo que es de justicia, la siguiente observación:

Con razón, se considera el estudio de Montalvo sobre Bolívar, como uno de los más completos y de más sentimiento. Montalvo, el revolucionario, el apóstol de la libertad, el caballero D. Juan Montalvo, el pensador, el escritor, el esteta, es una imagen de Bolívar en el escenario que lo mar-

bres de la época, y hasta empleaba palabras inferiores en realidad a sus merecimientos. Era enfático, como lo es su raza, más nunca fué un pedante, y en cuanto a la vanidad que Lorain Petre atribuye a él y a su raza, nunca la tuvo. El folleto de Lorain Petre es una obra de pasión encubierta bajo el antifaz de imparcialidad y prudencia" (7).

No se puede, pues, decir lisa y llanamente que uno de los signos característicos de Bolívar era el orgullo. Esta expresión es incompleta, y hasta cierto punto inadecuada, para definir el carácter de Bolívar. Casi me atrevo a asegurar que San Martín confundió el *imperio*, cualidad innata, y una de las características, por su irradiación palpable, de la personalidad del Libertador, con el orgullo. "Bolívar era nervioso, impetuoso, sensual, características del criollo americano, activo y constante en sus empresas, como buen heredero de vascos tenaces; generoso hasta la prodigalidad, va-

có el destino. El estudio de Rodó es maravilloso, completo, definitivo; ambos escribieron y comprendieron al Héroe en toda su magnitud redentora. Pero Montalvo, al hablar de Bolívar, hablaba de sí mismo, se biografiaba. También como el Libertador vivió y luchó por la libertad; fué un mártir de la libertad. Rodó, como García Calderón, como el argentino Bunge, son los maestros de la juventud de América, de nuestra América. Pero Montalvo, más grande, más luminoso que ellos, además de maestro, tiene como Martí, perfiles de apóstol, y más aún, de redentor, porque predicaron con la palabra y el ejemplo, y a la Patria y a la Libertad, consagraron, como una ofrenda, su martirio.

(7) Parece que, antes que la pasión, lo que desacredita la obra de Lorain Petre, es el haberse dejado sorprender, cándidamente, por las publicaciones tendenciosas del exclusivismo argentino. "Lorain Petre—dice Blanco Fombona—siguió el criterio de historiadores malévolos y desautorizados del Sur, principalmente de Mitre... acoge las opiniones de Mitre, porque hombre de autoridad moral y de buena fé como historiógrafo, ignora que Mitre es un forjador de patrañas, falsificador de documentos y cuyo nombre merece el opropio". (*Notas* citadas al libro de Lorain Petre).

liente hasta la locura. Tenía la actitud y la fisonomía de los caudillos: la frente alta, el cuello recto, la mirada luminosa que impresionaba a amigos y enemigos, el andar resuelto, el gesto elegante. Individualidad forjada para la acción sin vacilaciones ni retardos, figura y genio de *imperator*" (8). San Martín sintió de Bolívar el *imperio*, aquella fuerza irresistible, que de manera tan acabada nos pinta Vicuña Mackenna, cuando escribe: "Nadie manda donde Bolívar manda; nadie puede donde él está, porque es todopoderoso", y que, en momentos decisivos, cuando siente las pisadas del Libertador cerca de Ocaña, hace exclamar a Santander en el recinto de la Convención: "Que no venga. Tal es su influencia y la fuerza secreta de su voluntad que yo mismo, infinitas ocasiones, me he acercado a él lleno de venganza, y al solo verle y oírle me he desarmado y he salido lleno de admiración. Ninguno puede contrariar cara a cara al general Bolivar; y ¡desgraciado del que lo intente! Un instante después habrá confesado su derrota" (9).

II

El *orgullo* de Bolívar (el verdadero, el auténtico, no ese a que se refiere San Martín, considerándolo como un defecto deprimente) se imponía como una consecuencia necesaria de diversas causas. Veámoslas:

(8) García Calderón, o. c., pp. 54-5.

(9) Prefacio de Rufino Blanco Fombona a los Discursos y Proclamas de Bolívar.

I. Del sentimiento de dignidad y propia estimación que de sí mismo tenía el Héroe, consciente, como estaba, de su gran destino.

Por eso, las veces que este orgullo se pone de relieve, aparece *bajo la forma plástica del heroísmo y de la gloria*, y puede ser espontáneo, innato, instintivo, como en el *apóstrofe* de 1812, en el *vencer* de Pativilca, en la anunciación de Casacoima; o preparado de antemano, con toda la delicada sensibilidad de un artista, de un esteta, como en el *Delirio sobre el Chimborazo*, en cuyo énfasis, que según el sentir de Rodó, interpreta una retórica violenta pero sincera, "se percibe, sobre todo otro sentimiento, el orgullo de subir, de pisar la frente del coloso, de llegar más arriba que La Condamine, más arriba que Humboldt, adonde no halla huella antes de la suya" (10); o como en su Discurso ante el Congreso de Angostura, que la posteridad ha recogido por la grandiosidad del pensamiento y del estilo, dejando "impresa en la memoria de los contemporáneos la majestad antigua del gesto y el porte con que penetró al recinto de la primera Asamblea a resignar en ella el mando de los pueblos" (11).

Es un orgullo romántico que el Arte adorna siempre con pinceladas magníficas. "Obra de verdadera inspiración romántica es el célebre *Delirio*", dice Mancini, y agrega: "A esa asombrosa página cuadraría el final del relato de Chateaubriand: "Echo du rivage americain, répétez les accents de René..." (12). Bo-

(10) y (11) Estudio de Rodó.
(12) Mancini, o. c.

lívar marca con su pluma de fuego, en una ardiente inspiración romántica, su ruta de gloria, desde el Atlántico al Ecuador: "Yo venía envuelto, dice, con el manto de iris (13) desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas y quise subir a la Atalaya del Universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt: seguílas audaz: nada me detuvo: llegué a la región glacial; el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso la mano de la eternidad en las sienes excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto de iris que me ha servido de estandarte ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales: ha surcado los mares dulces: ha subido sobre los hombros gigantescos de los Andes: la tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad: Belona ha sido humillada por los rastros de iris ¿y yo no podré trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra? Si podré; y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, pasé sobre los pies de Humboldt, empañando aun los cristales eternos que circuyen al Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento y con mis pies los umbrales del abismo".

"Romántico, Bolívar lo era por esencia—continúa Mancini—y nunca deja de serlo, pues estaba impregnado de aquella *superabundancia de vida* que solo un ins-

(13) La Bandera de Colombia, gualda, azul y roja.

tante pidió Chateaubriand a las libres y fértiles soledades del Nuevo Mundo. Los orígenes españoles, exaltados por el sol tropical, predisponían sin duda a Bolívar a ser, en este sentido, el más genuino representante de su época. Había cumplida asimilación, entre ésta y él en cuanto a sentimientos y en cuanto a lenguaje. Nadie sintió en más alto grado las tormentas, *el orgullo*, la vanagloria y las quimeras del romanticismo, y ninguno hizo mayor abuso de las prosopopeyas y de las grandilocuencias. Pero hay siempre belleza, fuerza y grandeza en su estilo, como las había en su conducta, y sus insaciadas ambiciones llevan todas el sello de la generosidad" (14).

Incapaz es, por lo tanto, *el orgullo* de Bolívar, de manifestarse en frases soeces o simplemente necias, como ésta que falsamente se le atribuye: "Brindo por los dos hombres más grandes de la América del Sur, el General San Martín y yo". Bolívar, en efecto, siempre habló bien, hasta en sus conversaciones íntimas, en sus cartas privadas, el lenguaje, el *estilo*, como escribe Mancini, subyuga por su belleza, fuerza y grandeza. "Nunca, consigna en sus *Memorias*, el General Miller, poco amigo del Libertador, a quien a veces calumnia, nunca hubo hombre que se expresara mejor" (15). Y el profesor Verissimo, nos dice: "En sus cartas, en la intimidad de sus pensamientos y sentimientos, es donde el Libertador, al revés de la mayor parte de los héroes, nos parece más admirable y, desde luego, más amable. El papel de héroe, tan difícil

(14) Mancini, o. c., pp. 150-1.
(15) Edición de la Editorial América, t. II, pp. 271, 290.

e ingrato, nadie lo ha representado con más gracia y valor, ni con más genio. Y cuado tuvo que escribir cartas particulares—y las escribió en gran número—o documentos de carácter político, nadie hizo derroche de mejor estilo. De los escritos del Libertador pudiera extraerse una infinidad de máximas en donde la originalidad del pensamiento no resplandecería menos que la expresión, tan vigorosa como elegante" (16).

El orgullo de Bolívar, justo orgullo, era, pues, la manifestación palpable siempre en romántica grandeza, del hombre que "sabiendo al fin para lo que había nacido, y creyéndose citado ante la posteridad por el Nuevo Mundo, que le confiaba sus destinos, se yergue y vuela hacia donde tiene un compromiso contraído con las generaciones venideras" (17). Y a este sentimiento de dignidad y propia estimación, se agregaba, como causa de la manifestación de *su orgullo*, otra no menos importante:

II. De la necesidad de demostrar su superioridad, para que hombres de especial psicología, contemplándolo como el más grande de todos, acataran su autoridad suprema.

Por eso, al iniciarse, el año de 1813, la *Campaña Admirable*, ante el imperativo categórico de esta demostración, se enfrenta al coronel Santander, que intenta abandonarlo con sus tropas, que componen la mitad del ejército, y resueltamente le advierte: "Marche

(16) Estudio citado.
(17) Montalvo, e. c.

usted, coronel Santander, porque si no lo hace no hay otra alternativa: o usted me fusila a mí; o yo irremisiblemente, lo fusilo a usted" (18). Así sometió a Páez, a Mariño, a Bermúdez. Así se impuso a los llaneros (19). Así fusiló a Piar, en momentos difíciles para Bolívar. Y así también se hizo sentir de San Martín, cuando la ocasión los colocó frente a frente: "no es el Libertador lo que yo pensaba; me ha ganado de mano", dijo el Protector; acataba su superioridad (20).

Aseguró San Martín que el orgullo de Bolívar no estaba en "armonía con su costumbre de no mirar nunca de frente a la persona que le hablaba". Los contemporáneos del Libertador, dicen a este respecto:

"Bolívar tiene *ojos negros y penetrantes*, pero generalmente inclinados a tierra o de lado cuando habla" (21).

"Casi nunca, Bolívar, fija los ojos en su interlocutor; *pero cuando los levanta, lo hace con una especie de impasibilidad tan tranquila y grave que caracterizan la expresión de su fisonomía*, al menos en el silencio de toda pasión, como ocurrió en el momento en que pude

(18) O'Leary, Narración, Edit. América, t. I, p. 188.

(19) "El Semen levantó a Bolívar en el ánimo de los soldados que nunca antes le habían visto pelear. Lo hizo para que Páez y sus tropas supieran que no conocía el miedo, puesto que en aquellos tiempos no se conocía otro mérito que el valor personal. Aquella lanza chorreando sangre pregonaba el arrojo del que la llevaba, y decía a los llaneros que aquel Jefe era digno de respeto, porque era *guapo*". (Duarte Level, o. c., pp. 308-10).

(20) "San Martín acató la autoridad de Bolívar", es decir su superioridad. (Rodó).

(21) Miller, Mem. cit., II, p. 290.

juzgarle, pues esta fisonomía es susceptible de animarse" (22).

"En la conversación ordinaria, el semblante de Bolívar presentaba un aire meláncólico, y apenas levantaba los ojos del suelo; *pero si trataba algún asunto que le interesaba mucho*, entonces adquiría mucha vivacidad, *miraba cara a cara al que lo escuchaba atento* y en cada gesticulación se veía un alma encendida de vivas pasiones. Todo en él era grande e infundía respeto y admiración" (23).

Era, pues, costumbre de Bolívar, no fijar nunca los ojos en su interlocutor. Esta costumbre variaba, no en el caso que dice San Martín, "*cuando la persona que le hablaba era muy inferior a él*", sino cuando el asunto *le interesara mucho*, pues entonces miraba *cara a cara* al que le escuchaba atento. ¿Conocía, Bolívar, el terrible fulgor de sus ojos, de aquellos ojos, cuya mirada Páez no pudo resistir? "El fuego de los ojos de Bolívar es extraordinario", escribió Proctor (24). "Los ojos de Bolívar eran negros, vivos, penetrantes e inquietos, con *mirar de águila*", decía Páez (25). "Cuando le hablan a Bolívar, baja regularmente la vista, *circunstancia que permite a su interlocutor hablar sin ser perturbado por la viva penetración de su mi-*

(22) Alfonso Moyer, Capitán de la Marina Francesa, citado en la "Historia Secreta de Bolívar", de Cornelio Hispano, p. 140.

(23) "A Sketh of Bolivar in his camp", la misma cita, p. 140.

(24) Citado en el mismo libro.

(25) "Autobiografía", Ed. de New York, 1867, t. 1º, p. 139.

rada" (26). "Tenía los ojos negros, vivos y penetrantes" (27).

La mirada de Bolívar, pese a las aseveraciones de San Martín, *estaba en armonía con su orgullo: mirada de águila de un fulgor extraordinario.* No quiso perturbarlo con la viva penetración de sus ojos, ¿para qué? si ya lo había vencido. En los ojos de Bolívar había una fuerza misteriosa que era una provocación. Páez no aceptó el reto; el pobre Maza bajó su lanza (28).

III

Otra de las *características* de Bolívar era, según San Martín, *su falta de franqueza.* Sin embargo la Historia nos dice otra cosa: recuérdese la célebre carta de Bolívar a Sucre, cuando este general, después de la victoria de Junín, le pidió su separación del Ejército, inducido por decires *acaso malévolos y falsos* (29):

(26) Nota de Henderson, Cónsul de Inglaterra, citado en la "Historia Secreta".

(27) O'Leary, "Narración", Ed. Caracas, t. 1º, p. 486.

(28) "El pintor santafereño, don José María Espinosa, quien nos dejó un buen retrato al óleo de Bolívar, refiere que al saberse en Santa Fé el triunfo de los patriotas en Boyacá, salió él con Maza, a caballo, al encuentro de los vencedores, y que apenas habían andado dos leguas cuando vieron venir un militar, bajo de cuerpo y delgado, a todo el paso de un magnífico caballo cervuno. Todo fué divisarlo Maza y exclamar: *¡Ahí viene un jefe godo de los derrotados!* y diciendo ésto, le hincó las espuelas a su caballo, y, cuando estuvo a unos treinta pasos de distancia, gritó: *¡Alto ahí! ¿quién vive?* El desconocido no hizo caso de esta interpelación y siguió adelante; entonces Maza enristró su lanza y acercándose más gritó lo mismo; pero el jefe, pasando de largo, cerca de Maza, le dijo *en tono de tanta dignidad como desprecio: ¡No sea pendejo!* Entonces Maza reconoció a Bolívar, quien al saber en el *Puente del Común* la fuga de Sámano, había dejado su escolta y edecanes para volar a la ciudad". ("Historia Secreta de Bolívar", p. 34).

(29) Carlos Pereira: "El General Sucre" (o. c., p. 204).

"Usted sabe que yo no sé mentir—le escribía Bolívar—y también debe usted saber que la elevación de mi alma no se degrada jamás al fingimiento. Así debe usted creerme" (30). Sucre, que sabía que Bolívar no era hombre de fingimientos lo creyó, volvió al Ejército, y tres meses después, la batalla de Ayacucho, lo consagraba ante la posteridad, por la pluma del Libertador, como "el redentor de los hijos del Sol".

En "El Diario de Bucaramanga" nos dice Perú de Lacroix: "El Libertador ama la verdad, la heroicidad, el honor, las consideraciones sociales y la moral pública, y detesta y desprecia todo lo que se oponga a estos grandes y nobles sentimientos" (31). En cambio la figura de San Martín se destaca ante la posteridad, envuelta en una sombra de misterio y disimulo. San Martín no era expansivo como Bolívar, dice el chileno D. Domingo Santa María, ni encendía como éste el pecho del soldado. Reservado, disimulador, acomodaba en el escritorio lo que el otro trazaba en el campo de batalla. En una palabra, *San Martín era un zorro, Bolívar era un águila*" (32). "Difícil sería hallar dos caracteres más opuestos que el de Bolívar y San Martín—escribe O'Leary—*Franco*, ingenuo, ardiente en su amistad, era Bolívar; San Martín, frío, disimulado..." (33). Recuérdese, además, los conceptos de Vicuña Mackenna y Amunátegui, que concuerdan maravillosamente con los del General Heres:

(30) Cartas de Bolívar citadas, p. 237, fechada en 4 de setiembre de 1824.

(31) P. 183.

(32) "Bolívar y San Martín", en "Cartas de Bolívar", edición de París, p. 391.

(33) "Narración", ed. Caracas, t. 2º, p. 159.

"No se para en medios por reprobados y horribles que sean para conseguir un fin..." (34).

La falta de franqueza, como cualidad característica de Bolívar, fuera del grupo de detractores bolivianos, solo pudo mirarla San Martín. Para mí la cualidad característica de Bolívar es el amor a la Patria, que muy bien puede confundirse con el amor a la gloria. Este amor, que en su inmensidad envuelve otras cualidades secundarias e inherentes a él, destacándose en el cumplimiento de su misión redentora, valor, honor, sacrificio, abnegación, tenacidad... llega a la cúspide de la humana grandeza, cuando el genio a quien adorna se presenta ante al consideración de la posteridad con aquella grandeza, suma de muchas, que magistralmente define Rodó: "Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar en el abandono y en la muerte la trágica expresión de la grandeza..."

"Bolívar no quiere sino la Patria, no piensa ni vive sino para ella. Por amor a la Patria será capaz él, *el gran orgulloso*, de humillarse ante el rebelde Castillo que le odia" (35). Hasta el amor propio, fuer-

(34) Datos del General Heres, citados.

(35) Al decir *el gran orgulloso* ("le grand orgulleux"), Marius André, cuya es esta cita (o. c., p. 94), quiere hacer constar que Bolívar era un gran señor, de ilustre y noble abolengo. "Bolívar es un gentil hombre, un patricio, un caballero por cuyas venas corre la sangre de un centenar de conquistadores, un fogoso oficial, celoso en cuestiones de honor, siempre dispuesto a desenvainnr la espada" (id. id., p. 21). "Simón Bolívar, a quien algunos de nuestros historiadores, que ni el significado de ciertas pa-

te estimulante de su juventud, "será transformado—escribe André—confundido con el amor a la gloria y a la Patria" (36). "Y este amor será todo en la existencia de Bolívar, quien no verá sino la Patria y no vivirá sino para ella" (37). Hijo espiritual de Platón, varón estético también, varón fuerte, escala el Olimpo, y ante el asombro de las divinidades paganas, por amor a la Patria, coloca entre los dioses antiguos, a un nuevo Dios forjado en el cerebro y en el corazón del Héroe, al Dios de la Patria, al Dios de Colombia.

"Se ha roto el molde Bolívar", exclama el brasilero José Verissimo, y agrega: "Al revés de los que han venido después, Bolívar, noble de raza, de carácter y de educación, fué un caballero, un literato y una muy vasta inteligencia. Tenía altos proyectos y el genio para realizarlos" (38).

labras conocen, miran como un mestizo, como un medio civilizado (*demi-civilisé*) o un mulato grotesco, es el heredero (coloco esta palabra en lugar de "resultante", *aboutissement*, que dice André) de muchas familias que altamente honran la raza española. Es un gentil hombre de pura sangre europea; muy rara vez reúne un hombre en sí, tanto como Bolívar, todas las cualidades de abuelos heroicos y generosos" (p. 14).

(36) André, id., p. 18.

(37) Id. id., p. 39.

(38) Estudio citado.

Los Juicios Concretos

CAPITULO II

El genio militar de Bolívar.—Su genio político.—El Pensador de la Revolución.—El genio militar de los venezolanos.—Sus cualidades combativas; sus virtudes guerreras.—Lo que en la Guerra Emancipadora representan estas cualidades y virtudes.—Los llaneros.—La proeza que no se ha cantado.—La obra de los venezolanos en la independencia de la América Española del Sur.—Las apreciaciones del General Morillo.—El poema que falta.—El criterio militar de San Martín. La obra militar de Bolívar considerada en toda su extensión. — Bolívar creador. — Bolívar es todo. — La apreciación de Marius André.—La contemplación de la obra inmensa del Libertador.—El Héroe de América.

I

Hablando de la situación militar del Libertador, seguía diciendo San Martín a Lafond de Lurcy:

"En cuanto a los hechos militares de este General, puede decirse que es el hombre más eminente que ha producido la América del Sur; pero lo que más caracterizaba el alma de este hombre extraordinario, era una constancia a toda prueba en los diferentes contrastes que sufrió en tan dilatada como penosa guerra en el espacio de trece años".

Es cierto que Bolívar fué un *General*, como dice San Martín, pero fué *general, militar entre otras cosas*, como escribió Mancini, *el genio militar más hábil que ha existido jamás*, valga la expresión del Almirante francés Raveillerie. Pero no creo, a pesar de todo, que sea considerándolo como militar, por sus hechos militares exclusivamente, como *pueda decirse que es el hombre más eminente de la América del Sur*. "Hombre de Estado y general, *Bolívar es todavía más grande en los congresos que sobre el campo de batalla*. Igual a San Martín y a Sucre como táctico, como político es superior a todos los caudillos. Es el pensador de la Revolución; redacta constituciones, analiza el estado social de las democracias que liberta, anuncia, con la precisión de un vidente, el porvenir. En sus escritos se encuentra el mejor programa de reformas políticas y sociales para la América, el primer tratado de sociología para nuestras románticas democracias" (1).

Por todo esto es que yo sostengo, ya en otra parte lo he dicho (2), que llamar a Bolívar, *General Bolívar*, es una irreverencia, y mucho más todavía, cuando se quiere imponer como su gloria más eminente, su gloria de

(1) García Calderón, o. c., pp. 56-7, 60-1.
(2) En "Bolívar Juzgado por los Argentinos", 1927.

guerrero. *Lo que ahora caracteriza a su alma*, no a su persona, como dijo antes San Martín, es su constancia en la guerra. Todo lo reduce San Martín, en la compleja personalidad de Bolívar, a una sola unidad: *el general*. Toma del poliedro de su vida una sola grandeza; admira en su soberbio jardín espiritual una sola flor; arranca de su tesoro de diamantes una sola gema; quiere figurar al Sol con un solo rayo de luz. Es la gloria de Bolívar reducida a los destellos de un acero que deslumbra; a la fuga de tiranos que huyen despavoridos; a las entradas victoriosas en ciudades que se cubren de flores; al segmento rojo de las acciones guerreras y al heroísmo personal y constante. ¿Y el poeta, y el filósofo, y el político, o como dice Rodó "el Alcibíades, el escritor, el diplomático de Caracas? ¿Se sacrifican, acaso, a la gloria del *general?*

El Dios de las batallas, el Dios de los ejércitos, pleno de poderes destructores, no satisface al espíritu con la delicada exaltación del Dios de la Creación, del Dios del Amor. Por amor, obedeciendo a un generoso deseo que su voluntad supo hacer efectivo, Bolívar se entregó a la misión santa de abatir la opresión; para realizar su obra no le quedó otro camino que hacerse *general;* era una improvisación sobre la marcha, que las circunstancias imponían: el generalato fué un medio, no el fin de sus idealidades. En Bolívar es transitorio el aspecto del guerrero que vence a los hombres y la Naturaleza, haciendo correr la sangre humana sobre los campos de batalla o fuera de ellos, por la fulminante justicia de la guerra misma, para así dar cima a su obra portentosa de redención y de reconstrucción. Bolívar no

era de profesión militar como San Martín; no era su oficio cortar cabezas, destruir poblaciones, tomar reductos a sangre y fuego, lanzar ejércitos a la lucha, practicar la ciencia de matar, nó, mil veces nó, su papel estaba por sobre los medios; era papel de Apóstol, como el de Martí, misión de Redentor, y sus contemporáneos y la Historia lo han definido, aunque en realidad no sea ese el epíteto, ni lo hay tampoco, como no sea el de Creador, que pueda integrar la actuación y personalidad del Héroe, lo han consagrado bajo la advocación de *Libertador*.

Pero como Bolívar era un genio, y, como además, en su raza, en el venezolano, hay la madera del soldado y del caudillo y del general, se realizó el milagro que aquí, en pequeña magnitud personal y circunscrito a los límites de la Patria, y luchando por otras causas y otras ambiciones que no eran , que no podían ser las del Libertador, hemos visto realizarse en algunos libertadores como Páez y Monagas, y en Ezequiel Zamora, en Matías Salazar, en Guzmán Blanco, en Joaquín Crespo, en Cipriano Castro. ¿Acaso el escalamiento de los Andes por este último, dejando a la espalda a un enemigo que lo superaba por todos respectos, para avanzar hacia el Centro, de victoria en victoria, no es la obra de un verdadero general? Las palabras del despechado general Fernández, al saber que el hombre se le había escapado de las manos, es el mayor elogio de su contrario, "Castro huye cobardemente hacia el Centro", si se considera que esa huída representaba la destrucción de diferentes y aislados núcleos de pequeños ejércitos, pero no más pequeños que el del general Castro, hasta venir a desbaratar, por la fuer-

za del prestigio y de los sucesivos éxitos, que trajeron recursos y hombres, al poderoso ejército del general Fernández, que desechando la barrera de los Andes, se embarcó en las costas del Lago de Maracaibo para llegar, después de una larga navegación por el Mar de las Antillas, a enfrentarse al invasor en Tocuyito.

En Bolívar, en la sangre del venezolano Simón Bolívar, que tenía cualidades excepcionales, el milagro se realiza en una extensión que abarca el Continente, con todas las dificultades que caracterizan su actuación militar, superadas al fin por la constancia del caudillo, y, más que todo, por su fe, por su idealidad, por su romanticismo, por su orgullo, que lo empujaban hacia adelante siempre. Pero fuera del campo de la guerra la visión local se esfuma; el milagro, no hay que olvidarlo, está circunscrito a la actuación del general y del caudillo. En descanso la espada, Bolívar, como los redentores, como los apóstoles, como los mártires, como Libertador, en una palabra, no es venezolano, su patria es la Humanidad.

No se destaca, pues, en Bolívar, ni es tampoco originaria en él, sino la resultante de una necesidad a llenar, su personalidad militar. Al logro de esa necesidad, el generalato, era natural que el genio y las energías del Héroe contribuyeran. Por sí solo el caballero D. Simón Bolívar, sin una voluntad firme y un valor tan grande como su idealidad, no hubiera llegado jamás a ser un caudillo y un general más grande y más genial que los otros. La sangre venezolana hace posible la suma histórica del gran uruguayo, Artigas más San Martín igual Bolívar, cuando un carácter firme y tenaz, impelido por el medio ambiente, se lo propone.

Aquí, no se olvide que me circunscribo a nuestro territorio venezolano y hago abstracción de idealidades, aquí, repito, el General Guzmán Blanco, gran señor y gran caudillo, es un resultado de aquella adición, con *las dotes de Moreno para la parte del escritor y del tribuno*, que agrega Rodó para completar la personalidad de Bolívar. En Piar la adición pura y simple, *Artigas más San Martín*, es una realidad, aunque una realidad lo mismo que la anterior, dentro de las justas proporciones de lo relativo, porque la actuación de San Martín y Artigas es más amplia, abarca varios países. Pero esa adición rodoiana, hay que tenerlo presente, guarda, respecto a Bolívar en relación descendente, la misma distancia que guarda respecto a nuestros caudillos en relación ascendente, ya que el radio de acción de Bolívar es mucho más amplio, en resultados y en gloria positiva, que el de Artigas y San Martín, aunque no los supere en idealidad patriótica, apartando la grandeza que el genio de América le imprime a sus obras, lo que vale decir que Artigas, San Martín y Bolívar *le dieron lo que tenían a la patria*, y el que tuvo más, más le dió.

Y para que no se piense que un sentimiento exclusivista, respecto a mi país, es el que me lleva a estas conclusiones, me traslado, gustoso, al terreno de las comprobaciones.

Durante la guerra emancipadora del continente hispano-americano, el nombre de Venezuela, confundido con la gloria de la gran república de que formaba parte, se esfuma en el seno de Colombia. Así, al extenderse la guerra fuera de los ámbitos de la patria actual, no era fácil darse cuenta de que los jefes más

notables de la cruzada redentora, los luchadores más formidables, eran venezolanos. Además, el prestigio, la gloria de Bolívar, la soberbia grandeza del Libertador los eclipsaba, por más que el grande hombre se interpusiera ante sus propios rayos (3). ¿Quién se acordaba de Venezuela contemplando el empuje de Bolívar que apretaba en sus manos el Iris de Colombia?... Pero fuera de los Jefes locales, Ribas, Piar, Mariño, Bermúdez, Arismendi, Páez... tenemos que el vencedor de Pichincha y Ayacucho, el Mariscal Sucre, era venezolano; que José Antonio Anzoátegui, el Adalid de Boyacá, era venezolano; que Pedro León Torres, el abnegado de Bomboná, era venezolano; que Rafael Urdaneta, la figura combativa más esplendorosa del continente, después de Bolívar, era venezolano, que Juan José Flores, héroe de Tarqui, era venezolano, que Jacinto Lara, el Jefe del Honor y de las Armas, era venezolano; que José Laurencio Silva, el Temerario, era venezolano; que Bartolomé Salom, el sitiador del Callao, era venezolano; y que venezolanos fueron

(3) "El Libertador era bastante grande para prohijar grandes figuras. Como perseguía una idea, no pretendía absorber la gloria de los demás en su provecho. Obreros todos de la misma causa, el Libertador y sus tenientes llevaban, cual más, cual menos, su contingente a la construcción de la obra colosal que es hoy la gloria de todos ellos, y como la gran causa que defendían era común y general, *nadie celebraba más que él los triunfos de los que lo ayudaban...*" (Bulnes, t. 2º, p. 101). "Su alma no conocía la envidia. En vez de estorbar la gloria de sus tenientes, la empujaba, la aplaudía y la admiraba... Cuando Girardot fué muerto en el cerro de Bárbula, Bolívar recogió del campo de batalla su corazón todavía caliente y lo llevó a Caracas con grandes, tal vez excesivos honores públicos. Cuando Sucre venció en Ayacucho, Bolívar pudo sentirse lastimado con la reputación colosal que esa victoria le creaba agregada a la de Pichincha; pero lejos de eso, delirante de entusiasmo, escribió la vida del vencedor y la publicó en la prensa de Lima, haciéndole los más grandes y calurosos elogios" (id. id., pp. 90-1).

los *numantinos* en quienes se apoyó San Martín para penetrar en el Perú; y que venezolanos fueron los jefes que proclamaron y sostuvieron con las armas la revolución en Guayaquil.

Ese genio militar, esa virtud combativa que tenían los venezolanos, desde Simón Bolívar hasta el último soldado de la Guardia, fué lo que obligó a la Madre Patria a enviar a esta tierra nuestra, unas tras otras, expediciones formidables, que a más ninguna parte fueron (4). Morillo, que vino precisamente mandando la última de estas expediciones, la más poderosa, la que ahogaría en sangre y fuego el ardor venezolano, para extenderse después por todo el Nuevo Mundo Español, lleno de rabia por su fracaso, ante la desolación de nuestros campos y la ruina de nuestras poblaciones, al querer ultrajarnos en sus comunicaciones oficiales, le hace cumplida justicia al carácter, valor, y tenacidad de los venezolanos, que en el combate se arrojaban, cuando sus lanzas se despuntaban, a "agarrarles las bayonetas a sus soldados" (5).

(4) "Ningún país de América ofrendó tanta sangre a la causa de la libertad como Venezuela. Es cosa evidente que España no se cuidó de expedicionar ni contra Méjico, ni contra Buenos Aires, mucho menos contra el realista y aristócrata Perú. Fué contra las tierras que baña el Orinoco que la Península descargó su rosario de generales y aguerridos *tercios;* y fué Venezuela la única colonia que decretó la guerra a muerte, no en condiciones de vencedora, sino precisamente cuando los españoles la juzgaban abatida, masacrada por la metralla y el terremoto, llena de pestes, sin víveres y sin fuerza para continuar la lucha. "Si la naturaleza se opone a nuestra independencia, lucharemos contra ella y la venceremos", dijo Bolívar en los escombros de la ciudad de Caracas" (Víctor H. Escala, escritor ecuatoriano, en su libro "Medallones", Roma, MCMXXIV, p. 100).

(5) Oficio de Morillo al Ministro español de la Guerra, 2 de julio de 1819. Puede verse en la obra de Antonio Rodríguez Villa, Editorial América, Madrid, t. 2º, p. 70.

"Debe fijarse la vista sobre Venezuela, que da a todas las otras provincias en revolución jefes y oficiales, pues son más osados e instruídos que los de los demás países" (6), decía el Pacificador. En otros oficios agregaba: "puede persuadirse V. E. de que *si Bolívar, con los demás venezolanos*, no hubiera pisado este país (la Nueva Granada, hoy Colombia) solo con alguna fuerza e invocando el nombre de S. M. el virreynato se habría sometido; pero la *semilla de aquellos*, sus embustes *han sido la causa* de armar estos pueblos contra su legítimo Soberano" (7). "Ocaña es uno de los puntos donde más ha penetrado la manía de la independencia, sin duda por haber permanecido allí Bolívar cuando huyó de Caracas, y después *con su reunión de bandidos* (venezolanos) cuando sitió a Cartagena" (8).

Reconocida de esta manera la influencia venezolana en la guerra emancipadora, el General Morillo, se ocupa en otros de sus oficios, en poner de relieve el heroísmo de los venezolanos: "Estos malvados llenos de rabia y orgullo, parecían, cada uno de ellos un tigre, y se presentaban al fuego y a las bayonetas *con una animosidad de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo*" (9). "Dentro del bosque llegó el caso de agarrarse los rebeldes a la punta de las bayonetas. La caballería enemiga penetraba temerariamen-

(6) Oficio desde Mompox, Nueva Granada, de 7 de enero de 1815. Rodríguez Villa, t. 1º, p. 244.

(7) Oficio desde el Cuartel General de Santa Fé (Bogotá), de 31 de mayo de 1816. R. V., t. 1º, pp. 245-6.

(8) Ofirio, con carácter reservado, del mismo lugar y misma fecha. Id. p. 247.

(9) Of. desde Cumaná, agosto 28, 1817. Id. p. 318.

te por su espesura por lo que dejaron de existir muchísimos de estos bárbaros" (10). "Nuestra caballería, que para el momento de ocupar el reducto ya estaba prevenida, recibió a los que salieron de él en unas lagunas poco profundas, donde todos se arrojaron, y allí pereció a sablazos aquella banda de asesinos feroces *que ni imploró la clemencia ni hubo uno que diera señales de timidez, en medio de la carnicería que en ellos se hizo.* De esta suerte se concluyó una acción tan sangrienta y empeñada, que allí quedaron tendidos más de 500 forajidos, *que ni aun en el último momento quisieron* rendirse. En este día tan glorioso para nuestras tropas y tan ventajoso para *la humanidad y tranquilidad de este continente*, perdieron los rebeldes 600 hombres (11). "Estos prodigios, que así pueden llamarse (es decir, la toma de Angostura, hoy Ciudad Bolívar, la ocupación de los llanos de Oriente, y las victorias patriotas de Alacrán, el Juncal y San Félix), fueron la obra de Bolívar, y un puñado de hombres, de los cuales Piar, Mariño, Bermúdez y otros desembarcaron solos, y bastaron para sublevar pueblos y provincias enteras y abrir el nuevo sangriento teatro de combates que han seguido después, llenando de desolación este país" (12). "Necesitamos ser auxilia-

(10) Primer oficio citado, id., t. 2°, p. 71.

(11) Of. desde Cumaná citado, id., t. 1°, p. 319. Parece mentira que después de hablar Morillo de la *carnicería* que hizo su ejército en los contrarios, llame a éstos asesinos, salvajes y foragidos, y no tenga una palabra de justicia para ese *no rendirse*, para ese *no pedir clemencia*, ni en el último momento. Morillo venía de Zaragoza, pero, como decía Guzmán Blanco, en política la palabra foragido es sinónimo de contrario.

(12) Of. desde el Cuartel General de Valencia, set. 12, 1819, id., t. 2°, p. 74.

dos sin demora alguna (y esto se decía después de la carnicería y matanza de asesinos y de considerar ahogada la revolución) con siete u ocho mil hombres y buques de guerra para el apostedero de Puerto Cabello, *sin cuya fuerza será imposible lograr ninguna ventaja*, asegurando a V. E. que si llegamos a sucumbir y se pierde Costa Firme (Venezuela) *que es la América militar*, no la volverá jamás a recuperar—es decir, a la América militar y no militar—aunque para ello se empleen 30.000 hombres, y bastará solo conocer un poco la historia de la revolución de este país y la sangre que en ella se ha derramado, para persuadirse de tan conocidas verdades, cuyos resultados son infalibles" (13).

Y como si de una vez por todas, quisiera poner de relieve el Pacificador, la influencia decisiva del *factor venezolano* en la guerra de la Independencia, estampa, en su oficio fechado el 27 de marzo de 1816, estos justicieros conceptos, que tanta indignación producen en D. Felipe Larrazábal, y que yó, enardecido por la infinita e insuperable gloria de la patria, recojo con orgullo:

"El habitante de Santa Fé se ha mostrado tímido; el de Venezuela, *audaz malvado y sanguinario*. En el virreynato se escribe mucho y los jueces están abrumados de trabajo; en Caracas, al contrario se terminan las disputas por medio de la espada. De aquí la diversa clase de resistencia que hemos encontrado en los

(13) El mismo oficio, id., p. 75.

dos países; aunque en una cosa se parecen ambos que es, en la disimulación y la perfidia. Probablemente los habitantes del virreynato no nos habrían resistido con tanta obstinación sino hubieran estado ayudados por los *venezolanos*. Por igual motivo ha sido que Cartagena se ha sostenido tanto tiempo contra nosotros. Al lado derecho de las márgenes del Magdalena han dado algunos combates; los que más se han distinguido en ellos han sido igualmente los *venezolanos*. La estéril provincia de Antioquia nos ha declarado la guerra a muerte en dos ocasiones, y ha cerrado el paso de sus montañas; los venezolanos han sido los que a ello la han exitado. Santa Fé ha tomado las resoluciones más desesperadas en virtud de las insinuaciones de los *emisarios de Venezuela*. En una palabra, todo en la lucha actual es la *obra de este maldito pueblo*. En su propio país es una horda feroz, y si se la dirije bien, nos va a dar que hacer por mucho tiempo, y será necesario sacrificar muchos soldados y muchos tesoros para reducirlo a la obediencia. A la llegada a este país, a la cabeza de la expedición de S. M. me ha horrorizado el saber que cada acción perdida o ganada, costaba multitud de soldados. Persuadido de que la guerra de destrucción era la obra de los partidos animados por la venganza, creí llegado el tiempo de emplear la clemencia que S. M. ha recomendado tanto, pero ¿cuál ha sido el resultado de la dulzura? Nuevas revoluciones, nuevas perfidias han sido la continuación de la aparente pacificación, y si en algún tiempo se somete el virreynato, se puede estar persuadido de que no aguardará sino una ocasión favorable para sublevarse de

nuevo, sobre todo si no se ha extinguido radicalmente el germen de la revolución de Venezuela" (14).

Morillo, que durante su actuación militar en Europa, se batió contra los primeros guerreros del Viejo Mundo, los soldados franceses del Imperio, es una autoridad indiscutible, apartando su cualidad de enemigo, para juzgarnos. Ni en la ponderada lucha de España contra el invasor encontró él *esa animosidad de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo*. Los sucesos que sobrevinieron pusieron de relieve la verdad de sus razonamientos. Cuando nos consideraba perdidos en 1819, y daba por terminada su campaña en los llanos, acantonándose en el Centro para dar paso a la estación de las lluvias, los venezolanos se aprovechan de ese *descanso* (15), y escalando los Andes, van a destruir el Poder de España en el Nuevo Reino de Granada, y, al hacerse allí de recursos y de soldados, regresan briosamente, para dar buena cuenta, en Carabobo, de las reliquias de la última y más formidable expedición que España envió a nuestro territorio.

Abatida España en su propio suelo, los militares de América, o *la América Militar*, como decía Morillo, no se duerme sobre sus laureles. Apoyándose sobre sus propias bayonetas, para poner sobre la cumbre de Bomboná, su bandera coronada de laurel por las manos del Libertador, los venezolanos de *Rifles*

(14) Original en el Archivo de Indias de Madrid, citado por Larrazábal, t. 2º, pp. 59-60.

(15) "Un paréntesis en la guerra de Venezuela! Y ese paréntesis era la ocupación gloriosa de todo el Nuevo Reino de Granada!" (Larraz., t. 1º, p. 578).

tados Unidos es Miranda quien enaltece la Patria, y cuando el sueño de la eternidad paraliza las energías de los libertadores de la América del Sur, en Cuba, ansiosa de libertad, Narciso López, venezolano, manda en Jefatura Suprema, las tropas independientes. No es, pues, en puestos secundarios ni en la anonimia de la tropa, donde los venezolanos se distinguen únicamente; no es solo en la pelea, sino en posiciones destacadas; la brújula, el timón del Continente, está en sus manos. Anotemos: El primer presidente de Colombia es un venezolano: Simón Bolívar; los generales en jefe de Colombia son todos venezolanos (19); el primer presidente del Ecuador es un venezolano: Juan José Flores; el primer jefe supremo del Perú *independizado*, es decir, del Perú libre, es un venezolano: Simón Bolívar; el primer presidente de Bolivia es otro venezolano: Antonio José de Sucre; y el primer político de

(19) "Los granadinos se quejaban de postergación en los ascensos militares, acusando a Bolívar de parcialidad en favor de los venezolanos. Este clamor era infundado entre nosotros. Venezuela fué el teatro de la guerra sangrienta y feroz llamada la "guerra a muerte"; los venezolanos la hicieron con un tesón, con una energía, con un acierto que los mismos generales españoles han confesado con admiración... En aquella terrible guerra se levantaron en Venezuela los caudillos de más nombradía, y así tenía que suceder precisamente... es cierto que en el ejército colombiano no hubo un capitán general (general en jefe) granadino; pero ¿quién eñtre nosotros podía disputar ese puésto a Bolívar, Sucre, Urdaneta, Mariño, Bermúdez, Piar y Arismendi?... Todos los granadinos fueron premiados según sus méritos. Santander, Padilla, Córdoba, lucieron como generales de división... Entre los generales de brigada brillaban muchos granadinos..." (Joaquín Posada Gutiérrez: "Memorias Histórico-Políticas", Editorial América, Madrid, t. 2º, pp. 97-8). "Si entre los militares venezolanos—decía el Libertador—hay algunos malvados, casi todos son valientes, y sobre el campo de batalla es donde han alcanzado sus graduaciones... La mayor parte de los generales granadinos han ganado sus ascensos por servicio en guarniciones, en mandos territoriales, lejos del enemigo, o en las oficinas; no pasa lo mismo con los generales de Venezuela: ellos casi todos son generales de campaña; sus servicios han sido hechos en los campos, al frente del enemigo, combatiendo contra él". (Diario de Bucaramanga, pp. 221-3). Es lo que decía Morillo: los caraqueños (los venezolanos) sacan la espada; los granadinos la pluma.

Chile es un venezolano, D. Andrés Bello, cuya misión puede casi parangonarse con la de otro venezolano, el señor Gual, en el Ecuador.

Bolívar, el más grande de todos los generales, caudillos y guerreros de Venezuela, llevó de la brida ese nervio combativo de sus paisanos, y supo sacar de sus irradiaciones todos los resultados posibles. Faltando Bolívar, la independencia la hubiera hecho en América Venezuela. "Sin los venezolanos decía el general neogranadino Joaquín Posada Gutiérrez, quien sabe si seríamos todavía colonos, y si lo serían el Perú y Bolivia, si lo sería la América Española toda" (20). El General Morillo lo confesaba sin reticencia: "Todo es la obra de este maldito pueblo... él es quien revoluciona con sus embustes... el que sumisnistra jefes, soldados y oficiales... el díscolo, el que no escarmienta, el que no se rinde..."

La Independencia, claro está, hubiera venido tarde o temprano, pero en la época que vino, sin los venezolanos zozobra. Los demás países estaban liquidados. La República Argentina se ponía bajo los auspicios de un monarca degenerado, de una reina abyecta y de un príncipe *souteneur*. Chile, después de haber contribuído con oro y sus soldados a la expedición de San Martín, adoptó una política de indiferencia, después de la caída de O'Higgins. Pero, los argentinos

(20) Posada Gutiérrez, id., p. 97.

que saben todo esto, aseguran, como lo decía San Martín, fundador del exclusivismo de su patria, que el triunfo de la Independencia era un hecho, cuando el general fracasado se retiraba del escenario de América. Ante ese triunfo asegurado, los argentinos hacían vacilar la independencia de su patria, en el fiel de una balanza: Inglaterra y Carlos IV.

II

El General San Martín vió en el Libertador el reflejo material de sus victorias; su tenacidad y actividad militar venezolana, lo que en Bolívar eran solo los medios para la consecución de un ideal. Pero la parte intelectual, la obra del político, del sociólogo, del diplomático, del tribuno, del organizador, la más grande en la compleja personalidad de Bolívar, el genio creador, esa escapa a su criterio. *Mentalidad estrictamente militar*, San Martín, considera al Libertador desde el punto de vista de los únicos conocimientos científicos que posee; lo mira al través del prisma de su acción. No se le puede exigir más, sería una necedad exigirlo. Como militar su juicio es sereno, completo. Es, quizás, la única vez que San Martín ha sido justo con Bolívar, porque lo ha juzgado como militar; lo ha juzgado con conocimiento de causa; lo ha comprendido. No hay patrañas ni rencores, no hay exclusivismos, no hay remordimientos. Los demás juicios de San Martín sobre Bolívar, son juicios de la imaginación, como la leyenda de Jesús y sus doctrinas en la grotesca concepción pagana. Bolívar también es en América y fuera de América, una leyenda que ha forjado la ignorancia o la mala fé. Los soberbios cuando no comprenden a Dios lo niegan; los menguados cuando lo comprenden lo desfiguran.

La obra militar de Bolívar es, considerada en toda su extensión, ignota todavía; no se ha revelado al mundo por entero. Contados son los que han escalado y descendido los Andes, siguiendo las huellas de Bolívar. Esta excursión es hoy, a más de cien años de la Epopeya, obra de titanes. No son los Andes traficables de que nos habla Alberdi, por donde los arrieros llevan pianos, a lomo de mula, sin mayor esfuerzo, eran distintos los que escaló Bolívar no una, sino muchas veces, en cumplimiento de sus altos destinos. Los pasaba y repasaba como un cóndor sin pensar en ello, y los soldados, a cuya cabeza dominó siempre esa barrera de obstáculos, alcanzaron, digno premio de la hazaña, la victoria. En 1813 anuncia Bolívar, al transmontar los Andes, que *la campaña terminará en el país que le dió la vida*, y Caracas abrió sus puertas al soldado de la libertad. El 15 de agosto de 1818 anuncia a los granadinos que *el sol no completará el curso de su actual período sin ver en su territorio altares levantados a la libertad*, y al año justo, en agosto de 1819, los Andes, jineteados de nuevo por el Libertador, sienten resonar, en el silencio augusto de sus abismos, los clarines de Gámeza, Pantano de Vargas y Boyacá. Se revuelve Bolívar, repasando los Andes, para vencer en Carabobo. Los escala de nuevo para vencer en Bomboná, y contempla, por último, a doce mil pies de altura, desde los Andes peruanos, la victoria de Junín. Con razón, pues, dijo Carlyle que, "en más de una ocasión marchó Bolívar por los Andes, hazaña seme-

jante a la de Aníbal, sin parecer atribuirle la mayor importancia".

Lo que se conoce de la inmensa obra militar de Bolívar ha llenado de admiración al mundo entero. El profesor Hiran Bingham, quien recorrió el camino abierto por el Libertador sobre los Andes, en 1819, dice: "Al mirar las dificultades de Bolívar en aquella famosa marcha, puede concluirse que todavía no se ha dicho ni al mitad de lo que de ella puede decirse" (22). Conste que Bingham se refiere únicamente, al segundo paso de los Andes por Bolívar, que es el que más se elogia por ser el más atrevido de todos; porque sus resultados fueron más decisivos y porque, el Libertador, rodeado, cercado, entre las aguas de los ríos desbordados, por el formidable ejército de Morillo, en los llanos de Venezuela, se le salió del cerco, pasó la Cordillera, pulverizó al ejército español de Nueva Granada en tres acciones sucesivas y sangrientas, entró triunfante en Bogotá, asegurando la independencia del país, se hizo de hombres y dinero, y retrocediendo por sobre la misma mole de los Andes, destrozó en Carabobo al ejército español de Venezuela, y la tierra del Héroe quedó libre para siempre del dominio realista. "Bolívar es el vuelo, el ave, al águila", dice el chileno Vicuña Mackenna, y, en verdad, que los pasos de los Andes de Bolívar no parecen empresas humanas: son vuelos de cóndores. Aníbal, César, Napoleón, San Martín, pasaron formidables sistemas de montañas pa-

(21) Cita de Cornelio Hispano en "El Libro de Oro de Bolívar", p. 125.

(22) Citas del "Libro de Oro", p. 129, y de las "Cartas de Bolívar" (e. P.) p. 246.

ra llevar la victoria lejos de su país; ninguno dejó tras sus huellas un enemigo poderoso que lo ahogaba; ninguno pensó retroceder, para llevar la victoria también, al seno mismo de la oprimida patria.

Tómese en cuenta, por último, que Bolívar tuvo que crear ejércitos en un país hostil, porque los guerreros de América, peleaban, en los albores de la contienda, al lado de España; eran los realistas de Boves. Tuvo que hacer opinión, que meterle a aquellos hombres en la cabeza la idea de la Patria, para que guardaran para ella su heroísmo. *Enseñada la patria*, tuvo que hacer leyes, redactar escritos de propaganda, fundar escuela de políticos, de diplomáticos, de periodistas... en fin, todo lo hizo, menos el valor de sus tropas y el ansia de pelea, pero, indudablemente, todo lo fué. "Bolívar es todo—dice Sarmiento—Venezuela es la peana de aquella colosal figura" (23), lo que, en un momento de desesperación, sintetizó el General Morillo, diciendo: "ES LA REVOLUCION". "Bovar—escribe Sherwell—no representa la voluntad de su Patria, porque ésta no tenía voluntad (es decir, si tenía, la inconsciente voluntad de pelear al lado de Boves). En realidad la patria no existía. Bolívar la creó. No obedecía más dictados que los de su conciencia. Sacábalo todo de la nada" (24). "Uno de los historiadores ingleses de Bolívar observa—y no exagera cuando dice—que el Libertador es el único hombre que ha creado de la nada. Los ingleses no acostumbran la hipérbole: en último análisis la aserción de

(23) "Facundo", p. 157.

(24) O. c., p. 331.

ese historiador es exacta. En extrema penuria, careciendo de parques y ejércitos, es decir, sin medios de acción, Bolívar, derrotado ya una vez y mal visto en su misma patria, emprendió de nuevo y condujo a término la emancipación de las colonias americanas" (25).

Después de estudiar ligeramente las primeras campañas de Bolívar (1813-1819), dice el francés Marius André (26): "El rápido resumen que precede de los seis primeros años de campaña de Bolívar *no puede dar una idea* de lo que fueron las marchas efectuadas por aquél, que ha podido con justa razón llamarse el genio militar más hábil que ha existido jamás. Pero se ve que Bolívar ha podido superar obstáculos de una naturaleza tal *que habrían hecho desfallecer a otro que no fuera él*, y que los demás hombres de guerra no conocieron jamás, en grado parecido. Napoleón tuvo para realizar sus proyectos un numeroso y valiente ejército, una nación rica, poblada, gloriosa, unida, un gobierno del cual era dueño, administraciones, jefes de ejército dignos de servir bajo sus órdenes y que le obedecían. Napoleón lo tuvo todo. Bolívar no tuvo nada y creó todo lo que le faltaba. En medio de las calamidades de la guerra y de la anarquía, en un país habitado por razas diferentes, casi siempre hostiles entre sí, algunas de ellas guerreras pero indisciplinadas, y otras indolentes y despreocupadas de los destinos del Estado, pero turbulentas cuando los demagogos la seducen, Bolívar creó y organizó un ejército, una nación" (27).

(25) Verissimo, e. c.
(26) O. c., p. 90.

(27) Cierto es que Venezuela, como todos los países de la América española, está poblada por razas diferentes que, por obra y gracia de nuestra instintiva democracia, más se amalgaman que se hostilizan. En la guerra emancipadora, negros, zambos, mulatos y blancos, indios y mestizos, se colocaron indistintamente en los dos bandos contendores, por simpatía personal, por inconsciencia, o por la fuerza del reclutamiento, jamás por intrigas, intereses u odios de raza que, nunca, afortunadamente, han existido entre nosotros.

En la raza venezolana, o mejor dicho en la resultante de las combinaciones étnicas que nuestro suelo y nuestro sol caracteriza, en los llaneros, en los andinos, en los corianos, en los orientales y en los margariteños de entonces, no había tal indiferencia, porque por la patria o contra la patria, todos peleaban con ardiente decisión.

Así vemos, de una y otra parte, a los margariteños y a los llaneros. En aquéllos el amor al suelo que los vió nacer es instintivo; defienden a la patria como se defiende el honor de la familia; no saben rendirse, sino vencer o morir. En los llaneros, por el contrario, ese cariño no existe; a la voz de Boves se levantan con facilidad de sus hatos, de sus poblaciones, de sus casas, invaden el Centro y sepultan en sangre, destrucción y miserias las reliquias de la propia patria.

En el curso de la guerra, Bolívar colocó al lado de la patria la fuerza llanera, disciplinó esas hordas, y quitó al objetivo del combate el ansia de rapiña, que les inculcaban Boves y sus tenientes. El llanero, poco a poco, aprendió a conocer y amar a la patria, y hacerse matar o vencer por ella, y así fué, como esa avalancha llanera, en unión de sus compatriotas, hizo palpitar el corazón de América "con los roncos gritos de sus victorias".

Pero los margariteños no abandonaron nunca su madre; no salieron nunca de su isla; su patriotismo grande, sublime, heroico, no igualado jamás por nadie, era puramente local. Con toda su inconsciencia, en los llaneros, verdugos de la patria, estaba la esperanza de la América española. En los margariteños, con toda su decisión inquebrantable de morir antes que aceptar el yugo, apenas si podía fincarse la salvación de la Isla. Por sus acciones, la Historia califica a unos como los paladines de América, y a los otros, como los neoespartanos de Margarita.

Eso sí, todas esas colectividades, orientales, llaneros, caraqueños, eran, como dice André, turbulentas, alborotadoras, peleadoras, y esa acometividad es la que, conseguida la independencia, arrastra el país de guerra en guerra, de revolución en revolución, de motín en motín, de revuelta en revuelta. Se ha arado en el mar, exclamaba Bolívar, en un mar soberbio, cuyas tempestades, la serenidad de las conciencias colectivas, con el correr de los años, apenas si alcanza a dominar.

Pero notad que, en esas furiosas embestidas del mar, la isla legendaria permanece inconmovible, como un faro. Las contiendas fraternas no la arras-

"Este gobierno es Bolívar mismo, quien concentra en sus manos poderosas el mando supremo del ejército y la administración civil, porque—no hay que hacerse ilusiones a este respecto—mientras Bolívar era dictador, la mayoría de sus grandes creaciones políticas, destinadas a desmembrarse más tarde, no son más que armazones ilusorias, cuyo objeto es producir buena impresión en el pueblo y en el extranjero. Por ejemplo, Bolívar reúne dos o tres personajes insignificantes y algunos empleados y da a esta reunión el título de Consejo de Estado. En realidad el Consejo de Estado es Bolívar".

Podemos concluir, pese a las ironías del despecho, que los hechos militares de Bolívar, no han sido igualados por nadie todavía. Clayton lo considera superior a Alejandro, a Aníbal y a César, e igual como capitán a Carlos XII, por la audacia, y a Federico II, por su constancia y pericia (28). "Las dificultades que tuvo que vencer Bolívar para realizar su obra militar y política fueron tan fabulosas, que los historiadores de todos los países se quedan boquiabiertos. Es

tran en su estela de sangre; la patria no les reprocha ni una sola lágrima ni un solo dolor. En el seno de Margarita trabajan (trabajan como ninguno, mujeres y hombres), viven y mueren. Ni el temor, ni la esperanza rompen los lazos maternales. En la independencia pudo habérseles reprochado su arraigado regionalismo, pero en los días de la República, que vienen corriendo, necesario es estarles por él agadecidos.

(28) Ciro Bayo ironiza diciendo que en lo que parece que se exceden los panegiristas (hispanoamericanos) de Bolívar "es en hacerlo superior a cuantos guerreros en el mundo han sido. Alejandro—continúa—es nada comparado con él"... Pero este español olvida que Clayton no es hispanoamericano sino anglosajón. Ciro Bayo, como los españoles de la antigua escuela, de la decadencia, supone que las glorias de Bolívar le hacen daño a España. Hoy se piensa todo lo contrario y Dionisio Pérez asegura que Bolívar es una gloria, la más hermosa, de España.

unánime esta admiración: los ingleses O'Leary y Lorain Petre, los belgas De Pradt y Schryver, los franceses Reveillere y Mancini, el alemán Gervinus, el italiano Cantú, el argentino Mitre, el colombiano Galindo, todos constatan y admiran la realización de tal obra y en tales circunstancias" (29).

Por eso al contemplar cualquiera de las obras de Bolívar: la obra del pensador, la del guerrero, la del político, la del artista, es necesario enmudecer como enmudece el hombre ante la contemplación del infinito. Toda elocuencia es poca ante lo inconmensurable. Bolívar se lleva sobre el corazón, mas no se define. Bolívar es como el horizonte, no se alcanza nunca, porque, si a medida que se estudia y se avanza más en la ciencia del Cosmos, nuevas constelaciones de estrellas aparecen ante la lente del ansioso investigador, también al ahondar en el alma de Bolívar, una infinita iluminación de auroras resplandece a cada paso.

III

Hablando en política, en una de sus proclamas, llamó San Martín a Bolívar, el Héroe de la América del Sur: "Tuve la satisfacción de abrazar al *Héroe de la América del Sud.* Fué uno de los días más felices de mi vida. El libertador de Colombia auxilia al Perú con tres de sus bravos batallones. Tributemos todos un reconocimiento eterno al inmortal Bolívar" (30).

(29) Blanco Fombona: "Bolívar Orador". La cita de Clayton es del mismo autor en ese estudio.

(30) Proclama de despedida a los peruanos.

Puede argüirse que hablara entonces en el lenguaje convencional de las proclamas. En estos documentos se elogia o se denigra de hombres y pueblos según las circunstancias del momento, que son las que prevalecen en la guerra. Bolívar auxiliaba al Perú; Bolívar hacía falta; el Perú estaba en bancarrota, dominado por veintidós mil soldados realistas; nada más natural que llamar al Libertador *inmortal Bolívar, Héroe de América.* Si San Martín no hubiera puesto en entredicho a los militares afortunados, en su discurso de renuncia, podría asegurarse que, obrando en obsequio de la libertad de América, trataba de preparar el terreno al hombre que, necesariamente, tendría que sucederle en el mando supremo, para independizar al país. Pero su *frase generosa*, fuera o no *intencionada*, o simple *imitación*, o una mampara para ocultar la huída, no dejó de producir sus trastornos, de los cuales no era el de menos la desconfianza que se produjo en el seno del Congreso Peruano contra el Libertador y sus proyectos, aunque algunas veces esa desconfianza mueva a risa, por las resoluciones que produjo (31).

(31) Sesión secreta del Congreso Peruano del día 23 de octubre de 1822. (Paz Soldán, t. 2º, pp. 33-4, nota).

....."El señor Ortiz dijo que el Libertador de Colombia aguardaba un momento feliz para apoderarse del Perú, al cual tal vez había llegado ya, y que así convenía con el parecer del señor Luna; pidiendo también que viniese al Congreso el Poder ejecutivo, para tratar sobre este asunto, y que se pusiesen tropas con jefes del Perú, pues tenía correspondencia de Quito, en la que se le decía que seguían los preparativos de guerra y que el Libertador trataba de venir a Lima". A propuesta de Luna Pizarro fué, pues, un plenipotenciario a "no perder de vista al Libertador".

No se sabe qué decir de esta Asamblea de murciélagos. Llamaban a Bolívar, lo iban a buscar, rogaban al Congreso de Colombia que dejara partir a Bolívar, y se extrañaban de sus preparativos de guerra y de que

Todo esto puede llevarnos a tristes conclusiones, pero sin detenernos a averiguar, un momento más, las intenciones del General San Martín, al armonizar su proclama con su discurso, podemos asegurar que el concepto era justo y merecido.

Bolívar es héroe; héroe en la escena vivida de la tragedia y la epopeya. En la extensión de todo el continente es el héroe más sublime, según la honrada frase del anglo-americano Kenneth Morris. Pero no hay que confundir: un grande hombre puede no ser un grande héroe, porque los atributos de éste son los mismos atributos del genio. Ya lo dijo Rodó:

"Mi concepto del *Héroe*, no se identifica con el hombre superior por su voluntad y su brazo, no porque exprese siempre dentro de este género una mayor intensidad y grandeza, sino en razón de una cualidad distinta. El *Héroe* es para mí el iluminado de la acción. La acción heroica es la que toma su impulso en aquellos abismos insondables del alma, de donde vinieron el demonio de Sócrates, la convulsión de la sibila, la visión del extático, en donde se engendra todo lo que obra de un modo superior a la razón, la palabra que avasalla, el gesto que electriza, el golpe que abate o levanta por instantánea o portentosa fuerza. *Bolívar es Héroe.* San Martín no es Héroe. San Martín es grande hombre, gran soldado, gran capitán, ilustre y hermosísima figura. Pero no es Héroe" (32).

tratara de complacerlos, es decir, de venir a Lima. Los que desconfiaban de él, fueron los que más tarde se le arrastraron por el suelo para que les pasara por encima.

(32) Cita de Blanco Fombona en "Cartas de Bolívar", ed. París, p. 250.

Esas cualidades, el gesto que electriza, la palabra que avasalla, el golpe que abate o levanta por instantánea o portentosa fuerza, el vuelo de frase que inmortaliza, el tajo de palabra que hiende a los déspotas, solo un hombre en nuestra raza las tiene: ese hombre es Bolívar. Los exclusivismos y las petulantismos, los entusiamos y las envidias; los que falsifican la Historia por pasión y los que la falsifican por negocio; los ignorantes y los patrioteros forjaran otros héroes, pero ninguno ostentará las características que hacen de Bolívar el *Héroe de América.*

Los Juicios Concretos

CAPITULO III

Los generales de Colombia.—Las aseveraciones de San Martín y los relatos falsos de sus oficiales explotados por el exclusivismo argentino.—Los generales de Colombia eran los amigos del Libertador.—El homenaje del Jefe al subalterno.—La cumbre de la gloria americana y las maniobras del exclusivismo argentino.—Las diferencias de Bolívar con su digno rival en gloria.—Los caballeros de América; el General Rafael Urdaneta.—Los caballeros de Colombia y la confianza del Libertador en la brillante oficialidad inglesa.—Las relaciones de Bolívar con sus soldados.—Las medidas terribles y los sentimientos humanos.—La democracia y las superioridades impuestas.—Lo que consiguió Bolívar de sus soldados.

I

Hablando de las relaciones de Bolívar con sus generales, jefes, oficiales y soldados, seguía diciendo San Martín a Lafond de Lurcy:

"El tono que empleaba Bolívar para hablar a sus generales era extremadamente altanero y antipático. Observé, y él mismo me lo dijo, que su confianza la depositaba, antes que en nadie, en los generales ingleses que tenía en su ejército. No obstante, sus modales eran distinguidos y revelaba haber recibido una esmerada educación; y, aunque en ocasiones su lenguaje fuera algo grosero, me pareció que lo empleaba deliberadamente, para darse un aire más militar. A los individuos de tropa les permitía más libertades de las que prescribía la ordenanza, y en cambio a los jefes y oficiales los trataba de un modo humillante".

¿Valdrá la pena comentar estas declaraciones? ¿Será una puerilidad referirse a ellas?... En realidad, los modales de Bolívar, su buena o mala educación, nada la restan ni le suman a la obra histórica cumplida, por más que su influencia, grande o pequeña, pudiere pesar en el rumbo e importancia de los acontecimientos. Grosero o cortés, rústico o urbano, tosco o comedido, Bolívar, será siempre, por sobre estas cualidades, el *Libertador* y la gloria más sublime del Nuevo Mundo, la figura más alta del siglo XIX. La caballerosidad, la sociabilidad, la fineza, se pierden de vista al contemplar los trabajos del Hércules de América. De todos modos la obra se destaca y se impone: ella es la medida del titán.

Los historiadores del Sur (me refiero a los argentinos, y a los chilenos del siglo pasado) han pretendido siempre figurar a Bolívar con "la cultura social de los patios de cuartel"; los despechados oficiales y compañeros de San Martín insistieron tanto en este propósito que inexcrupulosamente inventaron escenas y gestos,

palabras y discursos, brindis y exclamaciones. El mismo Vicuña Mackenna, basándose en estas noticias, no tuvo siempre referencias adecuadas a la personalidad del Libertador (1). ¿Y qué decir de Mitre? Baste saber que imagina en Guayaquil un baile de cantineras, dado en obsequio de San Martín, donde el Libertador, "con ademanes bruscos y palabras crudas corregía la poca compostura de su oficialidad" (2), especie que, en aquellos tiempos, hacía circular el coronel Soyer, edecán de San Martín (3).

Pero, si a la altura de Bolívar estas consejas nada pueden, en cambio, es imposible asegurar lo mismo, al tratarse de los generales de Colombia. Su gloria, mayor o menor, está subordinada a la gloria de Bolívar,

(1) "Bolívar—dice—era sumamente arrebatado, aun hasta la grosería, diferenciándose en esto de Sucre, que si no tenía como él genio, tenía mucha mejor educación". ("El Washington del Sur", Editorial América, Madrid, p. 109). Escribía ésto fundándose en una referencia del edecán de San Martín, coronel Soyer.

(2) Eloy G. González dice—comentando—que "Por decoro y por púdico respeto a la memoria de San Martín no debemos presumir que Mitre creyese que las parejas de aquel baile fueran los soldados y las cantineras del Ejército de Colombia: bajo la cerrazón de su apasionamiento localista, ofende el historiador de Buenos Aires los manes de su héroe, sin darse cuenta de ello. Ni el perfecto caballero que era el Libertador—condición que quiso ignorar siempre Mitre—se habría tomado libertad de pronunciar ternos cuartelarios en un baile, así fuese en obsequio de granaderos" (o. c., pp. 548-9).

(3) Dice Vicuña Mackenna: "En carta a don Luis de la Cruz refiere Soyer que bailando el Libertador con una bella del Guayas, con botas, y las botas con espolines (curioso apéndice para valsar), un oficial colombiano tropezó con él, y sin más ni más soltó a su delicada pareja y arremetió a bofetadas con el torpe danzante que lo había incomodado" (p. 109). Este mismo D. Luis de la Cruz fué quien, bajo el dictado de San Martín, escribió a O'Higgins, desde Lima el 25 de agosto de 1822, aquella carta cuajada de infamias contra el Libertador, y, a las cuales, refiriéndose D. Ernesto de la Cruz, dice: "Creemos que la mala fe no fué de quien las trasmitió, sino de quien las inventó. Más aún, San Martín comprendió bien que no debía trasmitir tales especies directamente y con su firma, y por eso encargó a Cruz esta ingrata misión..." (*Epistolario de O'Higgins*, Ed. América, t. 2º, p. 132).

y por un concepto malévolo, puede creerse que la legión de centauros sea una legión de jenízaros, indiferentes al ultraje del Gran Turco. Y porque el Libertador no era ese déspota que pintan los despechados, y porque sus tenientes no eran jenízaros, no podía él imponer, ni aquellos aceptar, un trato que no fuera digno de los caballeros de América.

Basándose en las declaraciones de San Martín, Mitre llega a escribir que Bolívar "trataba a sus oficiales más bien como esclavos que como compañeros" (4). Pero otra cosa aseguran los memorialistas de entonces que vivieron al lado del Libertador. El francés Perú de Lacroix consigna en su "Diario de Bucaramanga" que *entre sus compañeros parece el Libertador igual a ellos*, el más alegre, y, a veces, el más loco. En visita tiene la superioridad sobre todos, por su conversación viva e ingeniosa, su buen gusto y su cortesanía. Su ademán de hombre de mundo, sus modales distinguidos, lo hacen pasar por el más gentil, el más instruído y el más cortés de los contertulios" (5). ¿Dónde están los *esclavos?* ¿Dónde las bofetadas? ¿Acaso podía ser esclavo aquel que dijo, cuando le quitaron el mando de su división, "si no puedo servir a mi patria como general nadie puede impedirme que la sirva como soldado"?

Hasta cierto punto, poco importa que se desconozca la cultura de Bolívar, que se la niegue, pero no es posible admitir la infamia de una indignidad en el alma noble y grande de sus tenientes. Verdad que muchos eran soberbios, arrogantes, engreídos, que eran leones

(4) T. 3º, p. 639.
(5) P. 179.

a quienes había que dominar fuere como fuere, para dar cima a un ideal altísimo. Ese Piar, ese Bermúdez, ese Mariño, ese Páez, almas primitivas, centauros furiosos, en cuyo seno bullía latente la rebelión. Se les dominó pero no se les humilló jamás; uno fué abatido por la justicia fulminante de la guerra, pero cayó como un hombre, con todos los honores que merecía su vida, consagrada otrora a la patria. Aquellos hombres aceptaban la muerte, pero la ignominia jamás.

Humillar Bolívar a sus tenientes nunca. Ensalzarlos, siempre que el momento era oportuno. El general Ribas es el hombre *ante quien la adversidad no puede nada, el vencedor de los tiranos.* El General Sucre es *el redentor de los hijos del Sol, el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el Imperio de los Incas.* Urdaneta es *su amigo a quien ama y a quien invita a ganar nueva gloria al frente de la bella y vieja Guardia Colombiana.* El General Salom es el hijo a quien se le dice: "no se deje matar porque me mata; no se exponga demasiado, cumpla con su deber, con usted y conmigo; en cada una de sus cartas resucita usted para mí; lo quiero más que a todos los escritores del mundo; lo que se diga del General Salom se dice de mí mismo".

Hablando de sus generales, y comparándolos con los de Napoleón, decía el Libertador que el general Ibarra era su Duroc, que Briceño Méndez era su Clarke, que Salom su Berthier, "pero ¡qué diferencia—exclama de seguidas—en el grado de escala social en que se han hallado los unos y los otros de aquellos hombres! ¡Qué diferencia entre el rango, la opulencia y la elevación entre ellos! Los unos, llenos de

riquezas, de títulos y honores; los otros, pobres, con el solo título militar y los honores modestos de una República; pero también *los primeros, súbditos de un monarca poderoso; los segundos ciudadanos de un Estado libre; aquellos favoritos del emperador; estos AMIGOS del Libertador.* Los sibaritas del siglo preferían seguramente el lugar de los primeros, pero los Licurgos y Catones preferirían haber sido los segundos" (6).

Y los tenientes, los generales, los oficiales de Bolívar ¿qué dicen? El General Morillo les hizo la pregunta. Tenientes (*esclavos*, dice Mitre) del Libertador, generales de Colombia, os ofrezco a mi lado, al lado de mi Rey, la ignominia y la abundancia, seréis, entre sus esclavos los primeros, tendréis el mando absoluto por tiempo ilimitado de vuestras provincias y solo os dará órdenes el Monarca. Y ellos espartanamente contestaron:

"Los defensores de la justicia y de la libertad, lejos de ser halagados con ofertas de un mando ilimitado, reciben un verdadero ultraje al verse confundidos con las almas groseras que anteponen la opresión y el poder a la sublime gloria de ser los libertadores de su patria" (7).

El puésto de aquellos hombres estaba al lado de Bolívar. "Siga siendo pobre—decía éste al General Salom—que es lo que más le honra". Son las mismas

(6) "Diario de Bucaramanga", pp. 82-3.

(7) Comunicaciones cruzadas entre los comisionados de Morillo y los del Libertador, en la ciudad de San Cristóbal, el 20 de agosto de 1820, antes de llegar al tratado de la "Regularización de la Guerra". Esa contestación sobre la marcha, y al cabo de pocos instantes de recibir la insinuación, nos muestra el carácer firme e inapelable de los generales de Colombia.

palabras de Urdaneta en su lecho de muerte: "a mi mujer y a mis hijos les lego mi nombre". El cariño y la mutua comprensión los ligaba y por eso, como dice Bulnes, se formaron a su sombra y se alimentaron con los jugos de su tronco poderoso reputaciones eminentes y una constelación de hombres ilustres como jamás se ha presentado en ningún país americano". Esa constelación, *que solo tiene Venezuela*, es la que desacredita un Soyer, un Rojas, un Espejo, oficiales oscuros en el amplio y luminoso poema de la Epopeya del Continente, cuyas falsedades—desahogos de la impotencia—sirven de base a las historias sucias del exclusivismo argentino.

II

¿Qué nos dice la Historia documentada sobre las relaciones de Bolívar con sus subalternos? Algo insólito: que Bolívar endiosado en Lima, asfixiado por el incienso, abrumado por la gloria y por el homenaje del Universo entero, huye unos instantes de la apoteosis, para dedicar a un oficial de los suyos, la ofrenda más grande que le es dado obsequiar al hombre que cerca de sus manos lo tiene todo. Toma la pluma del *Delirio* para trazar la historia de Abel, cuya vida resumen, en un rapto de entusiasmo, los dos últimos párrafos:

"La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años, y a un enemigo perfectamente constituído y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacu-

cho, semejante a Waterloo, que decidió del destino de Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos, y el sagrado imperio de la naturaleza.

"El General Sucre es el padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol; es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro al imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pié en el Pichincha y otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada" (8).

¿Qué puede decirse ante el homenaje de Bolívar a Sucre?... Nada que antes no se haya expresado mejor: *jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno* (9). Y ese jefe es el Libertador, el que trataba con *altanería* a sus generales, como dijo San Martín, el que los consideraba *esclavos*, según la innoble pluma de Mitre.

(8) Nadie niega, nadie es capaz de negar, como no sea el argentino Jacinto Sixto García, que Ayacucho es la *cumbre* de la gloria americana. Mitre, con más tino que este *exclusivista de última edición*, se viene arreglando, desde las primeras páginas de su obra, para meter en esa victoria las manos de San Martín. Así dice él: "Por su importancia trascendental sólo puede compararse a la batalla de Maipú, la de Boyacá, *que fué su consecuencia inmediata* y la de Ayacucho, *que fué su consecuencia ulterior y final*, pero sin Maipú *no hubiera tenido lugar ni Boyacá ni Ayacucho*" (t. 2º, p. 216). A Bolívar, lo he demostrado, no le hacían falta ni San Martín ni sus triunfos, para sus victorias. En América sólo hacía falta una cosa: VENEZUELA. Ya lo dijo Morillo: TODO ES LA OBRA DE ESTE MALDITO PUEBLO; ya lo dijo Posada Gutiérrez: SIN VENEZUELA NO SERIA LIBRE LA AMERICA. Pero Mitre no se pára en pelos; por allá en el tomo 3º (p. 674) quiere hacer creer que San Martín acompañó, *aunque ausente*, en la batalla final al General Sucre. El Protector, convertido en el Demonio de Sócrates, daría sus órdenes. Probablemente, bajo esta inspiración fué que todo un embajador peruano en Washington, aseguró que la batalla de Ayacucho la dió Sucre bajo el mando de San Martín. Algunos artículos sobre este asunto leí en la prensa de la Habana.

Invocando la vehemencia de Bolívar en todos sus actos, y el justo aprecio y cariño casi paternal, que siempre manifestó por su lealísimo teniente, podría suponerse que el homenaje, en un hombre que hacía de la grosería una costumbre para tratar a sus generales, fuera hijo de la exaltación patriótica en el momento del triunfo de Ayacucho. Por eso es bueno también presentar las relaciones de estos dos hombres bajo otra faz, en uno de esos momentos fugaces en que la delicadeza y el pundonor del uno, y el genio y la superioridad del otro, originaban leves choques, que dado el temple de las dos almas sublimes, terminaban en mutuas satisfacciones, que los unían y compenetraban cada vez más.

Por lo que respecta a Bolívar siempre es el mismo: es grande revestido con las armas de Apolo; es grande sobre el carro de Marte; es grande cuando consagra a su teniente con el vuelo de su pluma; y es grande cuando desaprueba actitudes de ese mismo general, el más amado de su corazón. No se encuentra

(9) ".....Usted debe creerme, General, nadie ama la gloria de usted tanto como yo. Jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de usted hecha por mí, en que cumpliendo con mi conciencia le doy a usted cuanto merece. Esto lo digo para que vea usted que soy justo: desapruebo lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo sublime..." (Carta de Bolívar a Sucre, de 21 de febrero de 1824. O'Leary, XXX. Ed. Caracas. Blanco Fombona, "Cartas de Bolívar", Editorial América, 1823-1825, p. 289).

por ninguna parte la nota grosera, la soez, la discordante; fino estilo para admirar, fino estilo para desaprobar. Por eso, cuando escribe la siguiente carta a Sucre, por más que sea en ese momento el General, se vislumbra mejor al *Bolívar de Montalvo* y al *Bolívar* de *Rodó*:

"20 de noviembre de 1823 (10).

Mi querido General:

He visto la carta de usted con sumo disgusto, pero no con sorpresa, porque hace algunos días que noto un gran desagrado en usted. He visto todo y he procurado satisfacer a usted; todavía haré más por lograr persuadir a usted de que yo no le he ofendido ni aun remotamente, y *que si lo he hecho estoy pronto a dar a usted una plena satisfacción*, porque yo soy justo y porque amo a usted cordialmente, a pesar de todo. Pero si usted no quiere abrir su corazón y rehusa mi franca explicación, y continúa usted en la idea de no ocupar el mando, y de querer marcharse, yo no lo impediré porque jamás he gustado de amigos forzados, pues yo llamo *amigos a los que sirven conmigo en el rango de usted.*

Soy de usted amigo de corazón

BOLIVAR".

(10) O'Leary, t. XXX, p. 22, Edición Caracas. Aparece allí fechada en 1824. D. Rufino Blanco Fombona, observa: "Esta carta es en realidad del año anterior. La escribió el Libertador en el pueblo de Marca, el 20 de noviembre de 1823. El General Sucre, a quien va dirigida, estaba para esa fecha en el mismo pueblo. Sucre se negaba a aceptar el mando porque en la *Memoria* de Guerra, Santander le había hecho un ultraje. Véanse las dos cartas de Sucre para el Libertador, del mismo día: 20 de noviembre de 1823, en O'Leary, vol. I, pp. 98-100" ("Cartas de Bolívar", Edit. América, p. 67, citadas).

Y los maliciosos se preguntarán ¿por qué esos choques, aunque leves, entre dos almas por igual sublimes, por igual abnegadas? Sencillamente, por la misma naturaleza de las cosas; por el desequilibrio de los genios, por la *desproporción entre sus capacidades*, como dice Blanco-Fombona, por las modalidades del carácter, que es extraño a la identidad de los sentimientos. "Ni usted ni yo podemos evitar este mal (los choques) le decía Bolívar a Sucre, que es inherente a su naturaleza propia, pero si podemos obrar de un modo que evitemos los desagrados que son inherentes a los negocios públicos" (11). Bolívar mismo, justo es decirlo, se mortificaba más que nadie al tener que corregir a su teniente, al no aprobar sus actos. Así le habla:

"Lo que usted me dice sobre la rectitud de sus principios y de sus sentimientos, es enteramente inútil. Yo sé muy bien que usted no tiene ambición, y usted me injuria en disculparse con respecto a una pasión que jamás he pensado atribuirle.

"Convenga usted conmigo, aunque le duela su amor propio, que la moderación de usted le ha dictado un paso que jamás pudo ser bastante lento. Lo que a mí me hacía dudar, y por lo mismo no resolver, lo juzgó usted muy sencillo, y lo hizo sin necesidad; primero, porque el país no se había libertado; segundo, porque

(11) Carta fechada en Nasca, el 26 de abril de 1825 ("Cartas de Bolívar", id., p. 317). En esta carta y en la del 21 de febrero, que ya se ha citado, Bolívar llamaba la atención de Sucre por sus actuaciones en Bolivia que consideraba atentatorias contra el principio del *Uti possidet juris*, "que hemos reconocido como la base del derecho público de América".

A esas actuaciones se refiere mi trabajo "Las ideas políticas de Bolívar y Sucre en el proceso de la fundación de Bolivia", publicado en "Occidente", de Maracaibo, en agosto pasado.

un militar no tiene verdaderamente que meterse sino en el ministerio de sus armas; y tercero, porque no tenía órdenes para ello.

"Usted me perdonará todas estas mortificaciones que le doy ahora; pero usted debe persuadirse que más sufro en darlas que en ahorrarlas; y que si sufro esta pena es porque usted la padece; a la vez es con la mira laudable de desengañar a usted de que no tiene razón, porque un mál que no se conoce no se puede jamás curar" (12).

Las cartas cruzadas entre Bolívar y Sucre, el 28 de agosto y el 4 de setiembre de 1824, son muy conocidas. Al penetrarse de los sentimientos del Libertador, Sucre aceptaba sus observaciones, si eran merecidas, o sus sinceraciones, que Bolívar estaba dispuesto a ofrecerle si lo había ofendido, porque él, Simón Bolívar, *era justo*. Esas comunicaciones quedarán siempre como un monumento a la gloria de ambos jefes, y como un terminante mentís a las declaraciones de San Martín, y a las bajas especies que hicieron circular en el Perú, en Chile y en la Argentina, los oficiales del fracaso.

III

Bolívar trabajaba para la eternidad, dice Francisco García Calderón, y, en verdad, que esa idea resplandece en sus obras, en sus escritos, en sus manifestaciones. A San Martín le dice: "ni nosotros ni la generación que nos suceda verá el brillo de la nación que estamos fundando". Pensando en la modelación del futuro dictó sabias leyes, y propuso a la consideración

(12) Carta fechada en Nasca, el 26 de abril de 1825 (citada).

de congresos y asambleas, prudentes reformas sobre la instrucción y educación de la juventud. El millón del Perú lo destina a la fundación de institutos basados en el sistema de Lancaster, que recomendaba D. Simón Rodríguez, ese maestro eminente a quien tanto calumnia Mitre. En Bolivia su conducta a este respecto resplandece en sus decretos y en sus recomendaciones a Sucre. Y cuando piensa en el porvenir, su pensamiento no se aparta un momento del más joven y digno de sus tenientes.

Bolívar *aplaude, empuja y admira* la gloria de Sucre porque sabe que *es la cabeza mejor organizada de Colombia*, según sus propias palabras. Quiere que, desaparecido el fundador de la gran república, el timón del Estado quede en sus hábiles manos. Así, terminantemente, con su peculiar franqueza, se lo dice al mismo Mariscal:

"Llene usted su destino, mi querido General, ceda usted a la fortuna que lo persigue, no se parezca usted a San Martín y a Iturbide, que han desechado la gloria que los buscaba. Usted es capaz de todo, y no debe vacilar un momento en dejarse arrastrar por la fortuna que lo llama. Usted es joven, activo, valiente, ¿qué más quiere usted? Una vida pasiva e inactiva es la imagen de la muerte, es el abandono de la vida, es anticipar la nada antes de que llegue.

"Yo no soy ambicioso; pero veo que usted debe serlo un poco para alcanzarme o superarme" (13).

(13) Carta del 20 de enero de 1825 ("Cartas de Bolívar", id., p. 281). "*No se parezca usted a San Martín...*" Esta frase nos da la idea de lo que pensaba Bolívar del célebre *salto*. En efecto, para él, San Martín había dado la espalda a la gloria, es decir, a los trabajos y sacrificios

Y casi de seguidas se lo repite:

"...Si usted pierde la ocasión de conocerse a sí mismo, ahora que la fortuna no le ha envenenado el ánimo todavía con su embriaguez halagüeña, no se aprovechará usted de la bondadosa fuente de talentos y virtudes que ha prodigado en usted la Naturaleza. *Usted está llamado a los más altos destinos; y yo preveo que usted es el rival de mi gloria*, habiéndome ya quitado dos magníficas campañas, excediéndome en amabilidad y en actividad como en celo por la causa común. Cuando el espíritu de usted esté cultivado por la experiencia y la teoría, *no dudo que sobresaldrá usted* a cuanto conocemos de más ilustre entre los americanos" (14).

Desde mucho tiempo atrás, cuando los talentos y las virtudes de Sucre no sobresalían aún en el brillante marco de los redentores, Bolívar, que ya lo apreciaba, había manifestado esta idea. A una pregunta de O'Leary, (*¿quién es ese mal jinete que se nos acerca?*), le responde: "Es uno de los mejores oficiales del ejército; reune los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospechan sus actitudes. *Estoy resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día me rivalizará*" (15).

Sucre, digno rival en gloria, de Bolívar, es una alegoría a la que el arte puede dar palpable realidad. La *posteridad debe representar a Sucre* como la pluma del Libertador lo quería. Por lo que se refiere a la Historia, remito al lector imparcial a la obra, recientemente publicada, del profesor Sherwell. Por lo demás, otro escritor norteamericano, Morris, considera a Bolívar como *el héroe más sublime de ambas Américas*, lo que vale decir superior a Washington, quien, según un escritor chileno, *es superior a Bolívar por la importancia del pueblo que libertó, no por su valor histórico*. Vicuña Mackenna, llama a Sucre el *Washington del Sur*, y si Bolívar es la más sublime gloria del Continente ¿qué queda después de él? ¿Fuera de Sucre quién lo rivaliza? A la figura del Gran Mariscal de Ayacucho la perjudica una cosa: haber figurado en segundo término. ¿Quién es grande ante Bolívar? "Su personalidad se agiganta cuando se la pone en presencia de los hombres más eminentes que ha producido la revolución en Sud América" (16). Colocad a Sucre lejos de Bolívar, y su personalidad, como dijo el Libertador, "sobresale en mucho a cuanto hay de más ilustre entre los americanos". Juntos, el

que la gloria cuesta. En realidad, es mucho más cómodo irse, para explotar después la virtud de la abnegación, pero, es cierto lo que dice Mitre, el Libertador no comprendió aquella *abnegación de que él no era capaz*. Tiene razón, Bolívar nunca habría abandonado el Perú dejándolo en poder de los soldados realistas, mucho más cuando una pomposa y vana declaración de independencia lo obligara a ello. Por eso, en la misma carta le dice a Sucre: "...Ya me parece que veo a usted impacientarse y molestarse con todos estos temores, retardos y operaciones militares. Pero, amigo, no debemos dejar nada por hacer, mientras que podamos noble y justamente. Seamos los bienhechores y fundadores de tres grandes Estados; hagámonos dignos de la fortuna que nos ha cabido; mostremos a la Europa que hay hombres en América capaces de competir en gloria con los héroes del Viejo Mundo". Verdad que San Martín por el *destemplamiento* de sus nervios *no era capaz de todo*, como Sucre, pero el Libertador no entraba en detalles, ni tampoco pensó nunca que de una *impotencia* se hiciera una *abnegación*. No siempre es una virtud la castidad.

(14) Carta citada del 26 de abril de 1825.

(15) O'Leary, "Narración", Editorial América, t. II, p. 77.

(16) Bulnes, t. 2°, p. 212.

copo de nieve no resiste los ardientes rayos del Sol. Hoy, en el amor de América, su memoria es única después de Bolívar. "Es un símbolo de la unidad de propósitos, de bondad, de lealtad, de sacrificios y de valor supremo, el valor de un hombre que está dispuesto a darlo todo por el amor de su patria, del honor y de la verdad" (17).

En los últimos años de la vida de Bolívar (1829-1830) su cariño y afecto por Sucre se manifiesta bajo los transportes de la más delicada ternura. Es que el Libertador, como le decía a O'Leary en una de sus cartas, presiente bajo sus plantas el sepulcro (18). Es que el padre, *papá Bolívar*, como lo trataba Sucre en lenguaje familiar, se va, y ya le angustian los tormentos del hijo del alma, que queda haciendo frente a las facciones que desgarran el cuerpo agonizante de Colombia. El año de 1829, la alegría de Bolívar al encontrar a Sucre se resuelve con lágrimas; por vez primera el verbo falla en los labios del tribuno, mientras los sollozos se confunden, ante la sorpresa de los vencedores de Tarqui.

Pero la misión que el Destino parecía guardar a Sucre, otro la cumple. Es Urdaneta, el humilde y sencillo combatiente de los años terribles, quien recoge en sus manos el Iris de Colombia. Los momentos de dolor y angustia, los más crueles, le correspondían siem-

(17) Sherwell: "Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho, Héroe y mártir de la Independencia Americana", 1 vol., Lit. y Tip. del Comercio, Caracas. Trad. del Dr. Samuel Darío Maldonado, p. 253.

(18) "Cuatro años de vida son los que me restan, de poca utilidad para el servicio y de muchas penas para mí". ("Ultimos Años de Bolívar", Apéndice. Carta del 13 de setiembre de 1829).

pre al abnegado defensor de Valencia. Sucre cae, cuando menos era de esperarse, bajo la igominia de un asesinato, y el dolor de esa muerte, pone un tétrico punto final en la vida del Libertador. Al acordarse de Sucre, en los dinteles de su agonía, exclama Bolívar:

"La bala que te hirió en el corazón mató a Colombia y me arrebató la vida" (19).

IV

Haciendo referencias al carácter de Sucre, encuentro en el libro del Profesor Sherwell, últimamente citado, estos conceptos:

"Era orgulloso, tanto como puede serlo el orgullo legítimo, y nadie, ni Bolívar mismo, podía humillarlo, sin que reaccionara contra la ofensa" (20). "Era obediente dentro de los límites de la dignidad" (21). Esto, más que nadie lo sabía el Libertador, y es por eso que en sus cartas se maneja con la más exquisita diplomacia, para no empañar el brillo y transparencia de ese cristal. Lo mismo le pasaba al Libertador con los demás Generales de Colombia, porque en este sentido todos se parecían a Sucre. Por eso lejos del *tono altanero*, los trataba *con una consideración suma*, como se lo decía a D. Pedro Gual.

¿Quién soy yo entonces?, le pregunta Páez, reprimiendo su orgullo, cuando oye que Bolívar considera a Monagas como la primera lanza de Venezuela.

(19) Juan B. Pérez y Soto: "Asesinato de Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho", Roma, 1924, t. II, p. 395.

(20) P. 255.

(21) P. 259.

Usted, contesta rápido el Libertador, que se da cuenta de las cosas; usted es la primera del mundo. Y si del primitivo Jefe llanero pasamos al otro extremo, al culto y caballeroso general Rafael Urdaneta, el Libertador le rinde justicia, como se lo merecía aquel cuyas *abnegaciones positivas* no han sido superadas por nadie. Hay una hermosa carta que bien nos dice cómo se sostenían las relaciones entre aquellos caballeros de América. No resisto al ansia de copiarla:

"Aún no he dado a usted la enhorabuena ni de su campaña de Coro ni de su nuevo empleo, ni de su restablecimiento, porque amigo yo no escribo a los que amo sino cuando los necesito. Me han asegurado que se haya usted mejor; lo celebro infinito por usted, por la Patria y por mí. Si esta buena nueva no es falsa, lo convido a usted para que se venga a Maracaibo a ayudarme eficazmente y a ganar nueva gloria, si su fortuna es tal que no se lo impida su salud. Si usted pierde la ocasión de conducir nuestra bella *Guardia* a los hermosos campos de la gloria, debe usted darse un pistoletazo, porque la mala suerte le impide a usted lo que más desea su corazón y la sola cosa que es digna de hacerle gozar las miserias humanas" (22).

La misión de Urdaneta era muy distinta de aquella que le quería confiar el Libertador: *no tuvo la fortuna de conducir la hermosa Guardia a los hermosos campos de la gloria;* ni de hacer prodigios de heroísmo en Junín, ni de figurar, al lado de Sucre, en el Olimpo de Ayacucho. Su vida y sus acciones no son por ello menos dignas. No fué el destino de Urdaneta el de

(22) "Cartas de Bolívar", Ed. París, p. 373.

conmover los corazones con hechos resplandecientes, visibles a la vista de todos; los colores del iris no se hicieron para adornar su capa de héroe. El solo supo del heroísmo callado, del oculto sacrificio, de las abnegaciones silenciosas: es el mártir que se sacrifica por un ideal sin dar su nombre; es el soldado humilde, que ahoga la enormidad de un dolor en la serena expresión de los iluminados (23).

(23) Yo he rendido a Urdaneta el homenaje que tanto reclamaba mi corazón, diciendo, desde las columnas de *El Diario*, de Carora, todo lo que creo deba decirse de él. *Occidente*, de Maracaibo, reprodujo el artículo con brillantes conceptos para mí, que nunca sabré agradecerle bastante. Ahora quiero copiar algo de lo que entonces dije, confirmándome más en ello:

"...Pero en el corazón de sus conciudadanos el recuerdo de Urdaneta se desliza en la penumbra, como esas imágenes descoloridas y arrinconadas, deshechas por la acción del tiempo, ahogadas por el polvo de los siglos, que en el recinto de las viejas catedrales, no llaman nunca la atención del visitante, que se aleja atraído por la brillante aureola de otras, no más dignas, pero sí más glorificadas. *La mala suerte de Urdaneta*, aquella de que le hablaba Bolívar en una de sus cartas, lo persigue siempre, y el Jefe de la vieja Guardia Colombiana ni siquiera goza de ese futuro presentido por él, cuando señalaba la Historia como el único porvenir de los héroes.

Nunca tuvo Urdaneta ese gesto heroico, palpable, deslumbrador, que hiere y entusiasma la imaginación popular, porque se manifiesta en un momento culminante a la vista de todos, como el *paso de vencedores* de Córdoba, o el *vuelvan caras* de Páez. Los colores del iris no se hicieron para su capa de guerrero incansable, y por eso no se le conoce, ni se le imagina, ni se le presiente. Este hombre admirable sólo supo del heroísmo callado, del oculto sacrificio, de las abnegaciones silenciosas. Puso al servicio de la Patria sus energías, su savia, su vida, y, cuando se le arrojó de ella por noble y por leal, al destierro llevóse la Bandera de Colombia—que en sus manos acariciara la gloria por última vez—sin quejas ni reclamos, pobre, austero, incontrastable, pasando por sobre todas las injusticias e insultos, escapando milagrosamene al puñal de los asesinos de Sucre, sin volver la vista siquiera, sin despegar los labios, despreciando la turba farisaica que le escupía denuestos como a Jesús los jueces del Sinedrio.

... ...

...Cuando se compara la actuación guerrera de Urdaneta con las de otras figuras continentales, es de justicia considerarlo como el más incansable batallador de la Independencia, y para comprobar esta verdad, po-

Bolívar, que tanto amaba a su leal teniente, porque sabía del tesoro oculto que guardaba en su pecho, no se conformó nunca con lo que él llamaba la mala suerte de Urdaneta. Desde Lima le escribió el 8 de abril de 1825:

"Mi querido General:

"Mucho tiempo hace que no sé de usted, aunque por las *Gacetas* he tenido noticias algunas veces de su destino, y otras de su salud. Siempre he estado con el mayor sentimiento, porque *la mala suerte de usted* le ha privado de los destinos más gloriosos que naturalmente le cabrían.

"Debemos convenir en que la fortuna le fué a usted muy propicia al principio, y que después le ha sido muy caprichosa.

---

dríamos tomar como ejemplo al general San Martín, aquel a quien sus compatriotas aclaman bajo los dictados de Gran Capitán, General de los Andes, y hasta—es el colmo de lo ridículo—la figura más alta y libertador de la América del Sur.

Los servicios del general San Martín se extienden desde 1812 hasta 1822, retirándose en esta época del teatro de los acontecimientos porque estaba cansado, como lo dijo en carta a su amigo el general O'Higgins, habiendo librado durante el tiempo de su actuación americana, un combate de 150 hombres—el de San Lorenzo—en su país, y las batallas de Chacabuco y Maipú. No tuvo nunca a su frente ejércitos de la calidad de aquellos a quienes se enfrentó Urdaneta... Para su paso de los Andes contó, antes que en su propio heroísmo y en sus ponderadas matemáticas, con el aturdimiento de aquel pobre Marcó del Pont, quien se moría de miedo en su palacio de Santiago, mientras San Martín, tranquilamente, libre de preocupaciones, cruzaba la montaña con su ejército. Dejemos ahora a un lado las actitudes heroicas de Urdaneta en Valencia, en Coro, en Bogotá, su constancia férrea y dilatada, y sobre todo aquella admirable retirada de Occidente, que salvó las reliquias de nuestro ejército entre un mundo de enemigos, y opongamos únicamente a la actuación de San Martín, esa magnífica Campaña de Oriente, con sus 27 acciones en 43 días; o esos trece años sin fechas en blanco; trece estrellas de oro, de luz y de inmortalidad para la corona de gloria de Urdaneta..."

"La sabiduría aconseja la resignación más absoluta a los decretos del destino para disminuir sus rigores. Usted se ha casado y usted ha sido padre, y usted tiene tiempo sobrante y no me dice nada. Puede ser que usted se excuse conque yo le debo a usted alguna carta. La razón es justa, aunque mi delito en esta parte es muy general, pues al mismo Santander, con quien tengo asuntos muy importantes, le debo muchas cartas...

"Por lo mismo, debe usted excusarme y no tener en mal concepto mi amistad; además, usted debe de haber sabido antes de ahora que yo escribo a mis amigos menos que a los demás contando con la indulgencia de ellos, mientras que yo no cuento con las de los indiferentes.

"Póngame usted a los pies de su señora, y reciba el corazón de su amigo,

Bolívar" (24).

Y volviendo al tema de la *altanería* puesto sobre el tapete de la Historia por el General San Martín, y explotado hasta la *esclavitud* por el taimado Mitre, debemos reconocer que, entre las relaciones de superior a subalterno, hubo necesariamente, observaciones, represiones, castigos y penas, pero todo dentro de los límites que la prudencia del uno y la dignidad de los otros, les imponían. Vaya la que sigue como ejemplo; es una carta para el Coronel Tomás de Heres:

"....

"No me ha parecido bien que usted haya abierto mis cartas de Santander y Peñalver. Las cartas confidenciales son sagradas para todo el mundo, porque

---

(24) "Cartas de Bolívar", 1823-1825, Editorial América, pp. 313-14.

son secretos de otros que no se deben confiar. Así, espero que en adelante usted no abra más que las comunicaciones de oficio de Chile, del Ministro de la Guerra, de Panamá, de Castillo y de Salom. Lo demás que venga cerrado a mí.

"Me ha parecido que el General Lara tenía razón, porque nadie debía meterse en el territorio de su mando; mucho menos usted, que es tan quisquilloso con todo el mundo. Pérez no ha recibido todavía comunicación oficial de usted, y yo quiero que el servicio se haga oficialmente y no por cartas, pues las cartas no son documentos públicos, que deben siempre aparecer" (25).

Un poco más severas, que digo severas, fulminantes, son las penas de que habla en algunas de sus cartas al General Salom:

"Trate usted al pueblo de Quito muy bien; pero al que caiga en alguna pena capital fusílelo usted. La orden del día es *Terror;* por este medio he contenido la propagación del crimen en este país..." (26).

"Yo no puedo ni debo tolerar que en asuntos del servicio se cometan tales escándalos y actos de insubordinación. Si damos a nuestra disciplina semejante relajación, pronto no tendremos ni ejército ni república, y mi deber es salvar al uno y la otra" (27).

Porque, eso si era verdad, para salvar la patria el Libertador hacía uso de la justicia que, llegado el caso, reclamaba la causa. A la luz del día, sin vacilación y sin reesrvas. No era él aquel hombre que se iba a consolar diciendo que *no tenía valor* o *que le faltaba*, por muy compañeros que fueran. Así lo está proclamando la muerte de Piar. Pero el Libertador descartó la degradación que ordenaba el Consejo de Guerra. Piar murió como quien era, con dignidad, como General, y de verdad que lo era, y cuando el momento era oportuno, el Libertador rendía justicia a sus méritos. Así, en la biografía de Sucre, al hablar de las campañas de los años 13, 14 y siguientes, se refiere Bolívar a Mariño, Piar, Bermúdez y Valdez, para hacer luego el elogio especial de uno solo: de Piar, *del intrépido Piar*, como lo llama: "La Grecia—dice —no ofrece prodigios mayores. Quinientos paisanos armados por el intrépido Piar, destrozaron ocho mil españoles en tres combates a campo raso" (28). Hablando después el Libertador, el año de 1828, con Perú de Lacroix, dice lo siguiente:

"La muerte del general Piar fué entonces una necesidad política y salvó al país, porque sin ella iba a empezar la guerra civil de las castas, y, de consiguiente, el triunfo de los españoles" (29). No deja escapar una sola palabra ofensiva para el antiguo teniente; sólo agrega: "Mariño merecía la muerte, como Piar, por su defección, pero que su vida no presentaba los mismos peligros, y por eso, la política pudo ceder a los

(25) Id. id., p. 207.
(26) Id. id., p. 198.
(27) Id. id., pp. 328-29.

(28) Es, precisamente, a estas hazañas a que se refiere Morillo, en su oficio antes citado, cuando dice: "Estos *prodigios*, que así pueden llamarse por la rapidez conque los han conseguido, fueron la obra de Bolívar y un puñado de hombres reunidos en los Cayos de San Luis, de los cuales Piar, Bermúdez, Mariño y otros desembarcados solos bastaron para sublevar pueblos y provincias enteras, formar ejércitos numerosos..."
(29) "Diario de Bucaramanga", p. 154.

sentimientos de humanidad, y aún de amistad por el antiguo compañero..." (30).

Se peleaba y hubo que derramar sangre; se hacía patria y hubo que crear, corregir y castigar; nos acosaba el enemigo y había que destruirlo, aniquilarlo, respondiendo a sus crueldades con las represalias; se rebelaban los tenientes y había que someterlos, aún a costa de su propia vida. Se fusila, se arrasa, se incendia, pero no se ultraja.

V

Y si de los generales, aunque solo a ellos se refiera San Martín, pasamos a los oficiales de menor graduación, se observa la misma conducta digna por parte del Libertador. Los coroneles Posada Gutiérrez, O'Leary, Mosquera, Herrán, nos dejan a este respecto testimonios irrecusables. La escala del servicio puede seguir en descenso pero el tono de dignidad y tratamiento es el mismo. Poco importa que se trate de un simple subteniente; poco importa que sea un hombre sencillo y sin educación, como en el caso de aquel oficial Freyre, narrado por Perú de Lacroix en su famoso *Diario* de Bucaramanga, así:

"Día 15.—Acabado el almuerzo todos acompañamos a misa al Libertador, y después fuimos con él a pasar un rato a casa del cura. Sentado S. E. en la puerta de la calle, vió pasar al oficial Freyre, y

(30) "Diario de Bucaramanga", p. 154. La cita que sigue del "Diario de Bucaramanga", referente al subteniente Freyre, corresponde a las páginas 121, 122 y 123. En lo adelante, como el "Diario de Bucaramanga" es una obra tan conocida y de poco volumen, al mencionar sus citas, no indicaremos páginas, para acelerar la terminación de este libro.

me preguntó por qué no venía a comer a su mesa, como había ordenado; le contesté que Freyre, por timidez y por falta de uso se hallaría en ella muy embarazado y poco en su lugar, y por eso no se le había dicho que concurriese a ella.

"Entonces me preguntó cuál era la conducta de Freyre, y le dije que era buena.

"Pues entonces, usted le dirá de mi parte que venga a comer conmigo.

"Cumplí la orden, aunque con alguna pena, porque sabía que Freyre, ascendido hacia poco tiempo de la clase de sargento al empleo de subteniente, tenía todavía aquellos modales soldadescos y, puede decirse, aquella educación de cuerpo de guardia que le hacía ridículo en la mesa del presidente de la República. A la hora indicada llegó Freyre, y el mismo Libertador le indicó el puesto que debía ocupar, y en su actitud, S. E. vió que, efectivamente, aquel oficial no tenía trato alguno.

"Sucedió durante la comida que el general Soublette dijo: "Alférez Freyre, páseme tal cosa"; *entonces el Libertador observó al general que debía decirle "señor oficial"*. Hubo otro incidente: Freyre para servirse de un plato que estaba bastante distante de él, se puso en pié, y estirando el cuerpo y los brazos se sirvió de dicho plato en el suyo. El Libertador le dijo entonces:

"Señor oficial, no se moleste usted así en servirse; cuando un plato no está a su alcance, pida al que lo tiene al frente, porque es menos trabajo".

"Después de la comida, el Libertador me dijo:

"Es bien rústico su oficial de Estado Mayor; sinembargo, que venga todos los días a almorzar y comer; le desbastaremos y haremos su educación".

Para Mitre, para Soyer, para Espejo, para la despreciable cáfila de *plumarios* (como decía un magistrado de la democracia), que sobre la América Nuestra dejó la abnegación de San Martín; para D. Benjamín Vicuña Mackenna, que en ella se inspiró al pintar un Bolívar cuartelario, al subteniente Freyre le habrían llovido las bofetadas. Sin emabrgo, no fué así. Apenas una amistosa observación y pasa por sobre sus *modales soldadescos*, que tanto preocupaban al *bueno* de Perú Lacroix. Una llamada de atención al General Soublette, para que trate al humilde Freyre con las consideraciones que le son debidas, nos dice cómo trataba el Libertador a sus esclavos. No usaba el epíteto de *monos*, conque a la especie humana obsequiara San Martín, precursor de Darwin.

VI

Bolívar no pudo confesar nunca a San Martín que su confianza la depositaba, *antes que en nadie*, en los generales ingleses que tenía en su ejército. Pudo hablarle, y, es casi seguro que lo hizo, de la brillante oficialidad inglesa que tenía bajo sus órdenes. Era un acto de justicia recordar cuánto debía la gratitud de América a esos abnegados hijos de la Gran Bretaña. ¿Quién puede olvidar a la Legión Británica que salvó la Patria en Carabobo? El batallón *Rifles* lo formaron y disciplinaron oficiales ingleses, y la historia de este batallón es la más heroica que registran los anales de las guerras de América. Recordemos a Rook, que

en las deserciones del segundo paso de los Andes, le ofrece a Bolívar *acompañarlo hasta el Cabo de Hornos*. Recordemos a Fergusson, en la tristeza de la noche setembrina; al hijo del general Wilson... y entre los más ilustres al general O'Leary, que para 1822, no tenía aun este grado...

Pero no fué solo en *generales ingleses* en quienes Bolívar depositó su confianza. Llamó a Sucre, *su brazo derecho*, a Salom, *Bolívar mismo*, a Urdaneta, *la columna de acero de Colombia*. Bolívar habla a Perú de Lacroix de la fidelidad, patriotismo, valor constante y consagración decidida a su persona, de ciertos oficiales como Diego Ibarra, Briceño Méndez, José Laurencio Silva.

Fuera de ésto tenemos que el Libertador era el hombre menos desconfiado del mundo. Y es, precisamente, uno de aquellos brillantes oficiales ingleses quien lo dice: "Era tan leal y caballeroso, que no permitía que en su presencia se hablase mal de nadie. La amistad era para él palabra sagrada. *Confiado como nadie*, si descubría engaño o falsía, no perdonaba al que de su confianza hubiese abusado" (31). Los caballeros no pueden proceder de otro modo, y Bolívar favorecía con su confianza a quien la merecía, fuera o no inglés.

Pero tampoco debe olvidarse que, aparte de la gratitud, un sentimiento de afinidad, que lo hacía apreciar tanto a los ingleses, prevenía favorablemente hacia ellos, su persona. El admiraba "ese amor propio, noble orgullo, altivo, sostenido y lleno de dignidad que

(31) O'Leary, "Narración", Editorial América, t. I, p. 583.

generalmente tienen los caballeros ingleses" (32). De uno de sus Oficiales, el noble Fergusson, dice: "tiene un orgullo elevado y sostenido; todo en él, modales, conducta y pensamientos, son de un caballero" (33). Pero el Libertador distingue, no todos los *orgullos* son iguales; a su Edecán Wilson, hijo del General Bedford Wilson, inglés como Fergusson, se lo reprocha: "El orgullo de Wilson parece degenerar en soberbia, y eso le perjudica" (34). La caballerosidad, el *gentleman*, que parece ser una característica de los ingleses, y que era su propia característica, lo atraía hacia ellos. Obsérvese que el Libertador pintando a Sucre, lo define primeramente diciendo: "Sucre es un caballero en todo", después es "la cabeza mejor organizada de Colombia", luego "su mejor General", "el primer hombre de Estado de Colombia..." (35).

Pero, con todo eso, los caballeros del ejército de Colombia, gozaban, en absoluto, de su confianza. Entre esos caballeros, uno, en especial, se distinguía, y es, también un caballero inglés, quien nos deja de él esta referencia: "El General Urdaneta y su esposa merecen que se les llame gente de buen tono, ambos harían distinguido papel en nuestra sociedad de Londres. El es particularmente hermoso. Bien educado, de las más cumplidas maneras y se pirra por la indumentaria más que ninguno de nuestros dandys de Hyde-Park. Su mujer es bonita, dispuesta, agradable, y luce a maravilla en un salón de baile. Es esposa excelente" 36). Ese caballero Urdaneta fué el que recibió la orden de hacerse matar en Valencia antes que entregarla al enemigo y la cumplió; ese caballero fué el que en la raya granadina, antes de la campaña admirable, le gritó a Bolívar, para que le oyeran los desertores: "General: si dos hombres bastan para salvar la patria, estoy dispuesto a acompañarlo". Ese caballero fué el que se puso bajo sus órdenes, con el ejército que había salvado, en medio de los desastres del año 14, cuando Bolívar, fugitivo, maldecido por sus compatriotas, desconocido por sus Tenientes, lo encontró en la Nueva Granada.

(32) "Diario de Bucaramanga".
(33) Id.
(34) Id.
(35) Id.

Si hubo hombre alguno en quien Bolívar pudiera confiar ampliamente, ese hombre era Urdaneta. Lo llamó el más constante y sereno Oficial del Ejército Libertador, y, cuando en 1827, la armazón de Colombia crujía, azotada por las ambiciones localistas, lo consideró como el Eje de su obra, la columna de acero de la patria grande. La muerte de Bolívar sorprendió a Urdaneta sobre el timón de la nave, que arrebató a las facciones para ponerla bajo la dirección del Libertador. Las dos primeras personas de la Trinidad gloriosa habían desaparecido y la columna de acero no podía por sí sola sostener el edificio de Colombia. Entregó a los Generales de la Nueva Granada su parcela que pedían, y se vino a Venezuela, buscando un amparo a sus desesperanzas, entre los recuerdos de su tierra nativa. Pero su lealtad a Bolívar y a Colombia

(36) "Journey of a residence and travels in Colombia (1823-1824) by Capt. C. S. Cochrane, of the Royal Navy", vol. II, p. 117. Citado en las Notas de D. Rufino Blanco Fombona a las "Cartas de Bolívar" (ed. París), p. 373.

se la cobraron aquí, cerrándole las puertas de un país que le pagaba con nuevas amarguras sus sacrificios por él" (37).

Es cierto, pues, que la mayoría de los oficiales ingleses se consagraron con toda lealtad al servicio del Libertador y de Colombia. La muerte del noble Fergusson lo proclama, y junto con Fergusson, puede recordarse al Coronel Wilson, que se viene desde Inglaterra cuando sabe que Bolívar tiene peligros con quien compartir. Aquellos hombres eran dignos de la confianza del Libertador y la tuvieron. Pero ningún general inglés pudo gozar de esa confianza ampliamente, no por falta de corazón, que fueron leales, pero sí por falta de cabeza. Digo *general inglés* repitiendo la frase de San Martín, pero, en realidad, *generales* no los habían entonces al servicio de Colombia. Había oficiales de alta graduación, *coroneles*, como O'Leary. Fué al único a quien el Libertador confió una misión de confianza, la que no cumplió bien, por falta de

(37) En realidad no debe decirse que el pueblo de Venezuela haya tenido una conducta inhumana con el Libertador y con Urdaneta, porque esto sería hacerlo responsable de las actitudes de Páez, maliciosamente provocadas por los corifeos de 1830. Protestemos de las ignominias de la Convención de Valencia, que convirtió en cenizas las banderas de la vieja Guardia, mientras el pueblo de Venezuela, anonadado por la agonía del Cóndor, devoraba en silencio su angustia y su rabia. Ese pueblo convertido en soldados, siguió en un gesto de delirante amor las huellas de Bolívar, proclamando con heroísmos su lealtad. En la hora del dolor, apenas batía sus alas el Cóndor, se abría las venas y brindaba su sangre a su salud. Cuando la grande ave, herida de muerte, fué a buscar en la soledad de una roca su sepulcro, el dolor lo había vencido, y fué así, como los fieros batallones de la Guardia vieron disolver sus cuadros sin protesta, volviendo de nuevo, después de la Epopeya, a la anonimia de la vida diaria, mientras los vividores se repartían la honra y el provecho de su gloria. Esa es la verdad.

juicio, como decía el Libertador, lo que provocó una reacción contraria, *resfrió la confianza de Bolívar*.

O'Leary vino a llegar a General en 1829. Y conste, que fué el que se distinguió más entre todos los oficiales que sirvieron a Colombia, y, es, sin duda alguna, el más notable de todos. Sirvió a la patria como militar, como diplomático, como escritor, y la Historia de América le debe sus Memorias, que junto con la documentación de Blanco y Azpurúa, constituyen la base de todo estudio relacionado con la guerra emancipadora. Según Perú de Lacroix, el Libertador hizo de él una pintura íntima que, en realidad, no le favorece mucho, por los sentimientos de hipocresía, egoísmo y rencor que se le señalan, aunque en lo general, por otras cualidades sí le enaltezca. La meritoria actuación de O'Leary y las relaciones que mantuvo con el Libertador este oficial inglés, dan mayor interés al juicio de Bolívar al acordarnos de la declaración de San Martín. Hélo aquí:

"O'Leary tiene más amor propio y orgullo que vanidad. Hablo de ese amor propio, noble orgullo, altivo, sostenido y lleno de dignidad que generalmente tienen los caballeros ingleses. Tiene en sus modales, más que en el carácter, una dulzura, una suavidad que lo hace aparecer afeminado; pero qué engañoso es aquel aire dulce y bondadoso! Es el áspid escondido entre las flores, y desgraciado del que lo lastime. Su odio es profundo y permanente. Le sobran conocimientos generales sobre varias materias, tiene memoria, facilidad y talento; pero su juicio no es siempre acertado, y por eso, desatendiendo la comisión que le dí en Lima

en el año de 1826 para el General Páez, se encargó de otra en Bogotá, enteramente opuesta a la mía, que le dió Santander para el mismo Páez. Sin embargo, supo volver a mi gracia aunque resfrió por algún tiempo mi confianza. En Ocaña ha creído engañar a los que le tienen engañado, y aun confía en el buen resultado de sus maniobras. Sin embargo, tiene astucia, viveza, malicia e hipocresía. Es excelente para ciertas comisiones. Como militar no carece de valor ni de conocimientos para un mando en jefe; pero nunca podría tomar aquel ascendiente, aquel influjo, aquel prestigio tan indispensable para el mando: no sabe electrizar ni mover a los hombres. Es interesado, egoísta y oculta mal estos defectos". (38).

(38) Puede que en esta referencia del Libertador sobre O'Leary, que aparece en el "Diario de Bucaramanga", se filtre en mucho la parte personal del narrador. Lo mismo me atrevo a creer que suceda en los juicios que hace Bolívar sobre su edecán Bedford Wilson. En carta del 4 de noviembre de 1830, éste le decía a O'Leary: "La Croix es enemigo furibundo de usted y mío, sin atinar yo por qué me honra con su odio" (O'Leary: Corresp. de Extranj. Not. con el Libtdr. Edit. América, Madrid, p. 172, t. 1º). Y si nos vamos a atener a la narración del "Diario", Bolívar—al referirse a O'Leary y a Wilson—siempre les ponía sus peros. Hay, sobre todo, una escena en que los abarca a los dos: "*S. E. dijo a Fergusson: —Usted no se encuentran bien con O'Leary, y como son paisanos me causa extrañeza. —Ni él conmigo—contestó Fergusson;—creo que mi carácter es demasiado franco para el suyo. —¿Y con Wilson? —Amigos—contestó Fergusson,—pero sin una grande intimidad, porque el orgullo de aquel joven y su presunción en creer saberlo todo, no puede menos que enfriar la amistad y alejarle a úno de su persona. —Ellos no conocen sus defectos—dijo el Libertador,—y se hallarían muy mal si estuvieran sirviendo en un Cuerpo y no a mi lado*". El Libertador quizás no expresara literalmente lo que creyera Perú de Lacroix, dejándose influenciar, quizás, por sus resentimientos personales. Recuérdese que Wilson dejó su noble hogar y brillante porvenir para *tener el honor* de servir al Libertador, y le sirvió con abnegación, desinterés y celo. Muerto Bolívar volvió a Inglaterra, y en el servicio de su patria conquistó los honores que merecía por su cuna y por su propio valer. El padre de Wilson, general Sir Robert Wilson, decía: "el retrato de Bolívar es el paladium de mi hogar".

Y dicho ésto, queden en su puesto los nobles y leales Generales de Colombia, que merecieron por sus brillantes cualidades de carácter, inteligencia y acción, la plena confianza del Genio de América, y a quienes desconceptúa, con toda injusticia, las declaraciones exclusivistas del General San Martín.

VII

Según San Martín, Bolívar "permitía a los individuos de tropa más libertades de las que prescribía la ordenanza". Cabe preguntar, ¿a qué *ordenanza* se refería San Martín? ¿A las que regían en su ejército, o a las que regían en el ejército colombiano. ¿Conocía San Martín las ordenanzas militares de Colombia? Parecen triviales estas preguntas; sin embargo, en la vida de Bolívar—tenemos que concluir como el señor Cornelio Hispano—nada es trivial; *todo es grande, todo es noble.* El juicio de San Martín queda tambaleante, y por eso, para estudiar y analizar las relaciones de Bolívar con sus soldados, antes que a la crítica del Protector, es mejor atenerse a ciertos sucesos que las caracterizan:

"Vencidos los patriotas venezolanos en 1814, el General Urdaneta, que obraba en el Occidente de la República, voló con su división a ofrecer sus servicios a la Nueva Granada. A esa misma nación, hermana gemela de Venezuela, corrió Bolívar en aquella emergencia. Bolívar llegaba a Pamplona en propio día que Urdaneta, obedeciendo órdenes del Gobierno granadino debía partir hacia Tunja con su división. Los soldados manifestaron deseos de esperar y ver a su Ge-

neral. Urdaneta, por satisfacer un capricho de la tropa, no podía condescender a aquella demanda, desobedeciendo al Gobierno a quien servía. Se dispuso a partir, y ya habían salido hacia Tunja los primeros cuerpos de la división, cuando Oficiales y Jefes regresaron a Pamplona, insubordinados, gritando: "*Viva el General Bolívar! Viva el Libertador!*"

"Poco después arribó éste; y Bolívar, derrotado por los españoles y proscrito por sus paisanos, entró en Pamplona *en los brazos y entre las aclamaciones de sus soldados.*

"En la tarde hizo el Libertador que Urdaneta revistara las tropas y arengó a éstas con las siguientes palabras:

"Soldados:

"Habéis henchido mi corazón de gozo; pero ¿a qué costa? *A costa de la disciplina, de la subordinación, que es la primera virtud del militar.* Vuestro jefe es el benemérito General Urdaneta; y él lamenta como yo el exceso a que os condujo vuestro amor.

"Soldados:

"Que no se repitan más los actos de desobediencia entre vosotros. Si me amáis, probádmelo, continuando fieles a la disciplina y obedientes a vuestro jefe. Yo no soy más que un soldado que vengo a ofrecer mis servicios a esta Nación hermana. Para nosotros la patria es la América; nuestros enemigos los españoles; nuestra enseña la independencia y libertad" (39).

(39) Blanco-Fombona: "Discursos y Proclamas de Bolívar", pp. 16-7

En toda la carrera de San Martín no hay acontecimiento semejante. El momento hace más grande aun este gesto. Bolívar desconocido por Ribas y Piar, maldecido por Bermúdez, insultado por el populacho, que ya siente cerca los llaneros de Boves, con las angustias del fracaso, se presenta huyendo a la Nueva Granada, y los soldados arriesgan una insubordinación solo por verle. El Libertador, al reprobar el acto, les advierte que él ya no es Jefe ni General, sino un soldado como ellos. La actitud de Bolívar, ante estos ingenuos soldados, que llevan un poco de alegría a su inmensa amargura de patriota proscrito, es admirable. Imaginemos un momento los padecimientos de su alma al tener que reprender a aquellos hombres, respondiendo a las expansiones del corazón con el imperativo categórico de la disciplina y la subordinación.

Esta actitud del Libertador nos dice terminantemente que no toleraba en el soldado libertades que la ordenanza proscribía. Y fué precisamente en el país donde San Martín dejó perecer su ejército, tolerándole *libertades* que relajaron su disciplina, fué en el Perú, donde Bolívar probó que tenía energías suficientes para imponer ésta, aun en medio de la desconcertante situación peruana. "El ejército colombiano no estaba en la situación del argentino ni del peruano (desmoralizados hasta más no poder), porque tenía un centro vivo de disciplina en la persona del Libertador; pero también se le acusaba de estar desmoralizado y de entregarse con frecuencia a robos. Bolívar, informado de estos sucesos, dió una orden del día terrible, prohibiendo a todos los soldados de andar armados y salir de sus

cuarteles después de la seis de la tarde y mandando que se formase un tribunal mixto, compuesto de jefes del Perú, Colombia y la Argentina, para juzgar en una sola instancia y fusilar a todo soldado que se encontrase después de esa hora fuera de las puertas de Lima. El decreto contienen esta disposición: "Todo individuo que robase el valor de dos reales será juzgado en consejo verbal y fusilado inmediatamente" (40).

Pero fuera del cuartel y del cuadro, el soldado deja de ser máquina para volver a ser hombre en sus relaciones con el Jefe. Ya no se le puede imponer esa actitud automática, que los hace parecer muñecos vistosos, cuando maniobran en las filas, ni ese tono de superioridad, seco y duro, que caracteriza al que tiene un escalafón más alto. Bolívar lo sabía, y ese hombre de las medidas terribles, era sencillo con los hombres humildes que componían sus legiones, al hablarles fuera del cuartel, al tropezarse con ellos en las horas que el servicio deja libre.

Es probable que San Martín, formado en una escuela militar española, no participara de estas actitudes democráticas del Libertador, que se han conservado intactas en el modo de ser de los venezolaons. Nosotros somos esencialmente demócratas; aquí las superioridades no se reconocen sino cuando se imponen de una manera positiva y auténtica. Bolívar tuvo que imponerse así, con medidas terribles. Nuestra historia, consumada la Independencia, es una historia de superioridades impuestas, con hechos que no dejan lugar a duda; el que domina es el que gobierna, los dominados

(40) Bulnes, t. 2º, pp. 120-21.

son los gobernados. Sea ésto bueno o malo, no es el momento de resolverlo ahora, pero las cosas siempre han sucedido de esta manera. El Libertador previó los sucesos del futuro; conocía la índole de su pueblo, y trató de consagar a los libertadores y sus descendientes en su senado vitalicio. Era la roca inconmovible en que pensaba siempre, al darse cuenta de las reacciones y revoluciones del futuro. Era la superioridad que se imponía en la gestación de la Patria. Eran las reputaciones que se respetarían en las luchas de las rivalidades por el mando. Pero no pudo conseguir su objeto. El se impuso, eso sí, pero temporalmente, como se han impuesto otros que lo sucedieron en el mando de Venezuela.

Alguien dijo que Venezuela *es el país de las reputaciones consagradas, de las nulidades engreídas.* Por una parte tuvo razón: son muchas las nulidades engreídas; son muchas las reputaciones consagradas. Pero, en el fondo, todo el mundo se ríe de esas reputaciones y de esas nulidades. Hay que consagrar nulidades o semi-nulidades porque nos faltan capacidades. Yo he visto a un hotelero de San Carlos, que no sabía nada de nada, fuera de colocar sus manteles, desempeñando un puesto en una Corte de Justicia en aquel Estado. En San Carlos no había otro y se llamó el hotelero; lo mismo pasa en muchas partes y en otras actividades.

Rico, afortunado, noble, feliz, el caballero D. Simón Bolívar, lleva sobre sus hombros por herencia de sangre doradas presillas militares; es Coronel de las Milicias de Aragua, el batallón aristocrático de la Capitanía General de Venezuela, donde se enrolan como

oficiales los jóvenes que han hecho su prueba de nobleza. Pero a sus tenientes, "naturalezas bravías incapaces de avenirse al yugo de la obediencia", no les convencían estas graduaciones que consagraba la casta; esas estrellas no deslumbraban a Páez, Aramendi, Mariño, Bermúdez, Piar; a las legiones llaneras, a los bravos de Oriente, a los neoespartanos de Margarita.

El Libertador tuvo que imponerse sobre el terreno haciendo uso de sus *condiciones supremas* de valor, voluntad y carácter. En 1814, su título supremo de Libertador no le bastó para evitar un desconocimiento, después de sus derrotas, por sus mismos generales a quienes no pudo imponerse entonces, y al destierro se fué mientras lo insultaban. Al regresar a la Patria, tiene que rehacer de nuevo su autoridad, peleando, como un soldado cuerpo a cuerpo, tiñendo en sangre su propia lanza, domando los potros cerriles de los llanos, ajusticiando a Piar y viviendo en un alerta constante para no dejarse superar con nadie.

¡Qué distinto se manejaban las cosas en las provincias argentinas! Una Logia le da al Teniente-Coronel San Martín el título de *General*, y nadie rechaza aquella conasgración. El vencedor de Tucumán, se pone inmediatamente bajo sus órdenes al recibir las del Director Supremo en este sentido. "Al instante—escribe—que tuve la satisfacción de recibir el oficio de V. E. fecha 18 del corriente, por el que se ha dignado avisarme haber conferido el mando de General en Jefe, al Coronel de granaderos a caballo don José de San Martín, a la cabeza del regimiento número 1, le dí a reconocer en la orden del día, y en consecuencia fuí a

rendirle los respetos debidos a su carácter". Aquí no se le rendían respetos sino al que se los conquistaba, las consagraciones no convencen. Mientras Bolívar pelea y triunfa en la Guayana, una reunión de jefes y políticos, intenta arrebatarle el mando supremo, en el llamado *Congresillo de Cariaco*. Apenas da la espalda en su paso de los Andes de 1819, y se derroca el Gobierno de Angostura, se le declara desertor, y todo rueda por el suelo. El Héroe tiene que revolverse volando a imponer su autoridad, que los triunfos conseguidos, hacen respetar.

En estas luchas de rivalidad, Bolívar venció siempre y fué el primero, pero la satisfacción del vencedor y el orgullo del general dió paso al espíritu democrático, para rendir un tributo de camaradería a los vencidos, que, al fin y al cabo, eran sus colaboradores en la obra común de Patria e Independencia. Es posible que en este sentido fuera más lejos con los soldados, resorte de su autoridad, porque siempre lo amaron, por sobre las rebeldías de los Jefes. Pudo permitirles, en momentos propicios, relativa y patriarcal familiaridad con él, cosa de que no pudieron gozar los Jefes y los Oficiales, que demandaban, por su dignidad, un trato en carácter. Por eso advierte a Soublette que debe llamar a Freyre, "Señor oficial", como lo llamaba él mismo.

Esa relativa familiaridad, ese *amor paternal*, las brillantes proclamas, y un real diario, era toda la recompensa que recibían los individuos de tropa, por escribir en la extensión del continente hispanoamericano las páginas más heroicas de la historia del Mundo. Ob-

servando esa conducta entreverada de rigor y cariño, como hacen los buenos padres, fué como Bolívar consiguió esos prodigios, después de haber puesto al servicio de su ideal, la fuerza ciega y avasalladora de su combatividad incomparable.

Un historiador inglés, por cierto no muy justo con Bolívar en el conjunto de su obra, observa que ni *el mismo Napoleón alcanzó a extraer de sus soldados ni tanto esfuerzo ni tanta admiración.* En cuanto a *esfuerzos* allí están los años terribles de la *Guerra a Muerte;* los cinco pasos gigantescos de los Andes; las tropas españolas a quienes derrotaron, y la independencia del Perú. *Admiración*, mejor se diría amor por el Jefe. Los hechos que comprueban estos sentimientos son elocuentes:

"Celebrando los soldados colombianos en Samborondón, el 29 de noviembre de 1830, la proclamación del Libertador, un cabo primero del *Batallón Cauca*, nombrado José María Gutiérrez, arrebatado de entusiasmo, se picó las venas y dijo a sus camaradas, brindándoles la sangre: *¡Bebamos el licor con que debemos festejar al Patrón Viejo; por él nos quedaremos sin ella!* Los compañeros, mezclando su bebida con esta sangre, victoreaban a cada trago al Libertador" (41).

"Allí en La Plata (Bolivia), se vieron en aquellos días de grandes regocijos, aniversario de Ayacucho, a sesenta y cuatro soldados, vencedores en esa batalla inmortal, servidos por garridas niñas de manos patricias. Uno de esos soldados, de curtido rostro, levantó en medio del convite, su copa, y dijo con fiera voz:

(41) "Historia Secreta de Bolívar", Prefacio, p. XIII.

"El pabellón de Colombia flameará en todo el Universo si el Libertador lo manda" (42).

¿Era falta en el Libertador, permitir ciertas *libertades* a esos *individuos*, como esa de llamarlo *Patrón Viejo?* Indudablemente que nó. ¿Ordenanzas militares para conversar con sus soldados, de padre a hijo, con los humildes soldados de Colombia, que hasta para brindar daban su sangre por él? ¡Nunca! Bolívar, antes que General, era Libertador, y aun más propiamente el Redentor, el Apostol. Los redentores no caben en el molde estrecho de una ordenanza militar. Bolívar no fué el General de una Logia, ni de una *Junta*, ni de un Congreso, ni de una Nación; *nuestra Patria es la América*, dice a sus soldados, cuando desoyen el mandato de Urdaneta por abrazar al Libertador. Antes de la victoria de Junín les proclama asegurándoles que el Perú, la América, la Europa liberal y el Universo, esperan la victoria de sus armas invencibles. Los soldados de Bolívar eran hombres que luchaban por la libertad; eran tan *libertadores* como el Libertador; podían tratarlo de quien a quien; tenían derecho.

(42) Id. id., pp. 158-9.

Las Características Sociales de los Exclusivismos

CAPITULO I

El exclusivismo argentino y la detractación consciente. —El regionalismo sentimental y el exclusivismo criminal.—Conceptos del doctor Diego Carbonell.—La invasión de la obra y personalidad de Bolívar.—Conceptos de Blanco Fombona.—El defecto de la obra de Mitre.—La especulación y la egolatría.—Los paralelos.—Alberdi y la posteridad argentina.—Las ilusiones y los miramientos de Bunge.—La política criolla; de Rosas a Irigoyen.

I

El exclusivismo es un fenómeno social innegable. Como tal participa de la índole y modalidades de los pueblos que lo sustentan. Si no se ahonda en sus fuentes psicológicas es inútil presentarlo bajo su aspecto ex-

terior y visible; es inútil combatirlo, apoyado en documentación irrefragable; es inútil constatar los hechos y poner de relieve las personalidades. El exclusivismo tiene sus raíces muy hondas, y la más honrada comprobación no basta a conmoverlo. Los fariseos resolvieron crucificar al Redentor, y como no se trataba de delito, ni de culpa, ni de justicia, como era un crimen social que la posición y tendencias de una raza, de un pueblo o de una casta demandaba, Aquél que no había pecado, guardó silencio ante las acusaciones. ¿Qué iba a decir, si todo podía hablar en su favor, y nada podía evitar su sentencia?

Hay crímenes sociales que nada puede evitar. El crímen que comete el exclusivismo argentino contra la memoria sagrada del más grande de todos los americanos no lo remedia, no lo impide ninguna defensa. Es un crimen que se prolonga a través de todas las generaciones como un puñal que se clavara, hundiéndose persistentemente, en la inmortalidad de su figura histórica. Jesús no habló; pero hoy el mundo entero habla por él. Los judíos dicen, con razón o sin ella, nuestro pueblo no lo crucificó; fué una camarilla, fué un tribunal, un consejo, en el cual ni una voz judía se dejó oír. Hasta uno de los discípulos negó al Maestro, pero hoy, ¿quién lo niega?... No pasa lo mismo con el Libertador; contemplando el reconocimiento universal, una infinita angustia se enrosca en el alma, al oír el choque del guijarro exclusivista, que fulmina chispas de odio sobre su corona de mártir.

Desde Jesús hasta Alberdi, desde Alberdi hasta Martí, todos los redentores esperan justicia de la pos-

teridad. *La Historia es el porvenir de los héroes; yo seré vengado sin ejercer venganza.* Ellos trabajan para la eternidad. Por eso Sócrates bebe serenamente la cicuta; por eso cae el Apóstol de Cuba, crucificado por las balas enemigas, al considerar que su deber está cumplido. "Nó, Presidente de la República nó", dice Martí, *yo no busco honores; yo no trabajo para conseguir lo temporal; mis ambiciones se confunden con la eternidad; ellas abarcan la redención de las generaciones futuras; mi persona les es extraña.* Las generaciones futuras redimidas son las únicas que pueden premiar dignamente al Apóstol, porque sus dolores y trabajos, a ellas aprovecha. Bolívar pone su obra y su persona, bajo los auspicios del pueblo colombiano, poco o nada le importa lo que sus amigos o enemigos digan; recogiéndose en la serenidad de su conciencia, la tristeza y el dolor se evaporan al pensar en la justicia de la posteridad: "no nos hallamos ya en los tiempos en que la historia de las naciones era escrita por historiógrafos privilegiados, a los cuales se les daba entera fé sin examen... *Son los pueblos los que deben escribir sus anales y juzgar a sus grandes hombres. Venga, pues, sobre mí el juicio del pueblo colombiano; es el que yo quiero, el que apreciaré, el que hará mi gloria*" (1).

Es cierto, muy cierto, lo que dice el señor Silva: "Bolívar no pensó en la infamia póstuma; no pensó en la sistemática deformación que pseudo-historiadores de Buenos Aires iban a hacer de un hombre tan gran-

(1) "Diario de Bucaramanga".

de por sí y tan útil a la humanidad" (2). No pensó jamás que contra su *inmortalidad* se cometería un crímen colectivo; él solo pensó—nos lo dice el señor Silva—"como se debe pensar cuando se sirve un ideal, que si la generación de la época no estima los esfuerzos como estos merecen, la actitud de ella nada decide, ni añade estímulos a quien por su propia voluntad está en el lugar que le corresponde" (3). El, Bolívar, sabía que su crucifixión material era la obra del odio, del cuervo que saca los ojos, y tan lo sabía, que murió perdonando:

"He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono. Es el sepulcro lo que me han proporcionado. Yo los perdono. Si mi muerte contribuye a su felicidad, tranquilamente bajaré a la tumba".

Si Bolívar hubiera merecido aquella cruz, no perdona. En la colina del Calvario solo uno de los crucificados imploró la misericordia de Dios para sus enemigos: ese fué el Redentor. Bolívar perdonó la infamia contemporánea que era personal, enemistad, odio, envidia, que irradiaba su persona, porque era un dique a las aspiraciones criminales de los réprobos. La *infamia póstuma* ni siquiera alcanzó a presentirla, ¿por qué?, ¿a quién estorba la gloria de un muerto? Obando hablaba de *las miasmas que exhala la tumba de Santa Marta;* no importa; Obando es el asesino de Sucre. San Martín habló de la *grosería* de Bolívar; ¿una ni-

(2) J. Francisco V. Silva: texto y obra citados.
(3) Id. id.

miedad? No, una injusticia, que importa demostrar porque San Martín fué un hombre grande. ¿A quién le toca demostrarla? A los que aman la verdad, y se creen obligados por el sentimiento de la gratitud a no dejar que se empañe la memoria de los redentores. ¿A quién se les demuestra? ¿A los que ofenden? Nó, esos tienen la conciencia de sus actos, y pasan por sobre la verdad para consumar su injusticia. La parte personal no cede ante las demandas de la rectitud; la colectividad injuria para complacer las exigencias del amor propio; la vanidad nacional pide héroes supremos que oscurezcan la gloria de los que no son propios.

Estudiad la Historia Argentina; estudiadla por los cuatro costados; estudiadla a conciencia, y relacionad con esa Historia la figura del General San Martín. ¿Qué actuación tuvo? Llegó al país cuando la revolución estaba hecha, lo nombraron General en Jefe, dió el combate de San Lorenzo, y se retiró a Mendoza a preparar ejército y planes para la invasión de Chile, la del Perú, y la de las provincias argentinas del Norte, que estaban en manos del enemigo. Buscó ese camino de Chile, del mar y del Perú, porque comprendió que de seguir la antigua ruta de Belgrano, Balcarce, y Rondeau, provenían los fracasos del ejército argentino. "Esta guerra no tenía solución, porque el jinete argentino era hombre perdido en las montañas bolivianas y el indio de la altiplanicie no podía resistir en el plan el ataque de las caballerías argentinas; así es que prácticamente, ni aquellos podían subir ni estos bajar, y por consiguiente, era imposible que los unos lle-

garan a Lima y los otros a Buenos Aires" (4). Así, pues, San Martín, sin enemigo que lo amenazara, con toda traquilidad preparó sus tropas a conseguir el objetivo propuesto: libertar a su patria, echando primero a los españoles de Chile y el Perú.

¿Consiguió su objeto el General argentino? No lo consiguió, porque al actuar en el Perú cometió dos errores capitales, uno político y otro militar, como nos lo dice el señor Bulnes:

ERROR POLITICO: "San Martín consideraba su ejército como la chispa que inflamaría el material que suponía acumulado; como el contrafuerte en que vendrían a asimilarse los que trabajaran en el Perú con las armas en la mano en favor de la independencia. Creyó que su papel era pasivo (5); que con estar a la expectativa, provocando la inevitable revolución del país, apoyándola, dirigiéndola, conseguiría que la independencia del Perú se hiciese por sus hijos única manera de que fuese definitiva e irrevocable.

"Se engañó. La revolución no tenía en el Perú suficientes elementos aglomerados. Había algo que no conocía ni calculaba el virtuoso General del Sur: la diferencia de las razas, que crea abismos sociales, y la topografía del suelo que los mantiene. Conociéndolo, habría comprendido que el único medio de triunfar era imponiendo la independencia con la ley de las armas en los acantonamientos almenados, en que el ejército

(4) Bulnes, t. 2°, p. 45.

(5) Por eso se entregaba a aquellas *largas siestas de la Magdalena*, que dice el señor de la Cruz.

español tenía todos los medios para prolongar indefinidamente la guerra.

"Porque no lo comprendió, hubo de retirarse del Perú, dejando su obra inconclusa... (6).

ERROR MILITAR: "San Martín no comprendió la especialidad del territorio peruano, que se dividía en dos países, paralelos, independientes entre sí. El de la costa vive del mar, y está poblado por habitantes en que predomina la raza española. El otro es la sierra, que también se completa porque tiene una raza de hombres especiales en el sentido etnográfico, sin vínculo alguno con la de la costa, más bien con sentimientos repulsivos por la raza mestiza; que no necesita de ella para nada, porque todo lo que consume se lo produce él mismo. La sierra tiene una civilización *sui generis*, la incásica, y en la época de la Independencia esa civilización rudimentaria satisfacía sus necesidades tan completamente como en tiempo de sus soberanos. Si San Martín comprende ésto no permite que el Virrey La Serna se retire a su vista de Lima para el interior; mucho menos que Canterac vaya y vuelva al Callao, pasando por delante de su ejército formado en batalla; y si hace cualquiera de estas cosas, se ahorra la derrota de Ica, su salida del Perú, arrojado por la reacción amenazante del ejército español, y el Perú las campañas desgraciadas que hemos descrito" (7).

Lo que vale decir que el General argentino no pudo invadir y libertar las cuatro provincias argentinas que los enemigos tenían en sus manos. Su actuación

(6) Bulnes, t. 1°, pp. 356-7.
(7) Bulnes, t. 2°, p. 45.

fué, pues, en su país, tan humilde, que solo cuenta un combate, y nada más. Es todo lo que le debe la Argentina. "San Martín fué un *raro General argentino, que empezó* por defender a los españoles y acabó por defender a los *chilenos* y a los *peruanos*. Fué un peleador cosmopolita, que sirvió a todo el mundo, sin excepción de su propio país, quien le debió también la victoria de *San Lorenzo*, encuentro de caballería de unos seiscientos hombres" (8).

Estudiad ahora la Historia de América; estudiadla por los cuatro costados; estudiadla a conciencia, y relacionad con esa Historia la figura del General San Martín. ¿Qué actuación tuvo? El mismo señor Bulnes nos lo dice:

"San Martín figuró cuando la revolución había hecho la primera crisis, es decir, cuando el sentimiento de la libertad estaba difundido y arraigado. Fueron sus cooperadores lo mismo el gaucho en la Argentina que el campesino en Chile, el gaucho había cerrado la entrada de su país al ejército de La Serna, y los pobladores de Chile habían sido introducidos en la causa de la Independencia, primero, por las adalides de la Patria Vieja, y después, por las tiranías de la reacción vencedora. Es así que cuando San Martín alistaba en Mendoza el ejército conque libertó a Chile, las montoneras recorrían nuestras principales provincias y ponían en graves embarazos al Capitán General español" (9).

(8) Alberdi, "Grandes y Pequeños Hombres del Plata", p. 230.
(9) Bulnes, id., p. 83.

¿Se nos permite un resumen? Sí, pues ahí va: que la actuación de San Martín en Chile no tuvo dificultades ningunas; que por un lado el gaucho le detenía a los españoles del Norte, y por el otro, los campesinos de Chile se la ponían negras al pobre Marcó del Pont, a quien San Martín dió el golpe de gracia. Eso es todo.

Si San Martín hubiera encontrado dificultades como aquellas que se opusieron a Bolívar, ¿se habría burlado de la *blanca mano* del Mariscal Marcó? ¿Habría vencido matemáticamente en *Chacabuco?* El señor Bulnes nos responde:

"*No habría sucedido lo mismo si Chacabuco se hubiese librado en plena influencia realista*, y si Chile hubiera sido un país con otra configuración geográfica que la que tiene, porque entonces en los valles apartados de sus centros se habrían formado como en la Angostura y Mendoza, nuevos ejércitos españoles y la guerra habría continuado" (10).

En el Perú se engañó como ya nos lo dijo el señor Bulnes, lo derrotaron, como nos lo repite el mismo historiador, y tuvo que retirarse. De sus buenos resultados americanos dependía que la independencia de su país fuera consumada, pero como no hubo tales resultados buenos, "fueron Bolívar y Sucre, los que, en 1825, echaron a los españoles de las provincias argentinas" (11).

Pero con todo eso que proclaman la historia de los *hechos de San Martín en su país y en Chile y en el Perú, hechos truncos, objetivos no conseguidos*, los

(10) Id. id. id.
(11) Alberdi: "Grandes y...", p. 221.

argentinos insisten en proclamarle una grandeza suprema que no tiene. Es la obra de la vanidad nacional, las exigencias del amor propio, la *furiosa exaltación de vanidades efímeras*, como decía el inolvidable Bunge (12).

II

El regionalismo no debe confundirse con el exclusivismo.

El *regionalismo* es un sentimiento romántico que expresa amor hacia la Patria, grande o chica. El amor es egoísta, y por eso el regionalismo aparenta una especie de *egoísmo provincial*, que lo quiere todo para su región. El zuliano, en Venezuela, es regionalista por sobre todo, y ama a su Maracaibo con delirio.

El *exclusivismo* (el *exclusivismo argentino*, porque el venezolano es una manifestación de delirante amor hacia el Libertador), el exclusivismo es un sentimiento de soberbia, que no se detiene en medios para dar expansión a la vanidad nacional, que quiere vestirse de gloria que eclipse.

Naturalmente que yo me refiero al exclusivismo de que se viene tratando en el curso de estas páginas. A *la ciega y obtinada adhesión*, que los argentinos manifiestan por la grandeza suprema de San Martín; por las actitudes que atribuyen a sus hombres ilustres; por la importancia que le dan a su país en los sucesos transcendentales de la América Nuestra; por el hondo desprecio que aparentan hacia sus hermanas de raza, que

(12) "Nuestra América", edición de "La Cultura Argentina", Buenos Aires, p. 191.

no han alcanzado aun el mismo grado de adelanto material a que ellos, los argentinos, han llegado.

El historiador argentino D. Bartolomé Mitre llama *revolución argentina americanizada* a la de la independencia americana, dejándose arrastrar por la soberbia del exclusivismo. Un escritor venezolano, el Dr. Diego Carbonell, dice: "Escasa importancia debemos dar a eso de la revolución argentina americanizada! Todo el mundo sabe, y Mitre mejor que "Todo el mundo", que la psicología efectiva de la independencia suramericana tuvo su génesis y su iniciación en Caracas" (13). Yo creo, al contrario, que nadie debe darle escasa importancia a lo que le duele. No es a Mitre ni a los argentinos a quien se corrije porque la adververtencia está demás al que a conciencia peca. Es, precisamente, a *todo el mundo*, a ese "Todoelmundo" que no sabe nada de nuestras cosas, y que, por lo tanto, no juzga a nuestros héroes como merecen, a quien se le advierte con la frase justa de Rufino Blanco Fombona: "Mitre es un historiador sin escrúpulos...", es un exclusivista argentino que no se detiene en medios, para dar a su país y a sus héroes, lo que no les corresponde en la participación de la gloria continental (14).

(13) "Reflexiones Históricas y Conceptos de Crítica", Tipographia do Annuario do Brasil, Río de Janeiro, p. 214.

(14) La figura del Dr. Carbonell aparece todavía ingratamente desprestigiada por las desfavorables apreciaciones con que fueron acogidos sus trabajos sobre la epilepsia o mal comicial del Libertador. Todo lo que se dijo contra ellos fué celebrado por el patriotismo, inconsciente de la honda y reflexiva labor de este médico ilustre, que se hizo antipática, tanto como su nombre, a nuestro sentimental exclusivismo.

Defendiéndose, el Dr. Carbonell demostró poseer una más amplia preparación científica que todos sus atacantes, y lo demostró mejor aún, al mantenerse, circunspecto, en su terreno, mientras los otros, al fin y al ca-

Es, precisamente, el Dr. Carbonell, en un juicio histórico sobre *la obra de Don Carlos Pereyra*, quien pone de relieve, aunque no sea ese el objeto de su crítica, los *regionalismos* históricos de los distintos pueblos hispanoamericanos. Dice el Dr. Carbonell:

"...en Chile, Bernardo O'Higgins forma un centro luminoso, y la memoria de nuestro Andrés Bello es tenida como joya del terruño; en el Ecuador, los *Siete tratados* amplían el tórax y hacen erguir la cabeza a los compatriotas de Juan Montalvo; en Cuba florecen en jardines de amor los laureles de Maceo y de Martí; en las tierras del Plata, quizá por detener la invasión que la obra boliviana está perpetrando en la conciencia popular de América, están haciendo del célebre Capitán don José de San Martín un prócer excepcional y único, especie de Aníbal sobre los Andes escarpados y ateridos. La diminuta y hermosa tierra uruguaya acaba, en fin, de dar señales de ese culto idolátrico: uno de sus hombres más eminentes, el poeta y orador y sabio, don Juan Zorrilla de San Martín, acaba de ofrendar al héroe Artigas el monumento de una obra histórica cuyas bellezas son la voz unánime de toda la república oriental" (15).

bo, *mezclaban ciencia y sentimiento*, contando de antemano con la favorable irritabilidad del exclusivismo. Fué éste, inconscientemente, injusto con un venezolano que, científicamente, por ser hombre de ciencia, ha querido contribuir, con su talento y con sus conocimientos, al estudio de la personalidad histero-epiléptica de Simón Bolívar.

(15) De la crítica del Dr. Carbonell se deduce que D. Carlos Pereyra enaltece a Mitre y rebaja al Libertador. Nadie mejor que el mexicano ha puesto de relieve los *pecados* de Mitre al referirse al Libertador y a Alberdi como puede patentizarse en la obra de Pereyra: "El Pensamiento Político de Alberdi", y en "Bolívar y Washington". En cuanto a Bolívar, el *sociólogo de la Universidad de México*, le hace justicia, como se palpa

Es decir, en todos esos países predomina el romántico regionalismo, que es simpático, porque lo irradia el amor a la tierra nativa. *El amor es la fuente de las más bellas páginas que conocemos en las escuelas del romanticismo*, y, es por eso, que en sus jardines *florecen los laureles* de Martí. Nada más justo que los ecuatorianos *amplíen el tórax* y levanten con orgullo la cabeza ante la obra de Don Juan del Ecuador, y que el *culto idolátrico* por Artigas se palpe en la *diminuta y hermosa tierra uruguaya*. ¿Quién le quita sus fueros al amor? Es encantador ese *regionalismo histórico* que predomina en todos esos países; me equivoco, en todos nó, porque en la Argentina lo que predomina es el exclusivismo, que nada tiene de simpático ni de romántico.

Cada país de América le rinde culto a su héroe nacional individualmente, por lo que es y significa en el hondo sentimentalismo de sus compatriotas; lo glorifica con todo el afecto espontáneo del regionalismo. "Los uruguayos—como dice Zorrilla de San Martín—se quedan con su pobre Artigas y no envidian a nadie en este mundo", lo que equivale a expresar que no ultrajan a héroes ajenos, ni restan glorias ajenas, para exaltar la figura de Artigas, quien más grande o menos grande que otros, tendrá siempre el amor devoto, *el culto idolátrico* de los orientales que, a pesar de ésto reconocen, por boca de su más alta figura intelectual

por las citas que se hacen de algunos de sus libros en estas páginas. Su reconstrucción es hermosa y sentimental, y para comprobarlo sólo basta contemplar al *anciano que vive de sus recuerdos gloriosos*. Véase "Juicios Históricos", libro del Dr. Carbonell, editado también en la misma tipografía brasilera del anterior; pp. 158-176.

lo dicen, que al tratarse de la América Nuestra, desde el Anahuac hasta el Plata, "nada hay más grande que Bolívar".

Cada país de América, al evocar al Héroe nacional, reconoce la supremacía del Héroe de los Héroes, es decir, del Héroe de América. Bien está O'Higgins formando en Chile un centro luminoso que nadie puede disputarle, pero allí la personificación continental de Bolívar no se desconoce: "personifica el genio y la pujanza de nuestra raza, de la raza iberoamericana", dice el señor de la Cruz. Y en Cuba, donde el mismo Apóstol Martí iniciara la apoteosis, involucra el nombre de Bolívar los anhelos y esperanzas de ese pueblo, a cuya libertad, una fuerza poderosa le impidió contribuir. El señor Roig de Leuchsenring lo ha proclamado así en una serie de artículos sobre las conferencias panamericanas, "que no corresponden con los ideales del Libertador" (16). Y en la noble tierra de D. Juan Montalvo ¿hay algo que se considere más grande que Bolívar? Allí el amor por el Héroe de América no se ha desmentido jamás; el dolor de Bolívar no le debe una sola lágrima, sus congojas una sola amargura. Ningún pueblo de América le ha sido al Libertador tan leal en la vida y en la muerte; no en vano semeja, en el conglomerado orgánico del Nuevo

(16) Fueron estos artículos publicados en la revista cubana "Carteles", en sus números correspondientes a los primeros meses del año de 1928, con ocasión de reunirse en la Habana la Sexta Conferencia Panamericana, que a mí me inspiró unas "Consideraciones Vernáculas", publicadas, para la misma fecha, en *Occidente*, de Maracaibo, donde expongo las mismas ideas del señor de Leuchsenring.

Mundo, un palpitante corazón de fuego, eternamente conmovido por el fiero rugir de sus volcanes.

En la Argentina la dualidad sentimental no es posible; el exclusivismo asume caracteres agresivos. No es culto por un héroe determinado lo que allí los conmueve; no se trata del corazón; regionalismo, romanticismo, sentimentalismo. Es el cálculo que se pone al servicio de la vanidad, de la arrogancia, de la egolatría, porque en la gloria de la Patria y de sus héroes, que es de todos, algo le toca a cada arrogancia o vanidad particular: egolatría. Al fin y al cabo, San Martín no es sino un medio de que se vale el exclusivismo *para detener la invasión que la obra boliviana está perpetrando en la conciencia popular de América.*

La invasión de la obra y personalidad de Bolívar en la conciencia de los pueblos, es el resorte, la fuerza impulsora del exclusivismo argentino, porque esa invasión echa por tierra las pretensiones de histórica supremacía, tan ardientemente proclamadas por los prohombres del país. Todas las energías del exclusivismo se aplican a detener la invasión que es cada vez más avasalladora y pujante, y aunque echa pié atrás en el terreno, el exclusivismo nunca dejará de ser, porque la misma invasión lo impulsa y lo sostiene por obra y gracia de la egolatría.

El medio, San Martín, por carecer de otro, es el dique que en todos los tiempos se le ha opuesto a la invasión, aunque parezca que fuera el despecho y la idea de una venganza poco caballerosa, lo que moviera a los oficiales de San Martín a escribir y propagar en cartas, artículos y libros, aquellos relatos tan depri-

mentes para la personalidad del Libertador. Y digo deprimentes, porque, como hemos visto, se les ha dado autenticidad y veracidad por algunos historiadores del Sur, que no son argentinos. El mismo Zorrilla de San Martín, que sabe más que nadie, cuánto ultraje le irroga a Artigas el exclusivismo argentino, se inspira en él algunas veces, para juzgar al Libertador, lo que no pasa aquí en Venezuela, cuando juzgamos la simpática personalidad del caudillo uruguayo. Para Zorrilla de San Martín, repetidor, en este momento, de las injurias exclusivistas, "Bolívar amaba con los sentidos, es decir, no amaba. El incienso de la adulación y de la lisonja cortesana, que lo envolvieron como a nadie; la garra de los deleites voluptuosos; los hombres y las mujeres tenían poder sobre él, y hacían intermitente la luz de aquel genio, que pasaba de las grandes claridades a las tinieblas sin orillas" (17).

En San Martín muchas fueron las causas que exaltaron su exclusivismo. Sus confidentes y admiradores lo provocaron, unos con sus calumnias, como Miller, poniendo en boca del Libertador palabras hirientes para el General San Martín; otros, con la preocupación del juicio de la posteridad, como Guido que le hacía ver *los trabajos de la Historia para cohonestar su salto*. Por eso, en el exclusivismo de San Martín se notan dos tendencias, que son las que hoy imperan y han imperado siempre después de él. Por una parte, la *exaltación de su abnegación* que lo salva de su fracaso en el Perú; que oculta sus incertidumbres y sus desaciertos,

(17) "La Epopeya de Artigas", citada por el Dr. Carbonell en "Juicios Históricos", p. 196.

sus derrotas y su falta de carácter, lo que Mitre llama el *destemplamiento;* la abnegación, que da matices de gloria a una retirada que su falta de capacidad política y militar le imponía para no ser echado del puesto. Era la misma retirada que con tanta ansiedad buscó O'Higgins en Chile, sin que sus compatriotas se la concedieran (18). No se preocupó San Martín de que su abnegación fuera, en manos de sus admiradores, el *Inri* de Bolívar, una sombra en el esplendor de su gloria, porque San Martín *en la política no tenía conciencia ni moralidad, ni retrocedía ante la perfidia*, y, porque, además, las provocaciones de Miller y otros iguales a él, le inspiraron la otra tendencia *odio hacia Bolívar*, injurias y menguadas interpretaciones, ofensas a su persona, que se compaginaban admirablemente, con las consecuencias de la *abnegación exaltada*.

Esta *abnegación* no se palpa en el exclusivismo de los Oficiales del Protector. La Patria, la Historia y

(18) "O'Higgins, luego que se convenció de que su permanencia en el mando era imposible, buscó cómo calmar la agitación del pueblo y cómo conseguir que le diera tiempo para descender con dignidad del alto puésto que ocupaba. Estaba resuelto a abdicar el Poder; veía demasiado bien que no le sería lícito retenerlo más; pero deseaba retirarse honrosamente, con las apariencias de quien abandona un empleo por su propia voluntad y no obligado por la fuerza.

"Quería hacer pasar su vuelta a la vida privada como un acto de desprendimiento y abnegación, y no como un acto que le hubiera sido impuesto por la insurrección del pueblo y del ejército". ("Dictadura de O'Higgins", p. 370).

San Martín fué más *zorro* que O'Higgins. No esperó la imposición de una revolución, como la que derrocó su gobierno, cuando fué a entrevistarse con Bolívar, sino que al saber la caída de Monteagudo le dijo a Bolívar: "Si ésto es cierto me iré del Perú", y se fué. Ha podido sostenerse, como dicen sus admiradores, y es verdad, pero ¿cuánto tiempo? Bolívar, según escribió a Sucre, creía que mucho, bajo el supuesto de que se podía hacer respetar por su prestigio y carácter, pero San Martín se conocía a sí mismo mejor que Bolívar, quien acaso no pensó en el *destemplamiento*.

la Abnegación era para ellos cosa secundaria, sobre todo la última, que en ningún caso podían compartir. La Patria apenas sirve para realzar las aclaraciones de Juan Lavalle, que no impidieron la marcha del pabellón colombiano hasta el suelo argentino, o para hacerle honor a Manuel Rojas, del grupo de alicaídos que *imponían silencio* al Libertador. Lavalle y Rojas, dignos compatriotas de aquellos señores que imploraban el gobierno de Carlos IV y María Luisa, se bastaban solos para tener a raya al vencedor de Morillo. ¡Leones de Rivadavia, salud! Pobres diablos, su exclusivismo no podía pasar de una autolatría consoladora, tan vana y despreciable como las murmuraciones del despecho. *La invasión de la obra y personalidad de Bolívar no les preocupa en absoluto*, porque para esos hombres, ante la irritabilidad del amor propio, la palabra *conciencia* nada significa.

¿Pensó acaso San Martín en la subyugante influencia de la obra boliviana? ¿Miró con envidia la invasión espiritual en la conciencia de la América?

No puede negarse que la abnegación de San Martín, tal como él la propagó, es deprimente para el Libertador. San Martín dió a entender que se iba de la América para que la causa emancipadora triunfara, porque quedándose le era imposible evitar un conflicto con Bolívar, a cuya ambición sacrificó su gloria. Era la disculpa únicamente. No pensó entonces en la conciencia de América, subyugada por la obra del Libertador, porque para él, tanto la una como el otro, estaban desconceptuados en el alma popular, e irremisiblemente condenados al fracaso. A Miller le dice: "*El*

hombre marcha a largos pasos al precipicio" (19). A Guido le escribe: "No me ha tomado de sorpresa la conducta que el General Bolívar ha observado en el Perú. Tenga presente el juicio que le dije había formado de él a mi regreso a Guayaquil. *Desgraciadamente para la América no he tenido que rectificarlo*" (20).

Así pensaba San Martín, mientras los sacrificadores de Bolívar se repartían su túnica, después de acercar a su boca el hisopo impregnado de hiel. Pero cuando Bolívar se *restituía a la Patria con todas sus glorias, con todos sus grandes hechos, con la memoria de sus inmortales servicios*, cuando las naciones del Viejo Mundo enviaban su bandera en el mástil de sus naves, para escoltar los restos del Genio de América, entonces sí se dió cuenta de todos sus errores, de que Bolívar no había fracasado, de que nada en él constituía desgracia para la América, de que la Historia, la verdadera Historia, que se ríe de todos los exclusivismos, *se vería en trabajos para disculpar su retirada...*

Entonces San Martín le dice a Lafond: "En realidad, puede decirse, que por sus hechos militares es el hombre más eminente que ha producido la América del Sur". Entonces San Martín publica su famosa carta, que, según Mitre, *es su testamento político que íntegra debe registrar la Historia.* Pero como el testador no quiso dar nunca a la publicidad la contestación del *fa-*

(19) Correspondencia de San Martín, p. 94.
(20) Citada varias veces, tomada de la obra de Mitre.

vorecido con su herencia no sabemos si ésta fué aceptada *pura y simplemente o a beneficio de inventario.*

Después de condenar al *Hombre al precipicio*, en 1827; en 1844, San Martín, que consideraba antes *su obra como una desgracia para la América*, aparece dejándosela por testamento a Bolívar. En 1827 *renegaba* de esa obra, pero en 1844, *la aplaude*, no sin dar a entender que es un regalo suyo, porque ya para 1844, la resurrección de Bolívar es un hecho consumado, y su nombre comienza a imponerse en la *conciencia popular* de América. San Martín se inclina ante Bolívar, quiere ser su subalterno y le pide que *crea sinceramente su deseo de que sea él quien tenga la gloria de terminar la guerra de la Independencia*, después de haberlo condenado al *precipicio*, todo en 1844, pero tiene el buen cuidado de herirlo con el puñal de su abnegación.

Ya la abnegación no es una mera disculpa: su principal objeto constituye, desde entonces, *detener la invasión que en la conciencia de América está perpetrando la obra de Bolívar.*

III

"Las ideas respecto a Bolívar en la República Argentina han estado, desde comienzos del siglo XIX hasta estos comienzos del siglo XX, en constante evolución. Aun no ha cristalizado allí un criterio histórico determinado. Al lado de los detractores no falta quien salga a la palestra en pro de la Justicia. Y últimamente hasta se ha escrito "Simón Bolívar, héroe

argentino". Cuando la opinión definitiva cristalice, como cristalizará un día, será curioso escribir la historia de esa evolución ideológica; pero desde ahora debe avanzarse que los hombres de mayor figuración en tiempos de la Independencia, desde Alvear hasta Dorrego y desde el Deán Funes hasta el doctor Díaz Vélez, fueron admiradores de Bolívar; y que algo semejante ha ocurrido en los postreros: desde Alberdi hasta Ugarte, los espíritus más libres y los cerebros más claros no han coloreado el denuesto de los enceguecidos sino rinden al Libertador la justicia que nace de la comprensión y se traduce en respeto y alabanza" (21).

Innegable es que en la Argentina hay muchos ciegos que al ver claro demandarán justicia; que el Libertador tiene sus admiradores públicos, como Silva; pero lo que es *criterio histórico* no es posible que cristalice porque el *exclusivismo* no juzga a Bolívar por método histórico determinado, que lo rebaja e injuria conscientemente, importándole poco la Historia, para satisfacer la vanidad nacional. El Dr. Carbonell ha comprendido esta tendencia ante la cual no hay *cristalizaciones* posibles ni esperanza de justicia, por lo menos mientras no pasen las *cien generaciones* y los *veinte siglos* que presiente el gran uruguayo.

Cierto es que, según el carácter y ambiciones personales, la *tendencia* se explota con fines individuales, o es la mera resultante de la vanidad nacional. El exclusivismo sí es explotable, y en esto asemeja al regionalismo y al patriotismo.

---

(21) Rufino Blanco Fombona: "La Entrevista de Guayaquil", Prol.

Según Alberdi este es el caso de Mitre: "Tal es el defecto de su historia, escrita, según la vanidad del país y para lisonjearle, con el fin de ganar sus simpatías y sufragios, en interés personal del autor, en daño de los intereses reales del país" (22).

Pero puede suceder también que el gran negociante quisiera halagar su propia vanidad de hombre de letras, que aspira a la gloria y al empleo conjuntamente. "Manifiéstase la arrogancia, la egolatría o autolatría criolla, que esencialmente es una furiosa exaltación de efímeras vanidades, en todos los órdenes de la vida social" (23). "En el fondo esa autolatría suele ser un desmedido *deseo de sobrevivirse* a toda costa, de *inmortalizarse* en lo que se pueda" (24). Representa el principio generador del nunca bien ponderado exhibicionismo crónico" (25).

Estas definiciones del profesor argentino Bunge, pueden muy bien aplicarse a su *egregio* compatriota D. Bartolomé Mitre, en cuyas actuaciones se palpa siempre el exhibicionismo. Es el gran fanfarrón que *ocupa por derecho propio las cuatro quintas partes del Panteón Argentino, como general, como presidente, como poeta, como historiador* (26). Quiere que se le reconozca como el mejor traductor de Dante, y hace alardes de sus variados conocimientos, por citas y comparaciones notables.

(22) "Grandes y Pequeños Hombres del Plata", p. 17.
(23) C. O. Bunge: "Nuestra América", p. 191.
(24) Id. id., p. 192.
(25) Id. id., p. 192.
(26) "El Pensamiento Político de Alberdi", p. 9.

Al referirse al encuentro de Bolívar y San Martín aparecen los cometas:

"El encuentro de los grandes hombres que ejercen influencia decisiva en los destinos humanos es tan raro como el punto de intercesión de los cometas en las órbitas excéntricas que recorren. La masa de un cometa penetró una vez la de otro, y al dividirlo, lo convirtió en una lluvia de estrellas que sigue girando en su círculo de atracción, mientras el primero continuó su marcha parabólica en los espacios. Tal sucedió con Bolívar y San Martín" (27).

Después la geometría acoplada a la historia:

"Los paralelos de los hombres ilustres a lo Plutarco, en que se buscan los contrastes externos y las similitudes aparentes para producir una antítesis literaria sin penetrar la esencia de las cosas mismas, son juguetes históricos que entretienen la curiosidad, pero que nada enseñan. Se ha abusado por demás de este artificio respecto de Bolívar y San Martín, hasta hacerse una vulgaridad. Su paralelismo está en su obra, y su respectiva grandeza no puede medirse por el compás del geómetra ni por las etapas del caballo de Alejandro al través del Continente que recorrieron en direcciones opuestas y convergentes" (28).

A renglón seguido viene la geografía:

"Se ha dicho con más retórica que propiedad, que para determinar la grandeza relativa de los dos héroes americanos sería necesario medir antes el Amazonas y los Andes. El Amazonas y los Andes están

(27) Véase en el tomo 3º la parte referente a la Entrevista.
(28) Véase en el tomo 3º la parte referente a la Entrevista.

medidos, y las estaturas históricas de San Martín y Bolívar también, así en la vida como acostados en la tumba" (29).

¿Para qué traer a colación en la Entrevista de Guayaquil el choque de los cometas por el hecho de que sea tan raro como el encuentro de los *grandes hombres que ejercen influencia decisiva en los destinos humanos*, y a renglón seguido cerrar la comparación con relatos más bien propios para una catédra de cosmografía? Sencillamente, por exhibicionismo. Mitre sabe muy bien que la *rareza* del encuentro de los grandes hombres es una disculpa para demostrar conocimientos astronómicos. Innegable es que Napoleón, Alejandro de Rusia, Francisco de Austria, Fernando VII, Guillermo de Prusia, fueron *hombres grandes* que ejercieron influencia decisiva en los destinos humanos, y en el espacio de diez años, el primero se encontró con cada uno de ellos, varias veces (30). Napoleón se encontró en ese mismo tiempo, y no una sola vez, con Pío VII, el hombre que entonces ejercía más influencia en los destinos humanos.

Por lo que se refiere a Nuestra América, si nos acogemos a la opinión de Mitre: "San Martín y Bolívar son los dos únicos grandes hombres sur-americanos... Son los dos únicos hijos del Nuevo Mundo que, después de Washington, hayan entrado a figurar en

(29) Véase en el tomo 3º la parte referente a la Entrevista.

(30) Llamo *grande hombre* aquí no solamente al ilustre, sino a todo aquel que descuella sobre los demás, a menos que sus actitudes lo condenen irremisiblemente al oprobio, como Nerón. Por eso cito a Fernando VII, que no merece el destino dantesco del romano, descollando como Rey de la gran nación española.

el catálogo de los héroes universales", tenemos que convenir en que su encuentro es tan *único* (no *raro* como dice el astrónomo Mitre), como el punto de intercesión... Pero si vamos a referirnos a los *grandes hombres que ejercen influencia decisiva en los destinos humanos*, hayan o no entrado, por deficiente justicia histórica, o por otro motivo, en el *catálogo de los héroes universales*, tenemos que ya la unidad se desvanece. Bolívar se encontró frente a frente con Morillo. San Martín se encontró frente a frente con Laserna; frente a frente con Carrera; frente a frente con Belgrano.

¿Por qué van a ser *artificio* los paralelos de hombres ilustres? Admito que la grandeza de los héroes está en su obra,—el hombre se mide por sus acciones—dice la sabiduría de Pero Grullo. Admito que la grandeza de Bolívar y San Martín no se mida por las etapas del caballo de Alejandro, ni por las marchas de Gengis Kan, ni por las hazañas de Napoleón, porque una infranqueable cadena de circunstancias, una heterogénea diversidad de ambientes, de móviles, de medios, de tiempos, de raza, excluye las comparaciones. Pero algo de común, sino en la obra, hay en los autores; voluntad, carácter, ambiciones, valor. Esas cualidades individuales sí pueden medirse para determinar *similitudes* reales, porque haciendo abstracción de las influencias sociales, la voluntad, el carácter, la ambición y el valor son los motores que impulsan a los héroes, llámanse Bolívar o Alejandro, San Martín o Gengis Kan. Esas influencias individuales se combinan al medio y las suyas, para determinar la obra, que puede admitir o no comparaciones. Guillermo Tell y José

Antonio Páez fueron dos patriotas, sin embargo, su obra no admite comparación.

Bolívar y San Martín no están en el mismo caso. Ambos patriotas, ambos hispanoamericanos, ambos sirviendo una causa común, actuando en la misma época, manejando los mismos hombres, libertando los mismos esclavos ¿qué es lo que impide el paralelo? El carácter, la voluntad, las ambiciones y el genio distinguen a uno y otro, diferenciándolos en la parte personal, determinando su grandeza histórica, pero el paralelismo de las líneas no se pierde, por más que las prolongaciones tengan longitudes diferentes, siendo una infinitamente mayor que la otra.

El paralelo entre Bolívar y San Martín se impone irremisiblemente, para determinar cuál de los dos impuso a la revolución sus actividades, sus ideas y su carácter, en mayor o menor escala, y ésto por lo que se refiere a las influencias sociales. La actitud personal pondrá de relieve el temple de los dos individuos, al considerar los obstáculos, naturaleza, ejércitos y circunstancias, a que cada uno se enfrentó, venciéndolas, en la lucha común. Este paralelo es el que Bulnes traza:

"Refiriéndonos a la parte política y personal, diremos de paso que, comparada la situación de San Martín en Lima con la del Libertador en Angostura en 1818, los obstáculos que embarazaban el afianzamiento de la autoridad de éste en Venezuela fueron mucho mayores que los que se oponían a San Martín en Lima, y que venciéndolos y dominándolos, probó Bolívar tener una energía moral que lo hacía superior a todas las

dificultades, lo que no probó San Martín en el Perú" (31).

"Hay, pues, en San Martín, un hombre superior, el general estratégico de Chacabuco; pero en Bolívar hay dos, el revolucionario incansable de diez años, que cae y levanta en los campos de batalla, y el general que decide la guerra por medio de movimientos estratégicos geniales" (32).

"Parece imposible que San Martín hubiese podido llevar a cabo la revolución venezolana, y en cambio nada autoriza a pensar que fuera superior a Bolívar la empresa de escalar los Andes chilenos, y de vencer en Chacabuco y después en Maipú" (33).

Lo demás que se deseche; que San Martín era sencillo y Bolívar pomposo; que uno era taciturno y el otro elocuente; que el primero se embriagaba con los vapores del vino y el segundo con los perfumes de

(31) T. 2°, p. 86.
(32) Id., p. 84.
(33) Id. id. El señor Bulnes, como lo confiesa, no conocía bien las campañas militares de Bolívar en el Norte. Si así no fuere, sabría muy bien que la hazaña de escalar los Andes, que separan las alturas de los llanos neogranadinos, venciendo en Boyacá y después en Carabobo, era empresa superior a la de escalar los Andes chilenos para vencer en Chacabuco y después en Maipú. San Martín sólo tenía enemigos que vencer al lado oeste de la Cordillera; Bolívar a los dos lados. San Martín, por *error militar* no acabó con los españoles en Chacabuco, como ha debido hacerlo, y tuvo que dar otra batalla, que Bolívar no hubiera dado, como dice Vicuña Mackenna, porque el aniquilamiento de Ordoñes, no se hubiera hecho esperar. Bolívar se aprovechó de la inactividad de sus enemigos en Venezuela, para salírsele de las manos y volar a vencer a los que tenía en Nueva Granada, regresando, organizando sobre la marcha, con los recursos de la victoria, nuevas tropas, que le permitieran enfrentarse a Morillo, y aniquilar los españoles de Venezuela, lo que consiguió en Carabobo. A más de ésto debe pesarse la calidad de los Jefes Marcó del Pont y Ordoñes, y la de Morillo y Barreiro.

las hembras; que el Protector era desconfiado y astuto, como los zorros, y el Libertador resuelto e impulsivo como las águilas...

No es, pues, un *artificio*, el comparar la actitud histórica de los dos prohombres en el seno de la misma revolución que dirigieron. Porque esa comparación se impone, y porque esos hombres pueden y deben ser comparados, es que Mitre no la excusa:

."Hasta ahora, el tiempo, que aquilata las acciones por sus resultados duraderos, dando a Bolívar más gloria y la corona del triunfo final, ha dado a San Martín la de primer capitán del Nuevo Mundo, y la obra de la hegemonía por él representada vive en las autonomías que fundó, aunque no como la imaginara; mientras el imperio republicano de Bolívar y la unificación monocrática de la América que persiguió, se deshizo en vida y se ha disipado como un sueño" (34).

Por supuesto que este paralelo es netamente exclusivista. Con dos batallas y un combate, no puede establecerse que sea San Martín el primer capitán del Nuevo Mundo, como ya lo hemos visto (35). Y si a ésta actuación restamos los errores de Chacabuco, repetidos en Maipú, según confiesa Mitre, y las derrotas y errores máximos que cometió en el Perú, ya la capitanía militar en el Nuevo Mundo se viene al grado cuarto en el termómetro (espada) del Protector. ¿Por qué se va a considerar a San Martín con mayor capacidad militar que Washington?

(34) T. 3º, parte referente a la Entrevista. La otra comparación de Mitre: "Bolívar, genio desequilibrado; San Martín, genio concreto", ha sido criticada en "La Retirada del General San Martín", cap. I, II.

(35) En "La Retirada del General San Martín", cap. I, III.

Concretémonos a la actividad guerrera únicamente. Olvidemos el brillo que a las victorias de San Martín otorga su figuración en primer término. Olvidemos al Protector y véamos solo al General San Martín y sus actividades militares. Poco a poco se levanta en la imaginación la figura pura y noble del Gran Mariscal de Ayacucho. Las operaciones militares de Sucre no tienen errores que censurarle. Pichincha, libertando al Ecuador, aniquilando completamente al enemigo, no necesita un complemento como el de Maipú. Una victoria tan trabajosa como la de Ayacucho, no la tiene en su haber San Martín. Sucre venció con cinco mil setecientos hombres los mismos enemigos a quienes no se atrevió a enfrentarse San Martín *con once mil*. Por lo que se refiere a la técnica los conocimientos de Sucre no eran inferiores a los del Protector; si éste era *matemático*, aquél era *ingeniero;* si el argentino formaba sus planes contando siempre con la superioridad material abrumadora, el venezolano formulaba los suyos, amoldándolos a los recursos que tuviera, para vencer o burlar al enemigo, como lo demostró en la retirada, que aconsejaba la abrumadora superioridad numérica de los españoles, hasta determinar el lugar y momento en que vencería por sobre todo, como lo consiguió, en Ayacucho.

Triste, tristísima idea de las capacidades militares de San Martín nos da esta aseveración de Mitre: "Podía luchar, *pero no estoba seguro de vencer solo*... Al pasar revista a los *once mil libertadores* por él reunidos en el último campo de batalla de la independencia, calculó que podría *tentarse con ellos* el último esfuerzo con probabilidades de éxito; pero en previsión

de un contraste, al fin de no privar al Perú de la poderosa reserva de Colombia, que en todo caso restablecería el contraste y fijaría la victoria, se retiró". Comentando esta componenda, dice D. Eloy González: "Con todo irrespeto coloca el general Mitre al Protector del Perú, en la anecdótica situación de los sesenta que se dejaron apalear con cinco *porque iban solos*... ¿De manera que *el primer capitán del Nuevo Mundo*, como califica Mitre al general San Martín, además de once mil soldados *libertadores*, necesitaba de la *poderosa reserva de Colombia* para evitar un contratiempo" (36).

La Historia de América no conoce ninguna *autonomía* fundada por el general San Martín. Ni su misma patria. en los límites que actualmente tiene, le debe a él la fundación de su autonomía: "En la República Argentina no puede decirse: "el general tal libertó al país", sino la "junta, el directorio, el congreso, el gobierno, de tal o cual época, mandó al general tal que hiciese tal cosa" (37). La *autonomía* de Chile no se puede decir que la *fundara* San Martín, exclusivamente, porque cuando San Martín penetró con su ejército en el país, las *montoneras*—como dice Bulnes—señoreaban en él, poniendo en *grave aprieto* al infeliz Marcó del Pont. Los fundadores de la *autonomía* chilena, Carrera y O'Higgins, fueron a pedirle auxilio a San Martín, después del desastre y con la ayuda de las *montoneras* chilenas, se restableció la *autonomía* chilena, aunque no enteramente, porque parte del terri-

(36) O. c., p. 593.
(37) "El Genio Político de Bolívar", por Ernesto de la Cruz.

torio nacional quedaba en manos de los españoles, hasta que en 1825, lo rescató Freyre. De la *autonomía* peruana mejor es no hablar, que ya se ha echado el resto.

Hoy, cuando las ideas políticas del Libertador han merecido la atención y admiración del mundo entero; cuando un eminente chileno dice:

"Bolívar es, ante todo y por sobre todo, un estadista, el primer estadista de nuestra América" (38);

cuando un gran peruano escribe:

"Bolívar es el pensador de la Revolución... propone *formas políticas nuevas*, adecuadas a un continente original por su territorio, su raza y su historia... en sus escritos se halla el mejor programa de reformas políticas y sociales para la América. Fué el primer sociólogo en nuestras románticas democracias" (39);

cuando la más alta autoridad intelectual del Brasil expone:

"Si la dominación española no se prolongó en América quien sabe por cuanto tiempo; si el sistema monárquico no se implantó en nuestro continente; si las antiguas colonias nacieron a la emancipación con alguna conciencia de lo que hacían; si no se anarquizaron por completo, y si el particularismo de cada colonia cedió a un sentimiento de fraternidad continental, todo se debe al Libertador" (40);

cuando, desde París, cerebro del mundo, el francés Valery Larbaud, nos dice:

(38) Sarmiento: "Facundo", p. 157.
(39) García Calderón, o. c.
(40) Verissimo, est. cit.

"Como hombre de acción nadie puede compararse con Bolívar en el siglo XIX; como hombre de pensamiento, iguala a los más grandes: Angusto Compte, Prudhon, Marx..." (41).

Cuando todo eso se dice y se sabe por lo que más vale en América y Europa, ¿no es verdad que mueve a risa aquello del *imperio republicano* de Bolívar, y que provoca indignación contemplar cómo un suramericano se vanaglorie de que se *disuelva y disipe como un sueño la obra de Bolívar?*

Pero es que el *el exclusivismo* argentino desconoce y vulnera los vínculos de raza, cuando quiere imponer sus interpretaciones menguadas sobre los ideales del Libertador. Nada los conmueve cuando se trata de *detener la invasión que en el alma de América está perpetrando la obra de Bolívar*, sin pensar que *el instinto de conservación* hace ver al patriotismo continental cuánto se pierde al esfumarse el sueño de Bolívar, cuya cristalización es, al fin, la gran ilusión de la raza. Esta esperanza se vislumbra en la pluma de Rodó:

"La realidad inmediata negóse a acoger el sueño de Bolívar; mil fuerzas de separación que obraban en el roto imperio colonial, desde la inmensidad de las distancias físicas, sin medios regulares de comunicación, hasta las rivalidades y desconfianzas de pueblo a pueblo, ya fundados en una relativa oposición de intereses, ya en el mantenimiento de prepotencias personales, volvían prematuro y utópico el grande pensamiento, que aun hoy se dilata más allá del horizonte visible, y ni

(41) "El Universal", de Caracas: edición del Centenario de Ayacucho, 9 de diciembre de 1924.

siquiera la unidad parcial de Colombia alcanzó a subsistir.

"¿Qué importa? La visión genial no deja de anticipar por ello la convergencia necesaria, aunque halla de ser difícil y morosa, de los destinos de estos pueblos; la realidad triunfal é ineluctable de un porvenir que, cuanto más remoto se imagine, tanto más acreditará la visión profética de la mirada que llegó hasta él. En lo formal y orgánico, la unidad intentada por Bolívar no será más que un recuerdo histórico; pero debajo de esta corteza temporal está la virtud perenne de la idea. Cuando se glorifica en Mazzini, en D'Azeglio o en Gioberti la fe anunciadora y propagadora de la Italia una, no se repara en las maneras de unión que propusieron, sino en el fervor eficaz con que aspiraron a lo esencial del magno objetivo.

"Con más o menos dilación, en una u otra forma, un lazo político unirá un día a los pueblos de la América nuestra, y ese día será el pensamiento del Libertador el que habrá resurgido y triunfado, y será su nombre el que merecerá, antes que otro alguno, cifrar la gloria de tan alta ocasión" (42).

Mitre trazó una senda intelectual digna del exclusivismo argentino. Amalgamó a San Martín con Espejo; se valió de fraseología hueca, de estilo ampuloso, y de conceptos abstractos y oscuros *pour épater* a sus compatriotas, conquistando, a la vez, admiración, votos, empleos y sueldo. La autolatría, la vanidad del país, el petulantismo histórico y científico, y la feliz inconsciencia de la masa popular, cayeron de rodillas

(42) Estudio citado.

ante la obra de Mitre, mientras Alberdi, desde el destierro, fulminaba protestas, consolándose con la justicia de la posteridad (43).

IV

La posteridad argentina no ha hecho justicia a Alberdi porque su veracidad no halaga la vanidad del país; porque no hizo la historia según el *querer* nacional; porque no se acordó con la opinión de la egolatría sino con la suya propia; porque hizo honor al sentimiento de la raza y condenó la odiosa invasión del territorio paraguayo.

Alberdi y Mitre son incompatibles. Uno, el segundo, escribe para halagar la vanidad nacional, por lo que resulta en posición política y elevación personal. El otro *escribe de un modo en que en vez de ganar lo pierde todo: posición y patria.* A Mitre "la historia le produce veinte mil duros anuales"; a Alberdi *el trabajo de escribir* le produce "destierros, odios, persecuciones y suplicios". Mitre es un político, el hombre de Franklin, *que tiene un hacha que afilar*, y sus escritos y palabras son *ad usum mentecatorum* (44). Alberdi es un patriota, en toda la extensión de la palabra, y sus frases, hechas para corregir, destilan un estilo lapidario, incontaminado de lisonjas. Alberdi es el maestro que enseña; Mitre el explotador que vive de la ignorancia. O es grande uno o es grande el otro, pero no los dos a la vez.

(43) "Yo seré vengado sin ejercer venganza". "El éxito de la mentira es el de un momento", decía Alberdi.
(44) "Bolívar en la Argentina", p. 495.

La obra de Alberdi, estadista, reformador, y legislador, se impone a la conciencia de la América Nuestra. "De tierras muy lejanas y de gentes que no tienen motivos de parcialidad, llegan a la patria de Alberdi los juicios emanados de una convicción serena" (45). Su país se conmueve y los despojos humanos del más grande de los argentinos *vuelven al caro suelo que lo vió nacer.* Es la Justicia que se impone, y se otorga con desgano, con reparos. "Se ha tratado de suprimirlo. *¡Basta de Alberdi!* clamó la voz de Mitre, a través de la garganta servil de un turiferario. Pero nadie puede suprimir a Alberdi. Se le ocultará y de hecho se le ha ocultado entre laureles. *¡Viva Alberdi!* Pero no leais sus obras, nos dicen, o si las leéis, leed aquellas que no contienen la parte despiadada de su crítica, o, en último caso, leed, pero no toméis sus palabras al pié de la letra" (46).

Alberdi no podía sustentar el exclusivismo, la palanca que maneja la egolatría nacional, sino, que por el contrario, lo combatió con toda su alma. Los historiadores argentinos no pueden colocarse al lado de ese hombre que se puso contra la corriente, y prefieren la cómoda senda trazada por Mitre, "la falsificación de la Historia que hace invencible a quien domina apoyándose en la imbecilidad humana" (47). *Es la ocasión de regalar flores*, como decía el mismo Alberdi, de dar al país, a sus hombres y a sus acciones, una importancia que no han tenido jamás, en la revolución

(45) "El Pensamiento Político de Alberdi", p. 9.
(46) Id., pp. 13-14.
(47) Id., p. 193.

emancipadora del Continente. "*¿Qué entiende por América del Sud, este miembro de tantas sociedades geográficas?*" pregunta Alberdi, al leer que Mitre llama a San Martín: "*el representante de la propaganda revolucionaria en toda la América del Sud por medio de las armas*" (48). Más adelante, abre de nuevo la interrogación, e inquiere: "¿Se pretendería que San Martín, dando a la cabeza de *doscientos hombres* el combate de *San Lorenzo*, tuvo por objeto y mira el libertar la América del Sud?... Eso no es historia seria, es un juguete irrespetuoso de palabras, sobre la verdad de los hechos que se quiere alterar, en obsequio de la vanidad del vulgo, que cree todo lo que le gusta, por absurdo que sea, sin reflexión" (49).

¿Por qué Bunge, al criticar al arrogancia en la literatura criolla, no se atreve a denunciar a Mitre como lo hace con Sarmiento? La *arrogancia*, la *egolatría*, *el napoleonismo*, *el erostratismo*, las *sofisticaciones literarias é históricas*, nadie las ha empleado con más honra, con más provecho y con más éxito que Mitre. ¿Por qué Bunge, cuya obra no tiene más objeto que ridiculizar y censurar esos comunes defectos de la raza, no se le enfrenta a la literatura de Mitre? ¿Por qué no le arranca las llaves del Panteón Argentino, que guarda en sus bolsillos?

Bunge, por su talento y por su buena fé, pudo haber sido un continuador de Alberdi, pero la diferencia de patriotismo los separaba. Alberdi tuvo el valor de concretarse a su país, señalando allí lo perjudicial

(48) "Grandes y Pequeños Hombres del Plata", p. 95.
(49) Id., p 186.

en hombres, carácter, leyes, constitución, gobierno y literatura. Bunge, en cambio, abarca en su crítica a todos los pueblos hispanoamericanos, y al referirse al suyo, lo considera *ya curado* de los defectos que señala. Su *terapéutica* la ha tomado Bunge del pueblo argentino, que presenta *como ejemplo a sus hermanos*, con estas palabras:

"Y tan factible resulta mi terapéutica, que al fin y al cabo yo no la he inventado: de la realidad la tomo... Porque hay un pueblo en Hispano-América, que, aplicándola ya más o menos imperfectamente, ha superrevolucionado la vieja política criolla, hasta el punto de que pudiera presentarse como ejemplo a sus hermanos... Y este pueblo, loado sea Dios, eternamente sea Dios loado, es el más alto objetivo de mis actos, la última Thule de mis ensueños, el fin de todos mis esfuerzos, el altar de todos mis sacrificios, la única estrella que brilla en mi cielo cuando anochece en mi vida!... Este pueblo es mi patria" (50).

Las frases son muy bellas, pero no se compaginan con la realidad, con aquella que nos describe, desde Nueva York, el escritor argentino señor Hugo Wast. No hay ni revolución ni mucho menos superrevolución. Los argentinos, pese a la petulancia del profesor Nelson, son tan criollos, criollitos como México. Es el señor Wast quien nos lo dice, el señor Wast, que no habla en exclusivismo, que dice únicamente ¡ay! por que le duele.

En la República Argentina, a pesar de la emigración extranjera, predomina el elemento criollo, y

(50) "Nuestra América", p. 266.

con este elemento la política tiene que ser criolla. Esta política no es ni *vieja* ni nueva, es la misma de hace cien años, pero con las modalidades que un siglo trae consigo. En 1830 se imponen los procedimientos de D. Juan Manuel de Rosas; en 1930 se imponen los de D. Hipólito Irigoyen. El gobierno de Rosas era descaradamente personal, sin elecciones, sin congresos, sin constitución, sin más ley ni más justicia que la voluntad del Dictador; la época lo aguantaba así. El gobierno del señor Irigoyen es disimuladamente—hasta donde es posible—personal; existe la Constitución, "pero D. Hipólito Irigoyen interpreta este Código fundamental de acuerdo con sus ideas, sin escrúpulos"; existe el Congreso, "pero D. Hipólito Irigoyen llena sus necesidades sin ocuparse del cuerpo soberano"; hay elecciones, "pero las fuerzos regulares siguen a un comisionado federal para anular sus efectos si los amigos del Presidente no obtienen la mayoría, y para asegurarles la victoria en las nuevas que se van a convocar" (51). La época así lo aguanta. La *mazorca* de D. Juan Manuel, no encuadra bien a la cultura del Siglo, pero sí armonizan con él las fórmulas criollas de D. Hipólito. Una revolución militar acaba de echar por tierra el gobierno del señor Irigoyen. Es el mismo procedimiento que también se acaba de utilizar en el Perú contra el señor Leguía, en Bolivia contra el señor Saavedra y en el Brasil contra el señor Washington Louis.

Bunge no tocó a Mitre, guardándole sus fueros al exclusivismo. El gran maestro de Derecho, sintién-

(51) Véase el artículo de Hugo Wast, al cual se hace referencia en la página 53.

dose místico, se postró de hinojos para darle gracias a Dios, por todos los bienes derramados sobre el pueblo argentino, que—*loado sea Dios, eternamente loado sea*—se puede presentar como modelo a sus hermanos, por haber superrevolucionado la *vieja política criolla*, es decir, por haber pasado, en el espacio de un siglo, de las manos de D. Juan Manuel a las manos de D. Hipólito. De esta manera el exclusivismo puede reposar tranquilo; la diferencia de patriotismo Alberdi-Bunge le favorece, porque, ciertamente, la voz viva del tucumano ilustre no le hubiera guardado miramientos a nadie, ante el imperativo de la realidad.

Las Características Sociales del Exclusivismo

CAPITULO II

El exclusivismo sentimental.—El Evangelio de Simón Bolívar.—El procedimiento de buena fé.—Las mutilaciones de la admiración.—La senda trazada por el General San Martín.—Las normas impuestas por el Libertador.—Las referencias afrentosas y los impulsos generosos.—La dignificación de San Martín.—Los juicios del Libertador y la Semblanza de Martí.—Las grandes ambiciones y los grandes ideales.—La ambición y la idealidad en el espíritu de Bolívar.—El desencanto, el desamparo y el destierro.—El hondo y arraigado sentimentalismo venezolano.—La subyugante Verdad de Bolívar.—La carne viva de la Patria.—La plegaria bajo el manto de gloria.

I

El exclusivismo venezolano, caracterizado por la elevación fervorosa y suprema de Bolívar, tiene la ingenuidad y pureza de todos los sentimentalismos. En

ese culto fervoroso por el Héroe—culto místico si se quiere—hay una Fé sencilla y conmovedora; se cree en Bolívar de todo corazón, porque Bolívar, como Cristo, tiene su Evangelio, su Verdad. Para creer en esa verdad solo basta conocerla, y place al exclusivismo venezolano cumplir esta misión de *propaganda fide* para mayor gloria de Bolívar y la salvación de América (1).

Y como se tiene confianza en Bolívar, como se tiene Fé en su Evangelio, como se cree en su obra sinceramente, plenamente—*todo es grande, todo es digno de él*—la Verdad de Bolívar se dá a luz por entero, sin miedo ni supresiones (2). Así ha conocido

(1) "Aprovechando las lecciones de la experiencia, y *conforme al ideal del Libertador*, procuremos en todo momento el acercamiento franco y sincero entre los pueblos latino-americanos. Sólo de esa unión estrecha, de ese feliz conjunto, depende el que seamos en lo futuro fuertes, respetados y temidos", es decir, que en concepto del señor de la Cruz, la *salvación de América* está en el Evangelio de Simón Bolívar. Lo que también expresa el profético y optimista verbo de Rodó: "Pero la plenitud de nuestros destinos se acerca, y con ella la hora en que toda la *verdad de Bolívar* rebose sobre el mundo".

(2) Afecciones extrañas a nuestro Exclusivismo dejaron sin publicar, por espacio de mucho tiempo, el famoso "Diario de Bucaramanga" y el último tomo de las "Narraciones" de O'Leary.

"La Academia de la Historia, en Venezuela, posesora del precioso "Diario", no publicó el volumen, obediente a dos razones: primera, porque en la Academia privaba el viejo concepto de que la historia debe ser lo oficial, lo insincero, la parada, el penacho; segunda, por un sentimiento más noble, por un sentimiento de afección hacia Colombia la hermana gemela y muy querida de Venezuela, contra algunos de cuyos soldados tronó Bolívar, según asegura Perú de Lacroix, autor del "Diario"...

"El señor F. González Guinán, Ministro de Guzmán Blanco, cuando se imprimían las "Memorias de O'Leary", refiere que Guzmán se fundó para detener la impresión del Apéndice "en que se arrojaban a los vientos de la publicidad intimidades amorosas del Libertador, que nada tenían que hacer con la vida pública de éste..."

"Otro motivo hubo también, según el señor González Guinán, para la eliminación del Apéndice: "contenían los pliegos impresos, o por imprimir,

el Mundo el *Manifiesto de Cartagena*, la *Carta de Jamaica*, el *Discurso de Angostura* y la *Constitución de Bolivia*. Las cartas de Bolívar—el tesoro de sus cartas, como dice Rodó—, las proclamas, y los íntimos pensamientos del Héroe, se entregan íntegros a la posteridad para que los conserve *como legado precioso* del Verbo de América.

Este procedimiento de buena fé, que el Evangelio de Bolívar impone, no lo sigue el exclusivismo argentino al exaltar la figura del General San Martín. Cierto es que San Martín no tiene Evangelio; *mentalidad estrictamente militar*, apenas dejó unas cuantas proclamas que no valen la pena y los boletines de sus victorias. Como gobernante su papel es más triste aun: el Consejo de Estado hablaba, procedía y pensaba por él, según lo asegura el Excelentísimo Señor Saldías, quien para salvar a San Martín de su *monarquismo*, le arranca la facultad de pensar, dándole sus ideas al Gobierno que presidía *in partibus* (3). Pero el exclusivismo del señor Saldías por querer dar mucho lo quita todo; es cierto que San Martín no era hombre de *bien hablar*, pero como todo ser racional, medianamente instruído, tenía ideas y las exponía mal o bien, para que su mentor Monteagudo, en lenguaje adecuado, las diera a conocer en el Consejo, despojándolas de ciertas expresiones ingratas, como *pellejerías*, *vocablo grosero que parece significar enredo*. En cuanto a la

alusiones ofensivas a la reputación del señor Antonio L. Guzmán"—padre del presidente". (R. Blanco Fombona: Prólogo en el último tomo o Apéndice de la "Narración" de O'Leary, Editorial América, Madrid).

(3) Véase en este mismo libro "La Entrevista de Guayaquil", cap. III, II.

correspondencia del General argentino, que para honor y gloria del Protector no se ha debido esquivar, porque es lo único que queda para conocer sus ideas y juzgarlo por ellas, ya que, sin componendas ni enmendaturas, fueron estampadas, se ha mutilado para darla a la publicidad.

En el volumen que tengo a la mano de las cartas de San Martín, la Casa Editora (Editorial América) hace la siguiente advertencia:

"Esta nueva edición de la correspondencia del grande hombre argentino se hace fielmente, hasta en los más ínfimos detalles, de la edición que para el Museo Histórico Nacional arregló el argentino señor Carranza en 1909. Los puntos suspensivos, las supresiones, todo, es exacto a la edición nacional, que sirve de modelo...

"Hubiéramos querido presentar íntegro el pensamiento de San Martín, sin las supresiones que aquí se encuentran, como se hizo con Sucre y se hará con otros próceres. Desgraciadamente no tenemos a la mano sino los elementos que nos suministran los admiradores argentinos del eminente soldado del Sur".

Lo que el exclusivismo argentino se haya propuesto con estas mutilaciones es difícil saberlo, pero derecho hay a pensar que pueda haber algo de indigno en esa parte que se oculta. San Martín pudo haber sido avaro de sus cartas pero sus admiradores no debían serlo nunca, porque esos documentos íntimos ya hoy pertenecen a la Historia. Según el criterio de Mitre, ésta (la Historia), "debe registrar íntegra en sus páginas la famosa carta de 1822", pero no es esa solamente la

que la Historia debe recoger, sino todas, y sobre todo la que Bolívar contestó.

La cautelosa reserva de San Martín no ha debido alcanzar a la contestación de Bolívar porque la lógica, la buena fe, la caballerosidad, y la hidalguía, demandaban la defensa del muerto para dictar sus fallo. Esa carta de Bolívar no publicada, ese *asesinato* del Libertador, nos da la medida del General San Martín, y los procedimientos que impuso al exclusivismo argentino. Los compiladores del epistolario de San Martín no se han apartado de la senda trazada por el grande hombre: oscuridad, ambiguedad, silencio, destrucción...

Leyendo el epistolario de San Martín, y comparando todo lo que al Libertador atañe con lo que a San Martín se refiere en el epistolario de Bolívar, parece como si éste, por sus actos, hubiese impuesto al exclusivismo venezolano el procedimiento de sinceridad y de verdad que se palpa en la divulgación del Evangelio de Simón Bolívar. Mientras San Martín nos presenta esas referencias de Bolívar saturadas de acerbas afrentas, el Libertador le guarda dignamente las espaldas al Protector caído, dignificándolo cuando todos lo olvidan. A este respecto, la narración de Mitre es notable, pues él asegura, refiriéndose a la llegada de Bolívar a Lima, que cuando nadie se acordaba allí del General San Martín, el Libertador "para dar una lección que lo *engrandecía moralmente* o por un impulso de justicia, al contestar todos los brindis dijo: "Por el buen genio de América, que trajo al general San Martín con su ejército libertador desde las már-

genes del Río de la Plata hasta las playas del Perú..." (4).

Este gesto de Bolívar no se compagina con las noticias de Guido ni con los cuentos del general Miller. En esta circunstancia faltó el coraje de un Rojas o de un Lavalle para dedicarle un recuerdo al Jefe, y estando Guido presente, el celoso Guido que aparece en las Cartas de San Martín haciendo alusión a murmuraciones de Bolívar, debía haber tomado la palabra. Ni siquiera fué O'Higgins quien recordó a San Martín; habló es verdad, pero fué para decir únicamente: "Bolívar es el hombre más grande de la América del Sur". Unicamente Bolívar se atrevió a sacar del olvido a San Martín, y no para desacreditarlo en la opinión pública, como injustamente afirmaba el Protector, sino para enaltecerlo, por *impulso generoso de justicia* o *para dar una lección*, como dice Mitre, o por simple caballerosidad, o por ridiculizar a los señores que tenían el incensario en las manos, o por ésto o por lo otro... pero fué Bolívar el *único* que tributó a la gloria del ausente un homenaje digno.

De una carta del general José Rivadeinera, *amigo de la mayor intimidad* de San Martín, se desprende "que el distinguido aprecio y estimación que Bolívar le hace era no solo por su buena conducta y buen servicio en el gobierno, *sino por las consecuencias que guardaba a San Martín* en medio de tantas rivalidades". "Yo tengo placer en oírlo a usted, porque esa consecuencia hacia San Martín solo es propia de hombres de bien",

(4) T. 4º, p. 49.

le decía el Libertador (5). Estas manifestaciones de Bolívar a Rivadeneira vienen a desmentir las afirmaciones de Guido, que se presenta, en carta a San Martín, como una víctima del Libertador porque no se *abanderiza* entre los enemigos del Protector (6). Este, impresionado por lo que le comunica Guido, escribe, contestándole: "Es preciso creer, que todos los hombres que no han empuñado el clarín para desacreditar al general San Martín, han sido perseguidos por el general Bolívar... Usted tendrá presente que a mi regreso de Guayaquil le manifesté la *opinión* que me había formado del general Bolívar, es decir, una ligereza extrema, inconsciencia en sus principios y una vanidad pueril, pero nunca un impostor" (7).

Como la carta de Rivadeneira es larguísima, abunda en datos preciosos. Por ella informa a San Martín que su retrato fué arrancado de la Casa de Gobierno, y que Bolívar lo hizo colocar de nuevo en su lugar, y que para espantar a los aduladores le dice: "Nada tengo contra el general San Martín; él puso las piedras de la libertad é independencia, le han correspondido mal; él se fué y dejó ésto, y yo he sido llamado para salvar el Perú; lo han calumniado de todos modos... Vea usted como los chilenos han degollado a su amigo". Por otros respectos Rivadeneira le hace saber a San Martín que "no tiene un amigo mejor que él, ni defensor más acérrimo, ni quien asalte

(5) "Correspondencia de San Martín", carta de D. José Rivadeneira, a la cual se harán otras referencias, pp. 304 y siguientes.

(6) Carta citada, "Correspondencia...", p. 193.

(7) Carta citada por Mitre, t. 3º, p. 641.

con más firmeza contra quien sea el que fuere ofenda el honor de usted", que el "deseaba que el Perú fuese independiente, pero que Bolívar no fuese el autor".

Mientras San Martín, a raíz de la entrevista de Guayaquil, juzga a Bolívar ligero, inconsciente y vanidoso; éste último, sin adjetivos denigrantes, esculpe para la Historia, con admirable sencillez, un esquema exactísimo, al estilo de Alberdi, del general argentino:

"Su carácter—dice—me ha parecido muy militar, y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas correctas de las que a usted le gustan; pero no me parece bastante delicado de los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas. Ultimamente usted conocerá su carácter por la Memoria que mando con el capitán Gómez de nuestras conversaciones, aunque le falta la sal de crítica que yo debería poner en cada una de sus frases" (8).

Se me dirá que hay otros conceptos de Bolívar poco favorables para San Martín, y es verdad, pero no debe olvidarse que todos ellos se refieren a la parte política, y no se trata del hombre, sino de sus ideas y procedimientos políticos, que estando abiertamente en oposición contra las ideas y procedimientos del Libertador, éste tenía, necesariamente, que criticar y hasta temer. Sobre todo, sabiendo las intenciones del Protector (9), y la amenaza que entrañan para la República, le escribe a Santander: "Yo creo que el general San Martín ha toma-

(8) Carta de Bolívar para Santander, julio 29 de 1822. Archivo de Santander, t. V, Ms. citada por el señor Goenaga.

(9) "San Martín dice que no quiere ser rey, pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú". (En la misma carta para Santander del 29 de julio de 1822).

do el freno con los dientes y piensa lograr su empresa, como Iturbide la suya, es decir, por la fuerza, y así tendremos dos reinos a los flancos, que acabarán probablemente mal, como han empezado mal. Lo que yo deseo es que uno ni otro pierdan su tierra por estar pensando en tronos" (10).

Por lo que se refiere a la retirada del general San Martín ya hemos visto lo que el Libertador decía a Sucre (11). Hombre de acción—el hombre de acción más grande del siglo XIX—, ¿qué menos podía pensar Bolívar de la dolorosa actitud de San Martín, del desquiciamiento de su alma, como dice el señor de la Cruz? En carta a Urdaneta escribía: "San Martín se ha marchado para Chile y ha dejado al Perú entregado a todos los horrores de la guerra y la anarquía" (12).

Exigir más; exigir que Bolívar creyera en *abnegaciones sublimes, en admirables desprendimientos;* que se pusiera a elogiar neciamente la conducta del Protector del Perú, es un absurdo; que pusiera como *ejemplo* esa conducta es supina ignorancia; "es dudoso—dice Alberdi—que Plutarco hubiera comprendido entre los ilustres modelos al guerrero (San Martín) propuesto a la juventud argentina como un tipo glorioso de imitación" (13). De cerebro a cerebro, Bolívar

(10) Carta de Bolívar a Santander, Archivo de Santander, citas de Goenaga.

(11) V. "Los Juicios Concretos", Cap. III, III, Carta a Sucre, llamada.

(12) "Cartas de Bolívar", edición de París, p. 434.

(13) "El Crimen de la Guerra", p. 247.

era tan pensador como Alberdi, por eso a través de los años sus ideas concuerdan.

Pero en los conceptos de Bolívar, favorables o adversos, no hay mengua alguna para el grande hombre. En ellos se palpa la verdad, la realidad de las cosas, tal como las pinta Martí, el Apóstol, al escribir la semblanza de San Martín. La ingenuidad, la belleza, el hondo sentimentalismo del exclusivismo venezolano, tiene, pues, fuentes muy puras, y su objetivo solo busca, en éxtasis contemplativo, el rayo de luz que detuvo a Saulo en el camino de Damasco; el mismo rayo de luz que arrancó de las entrañas de María el poema trágico de la Redención; el soplo divino que quiso encarnar en el seno del Avila la libertad de la América, en el genio y figura de Bolívar, para que su nombre *resonara en lo más honrado y viril de nuestras entrañas.*

II

Dice Rodó:

"Fuera de la actividad de la guerra, en la aspiración o en el ejercicio del gobierno civil, la ambición de mando de Bolívar deja más libre campo a la controversia y a la crítica; pero aun en esta parte, nunca será legítimo juzgarla sino levantándose a la altura de donde se alcanza a divisar, infinitamente por encima de egoísmos vulgares, al héroe que persigue, con el sentimiento de una predestinación histórica, un grande objetivo, que estimula y realza su ambición personal".

Bolívar mismo declaraba que no estaba exento de ambición personal, pero su ambición era puramente de gloria, y "siendo esa gloria tan legítima, dice el profesor Sherwell, ninguna ambición podía ser más digna" (14). El mismo Rodó dice tamién:

"Tratándose del Bolívar político, llega de suyo el tema de su ambición. Este rasgo es capital e inseparable de su imagen. Siempre formaré tan pobre idea del discernimiento histórico de quien se empeñe en presentar a Bolívar inmune de la pasión de mandar, como del grado de comprensión humana de quien le inicie por tal pasión un proceso que tire a empequeñecerlo o rebajarlo".

Y el uruguayo insigne tiene razón. Sin esa pasión de mando en Bolívar, o en quien, faltando él, encarnara la Revolución, no hay independencia posible. Bolívar pudo o no haber saboreado con placer el mando supremo, pero lo que es cierto, lo que importa conocer, es que, teniendo conciencia de su personalidad, sabiendo que a él, antes que a nadie, le correspondía la dirección de la cruzada emancipadora, tomó el timón con firmeza y sin vacilaciones, como el que agarra lo que le pertenece o lo que el Destino le designa: Bolívar sabía que era el Sol.

"El Libertador—dice el chileno Bulnes—amó el poder como todo el que tiene una grande idea en la cabeza que no se puede realizar sino con él; amó la autoridad que ponía a su disposición las masas humanas que el manejaba después como el Dios de las aguas manejaba las olas furiosas que se agitaban bajo su dirección; pero así como amarlo y buscarlo es una miserable pasión en el que solo tiene en vista su engrandecimiento o su bienestar, es el más noble de los sen-

(14) O. c., p. 322.

timientos humanos cuando se pone al servicio del bien de sus semejantes. Cuanto un hombre puede dar a una causa lo dió el Libertador a la que servía; y si por desinterés se comprende el sacrificio voluntario de la fortuna, de la tranquilidad y de la vida, él puso en el altar de la libertad sudamericana todo lo que era, todo lo que tenía. Su desinterés puede ser igualado, no superado" (15).

Amar el Poder así como lo amó Bolívar es la más grande de todas las virtudes; buscarlo, pelearlo, conseguirlo, no por el Poder mismo, como el oro del avaro, sino para realizar una idea grande que se tiene en la cabeza o un grande ideal que se lleva sobre el corazón, está muy lejos de constituir un egoísmo heroico. Cuando Jesús escogió a Pedro para hacerlo Cabeza de su Iglesia no era un favor lo que otorgaba... ¿A dónde vas, Señor? A tomar voy la dirección que tú dejas. Bolívar estaba investido de una misión augusta y no era él capaz de *no cumplirla*... ¿A dónde vas, Libertador? Voy adonde haya pueblos esclavos que defender; adonde se encuentren los enemigos de América; voy contra los gentiles, contra los fariseos, contra los Judas; voy a cumplir mi destino que me reserva el martirio en el Monte de las Calaveras, el vinagre y la hiel, y lo que es aun peor, el desencanto...

Es el tremendo desamparo del Calvario: Padre mío, ¿por qué me abandonas? Es la pérdida irreparable de todas las esperanzas: "No hay buena fé en América, ni entre los hombres ni entre los gobiernos

(15) T. 2°, p. 85.

las constituciones son libros, la libertad anarquía y la vida un tormento". Fuera del cerebro de Bolívar las grandes ideas, fuera del corazón los grandes ideales, y entonces ya no más el Poder en sus manos; ya no lo quiere, ya no lo ama, y con una serenidad, incompatible acaso con las desilusiones que lo abruman, *se precipita* desde el solio: "Libradme—dice al Congreso—del baldón que me espera si continúo ocupando un destino que nunca podrá alejar de sí el vituperio de la ambición".

Bolívar en el Poder ¿para qué? Ahora se va camino del destierro; todavía, como una tentación, se atraviesa en su *via crucis* la voz de la lealtad; Urdaneta tiene en sus manos el iris de Colombia y se lo ofrece; vuelve la vista hacia la gloria, la visión de la Patria Grande le conmueve un instante, y contempla, como en un sueño, los colores gloriosos, extendidos, bajo el fulgor de siete estrellas, desde el Orinoco hasta el Guayas... Pero nó, la realidad es terrible, sus destinos están cumplidos, nadie aparta de sus labios el cáliz de los redentores: "José, vámonos, que de aquí nos echan. ¿Adonde iremos?"

Se rompió para siempre el molde Bolívar. Pero queda, como el fulgor de su gloria, el triunfo universal de su resurrección. Las hosannas del cariño y la admiración ingenua de las almas sencillas, es lámpara votiva que el exclusivismo venezolano le consagra. Que otros pueblos y otras razas contemplen, en su personalidad inabarcable, la obra del guerrero, o la del político, la del legislador o la del apóstol, la del patriota o la del filósofo; el exclusivismo venezolano, con-

templándolo a través de la luz de un hondo y arraigado sentimentalismo, lo concibe solo bajo la advocación de Nuestro Señor Simón Bolívar.

Lejos de mí, muy lejos, el querer apartarme de ese hondo sentimentalismo venezolano. Por sentimental y por sincero es, quizás, este libro ditirámbico, vehemente, apasionado. Ni el método positivo de Taine ni su austero y comedido lenguaje están aquí en su lugar; oponérmelos es tan absurdo como el querer combatir con sentimentalismos la tesis científica del doctor Carbonell. Pero que no se confunda: lo que me subyuga y apasiona, como buen venezolano, es la Verdad de Bolívar, su Evangelio. Si yo fuera hombre de ciencia, y me atreviera a entrarle al Hombre de carne y hueso que fué Simón Bolívar, pediría a los espíritus positivos un rayo de luz para mi entendimiento.

Si en el terreno de las comparaciones, el gran guerrero del Sur, aparece pequeño ante el Libertador, mía no es la culpa sino de la relatividad, ¿quién es grande ante Bolívar? Ni le doy ni le quito un ápice a la estatura histórica de San Martín; no lo comparo para oscurecerlo, sino, únicemente, para dejar reducida a su positiva proporción, una grandeza que el exclusivismo argentino exagera con fines *nacio-ególatras*. Y poco importaríame la *exageración* si intacta se dejara la gloria de Bolívar, pero ante el ataque a esa gloria el patriotismo se subleva, no solo por la injusticia que envuelve, sino por el dolor que arranca una herida sobre la carne viva. Ese Hombre, envuelto en el Iris, es la encarnación visible de la Patria; de su seno levántase como del Cáliz místico la Blancura de la Redención, y si ayer, por su Verdad y por su Fé, hubo ofrendas de sangre y de vida, hoy, ante el dolor inmenso que vació Tenerani, se postran aquellas almas redivivas en las generaciones que han venido después, poniendo en la plegaria, bajo el manto de su gloria, todas las esperanzas, todos los anhelos del patriotismo.

Que mantenga su llama eternamente la lámpara votiva de la Fe; que no se oiga nunca, ni en las tempestades, la voz medrosa de la duda, porque su Espíritu no ha muerto, y sabe, como el de Jesús, extender su mano sobre las olas tumultuosas de los mares interiores. Viva así, en el seno de las almas, el Evangelio de Nuestro Señor Simón Bolívar, por los siglos de los siglos.

INDICE

INDICE

PAG.

PREFACIO del Excelentísimo Sr. D. Víctor H. Escala, Ministro Residente de la República del Ecuador en Caracas 7

CONCEPTOS

La Justicia Histórica.—Los venezolanos y los argentinos.—Indole del exclusivismo venezolano.—Indole del exclusivismo argentino.—Larrazábal y Mitre.—Bolívar y San Martín.—El exclusivismo y el nacionalismo argentino.—Arrogancias exclusivistas.—La falsa historia nacionalista.—El petulantismo político.—Los ideales autonomistas o separatistas de San Martín.—El americanismo de Bolívar.—La conciencia de la raza.—El grave problema de la unidad en la América Meridional 21

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

Capítulo I

Incorporación del antiguo Reino de Quito a la República de Colombia.—El principio del *Uti possidet juris de* 1810.—Su aplicación en Guayaquil por parte de Bolívar y Colombia.—Las intenciones de San Martín sobre Guayaquil.—El fracaso de San Martín y sus expresiones sobre el Libertador 51

Capítulo II

Situación de San Martín en el Perú al anunciar su propósito de ir a encontrar al Libertador.—Los Cuatro Puntos de San Martín.—

PAG.

Juicio de San Martín sobre la conducta del Libertador en esta emergencia.—La famosa carta de San Martín: su epílogo.—La historia hipotética 71

Capítulo III

La cuestión monárquica.—Inconsecuencia de San Martín con sus antiguas ideas monárquicas.—Referencias y juicios errados sobre las ideas políticas del Libertador.—El Libertador y la República de Chile.—Bolívar juzgado por los chilenos.—Los juicios de San Martín sobre Bolívar; falsas apreciaciones que contienen.—El concurso de San Martín según el criterio de Mitre 101

LA RETIRADA DEL GENERAL SAN MARTIN

Capítulo I

Cartas a O'Higgins.—Críticas de Mitre.—El genio concreto de San Martín.—Subordinación de San Martín.—Sus relaciones con las logias masónicas.—Conceptos sobre su acción militar y la de Bolívar.—Desastres ocurridos antes de la llegada del Libertador al Perú.—Juicio de San Martín sobre la decisiva actuación del Libertador.—El milagro de una resurrección.—Patética situación de Bolívar en el Perú.—La esperanza de la América personificada. 141

Capítulo II

Conceptos de dos historiadores chilenos sobre el general San Martín.—Actitud de San Martín ante el general Carrera.—Comparaciones con su actitud ante el Libertador.—Apreciaciones de Bolívar sobre el general San Martín.—Falacia de los juicios de San Martín sobre el Libertador.—San Martín fuéra del campo de su acción guerrera.—Lo que pensaba Alberdi.—La expresión de una falsa razón.—Lo que aparenta ignorar el exclusivismo argentino.—Las imitaciones a Bolívar.—Termina la misión histórica del general San Martín 177

LOS JUICIOS CONCRETOS

Capítulo I

Lo que significan.—Las declaraciones a Lafond de Lurcy.—Los signos característicos de Bolívar.—Su orgullo.—De dónde provenía el orgullo de Bolívar.—El orgullo y el romanticismo.—El orgullo

PAG.

como una imposición del medio.—El orgullo de Bolívar definido por Montalvo.—El sentimiento de la dignidad y la necesidad de demostrar superioridad para ser obedecido.—La mirada de águila de Bolívar.—El amor a la Patria, y no la falta de franqueza, es la cualidad característica de Bolívar.—El molde roto de Bolívar.. 215

Capítulo II

El genio militar de Bolívar.—Su genio político.—El pensador de la Revolución.—El genio militar de los venezolanos; sus cualidades combativas, sus virtudes guerreras.—Lo que representan en la guerra emancipadora estas cualidades y virtudes.—Los llaneros.—La proeza que no se ha cantado.—La obra de los venezolanos en la independencia de la América Española del Sur.—Las apreciaciones del general Morillo.—El poema que falta.—El criterio militar de San Martín.—La obra militar de Bolívar considerada en toda su extensión.—Bolívar creador.—Bolívar es todo.—La apreciación de Marius André.—La contemplación de la obra inmensa del Libertador.—El Héroe de América 235

Capítulo III

Los generales de Colombia.—Las aseveraciones de San Martín y los relatos falsos de sus oficiales explotados por el exclusivismo argentino.—Los generales de Colombia eran los amigos del Libertador.—El homenaje del jefe al subalterno.—La cumbre de la gloria americana y las maniobras del exclusivismo argentino.—Las diferencias de Bolívar con su digno rival en gloria.—Los caballeros de América; el general Rafael Urdaneta.—Los caballeros de Colombia y la confianza del Libertador en la brillante oficialidad inglesa.—Las relaciones de Bolívar con sus soldados.—Las medidas terribles y los sentimientos humanos.—La democracia y la superioridad impuestas.—Lo que consiguió Bolívar de sus soldados... 263

LAS CARACTERISTICAS SOCIALES DE LOS EXCLUSIVISMOS

Capítulo I

El exclusivismo argentino y la detractación consciente.—El regionalismo sentimental y el exclusivismo criminal.—Conceptos del doctor Diego Carbonell.—La invasión de la obra y personalidad de Bolívar.—Conceptos de Blanco-Fombona.—El defecto de la obra de Mitre.—La especulación y la egolatría.—Los paralelos.—Alberdi

PAG.

y la posteridad argentina.—Las ilusiones y los miramientos de Bunge.—La política criolla; de Rosas a Irigoyen 305

Capítulo II

El exclusivismo sentimental.—El Evangelio de Simón Bolívar.—El procedimiento de buena fé.—Las mutilaciones de la admiración.—La senda trazada por el general San Martín.—Las normas impuestas por el Libertador.—Las referencias afrentosas y los impulsos generosos.—La dignificación de San Martín.—Los juicios del Libertador y la Semblanza de Martí.—Las grandes ambiciones y los grandes ideales.—La ambición y la idealidad en el espíritu de Bolívar.—El desencanto, el desamparo y el destierro.—El hondo y arraigado sentimentalismo venezolano.—La subyugante Verdad de Bolívar.—La carne viva de la Patria.—La plegaria bajo el manto de gloria 345

Se terminó de imprimir esta
obra en los talleres de la
Lit. y Tip. Vargas,
de Caracas, el 17
de diciembre
de 1930.

A-1416
37.992
D.2669